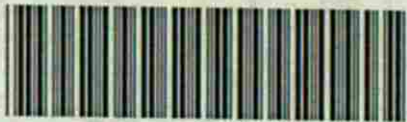




FRANCISCA VIEIRA
OBRAS
HISTORICAS

DG737
.A2
M2
v. 1
1892



1020025106



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la biblioteca Prof. Fina Chagretto

MAQUIAVELO

OBRAS HISTÓRICAS

UANL

Núm. Clas. 945
Núm. Autor 11490
Núm. Arg. 31007
Pres. de la -8-
Fecha
Clasificación 629
Código



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA CLASICA

TOMO CLVI

OBRAS HISTÓRICAS

DE

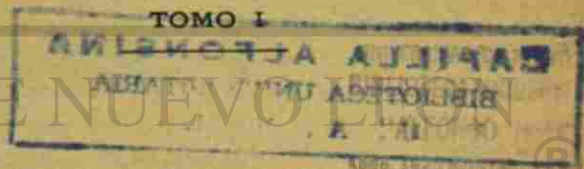
NICOLÁS MAQUIAVELO

TRADUCIDAS DEL ITALIANO

POR

D. LUIS NAVARRO

TOMO I



MADRID

LIBRERIA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.
calle del Arenal, núm. 11

1892

099674

31007

820
676

DG7370
A2
M2
v. 1
1892



ALERE FLAM
VERITATIS
**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO ESCUDESORES DE RIVADENEYRAD
Paseo de San Vicente, 20.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1018

NICOLÁS MAQUIAVELO.

No es éste el sitio donde expondremos el juicio crítico de Maquiavelo y de sus idas. Lugar más apropiado tendrá al frente de los escritos políticos, que tanta y tan discutida reputación han dado al célebre Secretario de Estado de la República florentina.

Ya en la BIBLIOTECA CLÁSICA ha visto la luz un juicio profundo y completo de Maquiavelo (1). Aquí sólo nos proponemos narrar la vida de este escritor, uno de los más famosos del renacimiento italiano.

El 3 de Mayo de 1469 nació en Florencia, hijo de Bernardo Maquiavelo, abogado y tesorero de la Marca de Ancona, y de Bartola Nelli.

Su familia, antigua y burguesa, vino á establecerse en Florencia, procediendo del valle de Pesa, no siendo

(1) Lord Macaulay, *Estudios Literarios*, pág. 71 (BIBLIOTECA CLÁSICA, t. XI).

cierto, como se ha dicho, que sus antepasados fueran Señores de Montespertoli, y descendientes de los antiguos Marqueses de Toscana; genealogía inventada para satisfacer la vanidad de los Maquiaveli, que llegaron á ser poderosos en tiempo de los Duques de Toscana.

Bernardo Maquiavelo, famoso por su valor, poesía bienes patrimoniales, aunque no era rico, porque la riqueza la daba entonces el comercio. Existe la inscripción de las propiedades de Bernardo en el catastro de 1481, y demuestra, contra lo que repetidamente se ha escrito, que Nicolás gozó hasta su muerte de una modesta fortuna suficiente, sin embargo, para darle honrada subsistencia.

Nada se sabe de los primeros años de Maquiavelo, ni quiénes fueran sus maestros. Aprendió el griego y el latín perfectamente, por lo cual se cree estudiara con los sabios de la Academia platónica, que en sus tiempos celebraban reuniones en el palacio de los Médicis, y después en el de los Rucellai; porque no cabe duda de que, desde su juventud, fué admitido en dicha Academia.

Apenas contaba veinticinco años de edad, cuando en 1494 empezó Maquiavelo á ocuparse en los negocios públicos, guiado por el sabio Marcelo Virgilio Adriani, á quien sus ocupaciones de profesor de literatura griega y latina no impedían ser uno de los más hábiles hombres de Estado de su época.

El cargo que desempeñaba Maquiavelo dependía de la segunda Cancillería, correspondiendo á ésta las relaciones

con los embajadores y los asuntos de la guerra, y es probable que, para empezar su carrera política, escogiera el momento en que, por la expulsión de Pedro de Médicis, fué reformado el gobierno de la República, organizándose sobre bases más amplias y democráticas.

Tenía entonces grande intervención en los negocios públicos de Florencia fray Jerónimo Savonarola; pero no puede asegurarse que á éste debiera el cargo que desempeñó, como algunos han escrito, confundiendo á Nicolás con un homónimo de su misma familia; pues en las obras de aquél bien se ve que no fué amigo ni admirador del célebre fraile dominico, mientras se sabe que éste era ardiente partidario de la secta de Savonarola.

Pronto debió demostrar Maquiavelo la superioridad de su entendimiento en la carrera que había emprendido, porque al vacar en 1498 el cargo de Canciller, se lo dieron, á pesar de solicitarlo hombres de gran mérito y de más edad, entre ellos Francisco Baroni. Á las pocas semanas de desempeñar este cargo, por otra determinación en 14 de Julio, le eligió la Señoría Canciller adjunto á los Diez de la libertad, cargo importantísimo, por entender en él de los asuntos militares, y más importante entonces porque Florencia combatía para vencer la rebelión de la ciudad de Pisa y defenderse de los venecianos, que, á instigación de los Médicis, movieron guerra á la República florentina. Nombrado sólo para el mes de Agosto, desempeñó dicho cargo cerca de quince años; prueba evidente de que no encontraron quien mejor que

él lo ejerciera. Multitud de documentos de la época demuestran que, mientras tuvo á su cargo estas funciones, en los asuntos exteriores y en los de la guerra, nada importante se hizo sin su dirección y consejo.

Además de los negocios inherentes á la Cancillería, desempeñó en este tiempo gran número de embajadas importantísimas, de las cuales sería prolijo dar por ahora detallada cuenta. Empezó esta serie de comisiones que le dió la Señoría, ó más bien el Consejo de los Diez, en Noviembre de 1498, con la misión al Señor de Piombino, que estaba á sueldo de la República, para excitarle á que fuera al asedio de Pisa, y por segunda vez fué enviado á dicho Señor en 24 de Marzo de 1499, cuando se encontraba en Pontedera, para exhortarle á que cumpliera su deber, no insistiendo en el aumento de sueldo que pedía. Después desempeñó otra comisión en Julio del mismo año cerca de Catalina Sforza Riario, en Forlì, relativa á la conducta de su hijo Octavio.

Varias veces en Junio y Julio de 1500 estuvo de Comisario en el campamento de las tropas que sitiaban á Pisa, donde sufrió grandes trabajos y expuso su vida. Sin duda entonces fué cuando escribió el *Discurso al Consejo de los Diez sobre las cosas de Pisa*.

Diéronle en 18 de Julio la misión más importante, de ir á Francia con Francisco de la Cosa, embajador cerca de Luis XII, para mostrar á este monarca la verdad respecto al comportamiento de los soldados que, á ruegos de la República florentina, envió contra Pisa, y jus-

tificar al Gobierno de Florencia de los cargos que le dirigían aquellos rapaces mercenarios para excusar su torpe conducta.

Testigo ocular de lo ocurrido, fué Maquiavelo el alma de aquella embajada, volviendo á su patria, después de seis meses de ausencia, en 14 de Enero de 1501. Pocos días desempeñó entonces las ocupaciones de su cargo, porque á fines de este mes tuvo que ir á Pistoia, donde la agitación era grande por el odio entre las facciones Panciatica y Cancelliera; y después á Cascina y á Siena, por asuntos relativos á la guerra de Pisa. Volvió á Pistoia en Agosto, y logró que los bandos rivales juraran la paz, que duró muy poco, como toda paz impuesta con amenazas. Empezados de nuevo los disturbios, tuvo que volver Maquiavelo en Octubre, acompañado de Nicolás Valori.

Entre los meses de Mayo y Octubre fué varias veces á Arezzo, primero para ver á Vitellozzo Vitelli, *condottiero* de César Borgia, que instigaba á la ciudad á rebelarse; después al ejército francés que envió el rey Luis XII para someter á los rebeldes, llevando instrucciones á los Comisarios florentinos que estaban en dicho ejército. A su vuelta presentó á la Señoría un informe, del cual sólo queda un fragmento, sobre el *Modo de tratar á los pueblos rebelados de la Valdichiana*.

La misión cerca de César Borgia, á quien encontró en Imola el 1.º de Octubre de 1502, y acompañó por la Romagna y la Umbria, hasta el 23 de Enero del año

inmediato; es demasiado conocida, para entretenerse en narrar su objeto, pues dió ocasión á unos de los escritos más populares de Maquiavelo, titulado: *Descripción del procedimiento empleado por el duque Valentino para matar á Vitellozzo Vitelli, á Oliverio de Fermo, al señor Pablo y al duque de Gravina Orsini*. Persuadido César de que con esta tragedia (que le parecía originada en la necesidad de defenderse) no había desagradado á la República florentina, indujo al papa Alejandro VI á que solicitara la alianza de Florencia con la familia Borgia; por lo cual Pedro Soderini envió á Siena á Maquiavelo, como embajador cerca de Pandolfo Petrucci, en 26 de Abril de 1503, para decirle lo ocurrido é invitarle á hacer causa común con los florentinos.

Durante estas negociaciones murió Alejandro VI, y Maquiavelo fué enviado á Volterra á concertarse con el cardenal Francisco Soderini, para la elección del nuevo Papa, acompañando á este prelado hasta Valdarno cuando se dirigía á Roma. Después, el 14 de Octubre, fué á la Ciudad Eterna, donde se había reunido el Cónclave para la elección de Pontífice, por muerte de Pio III, que sólo vivió veintiséis días desde su elevación al Pontificado, y no volvió á Florencia hasta el 22 de Diciembre.

No descansó allí mucho, pues el 12 de Enero del año siguiente fué comisionado para ir á Firenzuola, y dos días después está fechada la misión que se le dió de volver segunda vez á Francia, para donde partió el 19, tra-

tando en Lyon con el rey Luis el objeto de su embajada. A su vuelta, que debió ser á mediados de Febrero, tuvo la fortuna de dar á la Señoría seguridades de que, en la tregua convenida entre Francia y España, estaba comprendida la República florentina, siendo, por tanto, infundados los temores que suscitaba la fortuna de las armas españolas en Italia.

En Abril del mismo año fué á Piombino, con pretexto de avisar á Jacobo IV de Appiano, Señor de aquella ciudad, de algunos peligros que le amenazaban, y darle consejos; pero en realidad para averiguar sus intenciones y obligarle á ser fiel á Florencia. Apenas de vuelta en esta ciudad, salió el 8 del mismo mes para Castiglione del Lago, con objeto de pedir á Juan Pablo Baglione, que estaba á sueldo de la República florentina, cumplierse su deber, yendo con sus tropas contra los pisanos, lo que no quería hacer, bajo pretexto de necesitar guardarse de sus enemigos, que en Perugia minaban su poder. Persistiendo Baglione en su negativa, fué Maquiavelo á Mantua para ajustar los servicios militares del marqués Juan Francisco Gonzaga; pero no logró su objeto, por las exigencias inmoderadas de éste.

Envióle su Gobierno, en Julio, á Siena para dar las gracias á Pandolfo Petrucci por el aviso que secretamente dió á la Señoría de las hostiles intenciones de Bartolomé de Alviano, que intentaba socorrer á los pisanos, y para contratar los servicios de éste, á sueldo de Florencia. Pero como Alviano jugaba con cartas dobles,

meditando una traición, Maquiavelo, que le conocía bien, veniéndole en astucia y, conseguido lo que deseaba saber, le dejó sin acordar nada. Bartolomé de Alviano se movió con sus tropas para socorrer á Pisa, pero encontrado por Antonio Giacomini en Torre San Vicente, fué derrotado y dispersada su gente.

Creyeron entonces los florentinos llegado el momento de asaltar á Pisa y, con este objeto, el Consejo de los Diez envió al campamento á su secretario Maquiavelo para arreglar las cosas concernientes al asalto, que no pudo realizarse por la cobardía de los soldados mercenarios.

Este suceso hizo comprender á Maquiavelo que no se podía contar con tropas compradas, y que los Estados necesitaban tener ejército propio. Convencido el Consejo de los Diez de la necesidad de alistar para el ejército á los súbditos de la República, encargó á Maquiavelo dar principio á esta operación. En dicho trabajo se ocupó desde Diciembre de 1505 hasta entrado Marzo del año siguiente, habiendo noticias de su estancia en Val di Sieve, en Mugello y en el Casentino.

Comprendió Maquiavelo, antes que otro alguno, cuán falso era el sistema militar de los italianos, que, extinguiendo el valor y la disciplina, hacía á Italia fácil presa de los extranjeros. Opinó, por tanto, que se debía abolir el empleo de tropas mercenarias y organizar un ejército nacional. Pero como para desarraigar añejas preocupaciones se necesita tiempo y conviene proceder poco á

poco, empezó por aconsejar al Consejo de los Diez que ordenara el alistamiento de un hombre por familia. Dióse este primer paso en 1500; y, entretanto, se mandaba que cada familia declarase el número de hombres aptos para empuñar las armas. Así se logró tener en el momento necesario 10.000 hombres bajo la bandera de la República, escogidos entre los mejores del alistamiento y en proporción al número de habitantes de cada localidad.

Crecieron de este modo los negocios relativos á la guerra y comenzó Maquiavelo á preparar la opinión pública en dicha materia, pronunciando, en Marzo de 1503, un discurso en el Consejo público, para exhortar al pueblo á armarse en su propia defensa, en vez de fiarla á tropas mercenarias y aconsejarle que hiciera los sacrificios necesarios á fin de atender á los gastos del armamento. Después presentó al Consejo de los Diez un escrito (que se conserva manuscrito en la Biblioteca nacional de Florencia, y que recientemente ha publicado el profesor Alejandro de Ancona), con el cual le convenció de que la organización del ejército debía confiarse á una junta de nueve ciudadanos, dependiente del citado Consejo, que se llamó de los Nueve de la Ordenanza y de la Milicia, la cual debía ocuparse de la formación de las compañías, de la instrucción y disciplina del soldado y de que el número fijado de fuerzas permanentes estuviera siempre completo, armado, instruido y dispuesto á salir á campaña; no quedando al Consejo de los Diez otra au-

toridad en el ejército que el exclusivo derecho de moverlo y dirigirlo en la guerra. Maquiavelo fué el secretario y el alma de esta junta de los Nueve, y á él se debe la célebre provisión de 6 de Diciembre de 1506, que instituyó dicha autoridad y se daban reglas para la infantería; como también la de 20 de Marzo de 1512, en que se determinaba la organización de la caballería. Con estas instituciones creó Maquiavelo las bases de los ejércitos modernos, é inició el sistema que, aprovechado después por Manuel Filiberto de Saboya, hizo la gloria del Piamonte, y más tarde la de Prusia, que lo imitó. Convirtió, pues, la milicia, de oficio, en institución nacional, é introdujo atrevedisima innovación, demostrando la superioridad de la infantería sobre la caballería.

Estas reformas fueron grandemente elogiadas por sus contemporáneos, como lo acreditan, entre otros documentos, dos cartas del cardenal Soderini, llenas de patriótico entusiasmo, dirigidas, una á su hermano Pedro, y otra al mismo Maquiavelo.

Mientras ocupábase en la reorganización del ejército, fué enviado por segunda vez á la corte de Roma, el 25 de Agosto de 1506, y volvió el 1.º de Noviembre, habiendo acompañado á Julio II hasta Imola, cuando se dirigía á la recuperación de Bolonia. Esta misión tuvo por objeto convencer al altivo y desconfiado Pontífice del buen ánimo que hacia él tenían los florentinos, y de lo mucho que deseaban favorecerle en aquella empresa.

En 14 de Marzo de 1507 fué á reclutar hombres para

la infantería en Valditevere, Valdichiana, Chianti, y en los valles de Elsa y Cecina, estando fuera de Florencia treinta y cuatro días.

En el mes de Mayo le encargaron nueva misión para el Señor de Piombino; pero apenas había llegado á Volterra, recibió orden de volver, porque cesó la causa de la embajada.

Por no grave motivo le envió el Consejo de los Diez á Siena en Agosto, pues el objeto era saber qué comitiva acompañaba el cardenal legado Bernardino Carvajal, á quien se esperaba en Florencia.

De más importancia fué su embajada cerca del emperador Maximiliano en Diciembre de 1507, la cual duró hasta el 16 de Junio del año siguiente. El objeto de ella fué llegar á un acuerdo con el Emperador respecto al subsidio pecuniario que pretendía de la República, con motivo de su viaje á Italia para recibir del Pontífice la corona imperial.

Maquiavelo, que era atento observador de las costumbres y condiciones de los pueblos, estudió las del alemán, y á esta época deben referirse sus escritos titulados: *Retratos de las cosas de Alemania*; *Relación de las cosas de Alemania*, y *Discurso sobre las cosas de Alemania y acerca del Emperador*.

En Agosto hizo una leva extraordinaria de infantería, llevando ésta al territorio de Pisa para devastar las campiñas y robar las mieses, y los mismos daños sufrieron los míseros habitantes de los vicariatos de San Mi-

niato y de Pescia en Octubre, por sospecha de que podían llevar socorros de víveres á Pisa.

Empleó el mes de Enero y dos días de Febrero de 1509 en alistar cabos y soldados en varias provincias súbditas de la República, y en 18 de Febrero fué á inspeccionar el campamento de Pisa, desde donde, en Marzo, se dirigió á Piombino, para tratar, por mediación de Jacobo de Appiano, de un acuerdo con los pisanos, que no pudo realizarse y, volviendo frente á los muros de Pisa, estuvo allí hasta el 8 de Junio, ocupándole varios encargos relativos al feliz éxito de aquella guerra, que terminó con la rendición de la ciudad.

Fué después á Mantua para poner en manos de los comisionados del César el segundo plazo de los cuarenta mil ducados que los florentinos habían convenido entregarle para obtener la confirmación de los privilegios que sus antecesores concedieron á Florencia, y para que renunciara por completo á cuantos derechos pudiera alegar sobre la ciudad y todo el territorio de la República, especialmente sobre Pisa, que acababan de reconquistar los florentinos. Este tratado con el Emperador debióse en gran parte á Maquiavelo.

De Mantua le enviaron á Lombardia con objeto de que viera de cerca la guerra que los aliados en Cambrai hacían á Venecia, é informara á la Señoría; misión que duró desde 10 de Noviembre 1509 hasta 2 de Enero del año siguiente.

Durante esta comisión intentaron sus enemigos cau-

sar su ruina, y en el mes de Diciembre presentaron una protesta á los Conservadores de las leyes, pidiendo que le privaran de todo cargo, por ser hijo de padre bastardo, fundándose en una antigua y olvidada ley. Esta tentativa no tuvo consecuencias, consiguiendo su ineficacia, más que ningún otro, su amigo y colega Biagio de Buonacorsi.

En Marzo fué árbitro para resolver las cuestiones que, por los límites, tenían el Municipio de Gargonza, dependiente de la República, y el de Armaiuolo, que correspondía á Siena; y á fines de Mayo fué enviado á los vicariatos de San Miniato y de Pescia para pasar revista á las tropas y escoger los pisanos con que habían de aumentarse aquéllas.

Era para la Señoría muy importante tener una persona de su confianza cerca del rey Luis XII, el principal aliado de los florentinos, y en quien más que en otro alguno confiaban. Vacante el cargo de embajador residente, encargaron á Maquiavelo que interinamente lo desempeñara hasta el nombramiento del nuevo y, yendo á reunirse con la corte francesa en 24 de Junio, la acompañó á Blois y á Tours, volviendo á su patria el 19 de Octubre.

A este tercer viaje que hizo á Francia debe referirse sin duda el opúsculo titulado *Retrato de las cosas de Francia*, porque duró más que los anteriores y tuvo más tiempo y espacio para enterarse de los hombres y de las cosas.

Ocupadísima fué su vida desde Noviembre de 1510 hasta fin de Mayo de 1511, siendo primero embajador en Siena; destinado después á alistar tropas de infantería y caballería y comisionado en Pisa, en Arezzo y en Poggibonsi, para inspeccionar y poner en buen estado estas fortalezas. Estuvo en Mónaco desde el 11 de Mayo al 5 de Junio, con encargo de ajustar un tratado de amistad con Luciano Grimaldi, Señor de dicha ciudad, y desde el 24 de Agosto al 7 de Septiembre, recorrió el Valdarno superior, la Valdichiana y el Casentino para reclutar hombres hábiles en pelear á caballo.

Apenas hacía cuatro días que estaba de vuelta en Florencia, cuando fué apresuradamente á Lombardia á fin de conferenciar en Milán con el embajador de Luis XII y seguir después á Bleis, para tratar directamente con dicho monarca. El objeto de esta misión consistía en intentar, si era posible, que no se reunieran en conciliábulo los cardenales enemigos del papa Julio II en Pisa, donde la República florentina les había dado hospitalidad, conociendo que, por tal causa, se atraía la venganza del implacable Pontífice. No logró Maquiavelo el objeto de su misión, y al volver á Florencia el 2 de Noviembre, le ordenaron el mismo día que fuera á Pisa y persuadiera á los prelados á partir de allí, consiguiéndolo más que con argumentos, con el buen golpe de tropas que, á pretexto de defender á los cardenales, pero en realidad para asustarles, hizo entrar en la ciudad, y más

aún porque la falta de víveres obligaba á los prelados á privaciones ajenas á sus costumbres.

Dada cuenta de esta misión el día 11, fué á la Romaña el 2 de Diciembre para alistar infantería, y con igual objeto recorrió gran parte del Estado florentino desde Mayo á Agosto de 1512.

Entretanto, maduraba la venganza de Julio II, y caía tremenda sobre la República florentina. Comenzó por intimarle que eligiera entre la alianza con el Rey de Francia, ó la adhesión á la liga hecha contra los franceses por España, Inglaterra y Venecia, que llamaba la Liga santa. Negóse á esto el Confaloniero perpetuo Pedro Soderini, fiel al juramento prestado á su aliado el Rey de Francia, y el Pontífice envió á Toscana un ejército español, al cual acompañaba el cardenal Médicis, como legado del Papa. Este ejército tomó y saqueó á Prato, y animó á los partidarios de los Médicis en Florencia para tramar una conjuración que expulsó al Confaloniero y restableció la supremacía de aquella familia.

Maquiavelo no estaba entonces en Florencia, y Soderini no pudo aconsejarse de él, como acostumbraba en los casos difíciles. Fué, por tanto, ajeno á estos sucesos, que cambiaron la situación política y tuvieron para él dolorosas consecuencias. El nuevo gobierno le privó, en 8 de Noviembre, del cargo de secretario de la segunda Cancillería de los Señores, y del que ejercía en el Consejo de los Diez. Por otro decreto del día 10 le confinaron durante un año dentro del perímetro del territorio

de la República, y por otro del 17 se le prohibió entrar también durante un año dentro del palacio de la Señoría, prohibición que, por especiales circunstancias, fué muchas veces interrumpida, pero siempre con autorización especial del Colegio de los Piores.

Más grave contratiempo le ocurrió al año siguiente, porque, descubierta la conjuración de Pedro Pablo Boscoli y Agustín Capponi, contra la vida de Julián y Lorenzo de Médicis, fué Maquiavelo preso por sospechas de ser uno de los conjurados, y sufrió tortura de seis tratos de cuerda, estando algunos días con grillos en los pies.

Era inocente del delito que se le imputaba, y León X, elegido Papa entonces, apenas supo su prisión, ordenó que le pusieran en libertad. Es probable que también se interesara en su favor Julián de Médicis, pues á él dirigió Maquiavelo los dos sonetos escritos en la cárcel.

Al salir de ella se retiró á su posesión en San Casciano, donde transcurrió la segunda parte de su vida.

En la primera, consagrada exclusivamente, como se ha visto, á los negocios públicos, la superioridad de su entendimiento sólo puede apreciarse en la correspondencia que mantenía con el Gobierno al darle cuenta de las misiones que le eran confiadas, y en las cuales puso de manifiesto su admirable sagacidad. Recobrado el poder por los Médicis y privado Maquiavelo de cargo público, aplicó la actividad de su espíritu á escritos literarios y políticos, porque sus anteriores ocupaciones apenas le dejaron tiempo para escribir algunas obras poéticas. La

primera de éstas fué un poema titulado *Decenale primo* que compuso á la edad de treinta y cinco años, en 1504, poema dedicado á cantar los infortunios de su patria, *labores italicos*, según dice en una dedicatoria latina.

Es, pues, el *Decenale primo* una historia versificada de Italia desde 1494 hasta 1504, época de grandes sucesos y lamentables catástrofes, que señala el fin de su independencia; una crónica rimada en que no queda espacio para lucir la imaginación, aunque en los versos se advierta una poesía no exenta de originalidad, predominando el odio á la dominación extranjera y el más exaltado amor á la independencia de su querida Italia. Quiso Maquiavelo imitar el severo colorido del estilo dantesco, y empleó la misma metrificación de Alighieri, la *terza rima*.

Sin terminar dejó la segunda parte del *Decenale*, donde en el mismo estilo y forma proyectaba referir los acontecimientos ocurridos desde 1504 á 1514, y también ha quedado incompleto otro poema titulado el *Asno de oro*, cuyo plan y pensamiento dominante apenas se advierten en los ocho cantos que de él existen, por ser una alegoría llena de alusiones hoy incomprendibles.

Cinco ó seis composiciones más: *La Ocasión*, ingeniosa alegoría imitada de un poeta de la antigüedad; *La Fortuna*, *La Ambición*, *La Ingratitud*, en que los pensamientos morales están expresados en forma verdaderamente poética; una serenata amorosa, imitación de

la poesía de Ovidio *Vertunne*, y, finalmente, los *Cantos de Carnaral*, forman la obra poética de Maquiavelo, en la cual resplandece más la razón que la imaginación. Por ello, y á pesar de su manifiesto propósito de imitar á Dante, su nombre como poeta quedaria obscurecido entre los de aquel tiempo, á no haber escrito una comedia.—*La Mandragora*—que con justicia es apreciada como una de las obras más perfectas del arte dramático en los tiempos antiguos y modernos. «Si la licencia no deshonrara su belleza—dice Mr. Avenel, hablando de esta comedia—me atrevería á afirmar que no hay nada más perfecto, ni en Aristófanes, ni Shakespeare, ni en Molière; y lo más digno de admiración es que esta obra maestra puede considerarse, por su fecha, la primera de las comedias modernas, determinando á la vez, ¡cosa inaudita! el renacimiento del teatro cómico y su perfección.»

Otras tres comedias dejó escritas Maquiavelo: una titulada *Clizia*; otra en verso, cuyo manuscrito no tenía título, y otra en prosa, también sin título, del mismo género de *La Mandragora*, aunque de menos mérito y más licenciosa. *Clizia* es imitación, y á veces copia, de la *Casina* de Plauto. La comedia en verso es la menos buena, pues desde luego repugna á la verdad escénica poner en la Roma pagana una acción destinada á reproducir las costumbres de Florencia en el siglo xv.

Pero las poesías, las comedias, el divertido cuento *Belfegor*, que también escribió durante esta primera

parte de su vida, no son para Maquiavelo más que distracciones con que entretenía su ingenio, mientras se ocupaba de los negocios públicos más importantes. El verdadero trabajo de su talento está en su correspondencia con el Gobierno.

Decimos al principio de esta reseña que no es ahora momento de juzgar á Maquiavelo como escritor político. No trataremos, pues, ni de esta correspondencia, que tanta luz proyecta sobre los sucesos de su época, ni de sus célebres obras tituladas *El Príncipe* y *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. La verdadera índole de estas obras, relacionada con las costumbres públicas y políticas de los tiempos en que fueron escritas, será objeto del prólogo que acompañe su publicación.

No sin gran pesar dejó Maquiavelo las ocupaciones políticas para dedicarse á las literarias; pero tan pronto como volvieron los Médicis á Florencia, por decreto de 8 de Noviembre de 1512, fué privado, según hemos dicho, de su cargo de secretario del Consejo. Había tomado parte muy activa en la resistencia popular, y por su talento era peligroso enemigo; los vencedores tuvieron, pues, empeño en perseguirle como á otros muchos florentinos importantes, para lo cual sirvió de motivo ó pretexto la conjuración descubierta contra los Médicis, de que antes hacemos referencia. Lo que buscaban los gobernantes entonces no era tanto castigar al conspirador como hacer callar al temible político, y esto lo consiguieron.

Cuando salió de la prisión retiróse á una pequeña finca que había heredado de su familia, y describe en una curiosa carta á su amigo Francisco Vettori cuál era su vida en este retiro.

«Vivo en esta finca mía, le dice y, desde los últimos sucesos políticos, no suman veinte los diferentes días que he estado en Florencia. Hasta ahora cazo tordos. Levántome antes de amanecer; preparo las varetas de liga, y salgo de casa con un montón de jaulas á la espalda, parecido á Gete (1) cuando vuelve del puerto con los libros de Amphitríon. La caza es de dos á siete pájaros, y así he pasado todo Septiembre. Aunque extraña y poco divertida, siento que me haya faltado esta distracción.

»Mi vida actual es la siguiente: me levanto antes de salir el sol y voy á un bosque que he mandado cortar. Paso allí dos horas viendo el trabajo del día anterior y conversando con los leñadores, que siempre tienen alguna cuestión pendiente, ó entre sí, ó con los vecinos.

»Cuando me aparto del bosque voy á la fuente, y desde allí á donde tengo los aparatos de cazador de pájaros, con un libro bajo el brazo, Dante, Petrarca ú otro poeta de menos categoría; Tibulo, Ovidio ú otro semejante. Leo sus apasionados amores, recuerdo los míos, y paso algún tiempo complacido con estas ideas.

»De allí voy por el camino á la hostería, y hablo con

(1) Personaje de comedia.

los que al paso encuentro, preguntándoles noticias de su país. Oigo diferentes cosas, advierto distintos gustos y diversas imaginaciones. Cuando llega la hora de comer, lo hago con mi brigada de trabajadores, alimentándome con lo que mi pobre finca y escaso patrimonio me producen. Después de comer vuelvo á la hostería, donde ordinariamente encuentro al posadero, un carnicero, un carbonero y un ebanista. Con ellos me encanallo durante el resto del día jugando al chaquete, que ocasiona mil disputas y disgustos con acompañamiento de palabras injuriosas, todo, las más veces, por un ochavo, lo que no impide que oigan nuestros gritos en San Casciano. Sumido en esta villanía impido que enmohezca mi cerebro, y contemplo cara á cara mi mala fortuna, satisfecho de que me pisotee, para ver si se avergüenza.

»Llegada la noche, vuelvo á casa. Antes de entrar en mi gabinete, me quito el traje de campo, sucio y enlodado, y decentemente vestido me presento ante los hombres de la antigüedad. Acogido amorosamente por ellos, satisfago mis necesidades intelectuales con este alimento, el único que me conviene y para el cual he nacido. No temo, pues, conversar con ellos y pedirles cuenta de sus actos, porque siempre me responden cortésmente. Durante cuatro horas no sufro ningún enojo, olvido las penas, y ni la pobreza me asusta ni me espanta la muerte.»

En esta carta es donde, impulsado, según dice, por la miseria que teme llegue á hacerle despreciable, pide á

Vettori que le recomiende á los Médicis para que le den algún cargo, aunque sea el de *hacerle rodar una piedra*.

En 1519, siete años después de la vuelta de los Médicis á Florencia, murió Lorenzo de Médicis. Este suceso hizo á los florentinos pensar de nuevo en su libertad. León X, que no tenía sucesor para su sobrino, y deseaba, sin embargo, conservar en Florencia la autoridad de su familia, pidió á Maquiavelo que le expusiera sus ideas acerca de las instituciones que convendría establecer para la prosperidad del Estado.

Documento por demás curioso es la memoria que con este motivo escribió Maquiavelo, y que en la colección de sus obra lleva por título *Discurso al Papa León X*. En no pocos sitios de este escrito se ve claro el embarazo de Maquiavelo, que desea la república, aconsejando á un príncipe que quiere la monarquía; y la moral de aquel tiempo se manifiesta sin pudor alguno en los consejos de fraude que el publicista da al Papa. Declara primero Maquiavelo que sólo la república es posible en Florencia; pero apresúrase á añadir: «Verá Vuestra Santidad que en mi proyecto de república, no sólo conservo íntegra su autoridad, sino hasta la aumento.» Y más adelante añade: «Si examino estas diversas instituciones, en vida de Vuestra Santidad y de monseñor el Cardenal (el primo de León X), veo una verdadera monarquía, porque tenéis la iniciativa de las leyes, y no sé qué es lo que puede desear de más un jefe de Estado.» Además, Maquiavelo atribuye exclusivamente á los dos

Médicis el nombramiento de magistrados para el Consejo de los Sesenta y cinco, el de los Doscientos y el de la Balía. En cuanto á los cargos inferiores, cuya elección reserva exclusivamente al pueblo representado por el *Consejo de los Mil*, dice seriamente Maquiavelo á León X que podrá igualmente escoger á los que juzgue más á propósito. «Y para que vuestros partidarios, añade, tengan seguridad de estar en las bolsas (1) cuando se trate de apelar á los sufragios en el Consejo, Vuestra Santidad puede designar ocho escrutadores, que, contando los votos secretamente, puedan hacer recaer la elección en quienes ellos quieran.» No es posible expresarse en términos más claros. Lo dudoso, dice Mr. Avenel, es que el pueblo florentino, al cual presenta Maquiavelo celoso de su libertad, consintiera tal superchería, ni que Maquiavelo la aconsejara, no digo lealmente, porque de esto no se cuidaba, sino lógicamente, después de haber mostrado algunas páginas antes que uno de los vicios que contribuyeron á la caída del antiguo régimen en Florencia fué «no tener el pueblo en el gobierno la participación que le correspondía, y hacerse los escrutinios de modo que era fácil cometer fraude en ellos.»

No se sabe, pues, á quién quiere engañar Maquiavelo en este opúsculo, si á León X ó al pueblo florentino. ®

(1) Las bolsas electorales equivalían entonces á lo que hoy son las urnas electorales.

Muerto Lorenzo, fué Maquiavelo mejor acogido por los Médicis. El cardenal Julio, que quedó al frente del gobierno de Florencia, le encargó escribir la historia de su patria, señalándole una pensión para este trabajo.

La *Historia de Florencia*, pagada por los Médicis, no es obra ni de un cobarde adulator de esta casa, ni de un enérgico defensor de la libertad de Toscana. En ella prueba Maquiavelo más habilidad que valor, porque no condena ni á los defensores de la libertad ni á sus opresores. Él mismo nos dice los convenios que hacía con su propia conciencia de historiador. En 1524 escribía á Guicciardini, que estaba entonces al servicio de León X:

«Llegado á punto de narrar ciertas particularidades, desearía saber de vos si no corró riesgo de incurrir en desagrado realzando ó rebajando los acontecimientos. De todos modos, procuro aconsejarme de mí mismo escribiendo de modo que, sin dejar de decir la verdad, nadie pueda quejarse de mí.»

Difícil es adivinar lo que sea una veracidad tan prudente, y cómo, refiriendo sucesos contemporáneos, se puede contentar á todo el mundo.

«Juzga en esta obra, dice Lord Macaulay, á Cosme, Pedro y Lorenzo de Médicis, con una libertad é independencia tan completas que así hacen honor á quien la escribió como á quien la mandó escribir; que las miserias y las humillaciones de la dependencia, el pan más amargo y la escalera más penosa de subir no fueron parte á

degradar á Maquiavelo, así como tampoco el puesto más corruptor, en un ejercicio corrompido, lograron pervertir el noble corazón de Clemente VII.

» Por lo demás, esta historia no parece ser fruto de lento trabajo y prolongadas investigaciones; carece de exactitud, pero está elegantemente narrada, y es pintoresca por extremo y animada cual ninguna otra escrita en lengua italiana, y leyéndola se recibe una impresión más viva y fiel de las costumbres y del carácter nacional que pueden dar las relaciones más correctas. Acontece así porque antes pertenece la obra de Maquiavelo á la literatura antigua que no á la moderna, y porque no tanto se halla escrita á la manera de Dávila y de Clarendon, como á la de Herodoto y de Tácito. Diríase por esto que las historias clásicas son novelas basadas en hechos, porque si bien la relación está estrictamente ceñida á la verdad en todo lo principal, los pequeños incidentes, que tanto interés añaden á los hechos de más cuenta, las palabras, las acciones, las miradas, evidentemente son debidas á la imaginación del autor.

» En nuestros días se hace de otro modo: el escritor da una relación más exacta; pero no está todavía puesto en claro que quien lee reciba nociones más precisas por eso. Por lo que á nosotros respecta, diremos que, á nuestro parecer, son los mejores retratos aquellos que adolecen de alguna exageración, y no estamos muy seguros de que las mejores historias no sean aquellas en las cuales se emplea en cierto modo y hasta cierto punto

alguna parte de ficción; porque si bien es verdad que la exactitud pierde algo, no lo es menos que el efecto gana mucho en ello, descuidando un poco las líneas secundarias para que los rasgos característicos se graben y queden para siempre fijos en la memoria.

»Termina la historia con la muerte de Lorenzo de Médicis. Parece que Maquiavelo se proponía continuarla; pero acabó su proyecto con su vida, y Guicciardini fué quien tomó sobre sí el triste cargo de narrar la historia de la desolación y de la ignominia de Italia (1).»

Maquiavelo divide su historia de Florencia en ocho libros. El primero, escrito en un estilo que por la rapidez, claridad y precisión sólo puede compararse al de Tucídides, es un cuadro admirable de los acontecimientos que quebrantaron y destruyeron el Imperio romano, fundando sobre sus ruinas nuevas naciones, y de los trastornos que sufrió Italia hasta llegar á la situación en que se encontraba en tiempo del autor. Este vastísimo panorama es el único en que tantos sucesos y tan distintos periodos aparecen admirablemente distribuidos en orden perfecto, con distinción juiciosa de las pequeñas y las grandes cosas, uniendo perfectamente á las causas sus resultados, á los principios las consecuencias. El método en la narración no puede ser más luminoso, ni la exposición más rápida.

(1) Guicciardini.—*Historia de Italia*, traducida al castellano por el rey D. Felipe IV. (BIBLIOTECA CLÁSICA, 6 tomos.)

Ningún otro historiador de Florencia refiere con más fidelidad los frecuentes trastornos que ocasionaban las facciones, y aunque á veces la multiplicidad de los detalles fatiga la atención, la verdad de la narración y el interés de los resultados hacen olvidar este defecto.

El libro segundo recuerda la fundación de Florencia, su rápido crecimiento por las colonias romanas que allí se establecieron y la importancia de las colonias en la antigüedad. Termina este libro con la humillación del partido de los nobles.

En el tercero, antes de poner de manifiesto las consecuencias de este suceso, refiere el historiador los males que resultan en todas las repúblicas del choque de los partidos aristocrático y popular, comparando los efectos de esta lucha en la antigua Roma y en Florencia.

El cuarto libro comienza con graves consideraciones sobre la suerte de las repúblicas que, teniendo un vicio de constitución, pasan frecuentemente de la libertad á la licencia.

Al principio del quinto libro hace observar los cambios que todos los Estados sufren, y las alternativas continuas del bien al mal.

La historia, propiamente dicha, de la República florentina la empieza Maquiavelo en el año 1205, y llega á 1494. Aunque la segunda parte de esta obra sea algo inferior á la primera, tiene para la posteridad un interés inmenso, pues en ella se ve la clave y el plan de la política de los Médicis.

Se censura en Maquiavelo la frialdad, la indiferencia con que narra los sucesos, merezcan elogio ó vituperio, sin calificarlos, y fijándose sólo en la importancia de las consecuencias; pero esto no dependía tanto de su carácter, como del deseo de aparecer imparcial, porque el mismo defecto se echá de ver en la clásica *Historia de Italia*, de Guicciardini, donde ya no se refieren las luchas entre italianos, sino la destrucción de la libertad é independencia de Italia por extranjeros, y cabía mejor que en la *Historia de Florencia* la expresión del patriotismo contra los invasores.

Además, Maquiavelo, al escribir esta *Historia*, luchaba con una dificultad casi insuperable, que sólo su genio pudo vencer. Era enemigo de la política y de la casa de los Médicis, y la escribía por orden y á costa de un Médicis. No podía, pues, inclinarse en sus juicios y apreciaciones, ni en favor ni en contra de los Médicis, y prefirió, haciendo exacta narración de los sucesos, dejar al lector el cuidado de estimar la moralidad de las acciones.

Además de las obras ya citadas, escribió Maquiavelo la titulada el *Arte de la guerra*, en que, en forma de diálogo, trata de la organización de los ejércitos y pone de manifiesto la ventaja de la infantería, arma que en la Edad Media, y aun en el siglo XVI, no fué tan estimada como la caballería.

Sin duda por los conocimientos que demostró en estas materias, el papa Clemente VII le encargó, en unión de algunos arquitectos militares, la restauración de los muros

de Florencia, y después le envió á las órdenes de Francisco Guicciardini, Comisario del Papa en el ejército de la Liga de los Estados italianos contra el emperador Carlos V. Estas ocupaciones apenas dieron alimento á su extraordinaria actividad, ni sus trabajos impidieron el asalto y saco de Roma por el duque de Borbón en 1527, año en que dejó esta vida el célebre florentino.

No es cierto que muriera, como, según Varchi, creyeron muchos, de pesar, al ver que era preferido un escritor de poco valer, Donato Giannotti, para el cargo de secretario de Estado, que Maquiavelo esperaba desempeñar nuevamente; porque su muerte fué anterior al nombramiento de Giannotti. Otros dijeron que había sido envenenado, sin duda por el contenido de la siguiente carta que uno de sus hijos escribió á Francisco Nelli, profesor en la Universidad de Pisa.

«Con lágrimas en los ojos os digo que el 22 de este mes, nuestro padre Nicolás ha muerto de dolores de entrañas, causados por un medicamento que tomó el día 20. Confesó sus pecados con el P. Mateo, que le ha acompañado hasta el último momento. Ya sabéis que nuestro padre nos deja en gran pobreza.»

No puede deducirse de esta carta si la muerte de Maquiavelo, causada por la medicina que tomó, fué un hecho casual ó meditado envenenamiento.

Estuvo Maquiavelo casado con una hija de Luis Corsini, llamada María, de la cual tuvo cinco hijos: Pedro, autor de la citada carta, que fué caballero de San Juan

de Jerusalén; Guido, que entró en un monasterio; Bernardo y Luis, cuya suerte se ignora, y una hija, Baccia, que casó con Juan de Ricci.

Era Maquiavelo de mediana estatura, color cetrino y carácter seco. Su fisonomía, dura, pero de extraordinaria distinción, anunciaba una energía inflexible. Su conversación era amena, pero en las relaciones privadas usaba un tono dominante, que desaparecía al tratar de los asuntos e intereses políticos.

Dos siglos y medio pasaron sin que nadie pensara en tributar honra alguna á su memoria en Florencia, cuando en 1787, un gran señor inglés, lord Nassau-Clavering, conde de Cowper, le hizo construir un mausoleo con esta inscripción:

«Tanto nomini nullum par elogium: Nicolaus Machiavelli obiit, anno A. P. V. MDXXVII.»

En tiempos posteriores han sido tributados á la memoria de Maquiavelo públicos honores. Cuando Italia llegó á ser una y libre, pagó su deuda al insigne florentino, que siempre aspiró á la unidad y á la libertad de su patria. El 3 de Mayo de 1869 se celebró con gran pompa en Florencia el Centenario de Maquiavelo, siendo puesta en la casa donde vivió y murió una lápida de mármol con esta concisa y enérgica inscripción:

«Á Maquiavelo, precursor audaz, inspirado, de la unidad nacional; al primero que enseñó á su patria á servirse de sus propias armas.»

HISTORIA DE FLORENCIA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Jerusalén; Guido, que entró en un monasterio; Bernardo y Luis, cuya suerte se ignora, y una hija, Baccia, que casó con Juan de Ricci.

Era Maquiavelo de mediana estatura, color cetrino y carácter seco. Su fisonomía, dura, pero de extraordinaria distinción, anunciaba una energía inflexible. Su conversación era amena, pero en las relaciones privadas usaba un tono dominante, que desaparecía al tratar de los asuntos e intereses políticos.

Dos siglos y medio pasaron sin que nadie pensara en tributar honra alguna á su memoria en Florencia, cuando en 1787, un gran señor inglés, lord Nassau-Clavering, conde de Cowper, le hizo construir un mausoleo con esta inscripción:

«Tanto nomini nullum par elogium: Nicolaus Machiavelli obiit, anno A. P. V. MDXXVII.»

En tiempos posteriores han sido tributados á la memoria de Maquiavelo públicos honores. Cuando Italia llegó á ser una y libre, pagó su deuda al insigne florentino, que siempre aspiró á la unidad y á la libertad de su patria. El 3 de Mayo de 1869 se celebró con gran pompa en Florencia el Centenario de Maquiavelo, siendo puesta en la casa donde vivió y murió una lápida de mármol con esta concisa y enérgica inscripción:

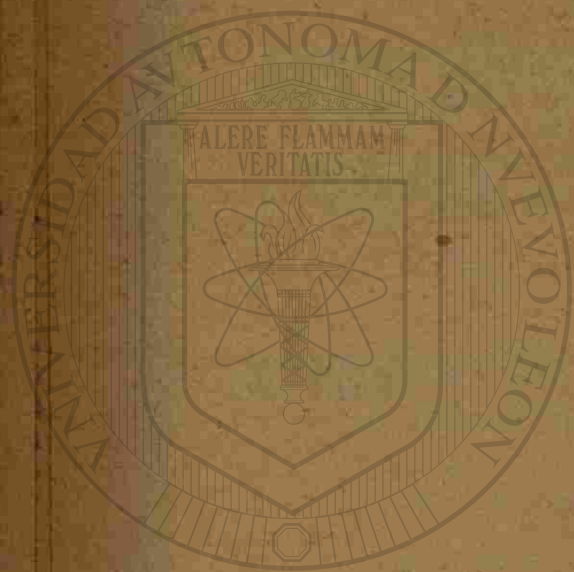
«Á Maquiavelo, precursor audaz, inspirado, de la unidad nacional; al primero que enseñó á su patria á servirse de sus propias armas.»

HISTORIA DE FLORENCIA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





AL SANTÍSIMO Y BEATÍSIMO PADRE

NUESTRO SEÑOR

CLEMENTE VII

SU HUMILDE SERVIDOR

NICOLÁS MAQUIAVELO

Vuestra Santidad, Beatísimo y Santísimo Padre, antes de ascender al Pontificado, me encargó escribiese los hechos realizados por el pueblo florentino, y en el cumplimiento de esta comisión he empleado toda la diligencia y habilidad que la naturaleza y la experiencia me han dado.

Llego en mi narración á la época en que, por la muerte del Magnífico Lorenzo de Médicis, cambió la fortuna (1) de Italia, y exigiendo los sucesos posterior-

(1) El texto dice *forma*, pero en el códice Laurentino se lee *fortuna*.

res, por su mayor importancia y grandeza, ser descritos con más elevado estilo, juzgo oportuno reducir á un volumen cuanto hasta dicha época he narrado, y presentarlo á Vuestra Santidad, á fin de que comience á gustar en parte el fruto de la semilla que sembró y de mis tareas.

Leyendo lo escrito, verá Vuestra Santidad, primero, al comenzar la decadencia del Imperio Romano en Occidente, con cuántas ruinas y con cuántos príncipes varió durante muchos siglos Italia sus Estados; verá cómo el Pontífice, los venecianos, el reino de Nápoles y el ducado de Milán alcanzaron el primer rango y el mayor poder en esta comarca; verá cómo su patria, apartándose, por sus disensiones, de la obediencia á los Emperadores, vivió dividida hasta que á la sombra de Vuestra Casa empezó á ser gobernada.

Y porque Vuestra Santidad me ordenó especialmente que al escribir los hechos de sus antepasados lo hiciera apartándome notoriamente de toda adulación (porque tanto le agrada oír de los hombres alabanzas justas, como le enojan las fingidas y tributadas por complacencia), dudó si al describir la bondad de Juan, la sabiduría de Cosme, la humildad de Pedro y la espléndida y prudencia de Lorenzo, parecerá á Vuestra Santidad que he faltado á sus órdenes; de lo cual me defendiendo ante Vuestra Santidad, y ante todos aquellos á quienes estas descripciones desagraden por creerlas poco fieles, con decir que al encontrar llenas de tales elogios las memorias

de cuantos en diferentes tiempos han escrito de ellos, ó debía reproducir las alabanzas cual las hallaba, ó, como envidioso, callarlas. Y si bajo aquellas excelentes obras ocultábase una ambición contraria al bien común, como algunos dicen, yo que no la conozco no estoy obligado á consignarla; pues en toda mi narración jamás he querido excusar un acto malo con motivo honroso, ni denigrar una obra laudable suponiéndola hecha con propósito contrario.

Que prescindiendo por completo de la adulación se conoce en todas las partes de mi historia, y especialmente en los discursos y razonamientos públicos y privados, directos ó indirectos, en los cuales, tanto en las frases como en el sentido, sin reserva alguna pongo de manifiesto el carácter de la persona que habla, prescindiendo siempre de calificativos odiosos, como innecesarios para la verdad y dignidad de la historia. Ninguno de cuantos imparcialmente leen mis escritos podrá tacharme de adulador, sobre todo al ver lo poco que hablo de la memoria del padre de Vuestra Santidad, por causa de la brevedad de su vida que no le permitió darse á conocer, ni á mí ilustrarla en mis escritos, aunque sus obras fueron sobradamente grandes y magníficas, habiendo engendrado á Vuestra Santidad, beneficio que contrapesa los de sus antepasados hasta los más lejanos, y harán duradera su fama en más siglos que años de vida le quitó su desdichada fortuna.

He procurado, por tanto, Santísimo y Beatísimo Pa-

dre, satisfacer á todos en mis descripciones sin faltar á la verdad, y acaso no haya satisfecho á nadie; cosa que no me maravillaría, porque juzgo imposible, sin ofender á muchos, describir los sucesos de sus tiempos. Acudo, sin embargo, contento al campo, esperando que de igual suerte que me honra y sostiene la bondad de Vuestra Beatitud, me ayudarán y defenderán las armadas legiones de su santísimo juicio, y con igual ánimo y confianza que hasta ahora he escrito, continuaré mi empresa mientras la vida no me falte y Vuestra Santidad no me abandone.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Era mi intento, cuando determiné escribir la historia interna y externa del pueblo florentino, empezar la narración en el año de la religión cristiana MCCCCXXXIV, en cuya época la familia de los Médicis, por los méritos de Cosme y de Juan su padre, llegó á mayor autoridad que ninguna otra en Florencia, porque creía que maese Leonardo d'Arezzo y maese Poggio, excelentes historiadores, habrían referido minuciosamente todos los anteriores sucesos.

Pero cuando leí con detención sus obras por ver el orden y método que empleaban, para que, imitándolos, aprobaran mejor los lectores mi historia, encontré que en la narración de las guerras que los florentinos mantuvieron con príncipes y pueblos extranjeros, nada olvidaron; pero de las discordias civiles y de las enemistades intestinas, como de los efectos que produjeron, callaron una parte y otra la describieron tan rápidamente que su lectura no produce utilidad ni placer.

Creo que así lo hicieron, ó por parecerles tales sucesos tan insignificantes que los juzgaron indignos de consignarlos en la historia, ó por temor de ofender á los des-

cendientes de aquellos á quienes en sus narraciones tuvieran que censurar.

Ambos motivos parécenme indignos de grandes hombres (perdóneseme la frase), porque lo que más agrada y enseña en la historia es la narración de los sucesos interesantes, y ninguna lección es tan útil á los ciudadanos que gobiernan la república como la que pone de manifiesto las causas de los odios y de las divisiones en la ciudad; para que, instruidos por el peligro de otros, mantengan la concordia. Si interesan los ejemplos de la historia de otras repúblicas, mucho más conmueven los que de la propia se leen, y son mucho más útiles; y si las divisiones en las otras repúblicas han sido notables, en la de Florencia fueron notabilísimas, pues la mayoría de las repúblicas de que tenemos noticia contentáronse con una división que, según los accidentes, ora engrandecía, ora arruinaba su ciudad; pero Florencia, no contenta con una, ha engendrado muchas.

En Roma, como todo el mundo sabe, expulsados los reyes, nació la discordia entre la nobleza y la plebe, durando hasta el fin de la república. Lo mismo sucedió en Atenas y en todas las repúblicas que en aquel tiempo florecían; pero en Florencia hubo primero discordia entre los nobles, después entre los nobles y el pueblo, y últimamente entre el pueblo y la plebe; ocurriendo muchas veces que, triunfante uno de estos partidos, se dividía en dos; divisiones que produjeron tantas muertes, tantos destierros, tanta extinción de familias, que no pueden compararse á las de ninguna otra ciudad de que se tenga memoria.

Y en verdad opino que el ejemplo que mejor demuestra el poder de nuestra ciudad, es el de estas dis-

cordias, capaces de anular cualquier otra más poderosa república, mientras la nuestra parecía tomar con ellas mayor fuerza. ¡Tanta era la virtud de aquellos ciudadanos y el poder de su ingenio y ánimo para engrandecerse y engrandecer á su patria, que los que escapaban de aquellos desastres, lograban con su energía enaltecerla más que había podido oprimirla y despoblarla el rigor de los accidentes desdichados!

Ciertamente, de ser Florencia tan feliz que, libre del Imperio, hubiera organizado un régimen capaz de mantener la concordia, no sé qué república antigua ni moderna la fuese superior. Tan repleta hubiera llegado á estar de virtudes belicosas é industriales.

Porque se ve que apenas arrojó de sí á los Gibelinos, tan numerosos, que llenaban Toscana y Lombardía, los Güelfos, con los que quedaron dentro de la ciudad, en la guerra contra Arezzo, un año antes de la jornada de Campaldino, reunieron entre los ciudadanos mil doscientos hombres de armas y doce mil infantes. Después, en la guerra contra Felipe Visconti, duque de Milán, apelando á la industria y no á la fuerza (por carecer entonces de ejército) en los cinco años que duró aquella gacstaron los florentinos tres millones quinientos mil florines, y una vez terminada, no contentos con la paz, para mostrar aún más el poder de su ciudad, pusieron sitio á Lucca.

No veo, pues, que haya motivo alguno para dejar de describir detalladamente estas discordias, y si á los nobilísimos escritores antes citados les contuvo el no ofender la memoria de quienes tenían que hablar, se engañaron, demostrando conocer poco la ambición de los hombres y el deseo que tienen de perpetuar el nombre

de sus antepasados y el suyo propio; no recordando que muchos, sin ocasión de conquistar fama con obra meritoria, se ingenian para adquirirla con actos abominables, y no considerando que los hechos que llevan en sí grandeza, como los de la gobernación y negocios de Estado, de cualquier modo que se realicen, cualquiera que sea su resultado, parece que siempre proporcionan á sus autores más honra que vituperio.

Apreciando yo estas cosas, me hicieron mudar de propósito, y determiné empezar mi historia por el principio de nuestra ciudad. Y no teniendo intención de ocupar lugar ajeno, describiré particularmente hasta 1434 sólo lo ocurrido dentro de la ciudad, no diciendo de las cosas de fuera más que lo necesario para la inteligencia de las de dentro. Pasado el año de 1434 narraré los sucesos interiores y exteriores. Además, para la mejor inteligencia de esta historia, describiré en cada época, antes de tratar de Florencia, por qué medios quedó Italia sujeta á los potentados que la gobernaban.

Estas cosas relativas á Italia en general, y en particular á Florencia, comprenderán cuatro libros. En el primero narraré brevemente lo ocurrido en Italia después de la decadencia del Imperio romano hasta 1434; el segundo se extenderá desde el principio de la ciudad de Florencia hasta la guerra que, después de la expulsión del Duque de Atenas, se hizo contra el Pontífice; el tercero terminará en 1414 con la muerte del rey Ladislao de Nápoles, y con el cuarto llegaremos á 1434, desde cuya fecha describiré tanto los sucesos interiores como los exteriores, hasta el tiempo en que vivimos.

HISTORIA DE FLORENCIA.

LIBRO PRIMERO.

SUMARIO.

- I. Ocupan los Bárbaros el Imperio romano.—II. Los Francos y Borgoñones dan nombre á Francia y Borgoña; los Hunos á Hungría, los Anglos á Inglaterra.—III. Los Hunos y los Vándalos recorren Italia.—IV. Teodorico y los Ostrogodos.—V. La lengua moderna. Grandes mudanzas en el mundo.—VI. Muere Teodorico: Belisario combate á los Godos, vencidos después por Narses.—VII. Justino reorganiza á Italia.—VIII. Reino de los Longobardos.—IX. Cómo llegaron á ser poderosos los Papas.—X. El Papa pide auxilio á Pipino contra los Longobardos.—XI. Carlomagno, y fin de los Longobardos.—XII. Pasa el Imperio á Alemania.—XIII. Orden y división de los Estados italianos.—XIV. Nicolás III establece que la elección de Papa la hagan los Cardenales.—XV. Alejandro II excomulga á Enrique II y libra á sus súbditos del juramento de fidelidad. Güelfos y Gibelinos.—XVI. Los Normandos fundan el reino de Nápoles.—XVII. Urbano II va á Francia y predica la primera Cruzada. Órdenes de caballería de Jerusalén y de los Templarios. Fin de la Cruzada.—XVIII. Muere la condesa Matilde, dejando su Estado á la Iglesia. Federico Barbarroja. Sus querellas con Alejandro III. Liga lombarda.—XIX. Muerte de Tomás Becket. Retracción que hace el Rey de Inglaterra. Federico se reconcilia con el Papa. Su muerte.—XX. El reino de Nápoles pasa á la casa de Suavia. Órdenes de los Dominicos y de los Franciscanos.—XXI. Principio de la grandeza de la casa de Este. División de ciudadanos y señores en Güelfos y Gibe-

linos. Federico II.—XXII. Muerte de Federico II, que deja el reino á su hijo Conrado. Cae el reino bajo la tutela de Manfredo, bastardo de Federico. Enemistad de Manfredo con la Iglesia, por la cual el Papa llama á Italia á Carlos de Anjou, y le da la investidura del reino de Nápoles y de Sicilia. Batallas de Benevento y de Tagliacozzo.—XXIII. Inquieta política de los Papas por ser señores de toda Italia.—XXIV. Vísperas sicilianas.—XXV. Muchas ciudades de Italia compran su independencia al emperador Rodolfo—XXVI. Institución del Jubileo, que funda Bonifacio VIII. Clemente V traslada la Sede Pontificia á Avignon. Arrigo de Luxemburgo baja á Italia con propósito de unificarla y pacificarla. Sitia en vano á Florencia, y muere en Buonconvento á mitad de su empresa.—XXVII. Los Visconti se hacen señores de Milán y expulsan de allí á los Torriani. Juan Galeazzo, primer duque de Milán.—XXVIII. Luis el Bávaro y Juan, rey de Bohemia, llegan á Italia. Liga de las ciudades italianas contra Juan y el Papa.—XXIX. Origen de Venecia; su engrandecimiento y decadencia.—XXX. Discordia entre Benedicto XII y el emperador Luis.—XXXI. Nicolás de Rienzo, tribuno de Roma, intenta restablecer en ella el antiguo régimen republicano.—XXXII. El Jubileo se reduce á cincuenta años. La reina Juana dona Avignon á la Iglesia. El cardenal D. Gil de Albornoz restaura en Italia el poder de los Papas. Guerra entre Genoveses y Venecianos por la posesión de la isla de Tenedos. Primer uso de la artillería en Italia.—XXXIII. Turbulencias de la Iglesia en Nápoles y en Lombardia.—XXXIV. Compañías de aventureros. Verona se entrega á Venecia.—XXXV. Discordias entre el papa Inocencio VI y el pueblo de Roma por causa de las franquicias. Concilio de Pisa.—XXXVI. Concilio de Constanza y fin del cisma que produjeron los tres antipapas Gregorio XII, Benedicto XIII y Juan XXII.—XXXVII. Felipe Visconti recupera su Estado.—XXXVIII. Juana II, reina de Nápoles. Sus maldades.—XXXIX. Estado político de Italia á mediados del siglo xv.

I. Los pueblos que habitan al norte del Rhin y del Danubio, ocupando regiones feraces y sanas, llegan á

ser á veces tan numerosos, que muchos vense obligados á abandonar el patrio suelo en busca de nuevas tierras donde vivir. Cuando alguns de aquellas provincias quiere librarse del exceso de población, divide ésta en tres partes, de forma que en cada una de ellas haya igual número de nobles y plebeyos, de ricos y de pobres y, echadas suertes, la parte á quien le toca va en busca de fortuna, y las otras dos, descargadas de un tercio de la población, gozan de los bienes de la patria.

Estos pueblos fueron los destructores del Imperio Romano, proporcionándoles la ocasión los mismos Emperadores que, al abandonar á Roma, antigua capital, y fijar su residencia en Constantinopla, debilitaron la parte occidental del Imperio, por quedar menos vigilada y más expuesta á las rapiñas de sus ministros y de sus enemigos. Y en verdad para destruir tan gran Imperio, cimentado con la sangre de tantos hombres insignes, era preciso que hubiera tanta desidia en los príncipes y tanta infidelidad en sus ministros como fuerza y obstinación en los invasores, pues no fué un pueblo, sino muchos los que para su ruina se conjuraron.

El primero de los pueblos septentrionales que vino contra el Imperio, después de los Cimbrios, á quienes venció Mario, ciudadano romano, fué el Visigodo, nombre que en su lengua significa, lo mismo que en la nuestra, Godo occidental. Este, después de algunas contiendas en los confines del Imperio, por concesión de los Emperadores, vivió largo tiempo establecido en las márgenes del Danubio.

Por varios motivos y en distintas épocas invadieron los Visigodos repetidas veces las provincias romanas; mas el poder de los Emperadores los refrenó siempre, y el últi-

mo que gloriosamente los venció fué Teodosio, de tal suerte que, sometidos á su obediencia, no eligieron rey sino, contentos con el estipendio concedido, vivian bajo su gobierno y militaban bajo sus banderas.

Muerto Teodosio, cambiaron el príncipe y los tiempos. Sus hijos Arcadio y Honorio heredaron el Imperio, pero no el valor y la fortuna del padre. Había puesto Teodosio tres gobernadores para las tres partes del Imperio: Rufino, la oriental; Stilicón, la occidental, y Gildón, la africana, todos los cuales, á la muerte del Emperador, determinaron no regirlas como gobernadores, sino como príncipes poseerlas. Gildón y Rufino fracasaron al comienzo de su empresa; pero Stilicón, sabiendo disimular mejor sus intentos, procuró ganarse la confianza de los nuevos Emperadores, y al mismo tiempo perturbar de tal suerte el Imperio, que le fuera fácil dominarlo después. Para granjearles la enemistad de los Visigodos les aconsejó negar á éstos las acostumbradas pagas, y pareciéndole que no eran tales enemigos bastantes para desordenar el Imperio, mandó que los Borgoñones, Francos, Vándalos y Alanos, pueblos también septentrionales, y ya en camino para buscar nuevas tierras, invadieran las provincias romanas.

Privados los Visigodos de las pagas, para organizarse bien y vengar la injuria eligieron rey á Alarico, y acometiendo al Imperio, después de muchas peripacias, asolaron Italia y tomaron y saquearon á Roma.

Después de esta victoria murió Alarico, sucediéndole Ataulfo, que tomó por esposa á Placidia, hermana de los Emperadores, y por este parentesco convino con ellos en ir á socorrer la Galia y la España, provincias que, por la causa antedicha, habían invadido los Vándalos,

Borgoñones, Alanos y Francos. De esto resultó que los Vándalos, que habían ocupado la parte de España llamada Bética, combatidos rudamente por los Visigodos, y no teniendo salida, fueron llamados por Bonifacio, que á nombre del Imperio gobernaba el Africa, para que ocuparan aquella provincia porque, habiéndose rebelado, temia llegara á saberlo el Emperador. Tal fué el motivo de acometer los Vándalos de buen grado esta empresa, y, á las órdenes de su rey Genserico, se apoderaron de Africa.

Entretanto, sucedió en el trono imperial Teodosio, hijo de Arcadio, el cual, preocupándose poco de los asuntos de Occidente, dió ocasión á estos pueblos para pensar en los medios de poseer lo conquistado.

II. De esta suerte dominaron los Vándalos en Africa y los Alanos y Visigodos en España. Los Francos y Borgoñones no sólo se apoderaron de la Galia, sino que dieron su nombre á la parte que cada uno ocupó, llamándose una Francia y otra Borgoña.

El feliz éxito de estas empresas animó á otros pueblos para la destrucción del Imperio, y los Hunos ocuparon la Pannonia, provincia situada al lado de acá del Danubio, que hoy, por el nombre de los Hunos, se llama Hungría.

Añadióse á este desorden que, al verse el Imperio acometido por tantas partes, por tener menos enemigos comenzó á hacer convenios, ora con los Vándalos, ora con los Francos, cosa que aumentaba el poder y la autoridad de los Bárbaros, disminuyendo la del Imperio.

La isla de Bretaña, que hoy se llama Inglaterra, no se vió libre de tanta ruina, porque temiendo los Bretones á los pueblos que habían ocupado la Francia, y no

viendo posibilidad de que el Emperador los defendiera, llamaron en su auxilio á los Anglos, pueblo germánico. Los Anglos aceptaron la empresa, y al mando de su rey Vátigerio los defendieron primero, y después los expulsaron de la isla, constituyéndose en sus habitantes y llamándole, de su nombre, Anglia. Pero los anteriores habitantes, despojados de su patria, por necesidad fueron audaces: no habiendo podido defender su tierra, pensaron ocupar la ajena y, pasando con sus familias el mar, se apoderaron de los lugares más próximos á la costa, comarca á la cual, de su nombre, llamaron Bretaña.

III. Los Hunos que, según hemos dicho, habían ocupado la Pannonia, se unieron con otros pueblos llamados Gépidos, Érulos, Turingios y Ostrogodos, ó sea Godos de oriente, y pusieron en camino, en busca de nuevas tierras. No pudiendo entrar en Francia, que defendían otros Bárbaros, dirigieron á Italia al mando de Atila, su rey, que poco antes, para ocupar solo el trono, había muerto á su hermano Bleda y llegado á ser, por este fratricidio, poderosísimo; quedando como súbditos suyos Andarico, rey de los Gépidos, y Velamiro, rey de los Ostrogodos.

Venido á Italia, sitió Atila á Aquilea, y estuvo allí dos años sin encontrar otro obstáculo, arrasando toda la tierra comarcana y dispersando sus habitantes, lo cual, como oportunamente diremos, dió origen á la ciudad de Venecia. Después de la toma y destrucción de Aquilea y de otras muchas ciudades, dirigióse contra Roma, no arruinándola á ruegos del Pontífice, cuya majestad influyó tanto en su ánimo, que salió de Italia y volvió á Austria, donde murió.

A su muerte, Velamiro, rey de los Ostrogodos, y los

jefes de los otros pueblos empuñaron las armas contra sus hijos Tenderico y Eurio, matando al uno y obligando al otro á pasar con los Hunos el Danubio y volver á sus tierras. Los Ostrogodos y los Gépidos se posesionaron de la Pannonia; los Érulos y los Turingios de la orilla izquierda del Danubio.

Cuando Atila partió de Italia, Valentiniano, emperador de Occidente, intentó reorganizarla, y para defenderla mejor de los Bárbaros abandonó á Roma y fijó su residencia en Ravena.

Las calamidades que sufría el Imperio de Occidente fueron causa de que el Emperador, que habitaba en Constantinopla, concediera la posesión de aquél á otros, como cosa ocasionada á muchos gastos y muchísimos peligros, y muchas veces también los Romanos, sin su permiso, y viéndose abandonados, nombraban para defenderlo un Emperador, y aun alguno por propia autoridad usurpaba el Imperio, como lo hizo á la muerte de Valentiniano el romano Máximo, obligando á Eudoxia, esposa de aquél, á casarse con él.

Deseando Eudoxia vengar la injuria, y no pudiendo sufrir, por ser de sangre imperial, el casamiento con un simple ciudadano, impulsó secretamente á Genserico, rey de los Vándalos y señor del Africa, á venir á Italia, mostrándole lo fácil y provechoso de la conquista. La esperanza del botín le hizo acudir seguidamente, y encontrando abandonada á Roma, la saqueó, permaneciendo en ella catorce días. También tomó y saqueó otras muchas ciudades de Italia y repleto él y su ejército de botín, volvió á Africa.

Regresaron á Roma los romanos y, muerto Máximo, nombraron Emperador á su conciudadano Avito.

Después de larga serie de sucesos en Italia y fuera de ella, y de la muerte de muchos Emperadores, ascendió al trono imperial de Constantinopla Zenón, y Orestes y su hijo Augústulo al de Roma, ocupando por astucia el Imperio; y mientras por la fuerza procuraban sostenerse, los Érulos y los Turingios, que después de la muerte de Atila se situaron, según dije, en la orilla izquierda del Danubio, coligándose y al mando de Odoacro, vinieron á Italia. Las comarcas que abandonaban las ocuparon los Longobardos, pueblo también septentrional, que conducía Godogo, su rey; y éstos fueron, como en momento oportuno diremos, la última calamidad de Italia.

Llegó á Italia Odoacro, venció y mató á Orestes junto á Pavia, y Augústulo huyó. Después de esta victoria, para que el gobierno de Roma cambiase hasta del título, preescindió Odoacro del de Emperador y se hizo llamar rey de Roma. Fué éste el primero de todos los jefes de pueblos que entonces recorrían el mundo que se estableció en Italia, pues los otros, ó por temor de no poderse mantener en ella, ó por otros motivos desconocidos, la habían saqueado, buscando después otras comarcas donde asentarse.

IV. El antiguo Imperio Romano estaba entonces gobernado por los siguientes príncipes: Zenón reinaba en Constantinopla y dominaba todo el Imperio de Oriente; los Ostrogodos poseían la Mesia y la Pannonia; los Visigodos, Suevos y Alanos, la Gascuña y la España; los Vándalos, África; los Francos y Borgoñones, Francia, y los Érulos y Turingios, Italia.

El reino de los Ostrogodos lo regía Teodorico, sobrino de Velamiro, el cual, por ser amigo del empera-

dor de Oriente Zenón, le escribió que á sus Ostrogodos parecía cosa injusta, siendo superiores en valor á los demás pueblos, ser inferiores en dominación, y que le era imposible contenerlos dentro de los límites de Pannonia; de suerte que, obligado á dejarles tomar las armas é ir en busca de nuevas tierras, quería antes decírselo, para que previniese la irrupción concediéndoles alguna comarca en que, por su benevolencia, pudieran vivir con más dignidad y holgura.

Zenón, parte por miedo, parte por el deseo que tenía de arrojar de Italia á Odoacro, concedió á Teodorico venir contra él y posesionarse de Italia. Éste partió sin tardanza de Pannonia, dejando allí á los Gépidos, pueblo amigo suyo; vino á Italia, amenazó á Odoacro y á su hijo y, con el ejemplo de aquél, tomó el título de rey de Italia y fijó su residencia en Ravena, por los mismos motivos que tuvo el emperador Valentiniano para residir allí.

Fué Teodorico hombre excelente en paz y guerra. En ésta siempre vencedor y en aquella grandemente benéfico para la ciudad y su pueblo. Distribuyó sus Ostrogodos en las poblaciones con sus capitanes para que en la guerra los mandaran y en la paz los gobernasen. Engrandeció á Ravena, restauró á Roma, y excepto los mandos militares, devolvió á los romanos todos los demás honores. Contuvo dentro de sus tierras, no por la fuerza de las armas, sino por el prestigio de su autoridad, á todos los reyes bárbaros que ocupaban el Imperio. Edificó ciudades y fortalezas entre la punta del mar Adriático y los Alpes, para impedir fácilmente el paso á nuevos bárbaros que quisieran invadir á Italia. Y si tanto mérito no lo obscurecieran al final de su vida

algunas crueldades, por sospechas de crímenes de Estado, como la muerte de Simmaco y de Boezio, hombres venerables, su memoria sería digna de toda clase de elogios, porque por su valor y su bondad, no sólo Roma é Italia, sino todas las demás partes del Imperio de Occidente, libres de las calamidades que durante largos años les habían hecho sufrir las irrupciones de los Bárbaros, se reanimaron, viviendo ordenada y felizmente.

V. Los tiempos más calamitosos para Italia y para las demás provincias sujetas á las irrupciones de los Bárbaros, fueron en verdad los que mediaron desde Arcadio y Honorio hasta Teodorico. Porque si se considera cuánto daño ocasiona á una república ó á un reino variar de rey ó de gobierno, no por fuerza exterior, sino por civil discordia; si se ve que con pocas variaciones las repúblicas y los reinos poderosos se arruinan, fácil es imaginar cuánto padecieron Italia y las demás provincias romanas en aquel tiempo, pues no sólo cambiaron de monarcas y gobiernos, sino de leyes, costumbres, modo de vivir, religión, idioma, traje y nombre. La idea de cada cual de estas cosas, no de todas, sin verlas ni sufrirlas, espanta el ánimo más firme y constante.

De estos sucesos provino la ruina ó la fundación ó el crecimiento de muchas ciudades. Entre las destruidas fueron Aquilea, Luni, Chiusi, Popolania, Fiesole y otras muchas: entre las fundadas, Venecia, Siena (1), Ferrara, Aquila y otras muchas poblaciones y fortalezas que por brevedad no cito. Las que de pequeñas convirtieron en grandes fueron Florencia, Génova, Pisa, Milán, Nápoles y Bolonia, á lo que hay que añadir la

(1) Siena es de más remota antigüedad.

ruina y reconstrucción de Roma, y muchas que en distintos tiempos fueron destruidas y reedificadas.

Entre aquellas ruinas y aquellos pueblos nuevos se formaron nuevas lenguas, como son las que se hablan en Francia, España é Italia por la mezcla de los idiomas propios de los Bárbaros con la antigua lengua de los Romanos. Además fueron cambiados los nombres, no sólo de las provincias, sino de los lagos, ríos, mares y hasta de los hombres, porque Francia, Italia y España están llenas de nuevas denominaciones, completamente distintas de las antiguas, como se ve, sin contar otras muchas, las de Pó, Garda, Archipiélago, en nada conformes con sus anteriores nombres. Los hombres ya no se llaman César y Pompeyo, sino Pedro, Juan ó Mateo.

Pero entre todos estos cambios no fué el menos importante el de la religión; porque combatiendo las costumbres de la antigua fe con los milagros de la nueva, nacieron tumultos y discordias gravísimas entre los hombres. Y aunque permaneciendo una la religión cristiana, no hubieran sido menores los desórdenes; la lucha entre las Iglesias Griega, Romana y Ravenesa, y además la de las sectas heréticas con los católicos, por varios modos contristaron el mundo. Testigo de ello Africa, que sufrió muchos más trabajos por el arrianismo en que creían los Vándalos, que por su avaricia y natural crueldad.

Viviendo, pues, los hombres entre tantas persecuciones, reflejábese en sus miradas el espanto del ánimo, porque además de los infinitos males que sufrían, á muchos hasta faltaba el consuelo de implorar la ayuda de Dios, en quien todos los desdichados suelen esperar, que

inciertos los más sobre el Dios á quien debían acudir, faltos de ayuda y de esperanza, miserablemente morían.

VI. Mereció, pues, Teodorico grandes alabanzas por haber sido el primero que puso remedio á tantos males, de tal suerte, que en los treinta y ocho años de su reinado en Italia, la inmensa prosperidad borró por completo las huellas de los anteriores desastres. Pero al morir le sucedió en el trono Atalarico, hijo de su hija Amalásunta, y al poco tiempo, no causada la fortuna, renovó las calamidades en Italia, porque Atalarico murió poco después que su abuelo y, viniendo el cetro á manos de la madre, fué ésta víctima de la traición de Teodato, á quien llamó para que le ayudara á gobernar el reino. Teodato la mató y se proclamó rey; pero, llegando á ser por esto odioso á los Ostrogodos, creyó el emperador Justiniano que podría arrojarle de Italia, y designó para jefe de aquella empresa á Belisario, que ya había sujetado el Africa, expulsando á los Vándalos y sometiendo al Imperio.

Ocupó Belisario á Sicilia y, pasando de aquí á Italia, se apoderó de Nápoles y Roma. Los Godos, al ver esta catástrofe, amenazaron á su rey Teodato como causante de ella, y eligieron Rey en su lugar á Vitigio, quien, después de algunos combates, fué sitiado y preso por Belisario en Ravena. Pero cuando la victoria de éste no era aún decisiva, le quitó el mando Justiniano, sustituyéndole con Juan y Vital, que no se le parecían ni en el valor, ni en las costumbres. Con esto, los Godos cobraron ánimo, eligieron rey á Ildovado, que era gobernador de Verona, y después, porque fué muerto, ocupó el trono Totila, que derrotó el ejército del Emperador, recuperó la Toscana y Nápoles, y rechazó á los genera-

les del Imperio casi hasta los límites extremos de los Estados que Belisario había recuperado.

Justiniano entonces le ordenó volver á Italia; pero trajo escasas fuerzas y pronto perdió la fama que antes habla ganado, sin poderla reconquistar; porque Totila, cuando Belisario estaba con su ejército en Ostia, á su vista se apoderó de Roma y, no pudiendo conservarla ni queriendo abandonarla, la destruyó en gran parte, expulsó al pueblo y llevose consigo á los senadores. Sin cuidarse de Belisario, fué con el ejército á Calabria al encuentro de la gente que en ayuda de aquél venía de Grecia.

Viendo Belisario abandonada á Roma, acometió una empresa laudable, porque entró en la arruinada ciudad, con la mayor presteza posible reedificó sus muros y llamó á sus habitantes. Pero la fortuna se opuso al buen éxito de sus propósitos, pues acometido entonces Justiniano por los Parthos, llamó á Belisario, quien en obediencia á su señor, abandonó Italia, dejándola á la discreción de Totila. Tomó éste de nuevo á Roma, y tratóla con menos crueldad que la primera vez. A ruegos de San Benedicto, que tenía entonces gran fama de santidad, pronto determinó reconstruirla.

En tanto, Justiniano, que había hecho un tratado con los Parthos, intentó enviar nuevo ejército á Italia; pero se lo impidió un nuevo pueblo septentrional, el Esclavón que, pasando el Danubio, había invadido la Iliria y la Tracia, de modo que Totila la ocupó casi por completo.

Vencidos los Esclavones por Justiniano, mandó éste á Italia con un ejército al eunuco Narses, excelente hombre de guerra, quien venció y mató á Totila, y los res-

tos del ejército godo que quedaron de aquella derrota encerráronse en Pavia, y eligieron rey á Teia.

Por su parte Narses, después de la victoria, tomó á Roma, y, por último, batallando con Teia junto á Nocera, le venció y mató. Esta victoria destruyó la dominación de los Godos en Italia, donde reinaron setenta años, desde Teodorico hasta el rey Teia.

VII. Libre de los Godos Italia, murió Justiniano, y le sucedió en el trono su hijo Justino, quien por consejo de su mujer Sofia, destituyó á Narses del mando de Italia, y envió para sucederle á Longino. Éste fijó su residencia, como sus antecesores, en Ravena, y dió á Italia nueva forma, no nombrando gobernadores de las provincias, como habían hecho los Godos, sino en las ciudades y lugares de alguna importancia jefes, á quienes denominó *Duques*. En esta organización no honró más á Roma que á cualquier otra ciudad, quitándole, pues, sus consules y su Senado, dignidades que hasta entonces se habían conservado, la sometió al mando de un Duque que anualmente enviaba de Ravena, y se llamaba el Duque Romano. La autoridad que á nombre del Emperador estaba en Ravena y gobernaba toda Italia se llamó *Exarca*. Esta división facilitó la ruina de Italia, acelerando la ocasión de que la ocuparan los Longobardos.

VIII. Muy indignado Narses con el Emperador, porque le quitó el gobierno de aquella provincia que con su valor y su sangre había conquistado, y porque á Sofia no bastó injuriarle con la destitución, sino añadió frases ofensivas, diciendo que quería hacerle volver á hilar con los demás eunucos, persuadió á Alboino, rey de los Longobardos, que entonces reinaba en Pannonia, á que viniera á ocupar la Italia.

Los Longobardos, según antes hemos visto, entraron en las comarcas inmediatas al Danubio, que abandonaron los Érulos y los Turingios cuando su rey Odoacro los condujo á Italia. Permanecieron allí algún tiempo, y ascendido al trono Alboino, hombre audaz y feroz, pasaron el Danubio, pelearon con Conimundo, rey de los Gépidos, que dominaba la Pannonia, y le vencieron. Encontrando entre los prisioneros á Rosmunda, hija de Conimundo, se casó con ella Alboino y quedó dueño de Pannonia. Á impulsos de la ferocidad de su carácter, hizo del cráneo de Conimundo una taza, en la que bebía para celebrar aquella victoria.

Llamado á Italia por Narses, de quien fué amigo durante la guerra contra los Godos, dejó la Pannonia á los Hunos, que, según dijimos, á la muerte de Atila habían vuelto á su patria, y bajó á Italia. Encontrándola dividida en tantas partes, ocupó súbitamente á Pavia, Milán, Verona, Viena, toda la Toscana y la mayor parte de la Flaminia, llamada hoy Romaña. Pareciéndole, por tan rápidos triunfos, que era ya dueño de Italia, celebró en Verona un festín, y alegre por el exceso en la bebida, hizo presentar el cráneo de Conimundo, lleno de vino, á la reina Rosmunda, sentada frente á él, diciendo, en voz alta para que ésta pudiera oírlo, que en tan grande júbilo deseaba beber con su padre.

Esta frase fué una puñalada para aquella mujer, que determinó vengarse. Sabía que Almachilde, noble lombardo, joven y valeroso, era amante de una de sus sirvientas y convino con ésta en recibir á Almachilde, sustituyéndola ocultamente en el lecho. Acudió el joven á la cita en lugar obscuro, y creyendo estar con la sir-

viente, gozó á Rosmunda. Descubriose ésta seguidamente, mostróle que tenía que elegir entre, ó matar á Alboino y gozar de ella y del reino, ó ser muerto por él á causa de haber deshonrado á su esposa. Consintió Almachilde en matar á Alboino; pero después que lo mataron, viendo Almachilde y Rosmunda que no lograban apoderarse del reino, y temiendo aquél ser muerto por los Longobardos que amaban á Alboino, huyeron ambos con el tesoro regio á Ravena, donde Longino les recibió honrosamente.

Entretanto había muerto el emperador Justino, sucediéndole Tiberio, que, ocupado en la guerra con los Partos, no podía atender á Italia. Por ello pareció á Longino la ocasión propicia para ser, mediante Rosmunda y su tesoro, rey de los Longobardos y de toda Italia.

Consultó con ella este proyecto y la persuadió á que matase á Almachilde y se casara con él. Aceptado por Rosmunda, preparó una copa de vino envenenado, y con su propia mano la entregó á Almachilde, sediento al salir del baño. Apenas había bebido éste la mitad, sintiendo dolores en las entrañas y adivinando la causa, obligó á Rosmunda á beber el resto. Así murieron ambos á las pocas horas y privaron á Longino de la esperanza de ser rey.

Entretanto, los Longobardos, reunidos en Pavia, que era la capital de su reino, eligieron rey á Clefi, que reedificó á Imola, arruinada por Narsés, ocupó á Rimini y casi todo el país hasta Roma; pero en el curso de estas victorias murió.

Fué Clefi tan cruel, no sólo con los extranjeros, sino con los mismos Longobardos, que éstos, asustados del poder real, no quisieron elegir nuevo Rey, y entre ellos

nombraron treinta Duques para que ejercieran el gobierno. Esta determinación fué causa de que no llegaran á ocupar jamás toda la Italia, que su reino no pasara de Benevento, y que Roma, Ravena, Cremona, Mantua, Padua, Monselice, Parma, Bolonia, Faenza, Forli y Cesena, unas se defendieran largo tiempo y otras nunca fueran tomadas. Porque el no tener Rey hizo á los Longobardos menos dispuestos á la guerra, y cuando restablecieron la monarquía, el recuerdo de la libertad que habían gozado algún tiempo les indujo á ser menos obedientes y más inclinados á discordias, cosa que primero retardó su victoria y causó al fin su expulsión de Italia.

Estando en esta situación los Longobardos, convinieron con ellos Longino y los Romanos en que todos depondrían las armas, gozando cada cual lo que poseía.

IX. Comenzó en esta época á aumentar la autoridad que los Pontífices habían tenido anteriormente, porque los primeros sucesores de San Pedro eran reverenciados por la santidad de su vida y por los milagros; y el ejemplo de sus virtudes extendió tanto la religión cristiana, que los principes tuvieron que someterse á ella para poner remedio á la gran confusión que en el mundo reinaba. Convertidos los Emperadores al cristianismo, y saliendo de Roma para establecerse en Constantinopla sucedió, como decimos al principio, que el Imperio Romano decayó rápidamente, y rápidamente creció la influencia de la Iglesia Romana.

Sin embargo, hasta la llegada de los Longobardos, sometida toda Italia á los Emperadores ó á los Reyes, no ejercieron los Papas otra autoridad que la que les proporcionaba la veneración por sus virtudes y por su doctrina,

obedeciendo ellos á los Emperadores ó á los Reyes, que hicieron morir á algunos y de otros se valieron como ministros. Pero quien hizo que aumentara su influencia en los asuntos de Italia fué Teodorico, rey de los Godos, cuando fijó su residencia en Ravena porque, quedando Roma sin príncipe, los romanos por necesidad tuvieron que prestar más obediencia al Papa. Por esto, sin embargo, no creció mucho su autoridad, y sólo obtuvieron los Pontífices que la Iglesia de Roma tuviera preeminencia sobre la de Ravena.

Al llegar los Longobardos y dominar la mayor parte de Italia, dieron ocasión al Papa para ensanchar su influencia porque, siendo casi jefe de Roma, el Emperador de Constantinopla y los Longobardos le respetaban de tal suerte, que los romanos, mediante el Papa, no como súbditos, sino como iguales, se aliaron con los Longobardos y con Longino; y continuando los Papas siendo amigos, ora de los Longobardos, ora de los Griegos, crecía su influencia.

En esta época, y ocupando el trono Heraclio, empezó la ruina del Imperio de Oriente. Los Esclavones que antes mencionamos, acometieron de nuevo la Iliria, y, conquistándola, la llamaron, de su nombre, Esclavonia. Las demás partes de aquel Imperio fueron invadidas, primero por los persas, después por los sarracenos que con Mahometo salieron de Arabia, y, finalmente, por los turcos.

Perdió el Imperio la Siria, el Africa, el Egipto, y por tanta decadencia no podía encontrar el Papa en él defensa contra sus opresores.

Por otra parte, crecía la fuerza de los Longobardos, y pensó el Papa en la necesidad de procurarse nuevos

defensores, acudiendo al Rey de Francia. De suerte, que todas las guerras que en aquel tiempo hicieron los Bárbaros en Italia fueron en su mayor parte causadas por los Pontífices quienes llamaron las más veces á los Bárbaros que la invadieron. Este procedimiento dura en nuestros días, habiendo tenido y teniendo á Italia dividida y debilitada. Por tanto, la historia, desde aquellos tiempos á los nuestros, no habla de la decadencia del Imperio, completamente arruinado, sino del aumento del poder de los Pontífices y de algunos otros príncipes que, hasta la venida de Carlos VIII, gobernaron á Italia. Veráse cómo los Papas, primero por las censuras y después por las censuras y las armas, mezcladas con las indulgencias, eran temidos y venerados, y cómo por haber usado mal de unas y otras, perdieron todas y están á disposición ajena.

X. Pero continuando la narración, diré que ascendió al pontificado Gregorio III y al trono de los Longobardos Astolfo quien, faltó á los convenios hechos, ocupó á Ravena y declaró la guerra al Papa. Por esta causa, y no confiando, por las razones antedichas, el Papa en el Emperador de Constantinopla, cuyo poder era débil, ni fiando en la fe de los Lombardos, que varias veces le habían engañado, acudió á Pipino II que, de señor de Austrasia y Brabante, había llegado á ser rey de Francia, no tanto por sus méritos, como por los de su padre Carlos Martel y su abuelo Pipino. Porque Carlos Martel, siendo gobernador de este reino, alcanzó aquella memorable victoria contra los sarracenos junto á Tours, á orillas del río Loira, donde fueron muertos más de doscientos mil moros. De aquí que su hijo Pipino, por la fama y mérito del padre, llegara á ser rey de aquel rei-

no; y á él pidió auxilio el papa Gregorio contra los Longobardos sus enemigos. Prometió dárselo Pipino, pero, deseoso de ver antes al Papa y en su presencia honrarle, fué Gregorio á Francia, pasando por las tierras de sus enemigos los Longobardos, sin que éstos se lo impidieran. ¡Tanto era el respeto que se tenía á la religión!

El Rey de Francia le rindió acatamiento, é hizo que, al volver á Italia, le acompañara su ejército. Éste sitió á los Longobardos en Pavia, donde Astolfo, obligado por la necesidad, celebró convenio con los franceses, quienes hicieron el tratado á ruegos del Papa, que no quería la muerte de sus enemigos, sino su conversión y que viviesen.

Por este convenio prometió Astolfo devolver á la Iglesia todas las tierras que le había ocupado; pero al regresar el ejército de Pipino á Francia, faltó á lo prometido, y el Papa acudió de nuevo á este Rey. Por segunda vez envió sus tropas á Italia, venció á los Longobardos y tomó á Ravena, dándola, contra la voluntad del Emperador griego, al Papa, con toda la comarca que del Exarcado dependía, añadiendo el país de Urbino y el de la Marea.

Astolfo murió cuando estaba haciendo entrega de las tierras al Papa, y el lombardo Desiderio, que era Duque de Toscana, tomó las armas para ocupar el reino y pidió ayuda al Papa, prometiéndole su amistad y darle tanto como le ofrecieran los otros príncipes. Al principio cumplió su promesa Desiderio y continuó entregando las tierras al Pontífice, según el convenio hecho con Pipino.

En adelante no vinieron Exarcas de Constantinopla á Ravena, que se gobernó conforme á la voluntad del Papa.

XI. Muerto Pipino, sucedióle en el trono su hijo Carlos, que por sus grandes empresas fué llamado Magno. En el pontificado había sucedido Teodoro I al cual, por desavenencias con Desiderio, sitió éste en Roma. Pidió el Papa ayuda á Carlos, quien pasó los Alpes, sitió á Desiderio en Pavia, le hizo prisionero con su hijo y les envió á Francia. Visitó al Papa en Roma, y declaró que el Pontífice, vicario de Dios, no podía ser juzgado por los hombres. El Papa y el pueblo romano lo hicieron Emperador.

De esta suerte comenzaron de nuevo los Emperadores en Occidente; pero en vez de confirmar el Emperador al Papa, empezó á tener necesidad del Papa para la elección, perdiendo el Imperio la supremacía y adquiriéndola la Iglesia que, por tales medios, aumentaba su autoridad sobre los príncipes temporales.

Hacia doscientos treinta y dos años que estaban los Longobardos en Italia, y no tenían ya de extranjeros más que el nombre. Queriendo Carlos reorganizar Italia en tiempo del papa León III, consintió que siguieran habitando en la comarca donde se habían criado, y que, de su nombre, se llamara Lombardía; y para que respetaran el nombre romano, determinó que la parte de Italia lindante con ellos, y que estaba antes sometida al Exarcado de Ravena, se llamara Romaña. Además nombró rey de Italia á su hijo Pipino, cuya jurisdicción se extendía hasta Benevento, poseyendo lo demás el Emperador griego, con el cual hizo Carlos un convenio.

Ascendió en este tiempo al pontificado Pascual I, y entonces los párrocos de la diócesis de Roma, porque estaban más cerca del Papa y asistían á su elección, para enaltecer su potestad con un título espléndido, empeza-

ron á llamarse Cardenales, y se arrogaron tantas facultades, sobre todo después de excluir al pueblo romano de la elección de los Pontífices, que rara vez resultaba elegido alguno que no fuera Cardenal. Así, pues, muerto Pascual, fué elegido pontífice Eugenio II, del capitulo de Santa Sabina.

Después que Italia estuvo en manos de los franceses, mudó en parte de forma y organización, por adquirir el Papa en lo temporal mayor autoridad. Ellos trajeron los títulos de condes y marqueses, como antes Longino, exarca de Ravena, creó los de duques.

Ascendió después al pontificado el romano Osporco, y por la fealdad de su nombre se hizo llamar Sergio; empezando así la mutación de nombre que hacen los Papas al ser elegidos.

XII. Muerto el emperador Carlos, le sucedió su hijo Luis y, al morir éste, hubo tantas discordias entre sus hijos, que, en tiempo de sus nietos, perdió la casa de Francia el Imperio, siendo entregado á Alemania. Llamose Arnoldo el primer emperador alemán.

Y no sólo la familia de Carlos perdió por sus discordias el Imperio, sino también la Italia, porque los Lombardos, recobrando la fuerza, ofendían al Papa y á los romanos; tanto, que el Pontífice, no sabiendo á quién acudir, nombró por necesidad rey de Italia á Berenguer, duque del Friuld.

Estos sucesos inspiraron á los Hunos, que se encontraban en Pannonia, la resolución de invadir la Italia. Combatieron con Berenguer, pero viéronse obligados á volver á su provincia, que, de su nombre también, se llamaba Hungría.

Era entonces emperador de Oriente, Romano que,

siendo prefecto del ejército, había usurpado el Imperio á Constantino, y porque durante estas novedades se habían rebelado la Pulla y la Calabria que, según antes dijimos, obedecían al Imperio, indignado por la rebelión, permitió á los sarracenos pasar á estas provincias, como lo hicieron, apoderándose de ellas, y hasta intentaron tomar á Roma. Los romanos, porque Berenguer estaba ocupado en defenderse de los Hunos, nombraron su capitán á Alberico, duque de Toscana, cuya bravura salvó á Roma de los sarracenos. Al abandonar éstos el asedio, construyeron una fortaleza sobre el monte Galgano, desde donde dominaban la Pulla y la Calabria y combatían al resto de Italia. De esta suerte, estaba entonces Italia grandemente afligida, atacándola por los Alpes los Hunos y por Nápoles los sarracenos. Tales trabajos sufrió muchos años, durante el reinado de tres Berengueres, que se sucedieron uno á otro en el trono; en cuyo tiempo el Papa y la Iglesia eran de continuo perturbados, no sabiendo dónde acudir, por la desunión de los principes occidentales y por la impotencia de los orientales.

La ciudad de Génova y las costas inmediatas fueron en este tiempo asoladas por los sarracenos, y de aquí provino el engrandecimiento de la ciudad de Pisa, donde se refugiaron muchos que huían de su patria. Todo esto ocurría en el año 981 de la era cristiana. Pero elegido emperador Othón, hijo de Enrique y Matilde, duques de Sajonia, hombre prudente y de gran fama, el papa Agapito le rogó viniese á Italia, y la librara de la tiranía de los Berengueres.

XIII. Los Estados de Italia en aquel tiempo estaban distribuidos del modo siguiente: la Lombardia so-

ron á llamarse Cardenales, y se arrogaron tantas facultades, sobre todo después de excluir al pueblo romano de la elección de los Pontífices, que rara vez resultaba elegido alguno que no fuera Cardenal. Así, pues, muerto Pascual, fué elegido pontífice Eugenio II, del capitulo de Santa Sabina.

Después que Italia estuvo en manos de los franceses, mudó en parte de forma y organización, por adquirir el Papa en lo temporal mayor autoridad. Ellos trajeron los títulos de condes y marqueses, como antes Longino, exarca de Ravena, creó los de duques.

Ascendió después al pontificado el romano Osporco, y por la fealdad de su nombre se hizo llamar Sergio; empezando así la mutación de nombre que hacen los Papas al ser elegidos.

XII. Muerto el emperador Carlos, le sucedió su hijo Luis y, al morir éste, hubo tantas discordias entre sus hijos, que, en tiempo de sus nietos, perdió la casa de Francia el Imperio, siendo entregado á Alemania. Llamose Arnoldo el primer emperador alemán.

Y no sólo la familia de Carlos perdió por sus discordias el Imperio, sino también la Italia, porque los Lombardos, recobrando la fuerza, ofendían al Papa y á los romanos; tanto, que el Pontífice, no sabiendo á quién acudir, nombró por necesidad rey de Italia á Berenguer, duque del Friuld.

Estos sucesos inspiraron á los Hunos, que se encontraban en Pannonia, la resolución de invadir la Italia. Combatieron con Berenguer, pero viéronse obligados á volver á su provincia, que, de su nombre también, se llamaba Hungría.

Era entonces emperador de Oriente, Romano que,

siendo prefecto del ejército, había usurpado el Imperio á Constantino, y porque durante estas novedades se habían rebelado la Pulla y la Calabria que, según antes dijimos, obedecían al Imperio, indignado por la rebelión, permitió á los sarracenos pasar á estas provincias, como lo hicieron, apoderándose de ellas, y hasta intentaron tomar á Roma. Los romanos, porque Berenguer estaba ocupado en defenderse de los Hunos, nombraron su capitán á Alberico, duque de Toscana, cuya bravura salvó á Roma de los sarracenos. Al abandonar éstos el asedio, construyeron una fortaleza sobre el monte Galgano, desde donde dominaban la Pulla y la Calabria y combatían al resto de Italia. De esta suerte, estaba entonces Italia grandemente afligida, atacándola por los Alpes los Hunos y por Nápoles los sarracenos. Tales trabajos sufrió muchos años, durante el reinado de tres Berengueres, que se sucedieron uno á otro en el trono; en cuyo tiempo el Papa y la Iglesia eran de continuo perturbados, no sabiendo dónde acudir, por la desunión de los principes occidentales y por la impotencia de los orientales.

La ciudad de Génova y las costas inmediatas fueron en este tiempo asoladas por los sarracenos, y de aquí provino el engrandecimiento de la ciudad de Pisa, donde se refugiaron muchos que huían de su patria. Todo esto ocurría en el año 981 de la era cristiana. Pero elegido emperador Othón, hijo de Enrique y Matilde, duques de Sajonia, hombre prudente y de gran fama, el papa Agapito le rogó viniese á Italia, y la librara de la tiranía de los Berengueres.

XIII. Los Estados de Italia en aquel tiempo estaban distribuidos del modo siguiente: la Lombardia so-

metida á Berenguer III y á su hijo Alberto. La Toscana y la Romaña gobernadas por un ministro del Emperador de Occidente, La Pulla y la Calabria, en parte por el Emperador de Oriente, y en parte por los sarracenos. En Roma eran anualmente elegidos dos Cónsules de la nobleza, que gobernaban conforme á los antiguos usos y costumbres; uníase á ellos un prefecto, encargado de administrar justicia al pueblo, y un consejo formado por doce miembros, que anualmente enviaba Rectores á los lugares dependientes de los Romanos. El Papa tenía en Roma y en toda Italia más ó menos autoridad, según el crédito que gozaba con los Emperadores ó los que eran en ella más poderosos.

El emperador Othón vino á Italia quitó el reino á los Berengüeres, que habían reinado cincuenta y cinco años y restituyó su dignidad al Pontífice.

Tuvo este Emperador un hijo y un nieto, llamados también Othón, que le sucedieron uno después del otro en el Imperio.

En tiempo de Othón III el papa Gregorio V fué expulsado por los romanos, por lo cual Othón vino á Italia y lo restableció en Roma. El Papa, para vengarse de los romanos, les quitó el derecho á nombrar Emperador, y lo concedió á seis potentados de Alemania: tres obispos, los de Maguncia, Tréveris y Colonia, y tres príncipes, el de Brandeburgo, el Palatino y el de Sajonia. Esto ocurrió en el año 1002.

A la muerte de Othón III, los Electores nombraron Emperador á Enrique, duque de Baviera, quien doce años después fué coronado por Esteban VIII. Eran Enrique y su mujer Simeona de santísima vida, lo cual se ve por los muchos templos que dotaron y edificaron,

entre ellos el de San Miniato, junto á la ciudad de Florencia.

Murió Enrique en 1024. Sucedióle Conrado de Suavia, y á éste Enrique II, que vino á Roma y, habiendo cisma de tres Papas, destituyó á los tres, haciendo elegir á Clemente II, que le coronó Emperador.

XIV. Estaba gobernada entonces Italia, parte por el pueblo, parte por los príncipes y parte por los mandatarios de los Emperadores, de quienes el de mayor autoridad y á quien los demás obedecían se llamaba Canciller. Entre los príncipes, el más poderoso era Godofredo y su mujer la condesa Matilde, hija de Beatriz, hermana de Enrique II. Ésta y su marido poseían á Luca, Parma, Regio y Mantua, con todo lo que hoy se llama el Patrimonio.

Por entonces combatía mucho á los Pontífices la ambición del pueblo romano. Primero se había servido de la autoridad de aquellos para librarse de los Emperadores, y después, cuando tuvo el dominio de la ciudad y la reformó á su gusto, convirtióse en enemigo de los Pontífices, quienes recibieron muchas más injurias de este pueblo que de príncipe alguno cristiano; de suerte, que mientras los Papas hacían temblar todo el Occidente con sus censuras, luchaban con las rebeliones del pueblo romano, trabajando cada partido por destruir la autoridad y la reputación de su contrario.

Nombrado pontífice Nicolás II, quitó, como Gregorio V, á los romanos el nombramiento de Emperador, y además les privó del derecho de concurrir á la elección de Papa, determinando que correspondiera solamente á los Cardenales. No contentó con esto, y de acuerdo con los príncipes que gobernaban la Calabria y la Pulla, por las

causas que seguidamente explicaremos, obligó á todos los oficiales nombrados por los romanos, en virtud de su jurisdicción, á prestar obediencia al Papa, y á algunos les privó de sus cargos.

XV. Hubo á la muerte de Nicolás un cisma en la Iglesia, porque el clero de Lombardia no quiso prestar obediencia á Alejandro II, elegido en Roma, y nombró antipapa á Cadolo de Parma. El emperador Enrique, que odiaba el poder de los Pontífices, dió á entender al papa Alejandro que renunciara al Pontificado, y á los Cardenales que fueran á Alemania á elegir nuevo Papa. Por esto, fué el primer príncipe que sintió todo el poder de las armas espirituales, pues el Papa reunió un Concilio en Roma, y privó á Enrique del Imperio y del Reino. Unos pueblos italianos siguieron el partido del Papa y otros el de Enrique, naciendo de aquí los bandos de güelfos y gibelinos, de modo que Italia, libre ya de las irrupciones de los bárbaros, fué desgarrada por luchas intestinas.

Excomulgado Enrique, le obligó su pueblo á venir á Italia y, descalzo y de rodillas, pedir perdón al Papa. Sucedió esto en 1080.

Surgió poco después nueva discordia entre el Papa y Enrique, por lo cual le excomulgó aquél nuevamente, y el Emperador mandó á su hijo, llamado también Enrique, con un ejército á Roma, y con ayuda de los romanos, que odiaban al Papa, le sitió en la fortaleza. Roberto Guiscardo vino desde la Pulla en socorro del Pontífice, y Enrique no le esperó, volviendo á Alemania. Los romanos solos se obstinaron en no ceder, y Roma fué nuevamente saqueada por Roberto, volviendo al estado de ruinas de que la habían sacado los cuida-

dos de muchos Pontífices. Como á este Roberto se debe la creación del reino de Nápoles, no es superfluo explicar detalladamente de dónde vino y lo que hizo.

XVI. Cuando ocurrió la desunión de los herederos de Carlomagno, según hemos dicho, dióse ocasión para que nuevos pueblos septentrionales, llamados Normandos, acometieran á Francia y ocuparan la parte que hoy se llama, de su nombre, Normandía. Una parte de estos pueblos vino á Italia cuando los Berengüeres, los sarracenos y los Hunos la infestaban, y ocupó algunas tierras de la Romaña, donde se mantuvo por su valor durante aquellas guerras. Tancredo, uno de estos príncipes normandos, tuvo varios hijos, entre ellos Guillermo, llamado *Ferabac* (brazo de hierro), y Roberto, apellidado Guiscardo. Guillermo era el sucesor en el principado. Los disturbios de Italia habían cesado en parte. Pero los sarracenos dominaban en Sicilia, y desde allí hacían excursiones por las costas italianas. Por esto, Guillermo convino con el príncipe de Capua, con el de Salerno y con el griego Melorco, que á nombre del Emperador de Oriente gobernaba la Pulla y la Calabria, invadir Sicilia y, alcanzada la victoria, repartirse por cuartas partes el botín y el Estado. Tuvo feliz éxito la empresa, y arrojados los Moros, ocuparon á Sicilia, después de cuya victoria Melorco hizo venir en secreto gente de Grecia y tomó posesión de la isla á nombre del Emperador, dividiendo sólo el botín.

Esto disgustó á Guillermo; pero reservó para tiempo más oportuno demostrar su disgusto, y partió de Sicilia con los príncipes de Salerno y de Capua, quienes se separaron de él para volver á sus casas. Guillermo no volvió á la Romaña, dirigiéndose con sus tropas á la

Pulla y ocupando súbitamente á Melí, y en poco tiempo, á pesar de las fuerzas del Emperador griego, dominó casi toda la Pulla y la Calabria, provincias que regia Roberto Guiscardo, su hermano, en tiempo de Nicolás II. Había tenido muchas cuestiones con sus sobrinos por la herencia de aquellos Estados, y acudió á la autoridad del Papa para terminarlas. El Pontifice intervino de buen grado, deseoso de atraerse á Roberto para que le defendiera de los Emperadores alemanes y de la insolencia del pueblo romano; como así sucedió, pues, según hemos dicho, á instancia de Gregorio VII hizo retirarse á Enrique de Roma y sometió á aquel pueblo.

A Roberto sucedieron Roger y Guillermo, sus hijos, y á sus Estados se añadieron Nápoles y toda la comarca entre Nápoles y Roma, y después Sicilia, que conquistó Roger. Posteriormente, yendo Guillermo á Constantino-
pla para casarse con la hija del Emperador, fué atacado por Roger, que se apoderó de sus Estados. Ensoberbecido por esta conquista, se hizo llamar primero rey de Italia y, contentándose posteriormente con el título de rey de la Pulla y Sicilia, fué el primero que ordenó y dió nombre á aquel reino, que hoy día continúa en sus antiguos límites, aunque ha cambiado de soberanos, procedentes de distintas casas, y aun de diversas naciones, porque degenerada la estirpe de los normandos, pasó el reino á los alemanes, después á los franceses, posteriormente á los aragoneses, y hoy lo poseen los flamencos.

XVII. Ascendido al pontificado Urbano II, á quien odiaban en Roma, y no creyendo estar seguro, por la desunión de Italia, emprendió una generosa empresa. Fué á Francia con todo el clero, reanó en la Auvernia

numeroso pueblo y predicó un sermón contra los infieles, enardeciendo tanto los ánimos, que determinaron la expedición contra los sarracenos en Asia, la cual, como otras posteriores, fueron llamadas después Cruzadas, porque cuantos iban en ellas llevaban puesta sobre la armadura y los vestidos una cruz roja. Los jefes de ésta fueron Godofredo, Eustaquio y Balduino de Bouillon, condes de Boloña, y un tal Pedro *el Ermitaño*, famoso por su prudencia y santidad; concurriendo á la empresa muchos reyes y pueblos con su dinero, y militando en ella sin merced alguna muchos guerreros. ¡Tanto influía entonces la Religión en el ánimo de los hombres, impulsados por el ejemplo de los capitanes de la Cruzada!

Fué esta empresa gloriosa en su principio, porque toda el Asia Menor, Siria y Egipto cayeron en poder de los cristianos. Ella dió origen á la Orden de los Caballeros de Jerusalén, que subsiste hoy día, poseyendo la isla de Rodas, único obstáculo que resta al poder de los mahometanos. También se fundó la Orden de los Templarios, que al poco tiempo decayó por sus malas costumbres.

Posteriormente y en diversas épocas ocurrieron varios acontecimientos que dieron celebridad á algunas naciones y á no pocos hombres. Los Reyes de Francia y de Inglaterra ayudaron personalmente á la empresa, y los pueblos pisano, veneciano y genovés adquirieron grandísima fama combatiendo con varia fortuna hasta el tiempo del sarraceno Saladino, cuyo valor y la división de los cristianos pusieron término á la gloria conseguida al principio, siendo arrojados de aquellas comarcas á los noventa años de haberlas recuperado con tanta honra y fortuna.

XVIII. A la muerte de Urbano fué elegido pontífice Pascual II, y poseía el imperio Enrique IV. Vino el Emperador á Roma, fingiendo amistad al Papa, y apriisionó á éste y á todo el clero, no devolviéndoles la libertad hasta que se le concedió poder disponer de la Iglesia de Alemania según su voluntad.

Murió en este tiempo la condesa Matilde, y dejó heredera de todos sus Estados á la Iglesia.

A Pascual II y á Enrique IV sucedieron varios Papas y Emperadores hasta que al Pontificado ascendió Alejandro III, y al trono imperial Federico de Suavia, llamado Barbarroja. En estos tiempos habían tenido los Pontífices grandes dificultades con el pueblo de Roma y con los Emperadores, que aumentaron considerablemente en el de Barbarroja. Era Federico excelente en la guerra, pero tan soberbio, que no podía sufrir la sumisión al Pontífice. Sin embargo, cuando fué elegido, vino á Roma por la corona y volvió pacíficamente á Alemania; pero esta disposición de su ánimo duró poco, porque volvió á Italia para someter algunas ciudades lombardas que no le obedecían. Ocurrió entonces que el cardenal de San Clemente, natural de Roma, se separó del papa Alejandro y algunos cardenales le eligieron Papa.

Encontrándose entonces el emperador Federico acampado junto á Crema, y quejándose á él Alejandro del antipapa, le contestó que fueran los dos á su presencia y él juzgaría quién era el verdadero Pontífice. Desagradó esta respuesta á Alejandro, y porque lo veía inclinado á favorecer al antipapa le excomulgó y se refugió al lado de Felipe, rey de Francia.

Federico continuó la guerra en Lombardia, tomó á

Milán y la destruyó, lo que ocasionó que Verona, Padua y Vicenza se unieran contra él en defensa común. Entretanto, había muerto el antipapa, y Federico nombró en su lugar á Guido de Cremona.

Los romanos, por la ausencia del Papa y por los obstáculos con que el Emperador tropezaba en Lombardia, recobraron alguna autoridad en la ciudad y procuraban la obediencia de las comarcas que anteriormente les habían estado sometidas. Y porque los de Túsculo no querían reconocer su autoridad, fueron sin organización militar contra ellos; pero Federico acudió á socorrerles, y derrotó á los romanos con tanto estrago, que en adelante dejó de ser Roma populosa y rica.

Volvió entonces el papa Alejandro á Roma, pareciéndole estar seguro por la enemistad de los romanos con Federico y por los enemigos que éste tenía en Lombardia; pero Federico, depuesta toda consideración de respeto, se dirigió á Roma, donde el Papa no le esperó, huyendo junto á Guillermo, rey de la Pulla, que había heredado este reino á la muerte de Roger.

Federico, obligado por la peste, levantó el sitio y volvió á Alemania, y las ciudades lombardas conjuradas contra él, para combatir á Pavia y Tortona, que eran del partido imperial, edificaron una ciudad [que fuera base de las operaciones de aquella guerra, poniéndola por nombre Alejandria, en honor del papa Alejandro y para mortificar á Federico.

Murió también el antipapa Guido, y fué nombrado en su lugar Juan de Termo, quien, sostenido por el partido del Emperador, residía en Montefiascone.

XIX. El papa Alejandro, entretanto, había ido á Túsculo, llamado por este pueblo para que con su auto-

ridad lo defendiese de los romanos, y allí recibió embajadores de Enrique, rey de Inglaterra, para manifestarle que dicho Rey no tenía culpa alguna, como le habían achacado, por la muerte del beato Tomás, obispo de Cantorbery. El Pontífice envió dos cardenales á Inglaterra para que averiguaran la verdad, y aunque no encontraron en el Rey culpa manifiesta, por la enormidad del pecado y por no haberle honrado como merecía, le impusieron por penitencia que convocara á todos los barones del reino, y en su presencia, bajo juramento, se justificase, y además mandara inmediatamente doscientos soldados á Jerusalén, pagados por un año, comprometiéndose á ir él personalmente en el término de tres años con el mayor ejército que pudiera reunir; que anulara todo lo hecho en su reino en perjuicio de la libertad eclesiástica, y permitiera á cada cual de sus súbditos apelar á la corte de Roma cuando quisiera hacerlo. Todas las condiciones las aceptó Enrique, sometiéndose un rey tan poderoso á un juicio al que no se sometería hoy, sin avergonzarse, un simple particular. Y mientras el Papa gozaba de tanta autoridad con los príncipes lejanos, no podía hacerse obedecer de los romanos ni conseguir de ellos que le permitieran vivir en Roma, aun prometiéndoles que sólo se ocuparía del gobierno eclesiástico. Tan cierto es que las cosas que asustan son más temidas de lejos que de cerca!

Entretanto, había vuelto Federico á Italia, y mientras se disponía á hacer nueva guerra al Papa, todos sus prelados y barones le hicieron saber que le abandonarían si no se reconciliaba con la Iglesia; de suerte que se vió obligado á ir á Venecia y rendir respetuoso homenaje al Pontífice, terminando así sus querellas. En el

acuerdo entre ambos, privó el Papa al Emperador de toda autoridad sobre Roma, y nombró confederado de la Santa Sede á Guillermo, rey de Sicilia y de la Pulla.

No pudiendo Federico vivir en paz, acometió la empresa de Asia, para desfogar contra Mahometo la ambición que no había podido satisfacer contra el Vicario de Cristo, pero al llegar á orillas del río Cidno, excitado por la pureza del agua, se bañó, y el baño le causó la muerte, haciendo el agua mejor servicio á Mahometo que la excomunión á los cristianos, porque ésta enfrenó el orgullo de Federico, pero aquélla lo aniquiló.

XX. Muerto Federico, no quedaba al Papa sino domar la obstinación de los romanos; y después de muchas controversias sobre el nombramiento de los Cónsules, se convino en que los romanos, conforme á sus antiguas costumbres, los eligieran, pero no podrían ejercer el cargo sino previo juramento de fidelidad á la Iglesia. Este convenio ocasionó que el antipapa Juan huyera á Monte Albano, donde al poco tiempo murió.

Entretanto, había muerto Guillermo, rey de Nápoles, sin otra descendencia que su hijo natural Tancredo, por ello el Papa intentó apoderarse del reino; pero los barones no lo consintieron, pretendiendo que Tancredo reinara.

Era entonces papa Celestino III, que, deseoso de privar á Tancredo del reino de Nápoles, hizo que Enrique, hijo de Federico, fuese nombrado Emperador, prometiéndole el reino de Nápoles, bajo condición de que restituyese á la Iglesia las tierras que la pertenecían; y para facilitar la cosa, sacó de un monasterio á Constanza, hija de Guillermo, ya vieja, y la dió por esposa á Fede-

31007

UNIVERSIDAD DE TORO
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE
LETRAS
MEXICO

rico. De esta suerte pasó el reino de Nápoles de los normandos, que lo fundaron, á los alemanes.

El emperador Enrique, arregladas las cosas de Alemania, vino á Italia con su mujer Constanza y con un hijo de cuatro años, llamado Federico, y sin gran dificultad se apoderó del reino, porque ya había muerto Tancredo, dejando un hijo, niño todavía, llamado Roger.

Algún tiempo después murió Enrique en Sicilia, sucediéndole en el reino Federico y en el imperio Othón, duque de Sajonia, elegido por influencia del papa Inocencio III. Pero apenas ocupado el trono imperial, Othón, contra la opinión de todos, se convirtió en enemigo del Pontífice, ocupó la Romaña y se preparaba á invadir el reino de Nápoles cuando el Papa le excomulgó, por lo cual le abandonó todo el mundo, y los Electores nombraron emperador á Federico, rey de Nápoles. Vino Federico á Roma para coronarse, y el Papa no quiso coronarle, porque temía su poder y procuraba alejarle de Italia, como había alejado á Othón. Enojado Federico pasó á Alemania y, en guerra con Othón, le venció.

Por entonces murió Inocencio, que, entre otros monumentos insignes, había hecho edificar el hospital del Espiritu Santo en Roma.

Le sucedió Honorio III, en cuyo pontificado se fundaron las Ordenes de Santo Domingo y de San Francisco en 1218. Coronó este Pontífice á Federico, al cual dió una de sus hijas por esposa Juan, descendiente de Balduino, rey de Jerusalén que, con las reliquias de los Cruzados, estaba en Asia y llevaba aún este título, concediéndoselo con la dote, á Federico. Este es el origen

de que los reyes de Nápoles se titulen reyes de Jerusalén.

XXI. Italia estaba entonces organizada del modo siguiente. Los romanos no elegían Cónsules, sino en vez de ellos y con la misma autoridad uno ó más senadores. Aun duraba la liga que hicieron las ciudades de Lombardia contra Federico Barbarroja, y estas ciudades eran Milán, Brescia y Mantua, con la mayor parte de las de la Romaña, y además Verona, Vicenza, Padua y Treviso. De parte del Emperador estaban Cremona, Bérgamo, Parma, Regio, Módena y Trento. Las demás ciudades y fortalezas de Lombardia, Romaña y la Marca Trevisana favorecían, según la necesidad, á una ú otra de ambas partes. Vino á Italia en tiempo de Othón III un tal Ezelino, que, permaneciendo aquí, tuvo un hijo, y éste engendró otro Ezelino. Siendo éste rico y poderoso, se unió á Federico II, que, según dijimos, se había declarado enemigo del Papa, y viniendo á Italia, por la ayuda y fuerzas de Ezelino, tomó á Verona y Mantua, destruyó á Vicenza, ocupó á Padua, y después se dirigió hacia Toscana. Entretanto, Ezelino había sometido toda la Marca Trevisana; pero no pudo tomar á Ferrara, porque la defendió Azón de Este y las tropas que el Papa tenía en Lombardia; por lo cual, cuando fué levantado el sitio, dió el Papa dicha ciudad en feudo á Azón de Este, de quien descienden los que aun hoy día la gobiernan.

Detúvose Federico en Pisa, deseoso de apoderarse de la Toscana y, al procurar reconocer sus amigos y sus enemigos en esta provincia, sembró tanta discordia, que fué causa de la ruina de toda Italia; porque los partidos güelfo y gibelino se multiplicaron, llamándose güelfos los que seguían á la Iglesia, y gibelinos los partidarios

del Emperador, siendo en Pistoia donde primero se oyó este nombre.

Partió Federico de Pisa, y de varios modos devastó y asoló las tierras de la Iglesia, tanto, que el Papa, no teniendo otros medios de defensa, publicó contra él una Cruzada, como sus antecesores hicieron contra los sarracenos. Federico, porque no le abandonaran súbitamente sus tropas, como había ocurrido á Federico Barbarroja y á otros de sus antecesores, tomó á sueldo bastantes sarracenos, y deseoso de obligarles en su favor y de tener en Italia contra la Iglesia baluarte seguro que no temiese las maldiciones pontificias, les dió á Nocera en el reino de Nápoles, para que, poseyendo refugio propio, le sirvieran con mayor seguridad.

XXII. Fué elegido pontífice Inocencio IV, que, por temor á Federico, se trasladó á Génova, y de aquí á Francia, reuniendo un concilio en Lyon, al cual determinó ir Federico; pero le detuvo la rebelión de Parma. Rechazado en esta empresa, fué á Toscana, y de allí á Sicilia, donde murió. Dejó en Suavia á Conrado su hijo, y en la Pulla á Manfredo, que le nació de una concubina, y al cual había hecho duque de Benevento. Vino Conrado á tomar posesión del reino, y al llegar á Nápoles murió, dejando por único sucesor á Conradino, niño de pocos años, que estaba en Alemania.

Manfredo, primero como tutor de Conradino, gobernó el Estado, y después, haciendo correr fama de que Conradino había muerto, se proclamó Rey contra la voluntad del Papa y de los napolitanos, á quienes por fuerza hizo consentir su usurpación.

Mientras ocurrían tales sucesos en el reino de Nápoles, continuaban en Lombardia grandes movimientos

entre güelfos y gibelinos. Contaban los primeros con un legado del Papa, y los segundos con Ezelino, que dominaba casi toda la Lombardia del lado de allá del Po; y porque, durante la guerra, se le rebeló Padua, hizo morir 12.000 paduanos. El también murió antes de terminar la guerra y á la edad de ochenta años, por cuya muerte todas las tierras que poseía quedaron libres.

El rey de Nápoles, Manfredo, continuaba la enemistad con la Iglesia que sus antecesores tuvieron, y el Papa, que era Urbano IV, vivía en continua alarma, tanto, que, para someterle, publicó el Pontífice una Cruzada contra él y fué á esperar las tropas á Perugia. Pero observando que la gente acudía tarde y era el ejército débil y poco numeroso, juzgó que para vencer á Manfredo necesitaba socorro más eficaz, y pidió ayuda y favor á Francia, nombrando rey de Sicilia y de Nápoles á Carlos de Anjou, hermano de Luis, rey de Francia, y excitándole á venir á Italia para apoderarse de aquel reino. Antes de llegar Carlos á Roma murió el Papa, sucediéndole en el solio Clemente IV, en cuyo tiempo arribó Carlos á Ostia con treinta galeras y ordenó que lo demás de su ejército viniera por tierra. Mientras permanecía en Roma, los romanos, agradecidos, le nombraron senador, y el Papa le dió la investidura del reino con obligación de pagar anualmente á la Iglesia 50.000 florines. Decretó además que, en lo porvenir, ni Carlos ni ningún otro rey de Nápoles pudieran ser Emperadores.

Dirigiéndose Carlos contra Manfredo, lo derrotó y mató junto á Benevento, apoderándose de Sicilia y del reino de Nápoles. Pero Conradino, á quien por testamento de su padre pertenecía aquel reino, reuniendo

bastante gente en Alemania, vino á Italia contra Carlos, con quien combatió en Tagliacozzo, siendo primero derrotado, y después, en la huida, sin ser conocido, preso y muerto.

XXIII. Tranquila estuvo Italia hasta el pontificado de Adriano V. Estando Carlos en Roma y gobernándola por su cargo de senador, el Papa, que no podía sufrir su autoridad, trasladó la residencia á Viterbo, y solicitó del emperador Rodolfo que viniera á Italia contra Carlos. De esta suerte, los Pontífices, ora por celo religioso, ora por su propia ambición, no cesaban de llamar á Italia hombres nuevos y provocar nuevas guerras; y cuando habían hecho poderoso á un príncipe, se arrepentían y procuraban su ruina, no permitiendo que lo que ellos, por su debilidad, no podían poseer, lo poseyera otro. Y temíanles los príncipes, porque siempre, ó combatiendo ó huyendo, vencían; como no les sorprendieran con algún engaño, como sucedió á Bonifacio VIII y á algunos otros á quienes los Emperadores, bajo capa de amistad, prendieron.

Detenido por la guerra que tenía con el rey de Bohemia, no vino Rodolfo á Italia. Entretanto murió Adriano, y fué elegido Nicolás III, de la casa de los Orsini, hombre audaz y ambicioso que, pensando aminorar por todos los medios el poder de Carlos, procuró que el emperador Rodolfo se quejara de que Carlos tenía un gobernador en Toscana favorable al partido güelfo, restablecido por él en aquella provincia después de la muerte de Manfredo. Cedió Carlos á las pretensiones del Emperador y retiró sus gobernadores, mandando el Papa un cardenal, sobrino suyo, por gobernador á nombre del Imperio. El Emperador, en agradecimiento á este ho-

nor, restituyó á la Iglesia la Romaña, que sus antecesores le habían quitado. El Papa nombró duque de Romaña á Bertoldo Orsino, y creyendo que era ya bastante poderoso para hacer frente á Carlos, le quitó el cargo de senador, decretando además que ninguno de estirpe regia pudiera ser senador en Roma.

Intentaba también quitar á Carlos la Sicilia, y con tal propósito entabló secretas negociaciones con Pedro de Aragón, las cuales, en tiempo de su sucesor, produjeron el efecto buscado. Deseaba igualmente que dos de sus parientes fueran reyes, uno de Lombardia y otro de Toscana, con cuyo poder se defendiera la Iglesia de los tudescos que quisieran venir á Italia, y de los franceses que estaban en el reino de Nápoles. Murió sin poder realizar estos proyectos, siendo el primer Papa que aparentemente mostró la propia ambición y que, con pretexto de engrandecer á la Iglesia, honrara y beneficiara á sus parientes.

No se hace mención en los tiempos anteriores de sobrinos ó parientes de ningún Pontífice; pero desde ahora en adelante será frequentísimo, y aun tendremos que citar á sus hijos. No falta intentar á los Papas, que hasta ahora han procurado hacerlos príncipes, sino convertir en lo porvenir el Pontificado en hereditario. Verdad es que los principados creados para ellos han sido de corta vida, porque las más veces, por vivir poco tiempo los Pontífices, ó no arraigaba la institución, ó la dejaban con tan pocas y débiles raíces, que al primer viento, por falta de la savia que les dió vida, desaparecían.

XXIV. A este Papa sucedió Martín IV que, por ser francés, favoreció el partido de Carlos. Este, en

agradecimiento, envió su ejército á la Romaña, que se había rebelado, y estando acampado en Forli, el astrólogo Guido Bonatto ordenó que en un punto por él designado le atacara el pueblo, de modo que todos los franceses fueron presos y muertos.

En este tiempo tuvo efecto lo convenido entre el papa Nicolás III y Pedro de Aragón, matando los sicilianos todos los franceses que había en aquella isla, de la cual se hizo señor Pedro, diciendo pertenecerle por estar casado con Constanza, hija de Manfredo.

Carlos murió cuando estaba haciendo los preparativos para recobrar á Sicilia. Sucedióle su hijo Carlos II, que en esta guerra quedó prisionero en Sicilia y, para recobrar la libertad, prometió volver á la prisión si en el término de tres años no conseguía del Papa la investidura del reino de Sicilia para los reyes de Aragón.

XXV. El emperador Rodolfo, en vez de venir á Italia y afirmar en ella la reputación del Imperio, envió un embajador autorizado para dar libertad á cuantas ciudades quisieran comprarla. Muchas la compraron, y con la libertad cambiaron su forma de gobierno.

Adolfo de Sajonia sucedió en el Imperio, y en el pontificado Pedro de Murrone, que tomó el nombre de Celestino, el cual, siendo ermitaño y de santa vida, á los seis meses renunció al pontificado, siendo elegido Bonifacio VIII.

Los cielos, que sabían llegaría tiempo en que franceses y tudescos se irían de Italia, quedando esta nación en manos de los italianos, para que el Papa, cuando desaparecieran los obstáculos ultramontanos, no pudiera ni afirmar ni gozar de su poder, hicieron que creciera en Roma la influencia de dos poderosísimas

familias, los Colonnas y los Orsini, para que con su grandeza y proximidad al Solio Pontificio, debilitasen la autoridad del Papa. Bonifacio VIII, que conocía muy bien todo esto, procuró extinguir á los Colonnas, y además de excomulgarles, promulgó una Cruzada contra ellos. Todo esto les dañó bastante, pero mucho más á la Iglesia; porque aquellas armas, empleadas con buen éxito en defensa de la fe, al dirigirlas por personal ambición contra los cristianos comenzaron á enmohecerse, y el deseo de saciar el propio apetito hacía que los Pontífices quedaran poco á poco desarmados. Además de esto, privó del cardenalato á dos que pertenecían á aquella familia. Huyó Sciarra, el jefe de esta casa, y cayó en poder de los corsarios catalanes, que, no sabiendo quien era, le pusieron á remar; pero conocido después en Marsella, fué enviado al rey Felipe de Francia, á quien también había excomulgado y privado del reino Bonifacio.

Considerando Felipe que en guerra abierta contra los Pontífices, ó perdería ó correría graves peligros, acudió al engaño; y simulando deseo de ponerse de acuerdo con el Papa, envió á Sciarra secretamente á Italia, quien al llegar á Agnani, donde estaba Bonifacio VIII, reunió de noche á sus amigos y prendió al Papa. Poco después le libertó el pueblo de Agnani pero el dolor de aquella injuria le hizo morir desesperado.

XXVI. Bonifacio ordenó el jubileo del año 1300, y determinó que se celebrara cada cien años.

En este tiempo continuaron las luchas entre los partidos guélfos y gibelinos y, por haber abandonado á Italia los Emperadores, muchas ciudades recobraron la libertad y muchas fueron presa de tiranos.

El papa Benedicto restituyó el capelo á los cardenales Colonna y dió nueva bendición al rey Felipe.

A este Papa sucedió Clemente V, francés de nacimiento, que trasladó la Sede á Francia en 1305.

Por entonces murió Carlos II, rey de Nápoles, al cual sucedió su hijo Roberto. El trono imperial lo ocupaba Enrique de Luxemburgo, quien vino á Roma para coronarse, aunque el Papa no estaba en ella. Su viaje produjo bastantes alteraciones en Lombardía, porque el Emperador llamó á todos los desterrados, güelfos ó gibelinos, y sucedió que estos partidos, en constante lucha, desterrábanse el uno al otro, según eran vencedores ó vencidos, sin que todos los esfuerzos del Emperador pudiesen evitarlo.

Al partir de Lombardía, fué por el camino de Génova á Pisa, donde intentó quitar la Toscana al rey Roberto. No pudo conseguirlo y pasó á Roma. Aquí estuvo pocos días, porque los Orsini, con el apoyo del rey Roberto, le echaron, y volvió á Pisa. Para emprender más seguramente la guerra en la Toscana y quitársela al rey Roberto, hizo que la atacara Federico, rey de Sicilia. Pero cuando esperaba apoderarse rápidamente de ella y privar al rey Roberto de este Estado, sucediéndole en el imperio Luis de Baviera.

Entretanto, ascendió al pontificado Juan XXII, en cuyo tiempo el Emperador no cesaba de perseguir á los güelfos y á la Iglesia, siendo ésta en gran parte defendida por el rey Roberto y por los florentinos. De esto se originaron bastantes guerras hechas en Lombardía por los Visconti contra los güelfos, y en Toscana por Castruccio de Luca contra los florentinos.

Y como la familia Visconti fué fundadora del ducado

de Milán, uno de los cinco principados que después gobernaron Italia, creo conveniente comenzar su historia desde tiempos anteriores.

XXVII. Hecha la liga de las ciudades de Lombardía, que antes hemos mencionado, para defenderse de Federico Barbarroja, y reedificada de sus ruinas Milán, para vengarse de la ofensa recibida, se unió á la liga, que refrenó á Barbarroja y dió vida durante algún tiempo al partido de la Iglesia en Lombardía. Entre las perturbaciones que produjeron las guerras siguientes, llegó á ser poderosísima en Milán la familia llamada de la Torre, cuya reputación fué en aumento mientras tuvieron los Emperadores en aquella provincia escasa autoridad. Pero al venir Federico II á Italia, y al aumentar el poder del partido gibelino los esfuerzos de Ezelino, se extendió á muchas ciudades la influencia de esta facción, y en Milán era cabeza de ella la familia Visconti, que expulsó á la de la Torre. No estuvo, sin embargo, mucho tiempo expatriada pues, por el acuerdo entre el Emperador y el Papa, volvió á Milán.

Trasladada la Sede Pontificia á Francia, y cuando vino á Italia Enrique de Luxemburgo para coronarse emperador en Roma, recibieronle en Milán Maffeo Visconti y Guido de la Torre, que eran los jefes de aquellas familias. Proyectó Maffeo valerse del Emperador para expulsar á Guido. Juzgando fácil la empresa, por ser éste del partido contrario al Imperio, aprovechó el disgusto que al pueblo causaban los excesos de los tudescos, y cautamente iba animando á cada cual á que se armase para salir de la servidumbre de aquellos bárbaros. Cuando le pareció que todo estaba dispuesto para el logro de su propósito, promovió por medio de algunos agentes suyos

un tumulto, y con tal ocasión, todo el pueblo tomó las armas contra los tudescos.

Al ocurrir este escándalo, Maffeo con sus hijos, y todos sus partidarios, se armaron y acudieron á Enrique, diciéndole que aquel tumulto lo promovían los de la Torre, quienes, no satisfechos de vivir en Milán privadamente, aprovechaban la ocasión, intentando despojarle para atraerse á los güelfos de toda Italia, y llegar á ser príncipes de aquella ciudad; pero que estuviera tranquilo, porque ellos con su partido, cuando quisiera defenderse, le salvarían de todos modos. Creyó el emperador Enrique cuanto le decía Maffeo, y uniendo sus fuerzas á las de los Visconti, atacó á los de la Torre, que habían acudido á diversos barrios de la ciudad para calmar la sedición, y matando á los que encontraron, despojaron de sus bienes y desterraron á los demás.

Continuó Maffeo Visconti soberano de Milán, y tuvo por sucesores á Galeazzo y Azzo, y después de éstos á Luchino y Juan; éste llegó á ser arzobispo de Milán. De Luchino, que murió antes que Juan, quedaron dos hijos, Bernabé y Galeazzo; y falleciendo poco tiempo después Galeazzo, dejó sucesor á Galeazzo, llamado conde de Vertús. Éste, después de la muerte del Arzobispo, engañó y mató á su tío Bernabé, quedó por único príncipe en Milán, y fué el primero que se tituló Duque. Dejó dos hijos, Felipe y Juan María Angel, y muerto éste por el pueblo milanés, quedó el Estado á Felipe, que no tuvo hijos varones, pasando el principado de la casa de los Visconti á la de los Sforza, en forma y ocasión que oportunamente referiremos.

XXVIII. Volviendo á la interrumpida narración en donde la dejamos, el emperador Luis para aumentar la

reputación de su partido, y para hacerse coronar, vino á Italia. Al llegar á Milán, para buscar motivo de sacar dinero á los Milanese, fingía querer dejarles en libertad, y prendió á los Visconti. Después, por mediación de Castruccio de Luca, les dió libertad; y dirigiéndose á Roma, á fin de perturbar á Italia más fácilmente, hizo antipapa á Pedro de la Corvara, con cuyo prestigio, y con la fuerza de los Visconti, proyectaba hacer frente al partido contrario en Toscana y Lombardia. Pero Castruccio murió, y esta muerte fué el principio de su ruina, porque se le rebelaron Pisa y Luca, y los pisanos enviaron el antipapa prisionero al Papa á Francia; de suerte que, desesperando el Emperador del éxito de sus empresas en Italia, volvió á Alemania.

Apenas partió, vino á Italia el rey Juan de Bohemia, llamado por los gibelinos de Brescia, y se apoderó de esta ciudad y de Bérgamo. Este viaje lo hizo con el consentimiento del Papa, aunque fingiera lo contrario; y por ello el Legado de Bolonia lo favorecía, juzgando que era buen recurso para que el Emperador no volviese á Italia.

Esta conducta cambió el estado de las cosas en Italia, porque los florentinos y el rey Roberto, al ver que el Legado favorecía la empresa de los gibelinos, convirtieron en enemigos de cuantos el Legado y el Rey de Bohemia favorecían con su amistad; y sin atender á las denominaciones de güelfo y gibelino, se unieron muchos príncipes, entre ellos los Visconti, los de la Scala, el mantovano Felipe Gonzaga, el de Carrara, y el de Este. El Papa excomulgó á todos, y el Rey, por temor á esta liga, se fué á su patria para reunir más fuerzas. Volvió después á Italia con mayor ejército, pero no por ello

le fué más fácil la empresa, tanto que, temeroso, y con disgusto del Legado, regresó á Bohemia, dejando guarnición solamente en Regio y Módena, y entregando Parma á Marsilio y Pedro de Rossi, que en esta ciudad eran poderosísimos.

Al partir el Rey de Bohemia, Bolonia se unió á la liga, y los confederados se repartieron las cuatro ciudades que quedaban al bando de la Iglesia, conviniendo que Parma fuera de los Scala, Regio de los Gonzaga, Módena de la casa de Este, y Luca de los florentinos. La ejecución de este proyecto ocasionó muchas guerras; que en gran parte terminaron después los venecianos.

Parecerá á alguno inconveniente que, al referir tantos sucesos ocurridos en Italia, hayamos diferido hasta ahora hablar de los venecianos, cuando su República, por el rango y poderío, debe ser considerada superior á los demás Estados de Italia. Cesará la extrañeza al saber el motivo; y para decirlo, referiré el principio de esta República, á fin de que todos sepan cuál fué su origen y cuáles las razones porque intervino tan tarde en los asuntos de Italia.

XXIX. Cuando Atila, rey de los Hunos, sitió á Aquilea, los habitantes de esta ciudad, después de defenderse largo tiempo, desesperados de vencer, con sus bienes muebles, y como mejor pudieron, refugiáronse en muchos escollos deshabitados que había al extremo del mar Adriático. También los paduanos, viendo que se acercaba el fuego, y temiendo que, vencida Aquilea, viniera Atila contra ellos, llevaron todos sus objetos de más valor á un sitio llamado Rivo-Alto, dentro del mismo mar, y allí también enviaron á las mujeres, niños y ancianos, quedando sólo en Padua la juventud para

defenderla. Además de los paduanos, fueron al mismo sitio, por igual temor, los de Monselice, y los habitantes de las colinas que rodean esta ciudad.

Tomada Aquilea, y arrasadas por Atila, Padua, Monselice, Vicenza y Verona, los paduanos, y los más poderosos de estas comarcas, se establecieron en las lagunas que rodean á Rivo-Alto (Rialto). De igual modo acudieron á las lagunas para habitar en ellas, y por la misma causa, los pueblos inmediatos á aquella provincia, que antiguamente se llamaba Venecia. Obligados de esta suerte, abandonaron por necesidad comarcas fértiles y amenas para habitar en sitios estériles, irregulares, y privados de toda comodidad; pero la acumulación repentina de habitantes los convirtió en brevisimo tiempo, no sólo en habitables, sino en amenos. Y estableciendo gobierno y leyes, mientras sufría Italia tantas calamidades, vivieron tranquilos y seguros, aumentando en breve tiempo su fama y poderío.

Además de los predichos habitantes, refugiáronse allí muchos de las ciudades de Lombardia, principalmente huyendo de la crueldad de Clefi, rey de los Longobardos, que no contribuyeron poco al engrandecimiento de Venecia, tanto que, cuando Pipino, rey de Francia vino, á ruegos del Papa, para echar de Italia á los Longobardos, en los convenios que hizo con el Emperador de los Griegos, se estableció que ni el duque de Benevento ni los venecianos obedeciesen á ninguno de ambos soberanos, quedando en libertad de gobernarse.

Como la necesidad les habia obligado á habitar dentro del agua, sin poder valerse de la tierra, idearon otros medios de vivir honradamente; y navegando con sus barcos por todo el mundo, llenaban su ciudad de las va-

riadas mercancías que necesitan los demás hombres, obligándoles por este medio á acudir allí para proveerse de ellas. Durante muchos años no pensaron en otros dominios que en los apropiados para facilitar su comercio, y por esto se apoderaron de bastantes puertos en Grecia y en Siria. Cuando los franceses fueron á Asia, en pago del servicio que con sus barcos les prestaron, recibieron la isla de Caudía.

Mientras vivieron de este modo eran en el mar temidos y en Italia respetados, nombrándoseles casi siempre árbitros en las cuestiones que se suscitaban, como sucedió en la promovida entre los coligados por las ciudades que se habían repartido. Entonces adjudicaron Bérgamo y Brescia á los Visconti. Pero ocupando ellos con el tiempo á Padua, Vicenza, Treviso, después á Verona, Bérgamo y Brescia, y en el reino de Nápoles y en la Romaña muchas ciudades, la codicia de dominar les hizo tan poderosos, que no sólo eran temidos de los príncipes italianos, sino de los reyes ultramontanos. Por ello se conjuraron contra esta República, y en un día les quitaron todos los dominios que durante muchos años y con infinitos gastos habían adquirido. Y aunque en estos tiempos han reconquistado parte de ellos, no habiendo recobrado ni la fama ni la fuerza, viven á discreción ajena como los demás príncipes italianos.

XXX. Había ascendido al pontificado Benedicto XII. Creía este Papa pérdida en absoluto la posesión de Italia, y temiendo que el emperador Luis se apoderase de ella, determinó granjearse la amistad de cuantos habían usurpado tierras dependientes de la autoridad imperial, para que, por justos motivos de miedo al Imperio, se uniesen al Pontífice en la defensa de Italia. Así,

pues, decretó que todos los tiranos de Lombardia poseyeran con justo título cuantas ciudades habían usurpado.

Murió el Papa á poco de esta concesión, sucediéndole Clemente VI, y viendo el Emperador con cuánta liberalidad daba el Pontífice los dominios del Imperio, por no ser él menos liberal de las cosas ajenas, donó las ciudades de la Iglesia á cuantos eran tiranos en ellas, para que las poseyeran á nombre de la autoridad imperial. Por esta determinación llegaron á ser Galeoto Malatesta y sus hermanos señores de Rimini, de Pésaro y de Fano; Antonio de Montefeltro, de la Marca y de Urbino; Gentil de Varano, de Camerino; Guido de Polenta, de Ravena; Sinibaldo Ordelaffi, de Forli y Cesena; Juan Manfredi, de Faenza; Luis Alidosi, de Imola, y otros varios de distintas ciudades, quedando muy pocas sin príncipe en todos los dominios de la Iglesia.

Esta división debilitó la dominación pontificia hasta Alejandro VI, que en nuestros tiempos la ha restablecido, arruinando á los descendientes de aquellos príncipes.

El Emperador, cuando hizo tales concesiones, se encontraba en Trento procurando correr voces de que quería pasar á Italia. Habían estallado guerras en Lombardia, apoderándose los Visconti de Parma.

Por entonces murió Roberto, rey de Nápoles, dejando dos nietas, hijas de su hijo Carlos, que mucho antes había muerto. A la mayor, llamada Juana, la instituyó heredera del reino, determinando que casara con su nieto Andrés, hijo del Rey de Hungría. No vivió mucho Andrés con ella, porque Juana le hizo morir y se casó con otro primo suyo, príncipe de Tarento, llamado Luis. Pero el rey Luis de Hungría, hermano de Andrés, por

venegar la muerte de éste, vino con ejército á Italia y arrojó del reino á Juana y á su marido.

XXXI. Sucedió por entonces en Roma una cosa memorable. Un tal Nicolás de Lorenzo, notario en el barrio de Campidoglio, expulsó á los senadores de Roma, y, con título de tribuno, se hizo jefe de la República romana, restableciendo la antigua forma de gobierno con tanta fama de justicia y de virtud, que no sólo las ciudades cercanas, sino toda Italia, le envió embajadores. Las antiguas provincias, al ver este renacimiento en Roma, levantaron la cabeza, y unas por miedo y otras por esperanza le tributaban honores.

Pero Nicolás, á pesar de su fama, desde el principio se desaminó, porque, agobiado por un peso superior á sus fuerzas, sin que nadie le echara, se fué secretamente, yendo á buscar á Carlos, rey de Bohemia que, por orden del Papa y en desprecio de Luis de Baviera, habia sido elegido Emperador.

Carlos, para mostrar su agradecimiento al Pontífice, le envió preso á Nicolás.

Al poco tiempo, é imitando á Nicolás, un tal Francisco Baroncelli se hizo tribuno de Roma y expulsó á los senadores; pero el Papa, para reprimir pronto aquella turbulencia, sacó de la prisión á Nicolás y le envió á Roma, devolviéndole el cargo de tribuno. Recobró, en efecto, la autoridad, é hizo morir á Francisco; pero llegó á ser enemigo de los Colonnas y poco tiempo después fué muerto, recobrando su autoridad los senadores.

XXXII. En este tiempo el rey de Hungría, después de expulsar á la reina Juana, volvió á su reino; pero el Papa, que prefería la dominación de la Reina á la

de aquel Rey en Estado limítrofe al pontificio, arregló las cosas de suerte que el de Hungría consintió en restituirle el reino, con tal que su marido Luis se contentase con el título de príncipe de Tarento, no llamándose Rey.

Llegó el año 1350, y el Papa publicó un decreto reduciendo á cincuenta años el jubileo que Bonifacio VIII instituyó para cada cien años. Agradecidos á este beneficio, permitieron los romanos que enviase á Roma cuatro cardenales encargados de reformar el gobierno de la ciudad y nombrar los senadores conforme á su voluntad.

El Papa, además, concedió á Luis de Tarento el título de rey de Nápoles, y en recompensa de este favor, la reina Juana dió Avignón, que era de su patrimonio, á la Iglesia.

Murió por entonces Luchino Visconti, quedando por único señor de Milán Juan, arzobispo de esta ciudad, quien hizo muchas guerras á Toscana y á sus vecinos, llegando á ser poderosísimo. Le sucedieron á su muerte sus sobrinos Bernabé y Galeazzo; pero poco después murió Galeazzo, heredándole su hijo Juan Galeazzo, con quien dividió Bernabé aquel Estado.

Era en este tiempo emperador Carlos, rey de Bohemia, y pontífice Inocencio VI, que mandó á Italia al cardenal español Egidio (1), quien con su virtud y valor, no sólo en la Romaña y en Roma, sino en toda Italia, restableció la influencia de la Iglesia. Recuperó á Bolonia, que la habia ocupado el arzobispo de Milán; obligó á los romanos á aceptar un senador extranjero, que anual-

(1) D. Gil de Albornoz.

mente debería enviar el Papa; hizo honrosa concordia con los Visconti y derrotó y prendió á Juan Hawkwood, inglés que, con cuatro mil ingleses, militaba en Toscana en ayuda de los gibelinos.

Al saber tantas victorias Urbano V, que sucedió en el pontificado á Inocencio VI, determinó visitar Italia y Roma, donde también vino el emperador Carlos, volviendo á los pocos meses Carlos á su reino y el Papa á Avignon.

A la muerte de Urbano fué elegido papa Gregorio XI y, por haber muerto ya el cardenal Egidio, cayó de nuevo Italia en sus antiguas discordias, causadas entonces por los pueblos que se coligaron contra los Visconti. El Papa envió primero un Legado con seis mil bretones, y después vino él en persona, restableciendo la corte pontificia en Roma en 1376. Estuvo en Francia setenta y un años.

Muerto este Pontífice fué elegido Urbano VI, y al poco tiempo, reunidos en Fondi diez cardenales que decían no haber sido legitima la elección de Urbano, eligieron ellos á Clemente VII.

Entonces los genoveses, que hacia tiempo vivían sometidos á los Visconti, se rebelaron, y entre ellos y los venecianos, por la posesión de la isla de Tenedos, hubo guerras importantísimas que dividieron á toda Italia; en cuyas guerras se vió por primera vez la artillería, nueva arma inventada por los tudescos. Aunque los genoveses, victoriosos durante algún tiempo, tuvieron sitiada á Venecia algunos meses, al final de la guerra quedaron superiores los venecianos y, por mediación del Pontífice, hicieron la paz en el año de 1381.

XXXIII. Había ocurrido, según hemos dicho, un

cisma en la Iglesia. La reina Juana favoreció al Papa cismático, por lo cual Urbano VI indujo á Carlos de Durazzo, descendiente de los reyes de Nápoles, á hacerle la guerra. Carlos le quitó el reino, posesionándose de él, y Juana huyó á Francia. El rey de Francia, indignado, mandó á Italia á Luis de Anjou para restablecer en el trono á Juana, expulsar al papa Urbano de Roma y establecer allí la autoridad del antipapa. Pero en el curso de esta empresa murió Luis y, derrotado su ejército, volvió á Francia. Entretanto el Papa fué á Nápoles, donde prendió á nueve cardenales por pertenecer al partido de Francia y del antipapa. Después se enfadó con el Rey porque no quiso hacer á un sobrino suyo príncipe de Capua y, fingiendo dar poca importancia á la negativa, pidióle la ciudad de Nocera para habitar en ella, donde se fortificó, disponiéndose á privar al Rey del reino. A causa de esto, el Rey se dirigió á sitiar á Nocera, y el Papa huyó á Génova, donde hizo morir á los cardenales que tenía prisioneros. De allí fué á Roma y para afirmar su autoridad creó veintinueve cardenales.

Carlos, rey de Nápoles, fué á Hungría, donde llegó á ser rey, muriendo al poco tiempo. En Nápoles dejó á su esposa con Ladislao y Juana sus hijos.

Por entonces también Juan Galeazzo Visconti habia muerto á su tío Bernabé, apoderándose de todo el estado de Milán. Y no bastando á su ambición ser duque de toda la Lombardia, quería, además, ocupar la Toscana; pero cuando esperaba dominarla y después coronarse rey de Italia, murió.

A Urbano VI sucedió Bonifacio IX.

Murió en Avignon el antipapa Clemente VII y le sucedió Benedicto XIII.

XXXIV. Había en aquel tiempo en Italia muchos soldados ingleses, tudescos y bretones, traídos en parte por los príncipes que en diversas épocas vinieron á Italia y en parte enviados por los Papas, cuando residían en Avignon. De estos soldados se valían para sus guerras todos los príncipes italianos, hasta que apareció el romano Luis de Cento, que organizó una compañía de soldados italianos titulada de San Jorge, cuyo valor y disciplina hizo que la fama de los extranjeros pasara á los de Italia, de quienes en adelante se valieron los príncipes italianos en sus guerras.

El Papa, por discordias con los romanos, se fué á Scesi, donde estuvo hasta que llegó el jubileo de 1400, en cuya época los romanos, para que volviese á Roma, por utilidad de aquella ciudad, aceptaron de nuevo un senador forastero, enviado por él, y le permitieron fortificar el castillo de Sant'Angelo. Volvió con estas condiciones, y para hacer más rica á la Iglesia ordenó que, en las vacantes de cada beneficio, la Cámara apostólica percibiría una anualidad de las rentas.

Á la muerte de Juan Galeazzo, duque de Milán, aunque dejó dos hijos, Juan María Angel y Felipe, los milaneses se dividieron en muchos partidos, y en las perturbaciones ocurridas, Juan María fué muerto. Felipe, preso durante algún tiempo en el castillo de Pavia, por la fidelidad y valor del castellano, se salvó.

Entre los que se apoderaron de las plazas poseídas por el padre, fué uno Guillermo de la Scala, que, desterrado, vivía con Francisco de Carrara, señor de Padua, con cuyo auxilio recobró el Estado de Verona, donde estuvo poco tiempo, porque Francisco le hizo envenenar y le quitó la ciudad.

Á causa de esto, los vicentinos, que bajo la dominación de los Visconti vivieron seguros, temiendo el engrandecimiento del señor de Padua, se entregaron á los venecianos, quienes le declararon la guerra, quitándole primero Verona y después Padua.

XXXV. Murió el papa Bonifacio, y fué elegido Inocencio VII, á quien suplicó el pueblo romano que le devolviese las fortalezas y su libertad. El Papa no accedió á la súplica, y el pueblo llamó en su auxilio al rey Ladislao de Nápoles; pero pusieron de acuerdo el Rey y el Papa y éste, que por temor al pueblo romano se había refugiado en Viterbo, donde hizo á su sobrino Luis conde de la Marca, volvió á Roma.

Murió al poco tiempo, y fué elegido Gregorio XII, con condición de renunciar al pontificado, si en alguna ocasión el antipapa renunciase.

Cediendo á las instancias de los cardenales, que deseaban acabar con el cisma, el antipapa Benedicto vino á Porto Venere, y Gregorio á Luca, tratando largamente el arreglo, pero sin llegar á ningún resultado, de suerte que los cardenales de uno y otro Papa les abandonaron. Benedicto se fué á España y Gregorio á Rimini.

Los cardenales, por su parte, con el apoyo de Baltasar Cossa, cardenal y legado de Bolonia, ordenaron un conclave en Pisa, eligiendo en él papa á Alejandro V, que inmediatamente excomulgó al rey Ladislao, dió la investidura del reino de Nápoles á Luis de Anjou, y de concierto con los florentinos, genoveses y venecianos y con el legado Baltasar Cossa, atacó á Ladislao y le quitó á Roma.

En lo más empeñado de esta guerra murió Alejandro, y fué elegido papa Baltasar Cossa, que tomó por nombre

Juan XXIII. Partió éste de Bolonia, donde se verificó la elección y fué á Roma, encontrando allí á Luis de Anjou, que había venido con el ejército de Provenza. Atacó éste y derrotó á Ladislao; pero por falta de guías no pudo proseguir la victoria: de suerte que al poco tiempo el Rey recuperó la fuerza y tomó de nuevo á Roma, huyendo el Papa á Bolonia y Luis de Anjou á Provenza.

Pensando el Papa en el modo de disminuir el poder de Ladislao, procuró que Segismundo, rey de Hungría, fuese elegido Emperador, y le indujo á venir á Italia, teniendo con él una entrevista en Mantua, y conviniendo en reunir un Concilio general que terminara el cisma, pues, unida la Iglesia, podía contrarrestar fácilmente la fuerza de sus enemigos.

XXXVI. Había entonces tres papas, Gregorio, Benedicto y Juan, quienes tenían á la Iglesia sin fuerza ni crédito. Eligióse para lugar del concilio Constanza, ciudad de Alemania, contra el deseo del papa Juan, y aunque, por la muerte del rey Ladislao, hubiese desaparecido la causa que movió al Papa á convocar el Concilio, no pudo, sin embargo, negarse á asistir á él, por estar á ello obligado. Llegó á Constanza, á los pocos meses de empezar el Concilio y, conociendo tarde su error, intentó fugarse, por lo cual fué preso y obligado á renunciar el pontificado. También renunció, por medio de un representante que envió al Concilio, el antipapa Gregorio y, no queriendo renunciar el otro antipapa, Benedicto, fué condenado por hereje. Abandonáronle al fin sus cardenales y también tuvo que renunciar. El Concilio eligió papa á Oddo de Colonna, llamado después Martín V, quedando unida la Iglesia, después de cuarenta años de cisma.

XXXVII. Encontrábase entonces, como dijimos, Felipe Visconti en el castillo de Pavia; pero murió Fazino Cane que, en las guerras de Lombardia, se había apoderado de Vercelli, Alejandria, Novara y Tortona, acumulando vastas riquezas. No tuvo hijos y dejó heredera de sus Estados á su mujer Beatriz, ordenando que sus amigos arreglaran las cosas de modo que se casase con Felipe. Este matrimonio hizo á Felipe tan poderoso, que reconquistó á Milán y toda la Lombardia. Después, en agradecimiento á los grandes beneficios recibidos, como acostumbra á agradecer los príncipes, acusó á su mujer Beatriz de adulterio y la hizo morir. Llegando á ser poderosísimo, comenzó á pensar en la guerra contra Toscana, para continuar los propósitos de su padre, Juan Galeazzo.

XXXVIII. Al morir el rey de Nápoles, Ladislao, dejó á su hermana Juana, además del reino, un gran ejército, mandado por los mejores capitanes de Italia, distinguiéndose entre ellos Sforza de Cotignuola, reputado por valeroso, conforme al modo de combatir de entonces.

La Reina, para evitar sospechas infamantes por su afecto á un tal Pandolfello, que había educado, se casó con Jacobo, conde de la Marche, francés de regia estirpe, con condición de que se contentase con ser llamado príncipe de Tarento, reservándose su esposa el título real y el gobierno del reino. Pero apenas llegó á Nápoles, los soldados le aclamaron rey, naciendo, por esta causa, grandes discordias entre marido y mujer y luchas con vario éxito, hasta que la Reina quedó dueña del Estado. Hízose después enemiga del Papa, y Sforza, para obligarla á implorar su auxilio, renunció á servirla,

cuanado ella menos lo esperaba. Esta renuncia la dejó desarmada y, no teniendo otro remedio, pidió ayuda á Alfonso, rey de Aragón y de Sicilia, y le adoptó por hijo. Tomó además á sueldo á Braccio de Montone, capitán tan famoso como Sforza, y enemigo del Papa, por haberle quitado á Perugia y otras ciudades de la Iglesia.

Hicieron la paz al poco tiempo el Pontífice y la Reina; pero el rey Alfonso, sospechando que ésta le tratara como había tratado á su marido, procuraba cautamente apoderarse de las fortalezas. La Reina, que era astuta, previno su intento y se fortificó en el castillo de Nápoles. Crecieron entre ambos las sospechas; llegaron á la guerra, y la Reina, con ayuda de Sforza, que había vuelto á su servicio, venció á Alfonso y le echó de Nápoles, anulando la adopción y adoptando á Luis de Anjou, lo que produjo nueva guerra entre Braccio, que había seguido el partido de Alfonso, y Sforza, que favorecía á la Reina.

En el curso de esta guerra, al pasar Sforza el río de Pescara, se ahogó, quedando de nuevo la Reina sin ejército, y hubiera sido expulsada del reino de no ayudarla Felipe Visconti, duque de Milán, quien obligó á Alfonso á volver á Aragón.

No intimidado Braccio porque le abandonara Alfonso, continuó la guerra contra la Reina y sitió á Aquila. Pero el Papa, que no juzgaba conveniente á la Iglesia el engrandecimiento de Braccio, tomó á sueldo á Francisco, hijo de Sforza, quien fué á encontrar á Braccio en Aquila, le derrotó y mató.

Dejó Braccio un hijo llamado Odón, á quien el Papa quitó el Estado de Perugia, dejándole el de Montone; pero fué muerto poco después combatiendo en la Roma-

ña por los florentinos, y de los compañeros de armas de Braccio el más célebre que quedó fué Nicolás Piccinino.

XXXIX. Llegamos con esta narración hasta la época que indiqué, pues lo más importante que resta por reseñar es la guerra que tuvieron florentinos y venecianos con Felipe, duque de Milán, de la que detalladamente hablaremos al tratar de la historia de Florencia.

No seguiré, pues, adelante; me limitaré á recordar brevemente cuál era en esta época el estado político y militar de Italia.

De los Estados principales, la reina Juana poseía á Nápoles. La Marca, el Patrimonio eclesiástico y la Romaña, en parte obedecían á la Iglesia y en parte los gobernaban vicarios ó tiranos, como Ferrara, Módena y Regio, sometidos á la casa de Este; Faenza á los Manfredi; Imola á los Alidosi; Forlì á los Ordelaffi; Rímuni y Pésaro á los Malatesti, y Camerino á los Varano.

De la Lombardia, parte obedecía al duque Felipe y parte á los venecianos; pues cuantos tenían Estados particulares en aquella comarca habían muerto, á excepción de la casa de Gonzaga, que dominaba en Mantua.

Los florentinos eran dueños de la mayor parte de Toscana, viviendo sólo con gobierno propio Luca y Siena; Luca dominada por los Guinigi, y Siena libre.

Los genoveses, unas veces libres y otras sujetos al reino de Francia ó á los Visconti, no gozaban de consideración, y se les ponía al nivel de los principados más débiles.

Los principales de estos Estados no tenían ejércitos propios. El duque Felipe, encerrado en su palacio y no dejándose ver, dirigía las guerras por medio de sus capitanes. Los venecianos, al querer extender su dominación

por la tierra firme, llevaron á ella el ejército que tanta gloria les había dado en el mar y, siguiendo el ejemplo de los otros italianos, ponían sus tropas bajo dirección ajena. El Papa, por no acomodarse el mando de la milicia á su carácter religioso, y la reina Juana de Nápoles, por ser mujer, hacían por necesidad lo que los otros, con mal acierto, habían hecho.

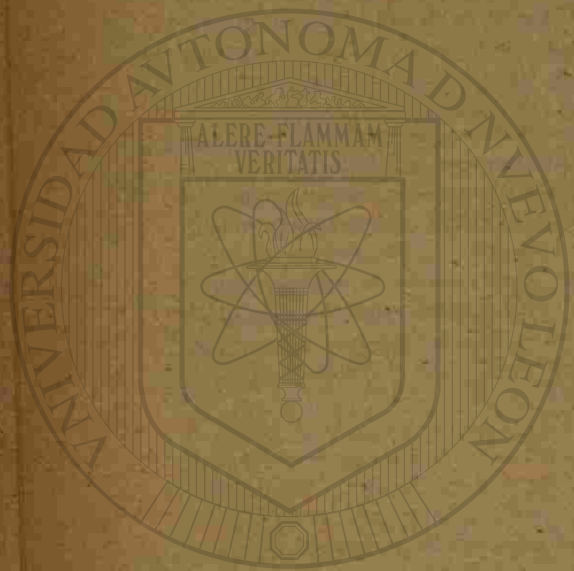
Á la misma necesidad obedecían los florentinos por que destruida la nobleza á causa de sus continuas divisiones, y estando dicha República en manos de hombres educados en el comercio, seguían la fortuna y la voluntad de los otros.

Estaban, pues, las fuerzas militares de Italia en manos ó de los príncipes de menos poder ó de personas particulares; porque los jefes de los pequeños principados, no por adquirir gloria, sino por vivir más ricos ó más seguros, se dedicaban á las armas, y los particulares que ejercían desde la infancia el oficio de soldado y no sabían otro, procuraban con aquél buscar honra y provecho. Entre éstos eran entonces los más famosos Carmignola, Francisco Sforza, Nicolás Piccinino, discípulo de Braccio; Angel de la Pégola, Lorenzo y Miguel Attenduli, el Tartaglia, Giacopaccio, Ceccolino de Perusa, Nicolás de Tolentino, Guido Torello, Antonio dal Ponte ad Era y algunos otros semejantes. Añádanse á éstos los señores que antes indicamos y los barones romanos, Orsini y Colonna, con otros potentados y nobles del reino de Nápoles y de Lombardia.

Dedicados todos ellos, al ejercicio de las armas, habían hecho una especie de liga y convenio para convertir su profesión en arte de prolongar las guerras de tal suerte, que tan perjudiciales resultaban á los vencidos

como á los vencedores. Redujeron al fin la profesión militar á tanta vileza, que cualquier capitán de mediana capacidad, con sólo poseer un destello de la antigua virtud militar, les habría hecho perder su fama, con grande admiración de toda Italia que, por su poca prudencia, les houraba.

De estos príncipes ociosos y de estos ejércitos envilecidos hablaré con frecuencia en esta historia; pero necesito, antes de llegar á ello, referir, según prometí al principio, el origen de Florencia, y hacer comprender á todos ampliamente cuál era en estos tiempos el estado de dicha ciudad y por cuáles causas, en medio de tantas perturbaciones como sufrió Italia durante mil años, llegó á ser lo que es ahora.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

LIBRO SEGUNDO.

SUMARIO.

I. Costumbre de las antiguas repúblicas de fundar colonias en beneficio propio.—II. Origen de Florencia y de su nombre. La destruye Totila y la reedifica Carlomagno. Los florentinos se apoderan de Fiesole.—III. Primera lucha intestina en Florencia, ocasionada por maese Buondelmonte, quien, habiendo dado promesa de matrimonio á una de la casa de Amidei, faltó á ella y se casó con una Donati (1215). Por este motivo Buondelmonte fué muerto, y por los odios que surgieron entre su familia y la de los Uberti, parientes de los Amidei, sufrió la ciudad, grandes desórdenes y estragos.—IV. Federico II de Suavia favorece á los Uberti, y los Buondelmonti se alían á la Santa Sede, tomando ambos partidos en Florencia los nombres de Gibelinos y Guélfos. Familias guélfas. Familias gibelinas. Los guélfos son expulsados de Florencia pero, á la muerte de Federico, hacen la paz con los gibelinos, vuelven á la patria y de común acuerdo reorganizan el gobierno de la ciudad (1250).—V. Florencia dividida en seis barrios con dos Ancianos al frente de cada uno de ellos. El Capitán del pueblo y el Podestá elegidos entre los forasteros. Organización militar por compañías y banderas, veinte para la ciudad y setenta para la comarca.—VI. Grandeza á que llegó Florencia con esta organización. Nuevos desórdenes promovidos por los gibelinos, á causa de los cuales son expulsados de Florencia. Son derrotados los guélfos en la batalla del Arbia por el ejército de Manfredo, rey de Nápoles (1260).—VII. Consejo que celebran los gibelinos en Empoli. Farinata Uberti combate la

opinión de arrasar á Florencia.—VIII. El papa Clemente IV favorece á los desterrados güelfos y les da su bandera. Los güelfos, ayudados por Carlos de Anjou, crecen en poderío, y por ello los gibelinos de Florencia proyectan nuevas reformas para atraerse la amistad del pueblo. Dividen á los ciudadanos en doce artes: siete mayores y cinco menores (las menores llegaron después hasta catorce), y á cada arte dan un magistrado y un jefe ó abanderado.—IX. El conde Guido Novello, vicario del rey Manfredo, en Florencia, es expulsado por un tributo que quiso imponer á los florentinos.—X. Vuelven los güelfos á Florencia y reorganizan el gobierno. Establecen doce jefes, que llaman Hombres buenos; un Consejo de 80 ciudadanos y un Colegio de 180 plebeyos, que, unidos á los 80 ciudadanos, forman el Consejo general. Fundan además un Consejo de 120 nobles y plebeyos para entender de la distribución de los cargos en la República. Gregorio X quiere restablecer á los gibelinos en Florencia. Nicolás III procura aminorar el poder de Carlos de Anjou.—XI. Maese Latino, legado imperial, restablece á los gibelinos en Florencia dándoles participación en el gobierno (1280). Créanse en las artes primas tres Priores y después seis para el gobierno de la República. Batalla de Campaldino (1289).—XII. Se crea el Consalonniero de justicia con 1.000 hombres, bajo veinte banderas (1293).—XIII. Giano de la Bella reforma el gobierno en favor del pueblo. Su enemistad con Corso Donati. Su voluntario destierro.—XIV. Tumultos entre nobles y plebeyos.—XV. Reorganización del gobierno. Arnolfo de Lapo fabrica el palacio de la Señoría y las prisiones (1298).—XVI. Nuevas discordias entre los Cerchi y los Donati. Origen de las facciones Blanca y Negra en Pistoia. Maese Corso Donati se hace jefe del partido negro en Florencia, y maese Vieri de Cerchi del partido blanco.—XVII. El legado del Papa en Florencia aumenta la confusión excomulgando la ciudad.—XVIII. Los Donati y otros del partido negro son desterrados por consejo de Dante Alighieri.—XIX. Acuden al Papa y éste envía á Florencia á Carlos de Valois, por cuya protección vuelven los Donati y huyen los Cerchi. Mateo de Acquasparta, legado pontificio, intenta aplacar la discordia, y airado por no lograrlo, parte de Florencia después de excomulgaria de nuevo.—XX. Dante Alighieri es desterrado

con los del partido blanco (1302).—XXI. Gran soberbia de Corso Donati. Nicolás de Prato legado pontificio en Florencia. Tumultos. Incendio desde junto á San Miguel hasta el Mercado Nuevo.—XXII. Nuevas reformas en Florencia. Toma del castillo Stinche. Corso Donati vuelve de Roma.—XXIII. Es acusado y condenado. Resiste la sentencia con las armas en la mano; pero es preso y muerto junto á San Salvi.—XXIV. Enrique de Luxemburgo sitia en vano á Florencia y después muere en Buoneconvento (1313).—XXV. Entréga Florencia á Roberto, rey de Nápoles, por cinco años. Guerra contra de los florentinos Ugucione de la Faggiuola, que los derrota. Se apartan de la obediencia al Rey de Nápoles. Toman por jefe á Lando de Agobbio, quien, por su tiranía y deshonesta conducta, es expulsado. Nuevas reformas.—XXVI. Guerra de los florentinos contra los lugueses mandados por Castruccio Castracani. Los Hombres buenos.—XXVII. Los nobles de dentro de la ciudad y los desterrados intentan apoderarse nuevamente de ella.—XXVIII. Nueva organización política.—XIX. Castruccio derrota á los florentinos en Altopascio.—XXX. Gualtiero, duque de Atenas, viene á Florencia como vicario de Carlos, duque de Calabria. Nueva organización del gobierno. Fórmense dos Consejos, uno de 300 plebeyos, y otro de 250 nobles y plebeyos; el primero se llama Consejo del pueblo, y el segundo, Consejo municipal.—XXXI. Luis de Baviera. Los tudescos vienen á Luca. Muere Castruccio. Inundación de Florencia.—XXXII. Conjuración de los Bardí y de los Frescobaldi descubierta y evitada.—XXXIII. Los florentinos compran á Luca y la toman los pisanos.—XXXIV. Intrigas del Duque de Atenas para obtener el mando de Florencia.—XXXV. El Duque de Atenas es proclamado por la plebe príncipe vitalicio de Florencia (1342).—XXXVI. Su mal gobierno.—XXXVII. Es expulsado (1343).—XXXVIII. Muchas ciudades y comarcas de los dominios de Florencia se rebelan pero, obrando prudentemente los florentinos, conservan su dominación.—XXXIX. La ciudad es dividida en distritos, con tres Señores para cada uno de ellos, y créanse, en lugar de los doce Hombres buenos, ocho Consejeros, cuatro del pueblo y cuatro de la nobleza. Tumultos entre nobles y plebeyos, por los cuales aquellos son expulsados del Palacio, quedando

el poder en manos de los plebeyos.—XL. Tumulto promovido por Andres Strozzi en favor de los nobles.—XLI. Los nobles, después de muchos desórdenes, se humillan por completo al pueblo.—XLII. Nueva reforma del gobierno. El pueblo es dividido en potente, medioere y bajo. Son elegidos dos Señores del potente, tres del medioere y tres del bajo, y un Confaloniero salido de cualquiera de estas clases. Peste horrible en Florencia descrita por Boccaccio (1348).

I. Entre los grandes y maravillosos hechos de las repúblicas y principados antiguos, que en nuestros días no se realizan, era el de fundar en todo tiempo ciudades y pueblos; porque nada es más digno de un egregio príncipe ó de una bien ordenada república, ni puede ser más útil á un Estado, que edificar de nuevo pueblos donde puedan reunirse los hombres para comodidad de la defensa y del cultivo. Podían hacer esto fácilmente por la costumbre de enviar á los países vencidos ó abandonados nuevos habitantes, que llamaban colonias; organización que facilitaba edificar nuevas ciudades, aseguraba al vencedor la posesión de los países vencidos, llenaba de habitantes las comarcas despobladas y, repartidos así cómodamente, se multiplicaban más los hombres, siendo para el ataque más prontos, y para la defensa más seguros.

Del olvido de esta costumbre, por los malos usos actuales de las repúblicas y de los príncipes, nace la ruina y debilidad de las provincias, porque tal organización es la que hace el dominio estable y los países, como he dicho, copiosamente habitados.

La estabilidad nace de que una colonia puesta por un príncipe en un país nuevamente conquistado, es como fortaleza y guardia que obliga á ser fieles á los demás habitantes.

Además, no se puede de otro modo tener habitada toda

una provincia y que los pobladores estén bien distribuidos; porque no siendo todos los lugares sanos y fértiles, unos son abandonados y en otros falta población, y si no hay medio de reemplazarles en las tierras abandonadas y de llevarles á las despobladas, la provincia en poco tiempo se arruina, porque la escasez de habitantes deja una parte de ella desierta, y su abundancia en la otra la empobrece.

Y como la Naturaleza no puede remediar estos daños, preciso es hacerlo con la industria; porque los países malsanos se convierten en sanos para una multitud de hombres que de pronto los ocupan, quienes con el cultivo sanean las tierras y con el fuego purifican el aire, cosas que la Naturaleza por sí sola no puede realizar. Prueba de lo que decimos es la ciudad de Venecia, fundada sobre terrenos pantanosos y enfermizos, que los muchos habitantes acogidos allí de pronto, sanearon.

Por la pestilencia del aire no se pobló Pisa por completo hasta que los sarracenos saquearon á Génova y sus costas, por lo cual la multitud de habitantes que huyó repentinamente de su patria, refugiándose en aquella ciudad, hizo la populosa y fuerte.

No fundándose ya colonias, los países conquistados se dominan con mayor dificultad, los abandonados no se repueblan y los sobradamente poblados no se libran del exceso de habitantes. Por esto muchas comarcas del mundo, y especialmente de Italia, han llegado á quedar desiertas si se las compara con lo que eran en los antiguos tiempos. Y todo esto es consecuencia de no haber en los príncipes anhelo de verdadera gloria, ni en las repúblicas ninguna institución que merezca ser alabada.

En la antigüedad, por virtud de la colonización, ó se

fundaban muchas ciudades, ó las ya fundadas se engrandecían. Esto ocurrió á la de Florencia, que tuvo principio en Fiesole y aumentó con las colonias.

II. Ciertísimo es, según han demostrado Dante y Juan Villani, que la ciudad de Fiesole, situada en lo alto del monte, para que sus mercados estuviesen más concurridos, y para mayor comodidad de los que quisieran acudir á ellos con sus mercancías, los estableció, no sobre la colina, sino en el llano, entre el pie de la montaña y el río Arno.

Paréceme que estos mercados fueron la causa de las primeras edificaciones que se hicieron en aquel sitio, por desear los mercaderes tener abrigos cómodos para sus mercancías, edificios que con el tiempo se multiplicaron y habitaron.

Posteriormente, cuando los Romanos, vencidos los Cartagineses, aseguraron á Italia de invasiones de pueblos extranjeros, se multiplicaron los edificios en gran número, porque los hombres no viven en la estrechez si la necesidad no les obliga. Si el miedo de la guerra les reduce á vivir en sitios fortificados y agrestes, cuando aquella termina, la comodidad les lleva de buen grado á los lugares fáciles y agradables.

La tranquilidad, pues, que hubo en Italia por la fama de la República romana favoreció el aumento de las edificaciones comenzadas por la causa antes referida, en tanto número, que llegaron éstas á ser pueblo, llamado al principio Villa Arnina.

Estallaron después en Roma las guerras civiles, primero entre Mario y Sila, después entre César y Pompeyo, y posteriormente entre los asesinos de César y los que querían vengar su muerte.

Sila, primero, y después los tres ciudadanos romanos que, vengado el asesinato de César, se dividieron el Imperio, enviaron colonias á Fiesole, que en todo ó en parte fijaron sus habitaciones en la llanura inmediata á la ya comenzada población, de tal suerte, que con este aumento llegó á ser tan grande el número de edificios y de hombres, y la organización civil tan completa, que podía ya contarse entre las ciudades de Italia.

Varias son las opiniones acerca del origen del nombre de Florencia. Según unos proviene de Florino, uno de los jefes de la colonia; otros sostienen que al principio no se llamó Florencia, sino Fluencia, por estar próxima á la corriente del Arno, y aducen el testimonio de Plinio, que dice: «Los Fluentinos están junto al río Arno», cosa que puede ser falsa, porque el texto de Plinio sólo dice dónde habitaban los florentinos, pero no cómo se llamaban. La palabra *Fluentinos* debe ser corrupción de *Florentinos*, porque Frontino y Cornelio Tácito, que escribieron casi en la misma época que Plinio, llamanla Florencia y á sus habitantes florentinos. Ya en tiempo de Tiberio se gobernaban éstos conforme á los usos de las demás ciudades de Italia, y Tácito refiere haber ido embajadores florentinos á dicho Emperador para rogarle que las aguas de la Chiana no inundaran sus tierras. No es sensato suponer que aquella ciudad tuviera al mismo tiempo dos nombres, y creo, por tanto, que cualquiera que fuese el origen del nombre, siempre se llamó Florencia; y cualquiera que fuese el de la ciudad, empezó á existir en tiempo del Imperio romano, comenzando los escritores á citarla en el de los primeros emperadores.

Quando las invasiones de los Bárbaros en aquel Imperio, el rey de los Ostrogodos Totila destruyó á Floren-

cia, y años después la reedificó Carlomagno. Desde entonces hasta 1215 participó de la suerte de los que en Italia mandaban: primero los descendientes de Carlomagno, después los Berengueres, y por último los emperadores alemanes, como hemos dicho en la reseña histórica del libro I.

No pudieron engrandecerse los florentinos en esta época, ni hacer nada digno de memoria, por el gran poder de aquellos á cuyo imperio obedecían; sin embargo, en el año 1010 un día de San Rómulo, solemne para los de Fiesole, tomaron y destruyeron esta población, ó con consentimiento de los Emperadores, ó en el tiempo en que quedaban con más libertad, desde la muerte de uno de éstos á la elección de su sucesor.

Cuando la autoridad de los Pontífices creció en Italia á expensas de la de los Emperadores alemanes, toda la comarca florentina empezó á gobernarse con menos sujeción al soberano, tanto, que en 1080 en tiempo de Enrique III quedó manifiestamente dividida Italia entre el Emperador y la Santa Sede, á pesar de lo cual hasta 1215 permanecieron los florentinos unidos, obedeciendo al vencedor y sin otra aspiración que la de conservarse. Pero á semejanza de lo que acontece en nuestro cuerpo, donde cuanto más tardan las enfermedades son más perniciosas y mortales, cuanto más tardó Florencia en dejarse arrastrar por las facciones que dividían á los italianos, tanto más la alligieron después. El motivo de la primera división es conocidísimo, porque Dante y otros escritores lo refieren: lo diré brevemente.

III. (1215.) Entre otras familias poderosas, había entonces en Florencia las de Buondelmonti y Uberti, y al nivel de ellas las de Amidei y Donati.

De esta última era una viuda rica con una hija bellísima que la madre proyectaba casar con Buondelmonte, caballero joven y jefe de la familia Buondelmonte. Ó por negligencia, ó por creer que siempre sería tiempo oportuno de manifestar su proyecto, á nadie había hablado de él. Pero se supo que Buondelmonte iba á casarse con una joven de los Amidei, y la noticia molestó vivamente á la viuda.

Esperando que la belleza de su hija bastaría para impedir aquella boda, y al ver un día que Buondelmonte iba solo hacia su casa, bajó á la puerta, seguida de su hija, y le detuvo diciendo: «Mucho celebro que hayáis elegido esposa, aunque guardaba para vos esta hija mía; y entreabriendo la puerta, se la mostró. El caballero, prendado de la rara belleza de la joven, y considerando que por su nacimiento y fortuna no era inferior á la que había elegido, se apasionó tanto de ella, que sin tener en cuenta la palabra empeñada, la ofensa que causaba al faltar á la promesa, y las malas consecuencias que podía ocasionar, contestó: «Puesto que para mí la guardabais sería un ingrato en no aceptarla, cuando aun es tiempo.» Y sin tardanza celebró la boda.

La noticia de ella llenó de indignación á la familia Amidei y á la de los Uberti, emparentados con aquella y puestos de acuerdo con otros muchos parientes, convinieron en que no se podía tolerar, sin vergüenza, aquella ofensa, ni ser vengada de otra suerte que matando á Buondelmonte. Algunos advirtieron los daños que esta determinación produciría, pero Mosca Lambertí replicó que quien pensaba en demasiadas cosas no realizaba ninguna, y terminó diciendo el conocido proverbio: «Cosa hecha, principio tiene.»

Dieron el encargo del homicidio á Mosca, á Stiatta Uberti, á Lambertuccio Amidei y á Oderigo Fifanti. En la mañana del día de Pascua de Resurrección se encerraron en la casa de los Amidei, situada entre el Puente Viejo y San Esteban, y cuando sobre un caballo blanco pasaba Buondelmonte el puente, creyendo sin duda ser cosa tan fácil olvidar una injuria como renunciar á un parentesco, le asaltaron y mataron á la extremidad del puente, junto á una estatua de Marte.

Este homicidio dividió la ciudad; unos se pusieron de parte de los Buondelmonte, otros al lado de los Uberti; y como ambas familias tenían numerosas casas y sitios fortificados y hombres á su servicio, combatieron muchos años, sin que ninguna lograra expulsar á la otra. Esta enemistad no terminaba por paz, sino por tregua, y según las circunstancias, comenzaban ó se suspendían las hostilidades.

IV. Sufrió Florencia estas perturbaciones hasta el tiempo de Federico II (1236) que, por ser rey de Nápoles, creyó poder engrandecerse á costa de la Santa Sede; y para afirmar su dominación en Toscana, favoreció á los Uberti y sus secuaces quienes, con su ayuda, expulsaron á los Buondelmonti. De esta suerte dividiéronse los florentinos, como ya lo estaban todos los italianos, en güelfos y gibelinos. No creo superfluo citar las familias que siguieron uno ú otro bando. Fueron del partido güelfo los Buondelmonti, Nerli, Rossi, Frescobaldi, Mozzi, Bardi, Pulci, Gherardini, Foraboschi, Bagnesi, Guidalotti, Sacchetti, Manieri, Lucardesi, Chiaramontesi, Compiobbesi, Cavalcanti, Giandonati, Gianfigliuzzi, Scali, Gualterotti, Importuni, Bostichi, Tornaquinci, Vecchietti, Tosinghi, Arrigucci, Agli, Sizi, Adimari,

Visdomini, Donati, Pazzi, Della Bella, Ardinghi, Tedaldi y Cerchi. Del partido gibelino los Uberti, Mannegli, Ubriachi, Fifanti, Amidei, Infangati, Malespini, Scolari, Guidi, Galli, Capiardi, Lamberti, Soldanieri, Cipriani, Toschi, Amieri, Palermini, Migliorelli, Figli, Barucci, Cattani, Agolanti, Brunelleschi, Caponacchi, Elisei, Abati, Tedaldini, Ginocchi y Galigai. A uno y otro bando de estas familias nobles se unieron muchos plebeyos, llegando por ello la división á casi todas las clases. Los güelfos, cuando su expulsión, se refugiaron en las tierras del Val d'Arno, donde tenían gran número de sus fortalezas, defendiéndose allí lo mejor que pudieron contra sus enemigos. Pero, muerto Federico, los florentinos de la clase media que gozaban más crédito en el pueblo, opinaron que era mejor unir á todos los ciudadanos que arruinar la ciudad manteniendo la división, y procedieron tan bien, que los güelfos olvidaron las ofensas, volviendo á la ciudad, y los gibelinos, depuestas las sospechas, los recibieron (1250). Unidos, juzgaron á propósito el momento para organizar un gobierno que les permitiera vivir libres y defenderse, antes de que adquiriese fuerza el nuevo Emperador.

V. Dividieron, pues, la ciudad en seis partes, y eligieron doce ciudadanos, dos por cada una, para que la gobernarán. Llamáronles los Ancianos, y determinaron que fuesen elegidos anualmente. A fin de que desaparecieran los motivos de enemistad que suelen producir los juicios y sentencias, nombraron dos jueces forasteros, llamado el uno Capitán del pueblo, y el otro Podestá, para que fallaran los negocios civiles y criminales que ocurrieran entre los ciudadanos.

Como no hay gobierno estable sin proveerle de defen-

sores, organizaron en la ciudad veinte compañías y setenta en la comarca, inscribiendo en ellas á toda la juventud, ordenando que cada cual estuviera armado y dispuesto bajo su bandera en cualquier momento en que el Capitán ó los Ancianos le llamase. Variaron las enseñas según las armas, llevando unas los ballesteros y otras los paveseros ó soldados armados con pavés.

El día de Pentecostés de cada año daban con gran pompa las banderas á los nuevos reclutas, y eran nombrados nuevos oficiales para todas las compañías. Á fin de dar mayor esplendor al ejército, y de que en los casos adversos tuviera cada cual donde acogerse, y, acogido, pudiera todavía hacer frente al enemigo, idearon un gran carro que arrastraban dos bueyes cubiertos de rojo, y sobre el cual colocaban un estandarte rojo y blanco. Cuando querían poner en campaña el ejército, llevaban este carro al Mercado Nuevo, y lo entregaban con pompa solemne á los jefes del pueblo.

Aumentaban, además, el brillo de sus empresas, con una campana llamada Martinella, la cual tocaban de continuo durante un mes antes de que el ejército saliera, para que el enemigo tuviese tiempo de prevenirse á la defensa. ¡Tan grande era el valor de aquellos hombres y con tanta generosidad de ánimo se gobernaban, que el sorprender al enemigo no aperebido, cosa estimada hoy como prudente y meritoria, calificábase entonces de falaz y vituperable! Esta campana la llevaban también con el ejército, y con ella ordenaban las guardias y demás servicios en campaña.

VI. Tal fué la organización civil y militar en que los florentinos fundaron su libertad (1256), y no es creíble la autoridad y fuerza que en poco tiempo adquirió

Florenia, llegando á ser, no sólo la capital de Toscana, sino una de las primeras ciudades de Italia. Aún ascendiera á mayor grandeza de no afigirla nuevamente las divisiones entre sus hijos.

Vivieron los florentinos diez años con este gobierno, en cuyo tiempo obligaron á los de Pistoia, Arezzo y Siena á hacer con ellos liga, y al volver su ejército de Siena, tomó á Volterra, destruyendo además algunos castillos y llevándose sus habitantes á Florenia.

Todas estas empresas se hicieron por consejo de los güelfos, mucho más influyentes que los gibelinos, fuera porque el pueblo odiase á éstos á causa de su altanería cuando gobernaron en tiempo de Federico, fuera porque amara más al partido de la Iglesia que al del Emperador; porque con la ayuda de la Iglesia esperaba conservar su libertad, y bajo el dominio del Emperador temía perderla.

Viendo, pues, los gibelinos su falta de autoridad, no podían estar tranquilos, y esperaban ocasión de recobrar el gobierno, la cual creyeron encontrar al ver que Manfredó, hijo de Federico, se había apoderado del reino de Nápoles, y abatido bastante el poder de la Iglesia (1257). Aunque los tratos que con él tuvieron para recobrar el poder fueron secretos, no pudieron impedir que llegaran á conocimiento de los Ancianos. El Consejo de éstos citó ante él á los Uberti, quienes no sólo no obedecieron, sino se alzaron en armas, fortificándose en su casa.

Indignado el pueblo, también se armó y, con ayuda de los güelfos, les obligó á abandonar á Florenia é ir con todo el partido gibelino á Siena (1258). Desde aquí pidieron auxilio á Manfredó, rey de Nápoles, cuyo ejér-

cito, dirigido por Farinata de Uberti, derrotó á los güelfos á orillas del río Arbia, con tanto estrago (1260), que los supervivientes no se refugiaron en Florencia, por juzgar su ciudad perdida, sino en Luca.

VII. Había enviado Manfredo á los gibelinos por capitán de sus tropas al conde Giordano, que gozaba de gran reputación en la milicia. Éste, después de la victoria, fué con los gibelinos á Florencia, y redujo la ciudad á la obediencia de Manfredo, anulando los Consejos y toda organización de gobierno que recordase en alguna forma su libertad.

Tal afrenta, hecha con escasa prudencia, excitó el odio del pueblo que, de amigo de los gibelinos, se convirtió en enemigo implacable, y esto fué causa, andando el tiempo, de la ruina de dicho bando.

Las necesidades del reino obligaron al conde Giordano á ir á Nápoles, y dejó en Florencia por vicario real al conde Guido Novello, señor de Casentino. Convocó éste un Consejo de gibelinos en Émpoli, donde todos opinaron que, para mantener poderoso su bando en Toscana, era preciso destruir á Florencia, la única ciudad á propósito, por ser el pueblo güelfo, para que recobrará su fuerza el partido de la Iglesia. Esta cruel sentencia dada contra ciudad tan noble, no la combatió ningún ciudadano ni amigo, excepto Farinata de Uberti, que se opuso, defendiendo abiertamente á Florencia, y diciendo, sin respeto á la opinión contraria, que «por poder habitar en su patria había pasado tantos trabajos y corrido tantos peligros; que no renunciaria al objeto de su deseo cuando iba á lograrlo, ni á la fortuna favorable para conseguirlo; que sería tan enemigo de los que pretendieran destruir á Florencia como lo había sido de los güelfos,

y que si alguno temía á su patria y trabajaba por arruinarla, él la defendería con tanto valor como demostró para expulsar á los güelfos».

Era Farinata hombre muy animoso, excelente capitán, jefe de los gibelinos, y muy estimado de Manfredo. Su autoridad puso término á aquella discusión, y buscaron los gibelinos otros medios para conservar su poder.

VIII. Los güelfos que habían huido á Luca, despedidos por los luqueses á causa de las amenazas del conde Novello, se refugiaron en Bolonia, de donde les llamaron los güelfos de Parma para combatir á los gibelinos y, logrando por su bravura vencerles, les dieron todas las posesiones de éstos. Llegaron por esta causa á ser poderosos y ricos; tanto que, al saber que el papa Clemente había llamado á Carlos de Anjou para que privase á Manfredo del reino de Nápoles, enviaron embajadores al Pontífice, ofreciéndole su fuerza (1266). El Papa, no sólo les recibió por amigos, sino además les dió su bandera, que desde entonces llevaron siempre los Güelfos á la guerra, y es la que todavía se usa en Florencia.

Carlos privó después del reino á Manfredo y le mató. Los güelfos de Florencia que le ayudaron en la empresa fueron entonces más fuertes en esta ciudad, y los gibelinos más débiles. Por ello los que con el conde Guido Novello la gobernaban juzgaron á propósito ganarse con algún beneficio aquel pueblo que con tantas ofensas habían ultrajado; remedio que, empleado antes de que la necesidad apremiara, les fuera provechoso, pero acudiendo á él tarde y por fuerza, lejos de aprovecharles, aceleró su ruina.

Creyeron, pues, hacer al pueblo amigo y partidario de ellos devolviéndole parte de los honores y de la autoridad que le habían quitado, y eligieron treinta y seis ciudadanos plebeyos que, con dos nobles que hicieron venir de Bolonia, reformaran el gobierno de la ciudad. Dividieron éstos, como anteriormente, toda la ciudad en artes y oficios, poniendo al frente de cada una un magistrado para hacer justicia á los que de él dependían. Además, dieron á cada arte una bandera para que bajo ella se reunieran armados los que á cada cual pertenecían, cuando la ciudad les necesitara.

Al principio eran estas artes doce: siete mayores y cinco menores; después se aumentaron las menores hasta catorce, siendo todas, como al presente, veintiuna. Los treinta y seis reformadores hicieron además otros reglamentos en beneficio común y consultando al bien público.

IX. Para mantener á los soldados, impuso el conde Guido una contribución á los ciudadanos; pero la oposición de éstos al pago fué tan general, que no se atrevió á emplear la fuerza para cobrarla. Comprendiendo que había perdido su autoridad, se reunió con los jefes gibelinos y determinaron quitar por fuerza al pueblo las concesiones que con escasa prudencia le habían hecho. Pero reunidos los treinta y seis y juzgándose dispuestos á emplear las armas, hicieron tocar alarma. Espantados los gibelinos retiráronse á sus casas. Las banderas de las artes y oficios presentáronse inmediatamente con muchos hombres armados, y al saber que el conde Guido con sus partidarios estaba en San Juan, dirigieron á la Trinidad, prestando obediencia á Juan Soldanieri.

Tan pronto como tuvo el Conde noticia de donde es-

taba el pueblo, fué en su busca. No esquivó la lucha el pueblo y verificóse el encuentro donde hoy está la galería de los Tornaquinci. Rechazado el Conde con muerte de muchos de los suyos; y temeroso de que durante la noche le acometieran, y entre sus soldados, batidos y desalentados, le matasen, tanto pudo en él este miedo que, sin pensar en otro recurso, determinó salvarse, no combatiendo, sino huyendó, retirándose á Prato con su ejército, contra la opinión de los jefes de su partido.

Al encontrarse en sitio seguro, perdió el temor, y reconoció el error cometido. Para enmendarlo, al amanecer del día siguiente volvió á Florencia, queriendo ocupar por fuerza la ciudad que por miedo había abandonado. Pero no logró sus deseos, porque aquel pueblo, que con dificultad hubiera podido arrojarle de Florencia, que con dificultad le podía impedir la entrada, tanto, que triste y avergonzado se fué el Conde á Casentino, y los gibelinos se refugiaron en sus casas de campo.

Victorioso el pueblo, determinó, por consejo de los que amaban el bien de la República, unir á los ciudadanos y llamar á todos los que se encontraban fuera, güelfos ó gibelinos. Volvieron los güelfos, desterrados hacia seis años, y á los gibelinos les perdonó la reciente ofensa, restableciéndoles en la patria (1267). No por ello el pueblo y los güelfos dejaban de odiarles, porque éstos no podían borrar de la memoria el destierro, y aquel recordaba demasiado la tiranía sufrida mientras estuvo sometido á su dominación; lo cual ocasionaba que en ninguno de los bandos se aquietasen los ánimos.

Mientras se vivía en Florencia de esta suerte, corrió la nueva de que Conradino, sobrino de Manfredo, venía de Alemania con un ejército para conquistar el reino de

Nápoles, con lo cual creció la esperanza de los gibelinos de recobrar su autoridad, y los güelfos pensaban de qué modo podrían asegurarse contra sus enemigos. Pidieron para ello auxilio al rey Carlos y también para defenderse si Conradino llegaba. El envío de las tropas de Carlos hizo á los güelfos tan insolentes y asustó de tal modo á los gibelinos que, dos dias antes de su llegada, huyeron éstos sin que se les expulsara.

X. Cuando partieron los gibelinos reorganizaron los de Florencia el gobierno de la ciudad, eligiendo doce jefes que durante dos meses debían desempeñar el cargo. No les llamaron Ancianos, sino Hombres buenos. Junto á ellos había un Consejo de ochenta ciudadanos, denominado *Credencia*. Además había ciento ochenta plebeyos, treinta por cada uno de los seis barrios, quienes con la *Credencia* y los seis Hombres buenos formaban el Consejo general. Organizaron también un Consejo de ciento veinte ciudadanos nobles y plebeyos que ejecutaba lo resuelto por los otros Consejos, en unión de los cuales distribuía los cargos de la República.

Establecido este régimen de gobierno, fortificaron el partido güelfo con magistrados y otras instituciones, para defenderse con mayor fuerza de los gibelinos, cuyos bienes dividieron en tres partes: una fué confiscada en provecho público, otra dada á los magistrados de barrio, llamados Capitanes, y la tercera á los güelfos, como indemnización de los daños recibidos.

Para mantener la dominación del partido güelfo en Florencia, nombró el Papa al rey Carlos vicario imperial en Toscana.

El nuevo gobierno sostenía la reputación de los florentinos en el interior por la eficacia de las leyes y en el

exterior por la de las armas, cuando murió el Pontífice. Después de dos años de controversias, fué elegido Papa Gregorio X (1271), quien, por su larga permanencia en Siria, donde aun estaba cuando su elección, era extraño á los intereses de los partidos y no los estimaba como sus antecesores. Por ello, al llegar á Florencia, de paso para Francia, juzgó que era empresa de excelente pastor concordar á todos los ciudadanos, y lo procuró con tanto empeño, que los florentinos consintieron en recibir los síndicos de los gibelinos en Florencia para convenir la forma del regreso de éstos (1273). Aunque el acuerdo se hizo, tan asustados estaban los gibelinos, que no quisieron volver. El Papa, juzgó que era por culpa de la ciudad; indignose contra ella; la excomulgó, y excomulgada estuvo mientras vivió este Pontífice. Su sucesor, Inocencio V, levantó la excomunión (1275).

Ascendió después al pontificado Nicolás III, de la familia Orsini. Los Papas temían siempre todo poder que llegaba á ser preponderante, aunque su crecimiento se debiese á favores de la Iglesia y, al procurar avasallarlos, ocasionaban grandes tumultos y muchas variaciones, pues por miedo al poderoso daban fuerza al débil; creyendo la fortaleza de éste, le temían, y temido procuraban aniquilarlo. Siguiendo esta política, quitaron el reino de Nápoles á los Manfredos para darlo á Carlos, y después, por miedo á éste, procuraron su ruina. Tanto trabajó para conseguirlo Nicolás III que, por medio del Emperador, quitó á Carlos el gobierno de Toscana, enviando á aquella provincia, á nombre del Imperio, á su legado Latino (1279).

XI. Encontrábase entonces Florencia en muy malas condiciones, porque la nobleza güelfa, sobrado insolente,

no temía á los magistrados; de suerte que casi á diario se cometían homicidios y otras violencias, sin que los autores fueran castigados cuando contaban con la protección de algún noble.

Para refrenar esta insolencia, creyeron conveniente los jefes del pueblo llamar á los expatriados, lo que dió ocasión al Legado para reunir en Florencia todos los ciudadanos. Volvieron los gibelinos (1280) y en vez de doce gobernadores fueron catorce, siete de cada partido, elegidos por el Papa, debiendo ser anualmente reemplazados.

Duró este gobierno en Florencia dos años, hasta que ascendió al pontificado el papa Martín, francés de origen, quien restituyó al rey Carlos toda la autoridad que Nicolás III le había quitado.

Inmediatamente resucitaron en Toscana los partidos, porque los florentinos tomaron las armas contra el Gobernador imperial, y para privar del gobierno á los gibelinos y refrenar á los poderosos ordenaron nueva forma de gobierno.

Corría el año 1282, y las corporaciones de las artes y oficios, desde que tuvieron cargos civiles y militares, gozaban de gran consideración. Por su propia autoridad ordenaron que en vez de catorce magistrados fueran elegidos tres ciudadanos, llamados Piores, para que gobernarán la República. Su autoridad duraba dos meses; podían ser nobles ó plebeyos, con tal que fuesen mercaderes ó artesanos. Poco después formaron este Consejo Supremo seis miembros, para que cada distrito ó barrio tuviera en él un representante. Este número duró hasta 1292, en que se redujeron los distritos ó barrios de la ciudad á cuatro, y se aumentaron los Piores á ocho, aun-

que en este intervalo las circunstancias habían ocasionado que algunas veces fueran doce.

Dicha magistratura fué causa, como se vió con el tiempo, de la ruina de los nobles, porque el pueblo los excluyó de ella por diferentes motivos primero, y después sin causa alguna; consintiendo al principio los nobles, porque no estaban unidos, y resultando al fin que, por el deseo de perjudicar unos á otros, todos se perdieron.

Destinaron á esta magistratura un palacio, donde constantemente habitara, pues la costumbre anterior era que los magistrados y los Consejos se reunieran en las iglesias; y se enalteció su dignidad, dándoles funcionarios que estuvieran á su servicio. Aunque al principio sólo se llamaban Piores, poco después, para mayor magnificencia, añadieron el título de Señores.

Los florentinos vivieron entonces tranquilos durante algún tiempo, é hicieron guerra á los de Arezzo porque habían expulsado á los güelfos, terminándola felizmente con la victoria de Campaldino (1289). Aumentando la ciudad en habitantes y en riqueza, pareció necesario ensancharla, y le dieron la extensión que hoy tiene. Su anterior diámetro era solamente el espacio que media desde el Puente Viejo hasta San Lorenzo.

XII. Las guerras exteriores y la paz interior casi habían extinguido en Florencia los bandos güelfo y gibelino, quedando sólo la fermentación que naturalmente existe en todas las ciudades entre los poderosos y el pueblo, porque queriendo este vivir conforme á las leyes y los grandes mandar en él, no es posible que vivan acordes. Esta levadura de discordia no se descubrió mientras los gibelinos fueron temidos; pero cuando les

avasallaron, se manifestó con toda su fuerza, y diariamente era algún plebeyo injuriado, no bastando las leyes y los magistrados para vindicar la ofensa, porque los nobles, ayudados por sus parientes y amigos, contrarrestaban la autoridad de los Priors y del Capitán.

Los jefes de los gremios de artes y oficios, deseosos de poner coto á estos desmanes, determinaron que cada *Señoría*, al empezar el ejercicio del cargo, nombrara un Confaloniero de justicia, escogido en el pueblo, al cual diera mil hombres alistados en veinte banderas, con quienes estuviera dispuesto, cuando le llamase la *Señoría* ó el Capitán, á favorecer el cumplimiento de las leyes. El primero que eligieron fué Ubaldo Ruffoli (1293), quien sacó la fuerza y destruyó la casa de los Galletti, porque uno de esta familia había muerto en Francia á un plebeyo. Fué fácil á los gremios de artes y oficios establecer esta nueva autoridad, por las grandes enemistades que entre los nobles había, sin advertir éstos el poder que se organizaba contra ellos, hasta que vieron el primer ejemplo de su severidad. Aterrados al principio, poco después volvieron á ser insolentes porque, teniendo siempre en la *Señoría* alguno de ellos, les era fácil impedir al Confaloniero el cumplimiento de su deber. Además, necesitaba el acusador testigos cuando recibía alguna ofensa y no se encontraba á nadie que quisiera testificar contra los nobles. Por estas causas pronto se reprodujeron en Florencia los mismos desórdenes, y el pueblo recibía de los grandes las mismas ofensas, porque los juicios eran muy lentos y las sentencias no se ejecutaban.

XIII. No sabiendo el pueblo qué partido tomar, Giano de la Bella, de nobilísima estirpe, pero amante de la li-

bertad de los ciudadanos, animó á los jefes de las artes y oficios á reformar el gobierno y, por consejo suyo, se determinó que el Confaloniero ó Alférez mayor residiera con los Priors y tuviese á sus órdenes cuatro mil hombres; privaron, además, á todos los nobles del derecho de formar parte de la *Señoría*; determinaron que se aplicara á los cómplices igual pena que al culpado, y la pública voz y fama bastara para enjuiciar.

Con estas disposiciones, que llamaron ordenamiento de la justicia, adquirió el pueblo bastante influencia y Giano de la Bella no pocos odios, porque los poderosos le miraban como destructor de su poderío, y los plebeyos ricos le envidiaban juzgando su autoridad excesiva. Tales odios y envidias se demostraron en la primera ocasión propicia.

Quiso la suerte que muriera un plebeyo en una riña en que intervinieron varios nobles, entre ellos Corso Donati, á quien, por ser más audaz que los otros, le atribuyeron el homicidio. Prendióle el Capitán del pueblo; pero fuera porque Corso no resultara culpado, ó porque el Capitán temiese condenarle, fué absuelto.

Esta absolución indignó tanto al pueblo que, tomando las armas, corrió á casa de Giano de la Bella, pidiéndole obligara al cumplimiento de las leyes por él establecidas. Giano que deseaba el castigo de Corso, no aconsejó al pueblo que depusiera las armas, como juzgaban muchos que debió hacerlo, sino le indujo á que fuera á quejarse á la *Señoría*, rogándola que hiciera justicia.

Irritadísimo el pueblo que se creía ofendido por el Capitán y abandonado por Giano, no fué á la *Señoría*, sino al palacio del Capitán, asaltándolo y saqueándolo.

Este hecho desagradó á todos los ciudadanos. Los que

deseaban el descrédito de Giano le atribuyeron toda la culpa, y estando entre los *Señores* un enemigo suyo, fué acusado al Capitán de haber sublevado al pueblo.

Mientras se seguía la causa, el pueblo tomó las armas y acudió á su casa ofreciendo defenderle contra la *Señoría* y contra sus enemigos. No quiso Giano poner á prueba esta popularidad, ni dejar su vida á la voluntad de los magistrados, porque temía la malicia de éstos y la inestabilidad de aquélla; y para quitar ocasión á sus enemigos de injuriarle y á sus amigos de ofender la patria, determinó partir, á fin de que cesara la envidia y perdieran los ciudadanos el miedo que le tenían. Abandonó, pues, aquella ciudad que á su costa y riesgo había librado de la servidumbre de los grandes, y marchó á voluntario destierro.

XIV. Después de la partida de Giano esperaban los nobles recobrar pronto su influencia, y juzgando causa de los males que sufrían sus propias divisiones, se unieron, y enviaron dos de ellos á la *Señoría*, que creían favorable á sus intereses, para rogarle templara el rigor de las leyes hechas contra ellos. Sabida esta petición, alarmáronse los plebeyos, por temor de que los Señores la atendieran; y de esta suerte, por los deseos de los nobles y las sospechas del pueblo, se llegó á las armas. Los nobles se hicieron fuertes en tres sitios, en San Juan, en el Mercado Nuevo y en la plaza de los Mozzi, poniéndose al frente de ellos tres capitanes, Forese Adimari, Vanni de Mozzi y Geri Spini, y los plebeyos en grandísimo número acudieron bajo sus banderas al palacio de la Señoría, que estaba entonces inmediato á San Prócuro. Y porque sospechaba de los Señores, nombró seis ciudadanos, para que, unidos á ellos, gobernarán.

Mientras de una y otra parte se disponían á la lucha, algunos, tanto plebeyos como nobles, unidos á varios religiosos de buena fama, se pusieron por medio para mantener la paz; recordando á los nobles que su soberbia y mal gobierno habían sido causa de que les quitaran cargos honrosos y de que se establecieran leyes contra ellos, y que empuñar ahora las armas para recobrar por fuerza lo que por su desunión y reprehensible conducta se habían dejado quitar, valía tanto como querer arruinar la patria y agravar su situación. Les recordaron que el pueblo, por el número, riquezas y odio les era muy superior, y que los títulos de nobleza, por los cuales se creían superiores á los demás, no eran armas de combate, sino nombres vanos, cuando se llegaba á esgrimir las espadas, nombres que no bastaban para defenderles contra tantos enemigos.

Por otra parte recordaban al pueblo que no era prudente desear siempre la última victoria, ni sano consejo desesperar al adversario, porque quien no espera el bien no teme el mal; que debía acordarse de que aquella nobleza había dado en las guerras honra y gloria á Florencia, no siendo bueno ni justo perseguirla con tanto rencor; que los nobles sufrían ya pacientemente no poder aspirar á la suprema magistratura, pero no podían sobre llevar que, conforme á las leyes vigentes, estuviese en manos de cualquiera el echarles de su patria; que era, pues, justo modificar estas leyes y con ello inducirles á deponer las armas, sin intentar la suerte de la batalla confiando en el número, porque repetidas veces se había visto que los menos alcanzaban de los más la victoria.

Eran en el pueblo varias las opiniones; muchos querían pelear, como cosa necesaria más ó menos pronto y

por tanto conveniente ahora para no aguardar á que los enemigos fueran más poderosos; añadían que si se creía satisfacerles mitigando el rigor de las leyes, se mitigara en buen hora, pero que era tanta su soberbia que no dependían las armas sino á la fuerza. Otros muchos, más sensatos y pacíficos, opinaban que el modificar las leyes no era cosa de mayor importancia, y el llegar á la lucha importaba mucho. Prevalció esta opinión, y se determinó la necesidad de testigos en las acusaciones contra los nobles.

XV. Depuestas las armas, quedaron vivas las sospechas y rencores por ambas partes, procurando cada una fortificarse con torres y otros preparativos belicosos. El pueblo reorganizó el gobierno supremo, reduciendo el número de los que habían de ejercerlo, porque los Señores habían sido favorables á los nobles. Los principales que conservó fueron los Mancini, Magalotti, Altoviti, Peruzzi y Cerretani. Arreglado así el gobierno, para mayor magnificencia y seguridad de los Señores, edificaron en 1298 su palacio, convirtiendo en plaza el sitio donde estaban las casas de los Uberti.

Comenzóse á edificar en la misma época la cárcel pública, y ambos edificios los construyeron en pocos años. Jamás estuvo nuestra ciudad en más próspero estado que en estos tiempos, ni más llena de hombres, de riqueza y de fama. Los ciudadanos aptos para manejar las armas eran treinta mil, y setenta mil los campesinos. Toda la Toscana, en parte sujeta y en parte amiga, la obedecía, y aunque entre la nobleza y el pueblo no se habían extinguido los rencores y las sospechas, no producían malas consecuencias, viviendo todos unidos y en paz; la cual, á no ser por discordias interiores, no se hubiese turbado,

pues á ningún enemigo exterior podían temer los florentinos, ni al Imperio, ni á los que habían desterrado, hallándose la ciudad en condiciones y con fuerzas para hacer frente á todos los Estados de Italia. Pero el daño que no podían hacerle los de fuera se lo hicieron los de dentro.

XVI. Vivían en Florencia dos familias, los Cerchi y los Donati, potentísimas ambas en nobleza y bienes. Por ser vecinas en la ciudad y en los campos inmediatos, habían tenido entre sí cuestiones, no tan graves que obligaran á acudir á las armas, y acaso no tuvieran funestas consecuencias si nuevas causas no aumentaran la enemistad.

Una de las primeras familias de Pistoia era la de los Cancellieri. Ocurrió que jugando Lore, hijo de Guillermo, y Geri, hijo de Bertacca, ambos de esta familia, llegaron á disputar y Lore hirió ligeramente á Geri. Desagradó el suceso á Guillermo y, queriendo evitar con moderación el escándalo, lo aumentó, porque ordenó á su hijo fuese á casa del padre del herido y le pidiera perdón. Obedeció Lore á su padre, pero este acto de humildad no calmó en manera alguna el acerbo ánimo de Bertacca, quien mandó á sus criados prender á Lore y, para mayor desprecio, sobre un pesebre le hizo cortar la mano, diciéndole en seguida: «Vuelve y di á tu padre que las heridas se curan con hierro, no con palabras.»

Esta crueldad indignó tanto á Guillermo, que hizo empuñar las armas á los suyos para vengarse. Armóse también Bertacca para defenderse, dividiéndose, no sólo aquella familia, sino también toda la ciudad de Pistoia.

Porque los Cancellieri descendían de maese Cancelliere, que tuvo dos esposas, una de las cuales se llamaba Blanca, los que de ella descendían dieron á su

facción el nombre de *Blanca*, y la otra, por tomar nombre contrario á ésta, se llamó *Negra*.

Duró largo tiempo la lucha entre ambos bandos, causando la muerte de muchos hombres y la ruina de no pocas familias. No pudiendo restablecer el acuerdo entre ellos, fatigados de tanto daño y deseosos, ó de poner fin á la contienda, ó de engrandecerla, mezclando á otros en ella, vinieron á Florencia, y los Negros, por amistad con los Donati, fueron auxiliados por Corso, jefe de esta familia; lo cual produjo que los Blancos, por tener también poderoso apoyo que les defendiera de los Donati, recurriesen á Veri de Cerchi, que en ninguna calidad era inferior á Corso.

XVII. Estos odios, nacidos en Pistoia y trasladados á Florencia, reavivaron los que de antiguo existían entre los Cerchi y los Donati, y eran ya tan ostensibles, que los Priors y otros buenos ciudadanos temían que de un momento á otro ambas facciones vinieran á las manos y que, por tal causa, se dividiera toda la ciudad. Para evitarlo recurrieron al Pontífice, rogándole que pusiera remedio al conflicto, puesto que ellos no podían hacerlo por propia autoridad. Llamó el Papa á Veri y le ordenó que hiciera paz con los Donati; pero Veri fingió admirarse, contestando que ninguna enemistad tenía con ellos y, como la paz presupone la guerra, y no había guerra entre ellos, ignoraba por qué fuese aquella necesaria.

Volvió Veri de Roma sin convenir en nada, y aumentaron de tal suerte los odios, que cualquier accidente, por pequeño que fuese, podía ocasionar la guerra civil; y así sucedió.

Corría el mes de Mayo, en el cual, y en los días fes-

tivos, había públicas diversiones en Florencia. Algunos jóvenes de la familia Donati que con sus amigos iban á caballo, se acercaron á la Trinidad para ver bailar á las mujeres. Llegaron al mismo punto otros de la familia Cerchi, acompañados también de muchos nobles y, deseosos de ver el baile, no sabiendo que los que estaban delante de ellos eran los Donati, adelantaron sus caballos, tropezando con éstos. Los Donati, juzgáronse ofendidos y echaron mano á las armas; los Cerchi valerosamente les hicieron frente, separándose después de causar y recibir bastantes heridas.

Este desorden fué principio de muchos males, porque toda la ciudad se dividió, lo mismo los nobles que los plebeyos, tomando las dos facciones los nombres de Blancos y Negros. Eran jefes de la facción blanca los Cerchi, y de su lado se pusieron los Adimari, los Abati, algunos de los Tosinghi, los de Bardi, de Rossi, de Frescobaldi, de Nerli, de Mannelli, todos los Mozzi, los Scali, los Gherardini, los Cavalcanti, Malespini, Bostichi, Giandonati, Vecchietti y Arrigucci. Uniéronse á éstos muchas familias del pueblo, y con ellas todos los gibelinos que había en Florencia, siendo tantos los del partido blanco, que poseían casi por completo el gobierno de la ciudad.

Jefes de la facción negra eran los Donati, y tenían de su parte á los de las familias antes mencionadas que no estaban con los Blancos, y además á todos los Pazzi, Bisdonimi, Manieri, Bagnesi, Tornaquinci, Spini, Buondelmonti, Gianfigliuzzi y Brunelleschi.

No sólo contagiaron la ciudad estas discordias, sino también los campos, por lo cual los Capitanes de los barrios, y cuantos amaban el partido güelfo y la Repú-

blica, temían mucho que esta nueva división arruinara la ciudad, resucitando el partido gibelino, y pidieron de nuevo al papa Bonifacio que pusiera remedio, si no quería que Florencia, que había sido siempre escudo de la Iglesia, ó se destruyera ó se convirtiera en gibelina.

El Papa nombró su Legado al cardenal portugués Mateo de Acqua Sparta, y porque éste encontró dificultades en el bando de los Blancos que, por creerse más poderoso, temía menos, abandonó indignado á Florencia y la excomulgó, produciendo mayor trastorno del que existía antes de su llegada.

XVIII. Cuando estaban todos los ánimos excitados, ocurrió que, encontrándose en unas honras fúnebres muchos Cerchi y Donati, trabáronse de palabras, y de ellas pasaron á las armas; pero por el momento no pasó la cosa de un tumulto. Volvieron cada cual á su casa y determinaron los Cerchi atacar á los Donati, yendo á buscarles con gran número de gente; pero por el valor de Corso fueron rechazados, con pérdida de muchos heridos.

Toda la ciudad estaba en armas, y la furia de los poderosos se sobreponía á los magistrados y á las leyes, viviendo en continua alarma los más sensatos y mejores ciudadanos. Los Donati temían más porque podían menos; por lo cual reuniéronse Corso, los principales jefes del bando Negro y los capitanes del mismo para acordar lo que más les conviniera y determinaron pedir al Papa uno de regia estirpe que viniera á reformar el gobierno de Florencia, creyendo que por este medio podrían sobreponerse á los Blancos.

Esta junta y el citado acuerdo llegó á noticia de los Priors, agravado por el partido contrario con la suposi-

ción de que era una conjura contra la libertad. Los dos bandos estaban con las armas en la mano, cuando los Señores, por consejo y prudencia de Dante, que era entonces uno de ellos, cobrando ánimo, armando al pueblo y añadiendo á éste muchos campesinos, obligaron á los jefes de ambos partidos á deponer las armas, y desterraron á Corso Donati y á otros muchos del bando Negro (1301). Para mostrar imparcialidad en el juicio, también desterraron algunos del Blanco, quienes, á los pocos días, so color de plausibles motivos, volvieron á la ciudad.

XIX. Corso Donati y los suyos, que creían al Papa favorable á su causa, fueron á Roma y persuadieron de palabra al Pontífice de lo que, desde Florencia, le habían ya escrito.

Encontrábase entonces en la corte pontificia Carlos de Valois, hermano del Rey de Francia, á quien llamó á Italia el Rey de Nápoles para pasar á Sicilia. Cediendo el Papa á las instancias de los emigrados florentinos, parecióle conveniente, mientras llegaba el tiempo apropiado para navegar, enviarle á Florencia. Vino Carlos, y aunque los Blancos, que tenían en su poder el gobierno, sospecharan de él, sin embargo, por ser jefe de los güelfos y porque le enviaba el Papa, no se opusieron á que entrase y aun, para ganarse su amistad, le autorizaron á que dispusiera de la ciudad según su arbitrio.

Adquirida esta autoridad, mandó Carlos armar á todos sus amigos y partidarios; lo cual infundió al pueblo tantas sospechas de que quisiera quitarle la libertad, que todos se armaron y previnieron cada uno en su casa, por si Carlos hacía alguna tentativa.

Los Cerchi y los jefes del bando Blanco, por haber

blica, temían mucho que esta nueva división arruinara la ciudad, resucitando el partido gibelino, y pidieron de nuevo al papa Bonifacio que pusiera remedio, si no quería que Florencia, que había sido siempre escudo de la Iglesia, ó se destruyera ó se convirtiera en gibelina.

El Papa nombró su Legado al cardenal portugués Mateo de Acqua Sparta, y porque éste encontró dificultades en el bando de los Blancos que, por creerse más poderoso, temía menos, abandonó indignado á Florencia y la excomulgó, produciendo mayor trastorno del que existía antes de su llegada.

XVIII. Cuando estaban todos los ánimos excitados, ocurrió que, encontrándose en unas honras fúnebres muchos Cerchi y Donati, trabáronse de palabras, y de ellas pasaron á las armas; pero por el momento no pasó la cosa de un tumulto. Volvieron cada cual á su casa y determinaron los Cerchi atacar á los Donati, yendo á buscarles con gran número de gente; pero por el valor de Corso fueron rechazados, con pérdida de muchos heridos.

Toda la ciudad estaba en armas, y la furia de los poderosos se sobreponía á los magistrados y á las leyes, viviendo en continua alarma los más sensatos y mejores ciudadanos. Los Donati temían más porque podían menos; por lo cual reuniéronse Corso, los principales jefes del bando Negro y los capitanes del mismo para acordar lo que más les conviniera y determinaron pedir al Papa uno de regia estirpe que viniera á reformar el gobierno de Florencia, creyendo que por este medio podrían sobreponerse á los Blancos.

Esta junta y el citado acuerdo llegó á noticia de los Priors, agravado por el partido contrario con la suposi-

ción de que era una conjura contra la libertad. Los dos bandos estaban con las armas en la mano, cuando los Señores, por consejo y prudencia de Dante, que era entonces uno de ellos, cobrando ánimo, armando al pueblo y añadiendo á éste muchos campesinos, obligaron á los jefes de ambos partidos á deponer las armas, y desterraron á Corso Donati y á otros muchos del bando Negro (1301). Para mostrar imparcialidad en el juicio, también desterraron algunos del Blanco, quienes, á los pocos días, so color de plausibles motivos, volvieron á la ciudad.

XIX. Corso Donati y los suyos, que creían al Papa favorable á su causa, fueron á Roma y persuadieron de palabra al Pontífice de lo que, desde Florencia, le habían ya escrito.

Encontrábase entonces en la corte pontificia Carlos de Valois, hermano del Rey de Francia, á quien llamó á Italia el Rey de Nápoles para pasar á Sicilia. Cediendo el Papa á las instancias de los emigrados florentinos, parecióle conveniente, mientras llegaba el tiempo apropiado para navegar, enviarle á Florencia. Vino Carlos, y aunque los Blancos, que tenían en su poder el gobierno, sospecharan de él, sin embargo, por ser jefe de los güelfos y porque le enviaba el Papa, no se opusieron á que entrase y aun, para ganarse su amistad, le autorizaron á que dispusiera de la ciudad según su arbitrio.

Adquirida esta autoridad, mandó Carlos armar á todos sus amigos y partidarios; lo cual infundió al pueblo tantas sospechas de que quisiera quitarle la libertad, que todos se armaron y previnieron cada uno en su casa, por si Carlos hacía alguna tentativa.

Los Cerchi y los jefes del bando Blanco, por haber

estado algún tiempo al frente de la República y portarse con soberbia, llegaron á ser odiados de la generalidad, lo que animó á Corso y á los otros desterrados á volver á Florencia, mayormente sabiendo que Carlos y sus capitanes estaban dispuestos á favorecerles. Cuando toda la ciudad, por las sospechas que abrigaba contra Carlos, estaba armada, Corso, con los emigrados y muchos otros que le seguían, sin que nadie lo impidiera, entró en Florencia.

Instigaron algunos á Veri de Cerchi para que saliera contra ellos, pero no quiso, diciendo que deseaba les castigase el pueblo, contra el cual venían. Pero sucedió lo contrario, porque el pueblo, en vez de castigarles, les recibió bien, y Veri tuvo que huir para salvarse.

Corso forzó primero la puerta Pintí, y después se parapetó frente á San Pedro el Mayor, sitio próximo á su casa; reunió bastantes amigos y gente del pueblo que, deseosa de cosas nuevas, se puso de su parte, empezó por sacar de la cárcel á los que estaban presos por motivos públicos ó privados; obligó á los Señores á volver á sus casas como particulares; eligió á los que habían de sustituirles entre el pueblo del bando Negro y durante cinco días hizo saquear las casas de los del partido Blanco.

Los Cerchi y los demás jefes de este bando, al ver á Carlos contrario á ellos, y á la mayor parte del pueblo enemigo, salieron de la ciudad refugiándose en los lugares fortificados que tenían; y aunque al principio no habían querido seguir los consejos del Papa, tuvieron ahora que recurrir á él, manifestándole que Carlos había venido para desunir, no para unir á los florentinos. Por ello envió de nuevo el Papa á su legado Mateo de Acqua

Sparta, quien obligó á hacer la paz á los Cerchi y Donati, y la consolidó con matrimonios entre personas de ambas familias. Quiso también que los Blancos participaran de los cargos públicos; pero los Negros, que los tenían en su poder, no lo consintieron, y marchóse el Legado esta vez tan descontento como la primera, dejando á la ciudad excomulgada por desobediente.

XX. Quedaron, pues, ambos bandos en Florencia, y ambos descontentos. Los Negros, por ver á sus enemigos tan cerca, temían que recobrasen la autoridad causando su ruina; los Blancos echaban de menos el poder y los honores que antes gozaban. A estos disgustos y naturales sospechas añadiéronse nuevas ofensas (1302). Iba Nicolás de Cerchi con algunos amigos á sus posesiones, y al llegar al puente del Africo le acometió Simón, hijo de Corso Donati. La lucha fué empeñada, y para ambas partes tuvo dolorosos resultados, porque Nicolás fué muerto y Simón tan mal herido, que á la noche siguiente murió. Este suceso perturbó de nuevo toda la ciudad y aunque el bando Negro era el más culpado, los que gobernaban lo defendían.

Quando aun no se había dictado sentencia, descubrióse una conjuración de los Blancos unidos á Pedro Ferrant, uno de los barones de Carlos, para apoderarse del gobierno. El complot se puso de manifiesto por cartas que los Cerchi escribieron á aquellos, aunque la opinión general creyó que eran falsas é inventadas por los Donati para contrarrestar la odiosidad que por la muerte de Nicolás de Cerchi se habían granjeado.

Todos los Cerchi, con sus secuaces del partido Blanco, fueron desterrados, y entre ellos el poeta Dante, confiscados sus bienes y arrasadas sus casas. Esparciéronse

por muchos lugares con los gibelinos que se habían asociado á su bando y procuró con nuevos esfuerzos, nueva fortuna.

Cumplida por Carlos su misión en Florencia, volvió á Roma para comenzar la empresa de Sicilia, en la cual no estuvo más hábil y acertado que en aquella ciudad, y volvió al fin á Francia, sin muchos de sus soldados y sin reputación.

XXI (1304). Después de la salida de Carlos, se vivía con bastante tranquilidad en Florencia. Sólo Corso Donati estaba inquieto, por creer que no tenía en la ciudad el rango que juzgaba corresponderle, pues, siendo el gobierno popular, veía en la administración de la República á muchos inferiores á él. Excitado por estas pasiones, pensó disfrazar con pretextos honrosos su reprehensible conducta, y calumniaba á muchos ciudadanos que habían administrado fondos públicos, suponiendo que los emplearon en su propio beneficio, y que era justo obligarles á que los devolviesen, y castigarles. Opinaban como él muchos que tenían su mismo deseo, á lo cual se añadía la ignorancia de otros que atribuían á amor á la patria las gestiones de Corso.

Los ciudadanos calumniados, gozando de favor en el pueblo, se defendían, y la animosidad entre unos y otros llegó á punto que de las palabras pasaron á las armas. De una parte estaban Corso y Lottieri, arzobispo de Florencia, con muchos nobles y algunos del pueblo; de la otra los Señores, con la mayor parte del pueblo, y el combate se había empeñado en muchos puntos de la ciudad. Considerando los Señores el peligro en que se encontraban, pidieron auxilio á los luqueses, é inmediatamente llegó á Florencia todo el pueblo de Luca. Gracias á su

autoridad, se arreglaron por el momento las cosas, terminó el desorden y continuó el pueblo en el goce de su libertad, pero sin castigar á los promovedores y autores del escándalo.

Llegó á oídos del Papa el tumulto de Florencia, y envió á su legado Nicolás de Prato para apaciguarlo. Era éste, por su dignidad, sabiduría y costumbres, hombre de gran fama, y tuvo inmediatamente tantos adeptos, que se hizo conceder autoridad para reformar el gobierno según lo estimara conveniente. Siendo de origen gibelino, deseaba llamar á los desterrados, pero quiso antes ganarse la voluntad del pueblo, restableciendo para ello las antiguas compañías populares, con lo cual aumentó el poder de éste y disminuyó el de los nobles.

Creiendo el Legado que le estaba obligada la multitud, quiso traer á los desterrados, intentando para ello varias vías, ninguna de las cuales le produjo buen resultado y llegó á ser tan sospechoso á los gobernantes, que tuvo precisión de marcharse, volviendo indignadísimo al lado del Pontífice, y dejando á Florencia llena de confusión y excomulgada.

No nacía la perturbación de una sola causa, sino de muchas, existiendo enemistad entre el pueblo y los nobles, entre güelfos y gibelinos y entre Blancos y Negros. Toda la ciudad estaba en armas y menudeaban los combates, por el descontento que producía la partida del Legado á muchos deseosos de que volvieran los desterrados.

Jefes de los que movían el escándalo eran los Médicis y los Giugni que, al mismo tiempo que el Legado, pusieron de manifiesto su opinión en favor de los rebeldes. Combatiase en distintos puntos de la ciudad, á cuya calamidad se añadió un incendio, que, empezando cerca del

jardín de San Miguel, en la casa de los Abati, se comunicó á la de los Caponsacchi, y la abrasó, como también las de los Macci, Amieri, Toschi, Cipriani, Lamberti y Cavalcanti y todo el Mercado Nuevo; de aquí pasó á la puerta de Santa María, que también se quemó, y transmitiéndose por el Puente Viejo, abrasó las casas de los Gherardini, Pulci, Amidei y Lucardesi, y con éstas tantas otras, que llegaron á 1.700 ó más.

En opinión de muchos, el incendio nació de algún accidente de la lucha; otros afirmaban que lo produjo Neri Abati, prior de San Pedro Scheraggio, hombre disoluto y aficionado á hacer daño, quien proyectó un crimen que el pueblo no pudiera remediar por estar ocupado en combatir y, para ejecutarlo, prendió fuego á la casa de sus parientes, donde mejor podía realizar su intento. Este desastre ocasionado por el hierro y el fuego en Florencia, ocurrió en el mes de Julio del año 1304.

En tan gran tumulto sólo Corso Donati no tomó parte, porque creyó fácil llegar á ser árbitro de ambos partidos, cuando el cansancio del combate les obligara á la concordia; pero depusieron las armas más por saciedad del mal que por deseo de paz, sin otras consecuencias que las de que no volvieran los rebeldes y quedase debilitado el bando que les favorecía.

XXII. El Legado regresó á Roma y, al saber los nuevos escándalos ocurridos en Florencia, persuadió al Papa de que, si quería unir á los florentinos, necesitaba llamar á doce ciudadanos de los principales de aquella ciudad, para que, quitando al mal esta levadura, fuese más fácil extirparlo. Aceptó el Pontífice el consejo, y los ciudadanos llamados, entre los cuales estaba Corso Donati, obedecieron la orden.

Cuando partieron de Florencia, el Legado hizo saber á los desterrados que se encontraba la ciudad sin jefes, y era el momento oportuno de volver á ella. Los desterrados hicieron los mayores esfuerzos para regresar pronto á su patria, y por los muros, que aun no estaban terminados, entraron en Florencia, llegando hasta la plaza de San Juan. Y fué cosa notable que aquellos que poco antes, cuando sin armas rogaban los desterrados que les admitieran en su patria pelearon por que volvieran, cuando les vieron armados, queriendo apoderarse por fuerza de la ciudad, empuñaron las armas contra ellos. ¡Tanto preferían aquellos ciudadanos á la amistad privada la utilidad común! Unidos con todo el pueblo, les obligaron á volver á donde antes estaban.

Fracasó su empresa por haber dejado parte de sus tropas en la Lastra, y por no esperar á Tolosetto Uberti, que debía venir de Pistoia con 300 caballos, pues creían que la prontitud, más que la fuerza, les proporcionaría la victoria. Ocorre con frecuencia en tales negocios que la tardanza quita la ocasión, y la celeridad la fuerza.

Partidos los rebeldes, volvieron los florentinos á sus antiguas divisiones y el pueblo, por quitar autoridad á los Cavalcanti, les tomó por fuerza el castillo de Stinche, situado en Val de Greve, que de antiguo poseía aquella familia; y porque los prisioneros hechos en él fueron los primeros encerrados en la cárcel nuevamente construída, llamaron á ésta, y llaman aún, á causa del sitio de donde procedían, la Stinche (1307).

Los que gobernaban la república restablecieron las compañías del pueblo, les dieron las banderas bajo las cuales se reunían antes los gremios de artes y oficios, y los jefes se llamaron Confalonieros de las compañías y

colegas de los Señores. Determinaron que auxiliaran á la Señoría con sus armas en la guerra y con los consejos en la paz; añadiendo á los dos Rectores antiguos un Ejecutor que, unido á los Confalonieros, debía proceder contra la insolencia de los nobles.

Entretanto había muerto el Papa y vuelto á Florencia Corso Donati y los otros once ciudadanos; y se hubiera vivido en paz si el ánimo inquieto de Corso no perturbaba nuevamente la ciudad. Por singularizarse era siempre de opinión contraria á los más poderosos, y para atraerse la benevolencia del pueblo apoyaba con su autoridad todas las inclinaciones de éste, de suerte que era jefe de todos los descontentos é innovadores, y á él acudían cuantos deseaban obtener alguna cosa extraordinaria, por lo cual le odiaban muchos ciudadanos de gran reputación. Veíase crecer de tal manera este odio, que el bando de los Negros estaba en manifiesta división, porque Corso se valía de la fuerza y de la autoridad privada, y sus adversarios de la del Gobierno; pero era tanto el poderío de aquél, que todos le temían. Á fin de privarle del favor popular, acudieron al procedimiento, siempre seguro para conseguirlo, de proclamar que quería ejercer la tiranía; cosa fácil de creer, porque su modo de vivir era sobradamente ostentoso. Aumentó esta opinión el verle tomar por esposa una hija de Uguccione de la Fagginola, jefe del bando gibelino y blanco, y potentísimo en Toscana.

XXIII. Este enlace, en cuanto se supo, dió ánimos á sus adversarios, que tomaron contra él las armas y, por la misma causa, no le defendió el pueblo, cuya mayor parte se unió á sus enemigos. Eran los jefes de éstos Rosso de la Tosa, Pazzino de Pazzi, Geri Spini y Berto

Brunelleschi. Con sus secuaces y la mayoría del pueblo, se reunieron armados ante el palacio de la Señoría. Los Señores dieron una acusación á Pedro Branca, capitán del pueblo, contra Corso Donati, culpándole de aspirar, con la ayuda de Uguccione, á la tiranía. Fué primero citado y después juzgado rebelde por contumacia (1308), mediando solamente dos horas entre la acusación y la sentencia.

Dictada ésta, los Señores, con las compañías del pueblo bajo sus banderas, fueron á buscarle.

No asustó á Corso Donati, ni el verse abandonado por muchos de los suyos, ni la sentencia dictada, ni la autoridad de los Señores, ni la multitud de los enemigos, y se fortificó en su casa, esperando poder defenderse en ella, hasta que Uguccione, á quien había avisado, viniera á socorrerle.

En su casa y en las calles inmediatas construyó barricadas, defendidas por partidarios suyos con tanto empeño, que el pueblo, aunque era muy numeroso, no podía vencerles. La lucha fué, por tanto, muy encarnizada, con muertos y heridos de ambas partes. Viendo el pueblo la imposibilidad de triunfar en las calles, ocupó las casas inmediatas á la suya y entró en ésta taladrando los muros y por vía inesperada.

Estaba Corso rodeado de enemigos, no confiaba ya en el auxilio de Uguccione, y perdida la esperanza de la victoria, determinó buscar camino para salvarse. Unido á Gherardo Bordonni, y á otros muchos de sus más bravos y fieles amigos, acometieron todos con ímpetu á los enemigos, abriéronse paso con las armas por medio de ellos y salieron de la ciudad por la puerta de la Cruz.

Muchos fueron en su persecución, y á Gherardo lo mató Bocceaccio Cavicciuli, á orillas del Africo. Corso fué alcanzado y preso en Rovezzano por algunos catalanes, soldados de á caballo á las órdenes de la Señoría; pero, al traerle á Florencia, por no ver la cara á sus enemigos victoriosos, ni ser objeto de sus insultos, se dejó caer del caballo y, estando en tierra, le mató uno de los que le conducían. Los monjes de San Salvi recogieron el cuerpo y le dieron sepultura sin honras fúnebres.

Este fué el fin de Corso Donati, que hizo mucho bien y mucho mal á su patria y á la facción de los Negros, y de tener el ánimo menos inquieto sería más gloriosa su memoria. Merece, sin embargo, citársele entre los hijos más preclaros de nuestra ciudad. Ciertamente su carácter revoltoso hizo que la patria y su partido olvidasen las obligaciones que tenían con él, siendo esto causa de su muerte, y para aquélla y éste de muchos males.

Venia Ugucione al socorro de su yerno. Al llegar á Reinole supo de qué manera le combatía el pueblo y creyendo no poder prestarle servicio alguno, por no exponerse al peligro sin provecho de Corso, se retiró.

XXIV. Muerto Corso, lo cual ocurrió en 1308, cesaron los tumultos y se vivió en paz hasta que se supo que el emperador Enrique VII pasaba á Italia (1312) con todos los rebeldes florentinos, á quienes había prometido restablecerles en su patria. A los jefes del gobierno pareció entonces oportuno, para tener menos enemigos, disminuir el número de aquéllos, y determinaron que todos los rebeldes pudieran volver, á excepción de los que la ley, citándoles nominalmente, prohibiera la vuelta. Continuaron en destierro por esta determinación el mayor número de los gibelinos y algunos del partido

Blanco, entre ellos Dante Alighieri y los hijos de Veri-de Cerchi y de Giano de la Bella. Además pidieron auxilio á Roberto, rey de Nápoles y, no pudiendo conseguir que éste les ayudara como amigos, le sometieron la ciudad por cinco años, para que como súbditos les defendiera con su ejército.

El Emperador vino por el camino de Pisa y por las marismas llegó á Roma, donde fué coronado el año 1312. Determinando dominar á los florentinos, dirigióse por la vía de Perusa y Arezzo á Florencia, situándose con su ejército en el monasterio de San Salvi, á una milla de la ciudad, donde estuvo cincuenta días sin provecho alguno, y desesperado de producir perturbación en aquella República, marchó á Pisa, donde convino con Federico, rey de Sicilia, acometer al reino de Nápoles, y movió con tal objeto su ejército; pero cuando esperaba la victoria y el rey Roberto temía su ruina, murió en Buonconvento (1313).

XXV. Poco tiempo después ocurrió que Ugucione de la Fagginola llegó á ser señor de Pisa, y en seguida de Luca, donde le eligió el bando gibelino. Con el auxilio de esta ciudad hacía gravísimo daño á sus vecinos y, para librarse de él, los florentinos pidieron al rey Roberto que fuera su hermano Pedro á mandar el ejército de la República.

Ugucione por su parte aumentaba sin cesar su poder y, por fuerza ó por astucia, tenía en Val del Arno y en Val de Nievole muchos castillos ocupados. Dirigiéndose al asedio de Montecatini, juzgaron los florentinos que era necesario socorrer esta fortaleza, para evitar que aquel incendio se extendiera por todo el país comarcano. Reunieron un grande ejército, pasaron con él á Val de

Nievole y allí dieron la batalla á Ugucione (1315), siendo derrotados. Murieron en ella Pedro, hermano del rey Roberto, cuyo cuerpo no se encontró, y más de dos mil hombres. Para Ugucione no fué satisfactorio el triunfo, pues vió morir uno de sus hijos y muchos capitanes del ejército.

Después de esta derrota fortificaron los florentinos los puntos inmediatos á su ciudad, y el Rey de Nápoles les envió por Capitán al conde de Andria, llamado el conde Novello, por cuya conducta ó por disposición natural de los florentinos á cansarse de lo presente ó á que cualquier suceso engendre discordia, no obstante la guerra con Ugucione, la ciudad se dividió en dos bandos, uno de amigos y otro de enemigos del Rey de Nápoles. Jefes de éstos eran Simón de la Tossa y los Magalotti, con algunos del pueblo, superiores á los demás en el gobierno y consiguieron que se enviara á Francia y después á Alemania por jefes y soldados para, cuando llegaran, echar con su ayuda al Conde gobernador nombrado por el Rey. La fortuna quiso que tales gestiones no tuvieran éxito.

No por ello abandonaron la empresa, y en busca de uno á quien adorar, no encontrándolo en Francia ni en Alemania, lo trajeron de Agobbio. Expulsado el Conde, tomaron á un tal Lando, de Agobbio, por Ejecutor, ó mejor dicho, Preboste, dándole plena potestad sobre los ciudadanos.

Era Lando hombre rapaz y cruel y, yendo por la comarca con gente armada, quitaba la vida á unos ú otros, conforme al deseo de los que le habían elegido. Llegó á tanto su audacia que, con el cuño florentino, acuñó moneda falsa, sin que nadie se atreviera á oponérsele (1316).

¡A tanto poder le condujeron las discordias de Florencia! ¡Grande, en verdad, y misera ciudad, á la cual ni el recuerdo de las pasadas divisiones, ni el miedo á Ugucione, ni la autoridad de un Rey habían podido mantener unida y con gobierno estable, encontrándose en maltísima situación, sufriendo en el exterior las correrías de Ugucione, y saqueada en el interior por Lando de Agobbio!

Eran los amigos del Rey, contrarios á Lando y sus secuaces, familias nobles y plebeyas importantes, todos güelfos; mas no podían sin peligro manifestar sus opiniones, por estar el gobierno en manos de sus adversarios. Determinaron, sin embargo, librarse de aquella deshonrosa tiranía, y escribieron secretamente al rey Roberto que nombrara vicario suyo en Florencia al conde Guido de Battifolle, lo cual hizo inmediatamente, y el bando enemigo, aunque los Señores eran contrarios al Rey, no se atrevió á oponerse, por las buenas cualidades del Conde. No tenía, sin embargo, grande autoridad, porque los Señores y los confaloneros de las compañías favorecían á Lando y á su partido.

Mientras se vivía en Florencia en medio de estos trabajos, pasó la hija de Alberto rey de Bohemia (1317), que iba á unirse con su marido Carlos, hijo del rey Roberto. Los amigos del Rey le hicieron grandes honores y se quejaron tanto á ella de las condiciones en que la ciudad estaba y de la tiranía de Lando y de sus partidarios, que antes de partir, mediante su apoyo y el que les prestó el Rey, unieronse los ciudadanos y quitaron la autoridad al sanguinario y ladrón Lando, enviándole á Agobbio.

Al reformar el gobierno, se prorrogó la autoridad al

Rey por tres años, y porque ya habían sido elegidos siete Señores del partido de Lando, eligieron seis de el del Rey, y la Señoría tuvo durante algún tiempo trece miembros. Posteriormente quedaron reducidos, como en lo antiguo, á siete.

XXVI. Quitaron por entonces á Uguccione la señoría de Luca y de Pisa. Castruccio Castracani, de simple ciudadano de Luca, llegó á ser Señor (1321), y porque era joven atrevido y valiente y afortunado en sus empresas, en brevisimo tiempo llegó á ser cabeza de los gibelinos de Toscana. Esto obligó á los florentinos á suspender por varios años sus discordias civiles, pensando en el modo de defenderse de Castruccio, antes de que sus fuerzas aumentaran, ó después, si crecían, contra lo que ellos deseaban. Y para que los Señores deliberaran con mayor acierto y con mayor autoridad obligaran al cumplimiento de las leyes, nombraron doce ciudadanos llamados *Hombres buenos*, sin cuya opinión y consentimiento no pudieran determinar los Señores ninguna cosa importante.

Llegó por entonces el término de la autoridad del rey Roberto y, dueña absoluta Florencia de sus destinos, reorganizó el gobierno con los rectores y magistrados acostumbrados, manteniendo la unión entre los ciudadanos el temor que tenían á Castruccio, quien, después de muchas empresas contra los Señores de la Lunigiana, atacó á Prato (1323). Los florentinos, determinando socorrerla, cerraron sus tiendas y fueron en masa veinte mil hombres á pie y mil quinientos á caballo. Para quitar fuerzas á Castruccio y aumentar las suyas, publicaron los Señores un bando diciendo que cualquier rebelde güelfo que acudiera al socorro de Prato, terminada la

empresa, podría volver á su patria. Más de cuatro mil rebeldes concurrieron á la defensa.

Este numeroso ejército, con tanta presteza conducido á Prato, asustó de tal manera á Castruccio que, sin intentar la batalla, se retiró hacia Luca, lo cual produjo diferencia de opiniones en el campo florentino entre los nobles y los ciudadanos, porque éstos querían perseguirle y combatir hasta acabar con él, y aquéllos volver á la ciudad, pues decían que bastaba haber puesto en peligro á Florencia para librar á Prato; cosa bien hecha cuando la necesidad obligaba, pero, libre ya, tampoco convenia probar fortuna exponiéndose, por ganar poco, á perder mucho.

No era posible el acuerdo y se sometió el caso á la decisión de los Señores, entre quienes hubo la misma disparidad de opiniones. Sabido esto en la ciudad, reunióse gran multitud en la plaza, profiriendo amenazas contra los nobles, que, por temor, cedieron; pero tomada la determinación tarde, y por muchos de mala voluntad, dió tiempo al enemigo para llegar salvo á Luca.

XXVII. Este suceso irritó de tal suerte al pueblo contra los nobles, que los Señores no quisieron cumplir la promesa hecha á los desterrados, por consejo de aquéllos. Presintiéndolo los expatriados, determinaron anticiparse al ejército para entrar los primeros en Florencia, y llegaron á las puertas de la ciudad; pero no lograron su objeto porque, previsto por los de dentro les rechazaron. Para ver si por acuerdo obtenían lo que no habían podido conseguir por fuerza, enviaron ocho embajadores á recordar á los Señores la promesa hecha y el peligro á que en virtud de ella se habían expuesto, esperando, por tanto, el premio prometido; y aunque los

nobles, que se consideraban más obligados al cumplimiento de este deber porque particularmente prometieron lo mismo que habían ofrecido los Señores, trabajaron con empeño en favor de los desterrados, nada consiguieron, pues enfurecía á la multitud que la empresa contra Castruccio no terminase venciéndole. Esta conducta fué deshonrosa para la ciudad. Indignándoseles la deslealtad, muchos nobles intentaron conseguir por fuerza lo que por ruegos no habían alcanzado, conviniendo con los desterrados en que vinieran armados á la ciudad y ellos dentro tomarían las armas en su favor. Descubrióse el complot antes del día en que iba á realizarse, encontrando los desterrados armada la ciudad, dispuesta á rechazar á los de fuera, y asustados de tal modo los conjurados de dentro, que ninguno se atrevió á tomar las armas. Lo infructuoso de estas tentativas les hizo renunciar á la empresa.

Después de la partida de los desterrados se deseaba castigar á los que habían tenido la culpa de que vinieran; y aunque todos sabían quiénes eran los culpados, ninguno se atrevía á acusarles ni á nombrarles. Para que el temor no impidiera saber la verdad, se determinó que en el Consejo cada cual escribiera los nombres de los delinquentes y secretamente fueran entregados estos escritos al Capitán. Resultaron acusados Amérgo Donati, Teghajo Frescobaldi y Lotteringo Gherardini, quienes, encontrando los jueces más benignos quizá de lo que su delito merecía, fueron condenados á multa.

XXVIII. Los tumultos que hubo en Florencia por la llegada de los rebeldes á las puertas de la ciudad, demostraron que no bastaba un solo capitán á las compañías del pueblo, y se determinó que en lo porvenir cada

una tuviera tres ó cuatro jefes, y cada Confaloniero dos ó tres abanderados, que llamaron alféreces, para que cuando no tuviera que concurrir toda la compañía, pudiera mandar un jefe parte de ella.

Como sucede siempre en todas las repúblicas que, después de sucesos graves, algunas leyes antiguas se derogan y otras se restablecen, en vez de renovarse la Señoría en épocas determinadas, como había sucedido hasta entonces, los Señores y los del Colegio que estaban en ejercicio, por gozar sobrado poder, se hicieron autorizar para la designación de los Señores que habían de desempeñar el cargo en los cuarenta meses siguientes. Pusieron sus nombres en una bolsa, y cada dos meses los sacaban por suerte; pero antes de terminar los cuarenta meses, dudando muchos ciudadanos que sus nombres estuvieran en la bolsa, se repitió el embolsarlos todos.

De aquí nació la costumbre, largo tiempo practicada, de elegir por suerte los magistrados que debían gobernar dentro y fuera de la ciudad; mientras anteriormente, cuando iba á acabar el ejercicio de su cargo, el Consejo elegía los sucesores. Esta forma de elección por bolsas ó por suerte se llamó después *escrutinio*.

Como la renovación de embolsar los nombres se hacía cada tres años y á veces cada cinco, parecía que tal sistema era el mejor para acabar con los disgustos y desórdenes que ocasionaban antes los muchos competidores en la elección de cargos públicos. Ignorando el medio de corregir los abusos, adoptaron éste á falta de otro mejor, sin advertir los inconvenientes que, á cambio de ventaja tan escasa, llevaba consigo.

XXIX. Llegó el año 1325, y Castruccio, apoderán-

dose de Pistoia, aumentó tanto su poder, que los florentinos, temerosos de su grandeza, determinaron acometerle y quitarle dicha ciudad antes de que consolidara su dominación en ella.

Entre ciudadanos y aliados reunieron veinte mil infantes y tres mil caballos, y con este ejército acamparon en Altopascio, para ocupar dicho punto é impedirle socorrer á Pistoia.

Tomaron los florentinos esta ciudad y fueron después contra Luca, devastando el país; pero, por poca prudencia y menos fidelidad del jefe, no hicieron grandes progresos.

Era su capitán Raimundo de Cardona, quien, sabiendo cuán fácilmente habían entregado su libertad los florentinos, ora al Rey de Nápoles, ora al Legado del Papa, ora á personas de menor categoría, pensaba conducirse de modo que, poniéndoles en peligro, les obligara á nombrarle su príncipe. Con frecuencia les recordaba estos ejemplos y pedía que le dieran en la ciudad la misma autoridad que le habían dado en el ejército, porque sin esto, decía, no le prestarían la obediencia que á un capitán es necesaria.

Porque no consentían en ello los florentinos andaba perdiendo tiempo, y Castruccio ganándolo, á causa de habersele unido las fuerzas que en su auxilio le prometieron Visconti y otros tiranos de la Lombardía, con las cuales reunió numeroso ejército.

Cardona que, por falta de buena fe, no supo vencer al principio, por falta de prudencia no supo después salvarse, pues, procediendo lentamente con su ejército, le atacó Castruccio junto á Altopascio (1325), y después de empeñada la batalla, le derrotó, quedando muertos

ó prisioneros muchos ciudadanos y muriendo Cardona, á quien, por su mala fe y peores consejos, dió la fortuna el castigo que mereció le aplicaran los florentinos.

El daño que hizo Castruccio después de la victoria contra los florentinos, los robos, incendios, atropellos y prisiones, no es posible narrarlos, porque, no teniendo quien se le opusiera durante muchos meses, asoló cuanto quiso, contentándose los florentinos, después de esta derrota, con salvar la ciudad.

XXX. No por eso se acobardaron hasta el punto de dejar de hacer grandes provisiones de dinero, asoldando gente y pidiendo ayuda á sus amigos; pero no bastaban para refrenar aquel enemigo, de suerte, que les fué preciso nombrar su Señor á Carlos, duque de Calabria é hijo del rey Roberto, para que viniera á defenderles, porque estos príncipes, acostumbrados á dominar en Florencia, querían ser Señores y no aliados de la República.

Por estar Carlos empeñado en la guerra de Sicilia no pudo venir á tomar la Señoría, y les mandó al francés Gauthier, duque de Atenas, quien, como vicario del Señor, tomó posesión de la ciudad y arregló el gobierno á su arbitrio. Portóse, sin embargo, con una moderación poco de acuerdo con su carácter, y por todos se hizo amar.

Terminada la guerra de Sicilia, vino Carlos á Florencia con mil caballos, donde entró en Julio de 1326, y su llegada hizo que Castruccio no pudiera saquear libremente los dominios florentinos.

Pero la fama que Carlos había adquirido fuera la perdió dentro de Florencia, y los daños que á los florentinos no hicieron los enemigos, los ejecutaron los ami-

gos; porque los Señores nada hacían sin el consentimiento del Duque, y en el término de un año sacó de la ciudad cuatrocientos mil florines, á pesar de que, por el convenio hecho con él, no debían pasar de doscientos mil. ¡Tantos eran los gravámenes que diariamente él ó su padre imponían á la ciudad!

A estos daños se añadieron nuevos temores y nuevos enemigos, pues alarmó tanto á los gibelinos de Lombardia la llegada de Carlos á Toscana, que Galeazzo Visconti y los otros tiranos lombardos lograron con dinero y promesas viniera á Italia Luis de Baviera que, contra la voluntad del Papa, había sido elegido Emperador.

Llegó á Lombardia, pasó á Toscana, y, con ayuda de Castruccio, se apoderó de Pisa (1327). Sacando aquí dinero, dirigióse á Roma, lo cual ocasionó que Carlos partiese de Florencia, temiendo por el reino de Nápoles. Dejó por su vicario á Felipe de Sanguineto.

Al partir el Emperador se quedó Castruccio con Pisa. Los florentinos le quitaron Pistoia, valiéndose de tratos con los de esta ciudad; pero Castruccio la sitió, portándose con tanto valor y tenacidad, que, aun cuando los florentinos probaron muchas veces socorrerla y unas atacaron á su ejército y otras invadieron sus tierras, no pudieron ni con la fuerza ni con la industria apartarle de su empresa. ¡Tal era su ansia por castigar á los de Pistoia y por convencer á los florentinos de su inferioridad!

Vióse, pues, Pistoia obligada á recibirle por Señor; pero á este triunfo, tan glorioso para él, siguió un desastre no menos considerable, porque á su vuelta á Luca murió (1328). Y como rara vez la fortuna proporciona

un bien ó un mal sin acompañarlo de otro bien ú otro mal, murió también en Nápoles Carlos, duque de Calabria y señor de Florencia, y los florentinos, contra toda esperanza, quedaron libres en poco tiempo de la dominación de éste y del temor á aquél.

Reformaron entonces el gobierno de la ciudad, suprimiendo los antiguos Consejos y creando dos, uno de trescientos ciudadanos del pueblo y otro de doscientos cincuenta, nobles y plebeyos, llamando al primero *Consejo del pueblo* y al segundo *Consejo comunal*.

XXXI. Al llegar á Roma el Emperador, creó un antipapa y dispuso muchas cosas contrarias á la Iglesia, intentando otras varias que no tuvieron efecto. Acabó por retirarse vergonzosamente de esta ciudad y volver á Pisa (1329), donde, ó por descontento ó por falta de paga, se sublevaron unos ochocientos caballos tudescos, fortificándose en Montechiaro, sobre el Ceruglio. Cuando el Emperador partió de Pisa para ir á Lombardia, esta tropa sublevada se apoderó de Luca, expulsando á Francisco Castracani que el Emperador había dejado allí, y deseosa de sacar alguna utilidad de aquella presa, se la ofreció á los florentinos por ochenta mil ducados, pero éstos rehusaron el trato por consejo de Simón de la Tosa.

Esta determinación hubiera sido á nuestra ciudad utilísima, si persistieran en ella los florentinos, pero, por haber mudado al poco tiempo de parecer, fué muy dañosa; pues si entonces por poco coste pudieron adquirir pacíficamente á Luca y no la quisieron, después, cuando la desearon, no pudieron conseguirla por mucho mayor precio. Tal versatilidad fué causa de que Florencia, con gran daño suyo, variase repetidas veces su gobierno.

gos; porque los Señores nada hacían sin el consentimiento del Duque, y en el término de un año sacó de la ciudad cuatrocientos mil florines, á pesar de que, por el convenio hecho con él, no debían pasar de doscientos mil. ¡Tantos eran los gravámenes que diariamente él ó su padre imponían á la ciudad!

A estos daños se añadieron nuevos temores y nuevos enemigos, pues alarmó tanto á los gibelinos de Lombardia la llegada de Carlos á Toscana, que Galeazzo Visconti y los otros tiranos lombardos lograron con dinero y promesas viniere á Italia Luis de Baviera que, contra la voluntad del Papa, había sido elegido Emperador.

Llegó á Lombardia, pasó á Toscana, y, con ayuda de Castruccio, se apoderó de Pisa (1327). Sacando aquí dinero, dirigióse á Roma, lo cual ocasionó que Carlos partiese de Florencia, temiendo por el reino de Nápoles. Dejó por su vicario á Felipe de Sanguineto.

Al partir el Emperador se quedó Castruccio con Pisa. Los florentinos le quitaron Pistoia, valiéndose de tratos con los de esta ciudad; pero Castruccio la sitió, portándose con tanto valor y tenacidad, que, aun cuando los florentinos probaron muchas veces socorrerla y unas atacaron á su ejército y otras invadieron sus tierras, no pudieron ni con la fuerza ni con la industria apartarle de su empresa. ¡Tal era su ansia por castigar á los de Pistoia y por convencer á los florentinos de su inferioridad!

Vióse, pues, Pistoia obligada á recibirle por Señor; pero á este triunfo, tan glorioso para él, siguió un desastre no menos considerable, porque á su vuelta á Luca murió (1328). Y como rara vez la fortuna proporciona

un bien ó un mal sin acompañarlo de otro bien ú otro mal, murió también en Nápoles Carlos, duque de Calabria y señor de Florencia, y los florentinos, contra toda esperanza, quedaron libres en poco tiempo de la dominación de éste y del temor á aquél.

Reformaron entonces el gobierno de la ciudad, suprimiendo los antiguos Consejos y creando dos, uno de trescientos ciudadanos del pueblo y otro de doscientos cincuenta, nobles y plebeyos, llamando al primero *Consejo del pueblo* y al segundo *Consejo comunal*.

XXXI. Al llegar á Roma el Emperador, creó un antipapa y dispuso muchas cosas contrarias á la Iglesia, intentando otras varias que no tuvieron efecto. Acabó por retirarse vergonzosamente de esta ciudad y volver á Pisa (1329), donde, ó por descontento ó por falta de paga, se sublevaron unos ochocientos caballos tudescos, fortificándose en Montechiaro, sobre el Ceruglio. Cuando el Emperador partió de Pisa para ir á Lombardia, esta tropa sublevada se apoderó de Luca, expulsando á Francisco Castracani que el Emperador había dejado allí, y deseosa de sacar alguna utilidad de aquella presa, se la ofreció á los florentinos por ochenta mil ducados, pero éstos rehusaron el trato por consejo de Simón de la Tosa.

Esta determinación hubiera sido á nuestra ciudad utilísima, si persistieran en ella los florentinos, pero, por haber mudado al poco tiempo de parecer, fué muy dañosa; pues si entonces por poco coste pudieron adquirir pacíficamente á Luca y no la quisieron, después, cuando la desearon, no pudieron conseguirla por mucho mayor precio. Tal versatilidad fué causa de que Florencia, con gran daño suyo, variase repetidas veces su gobierno.

Por la negativa de los florentinos compró Luca en treinta mil florines el genovés Gherardino Spinola. Y como los hombres proceden con más lentitud en tomar lo que pueden haber fácilmente, que en desear lo que no pueden obtener, al saberse la compra hecha por Gherardino y el poco dinero que le había costado, experimentó el pueblo de Florencia vehemente deseo de poseer á Luca, censurando su propia conducta y la de los que le habían disuadido de comprarla; y para adquirir por fuerza lo que no había querido por dinero, envió sus tropas á saquear las posesiones de los luqueses.

Entretanto, el Emperador había partido de Italia y, por orden de los pisanos, fué enviado prisionero á Francia el antipapa.

Desde la muerte de Castruccio, en 1328, hasta 1340 gozó Florencia de tranquilidad interior, atendiendo á los asuntos exteriores, manteniendo varias guerras, en Lombardia por la venida del rey Juan de Bohemia, y en Toscana por la posesión de Luca. Adornaron entonces la ciudad con nuevos edificios, entre ellos la torre de Santa Reparata, conforme al consejo de Giotto, famosísimo pintor de aquella época. En 1333, á causa de lluvias abundantes, las aguas del Arno se elevaron en algunos sitios de Florencia á doce brazas, arruinando algunos puentes y muchos edificios; pero con grande actividad y cuantiosos gastos reedificaron lo destruido.

XXXII. En 1340 ocurrieron nuevas causas de perturbaciones. Los ciudadanos poderosos tenían dos maneras de mantener y aumentar su poder. Una era limitar tanto el número de nombres que se echaban en la bolsa para la elección de magistrados, que siempre recaía ésta en ellos ó en amigos suyos; otra, ser dueños de la elec-

ción de los Rectores, para tenerlos después favorables en los juicios. Lo segundo era para ellos tan importante, que, no bastándoles los Rectores ordinarios, á veces hacían venir un tercero. Por esto llamaron entonces extraordinariamente á Jacobo Gabriel de Agobbio con título de Capitán de la guardia, dándole amplia autoridad sobre los ciudadanos.

Por favorecer á los que gobernaban cometía éste diariamente muchas injusticias, y entre los ofendidos por ellas, lo fueron Pedro de Bardi y Bardo Frescobaldi, quienes, siendo nobles y naturalmente altivos, no podían sufrir que un forastero, sin razón y por halagar á algunos poderosos, les ofendiera. Tramaron, para vengarse, una conjuración contra Jacobo Gabriel y los que gobernaban, en la cual entraron muchas familias nobles y algunas del pueblo que aborrecían la tiranía de los gobernantes.

La orden dada á los conjurados fué que cada cual reuniera en su casa toda la gente armada que pudiese, y en la mañana del solemne día de Todos los Santos, cuando el pueblo estuviera en los templos rogando cada cual por los muertos de su familia, empuñar las armas, matar al Capitán y á los principales gobernantes y reformar el gobierno, eligiendo nuevos Señores.

Las empresas peligrosas, cuanto más se piensan peor se ejecutan, y sucede siempre que las conjuraciones cuya ejecución se difiere, son descubiertas. Entre los conjurados estaba Andres de Bardi, que, meditando la cosa, pudo en él más el miedo á la pena que el deseo de la venganza, y descubrió la conjuración á su cuñado Jacobo Alberti, Jacobo á los Priors y éstos á los demás miembros del gobierno.

El peligro estaba cercano, porque faltaban pocos días para el de Todos los Santos. Muchos ciudadanos acudieron al Palacio, persuadidos de que era arriesgado esperar, y pidieron á los Señores que tocaran la campana, llamando al pueblo á las armas. Era confaloniero Taldo Valori, y Francisco Salviati uno de los Señores. Por ser éstos parientes de los Bardi, no les agradaba que tocasen la campana, alegando que no era prudente hacer que, por tan ligero motivo, se armase el pueblo, pues la autoridad que se daba á la multitud, sin freno que la contenga, jamás produce buenos resultados, y los escándalos se provocan tan fácilmente como difícilmente se apaciguan.

Por todo esto juzgaban más atinado averiguar primero la verdad de la conjuración y castigarla judicialmente que, por una sencilla denuncia, exponer á Florencia á los daños de un tumulto para corregirla.

Ninguno quiso escuchar estos consejos, siendo obligados los Señores, con modales injuriosos y frases violentas, á tocar la campana, á cuyo sonido todo el pueblo acudió armado á la plaza.

Por su parte los Bardi y Frescobaldi, viéndose descubiertos, para vencer con gloria ó morir con honra, empuñaron las armas, creyeron poder defender la parte de la ciudad del lado de allá del río, donde tenían sus casas, y se fortificaron en los puentes, esperando socorro de los nobles de la campiña y de otros amigos suyos; pero destruyeron esta esperanza los del pueblo que, con ellos, habitaban aquella parte de la ciudad, pues se armaron en favor de los Señores; de suerte que, encontrándose cortados, abandonaron los puentes, concentrándose en la calle donde habitaban los Bardi, por ser

la más fuerte de todas, donde hicieron valerosa defensa.

Sabía Jacobo de Agobbio que aquella conjuración era contra él, y temeroso de morir, asustado y estupefacto en medio de su gente armada, estaba junto al palacio de la Señoría; pero los otros Rectores, por ser menos culpados, eran más valientes, y sobre todo el Podestá, que se llamaba Maffeo de Pontecarali.

Acudió éste donde se batían, y sin miedo á nada, pasado el puente de Rubaconte, se metió entre las espadas de los Bardi, haciendo señal de que quería hablarles. La consideración que gozaba, sus costumbres y sus demás cualidades, hicieron que inmediatamente cesara el combate y le escucharan en silencio. Con graves y moderadas palabras censuró la conjuración; les mostró el peligro en que se encontraban si no cedían al impetu del pueblo, les dió esperanza de que después serian oídos y juzgados con indulgencia, y prometiéndoles influir para que se atendieran sus quejas justificadas.

Volviendo en seguida á los Señores, les persuadió de que no quisieran vencer á costa de la sangre de sus ciudadanos, ni juzgaran á los conjurados sin oírles; y tanto trabajó que, con el consentimiento de los Señores, los Bardi y Frescobaldi, con sus partidarios, abandonaron la ciudad y, sin impedimento alguno, retiráronse á sus castillos.

Depuso las armas el pueblo, y los Señores sólo procedieron contra los de las familias Bardi y Frescobaldi cogidos con las armas en la mano. Para disminuir el poder de éstas, compraron á los Bardi los castillos de Mangona y de Vernia, y dieron una ley para que ningún ciudadano pudiera tener castillos á menos de veinte millas de Florencia.

Pocos meses después fueron decapitados Stiatta Frescobaldi, y muchos otros de esta familia, declarados rebeldes (1).

No bastó á los que gobernaban vencer y dominar á los Bardi y Frescobaldi, sino, como hacen casi siempre los hombres, que cuanto mayor autoridad tienen, peor usan de ella y con mayor insolencia, al Capitán de la guardia, que desolaba á Florencia, añadieron otro para el campo, con grandísima autoridad, á fin de que los sospechosos no pudieran habitar ni dentro ni fuera de la ciudad. De esta suerte concitaron en contra suya á todos los nobles, hasta el punto de estar dispuestos, por vengarse, á entregar la ciudad y á entregarse ellos mismos. Esperando al efecto ocasión propicia, vino muy á propósito y la aprovecharon mejor.

XXXIII. Por las muchas perturbaciones ocurridas en Toscana y Lombardía, llegó la ciudad de Luca á poder de Mastino de la Scala, señor de Verona (1341), quien, aunque obligado á entregarla á los florentinos, no lo hizo, porque siendo señor de Parma, creía poderla conservar y no se cuidaba de cumplir la promesa de devolverla. Los florentinos, para vengarse, se unieron á los venecianos y le hicieron tan porfiada guerra, que á punto estuvo de perder todos sus dominios. No obtuvieron, sin embargo, aquéllos otra ventaja que la satisfacción de haber batido á Mastino, porque los venecianos, como hacen todos los que se coligan con otros menos poderosos, cuando tomaron á Treviso y Vicenza, sin cuidarse de los florentinos, ajustaron la paz.

(1) No por estos sucesos, sino por ayudar á los pisanos en la guerra que sostenían contra la república de Florencia.

Poco después, los Visconti, señores de Milán, quitaron Parma á Mastino, y juzgando éste que no podía seguir en posesión de Luca, determinó venderla. Fueron competidores para su adquisición los florentinos y los pisanos; pero, durante las negociaciones, al comprender éstos que la adquirirían aquéllos porque eran más ricos, apelaron á la fuerza y, con el apoyo de los Visconti, salieron á campaña.

No por esto cesaron los florentinos en los tratos para la compra, ajustándola con Mastino, pagando parte del dinero, dando rehenes por el resto y enviando á tomar posesión á Naddo Rucellai, Juan Bernardino de Médicis y Rosso Ricardo de Ricci, quienes entraron en Luca por fuerza y las tropas de Mastino les entregaron esta ciudad.

Continuaron los pisanos su empresa, procurando por todos los medios apoderarse de Luca. Los florentinos se esforzaban por librarla del asedio y, después de larga guerra, con pérdida de dinero y ganancia de humillaciones, fueron éstos rechazados, quedando los pisanos señores de Luca.

La pérdida de esta ciudad, como en tales casos sucede siempre, hizo que el pueblo florentino se irritara contra los gobernantes, y en todas las calles y plazas públicamente les censuraban, acusándoles de avaricia y de haber dado malos consejos.

Al principio de esta guerra dieron autoridad para administrarla á veinte ciudadanos, que eligieron por jefe de la empresa á Malatesta de Rimini. Éste la dirigió con escaso valor y menos prudencia. El Consejo de los Veinte pidió auxilio á Roberto, rey de Nápoles, quien envió á Gauthier, duque de Ate-

nas (1), el cual, como disponen los cielos cuando preparan el mal futuro, llegó á Florencia cuando la empresa de Luca estaba completamente perdida (1342).

Viendo el Consejo de los Veinte la indignación del pueblo, pensó elegir nuevo Capitán para reanimar sus esperanzas, y con esta elección, ó refrenarlo, ó quitar pretexto á las calumnias; y para inspirar temor al pueblo, como también para que el Duque de Atenas pudiera defender al Consejo con mayor autoridad, eligieron á éste primero Conservador y después Capitán de su gente de armas.

Los nobles, por motivos antes referidos, vivían malcontentos, y como muchos de ellos tenían relaciones con Gauthier desde la época anterior en que gobernó á Florencia á nombre de Carlos, duque de Calabria, creyeron llegado el momento de satisfacer sus rencores con la ruina del gobierno republicano, juzgando que la única manera de dominar aquel pueblo que les había humillado, era sujetarlo á la dominación de un príncipe conecedor de la virtud de unos y de la insolencia de otros, para que premiara aquella y refrenase ésta; á lo cual añadían la esperanza de ser recompensados por quien, gracias á sus esfuerzos, adquiriera el principado.

Fueron, pues, muchas veces en secreto á casa del Duque, y le persuadieron de que debía apoderarse de la suprema autoridad, ofreciéndole todo su apoyo. Unieron sus excitaciones á las de los nobles algunas familias del pueblo, como eran los Peruzzi, Acciajuoli, Antellesi y

(1) Consta, por lo contrario, de los documentos que éste fué invitado directamente y vino, sin que supiera nada de ello el rey Roberto.

Bonaccorsi que, agobiadas de deudas y sin poder pagarlas con sus bienes, deseaban satisfacerlas con los de los otros, y librarse, á cambio de la servidumbre de la patria, de la en que ellos estaban respecto á sus acreedores.

Tales persuasiones excitaron en el ambicioso carácter del Duque el deseo de dominar, y para adquirir fama de justo y severo y por esta vía atraerse el favor del pueblo, perseguía á los que habían administrado la guerra de Luca. Por ello quitó la vida á Juan de Médicis, á Naddo Rucellai y á Guillermo Altoviti, condenó á otros á destierro y á muchos á multas.

XXXIV. Estas ejecuciones asustaron sólo á la clase media y en cambio satisficieron á los nobles y á la plebe, á ésta por su instinto de alegrarse del mal ajeno, y á aquéllos porque se veían vengados de tantas ofensas como de los ciudadanos habían recibido.

Cuando el Duque paseaba por las calles, se elogiaba á voces la franqueza de su carácter, exhortándole todos públicamente á descubrir y castigar los fraudes de los ciudadanos. La autoridad de los Veinte había, pues, venido á menos; la fama del Duque era grande, y el temor grandísimo, tanto que cada cual, por mostrarse amigo suyo, colocaba en su casa las armas ducales, no faltándole para ser príncipe más que el título.

Parecióle que podía ya intentarlo todo seguramente é hizo saber á los Señores que juzgaba necesario, para bien del Estado, se le concediese libremente la soberanía, deseando por tanto, ya que toda la ciudad consentía en ello, que ellos también consintieran.

Aunque desde hacía tiempo tenían los Señores prevista la ruina de la libertad, les perturbó esta demanda,

y aun conociendo el peligro en que estaban, por no faltar á su patria, resueltamente la negaron.

Como señal de religión y humanidad, había elegido el Duque para morada suya el convento de frailes Menores de Santa Cruz. Deseoso de ejecutar sus malas ideas, convocó por bando al pueblo para que, á la mañana siguiente, se reuniera en la plaza de Santa Cruz ante él. Este bando asustó mucho más á los Señores que la demanda antedicha, y se unieron á los ciudadanos que juzgaban amantes de la patria y de la libertad. Conocedores de la fuerza del Duque, sólo proyectaban rogarle, y ver si por este medio, ya que el de la fuerza era insuficiente, le apartaban de su designio, ó lograban que su dominación fuese menos acerba. Fueron, pues, algunos de los Señores á verle, y uno de ellos le habló de esta manera:

«Venimos á vos, señor, impulsados, primero por vuestra petición, y después por la orden que habéis publicado para reunir al pueblo, pues parece que queréis obtener por medio extraordinario lo que por el ordinario no hemos querido daros. No es nuestro ánimo oponernos con la fuerza á vuestros intentos, sino sólo demostraros la gravedad del peso que queréis echar sobre vos y lo peligroso del partido que adoptáis, para que siempre recordéis nuestro consejo y los de aquellos que, no por vuestra utilidad, sino por saciar su rabia, os inducen á lo contrario. Deseáis convertir en sierva una ciudad que siempre ha vivido libre, porque la Señoría que concedimos al reino de Nápoles fué alianza y no servidumbre. ¿Habéis considerado cuánto importa á una ciudad como ésta y cuánto la entusiasma sólo el nombre de libertad, de esa libertad que no doma la fuerza, ni

extingue el tiempo, ni compensa ningún mérito personal?

»Pensad, señor, el esfuerzo que es necesario para tener en servidumbre tan gran ciudad. Las fuerzas extranjeras que hayáis de sostener serán insuficientes, y de las de aquí no podréis fiaros, porque los que ahora son amigos vuestros y os impulsan á tomar este partido, cuando con la ayuda de vuestra autoridad hayan dominado á sus enemigos, buscarán los medios de deshacerse de vos, para ser ellos quienes gobiernen.

»La plebe, en quien vos confiáis, por el menor accidente cambia; de suerte que, al poco tiempo, tened por cierto que toda la ciudad será enemiga vuestra, lo cual ocasionará vuestra pérdida y la suya. No podréis encontrar remedio á este mal, porque sólo pueden ejercer su autoridad seguramente los Señores que tienen pocos enemigos y pueden acabar con ellos, ó matándoles ó desterrándoles; pero cuando el odio es universal, no se encuentra seguridad alguna, porque no se sabe dónde ni cómo estallará el conflicto. Quien teme á todos, en ninguno puede tener confianza; y si lo intenta, acrece el propio peligro, porque los que á su lado quedan le odian más y están más dispuestos á vengarse.

»Ciertísimo es que el trascurso del tiempo no basta para hacer olvidar el amor á la libertad, pues frecuentemente se oye que la restablecieron en un pueblo los que jamás la habían gozado y sólo por el recuerdo de lo que sus antecesores la amaban, y que, una vez recobrada, con gran constancia y á costa de todo género de peligros la conservaron. Aunque no recordaran la libertad por el amor de sus antepasados, los palacios públicos, los sitios en que se ejercía la magistratura, las enseñas

y banderas del gobierno libre, se la recordarian; cosas todas que los ciudadanos conocen y excitan su oposición á todo linaje de servidumbre.

»¿Cuáles serán vuestras obras que contrabalanceen la satisfacción de vivir libres y que borren en el ánimo de los hombres su amor al estado que hoy gozan? No; aunque sujetarais á vuestra dominación toda la Toscana; aunque volvierais todos los días á esta ciudad victorioso de nuestros enemigos, toda esta gloria no sería de ella, sino vuestra, y los ciudadanos no adquirirían súbditos, sino compañeros de servidumbre, que agravarían el yugo á que todos estuvieran sujetos.

»Aunque vuestras costumbres fueran santas, vuestros procedimientos benignos, y rectos vuestros juicios, no bastarán á hacerlos amar; y si creéis que son suficientes, os engañáis, porque á los acostumbrados á vivir sueltos cualquier cadena les pesa, cualquier ligadura les oprime. Además, es imposible un buen príncipe con un estado de cosas violento, pues por necesidad ó el príncipe se ajusta á las exigencias de la situación, ó aquel ó ésta pronto se arruinan.

»Tenéis, pues, que elegir, ó el sujetar con suma violencia esta ciudad, para lo cual no bastan muchas veces ni ciudadelas, ni guardias, ni amigos extranjeros, ó contentaros con la autoridad que os hemos dado, que es lo que os aconsejamos, recordándoos que sólo es duradera la dominación cuando voluntariamente se consiente. No queráis, impulsado por la ambición, llegar á una altura, desde donde, no pudiendo permanecer ni subir más, con grandísimo daño vuestro y nuestro tengáis que caer.»

XXXV. No conmovieron en manera alguna estas palabras el ánimo tenaz del Duque. Respondió que no in-

tentaba quitar la libertad á aquella ciudad, sino devolvérsela, porque eran siervas las ciudades cuando estaban desunidos sus habitantes, y libres cuando se unían; de suerte que, si con su autoridad lograba librar á Florencia de sectas, ambiciones y enemistades, lejos de privarle de libertad, se la devolvería. Que no su ambición, sino los ruegos de muchos ciudadanos, le obligaban á tomar aquel cargo, por lo cual harían bien ellos en contentarse con lo que satisfacía á los demás. Que los peligros que esta determinación le ocasionara los desdeñaba, porque no era propio de hombre virtuoso dejar de hacer el bien por temor al mal, y si de pusilánime no realizar una gloriosa empresa por temor á las consecuencias, y que esperaba portarse de tal modo, que dentro de poco tiempo comprenderían cuán injustificada era su desconfianza y lo vano de su excesivo temor.

Convinieron los Señores, al ver que no podían hacer cosa mejor, en que á la mañana siguiente se reuniera el pueblo en su plaza y, por voluntad de éste, se diera al Duque la Señoría durante un año, con las mismas atribuciones que la dieron anteriormente á Carlos, duque de Calabria.

El 8 de Septiembre de 1342 el Duque, acompañado de Juan de la Tosa, de todos sus partidarios y de muchos otros ciudadanos, fué á la plaza, y con los Señores salió á la tribuna (que así llaman los florentinos á las gradas puestas al pié del palacio de los Señores), y desde allí leyeron al pueblo lo convenido entre la Señoría y el Duque. Cuando en la lectura se llegó al párrafo en que se le concedía la Señoría *por un año*, gritó el pueblo: *Por toda su vida*. Levantóse Francisco Rusticelli, uno de los Señores, para hablar y apaciguar el tumulto; pero

los gritos de la muchedumbre se lo impidieron; de modo que, con consentimiento del pueblo, no por un año, sino á perpetuidad, fué elegido Señor y, apoderándose la multitud de su persona, la llevó en triunfo, aclamando en la plaza su nombre.

Era costumbre que el encargado de la guardia del Palacio permaneciese dentro de él en ausencia de los Señores. Desempeñaba entonces dicho cargo Rinieri de Giotto. Ganado éste por los amigos del Duque, sin esperar que le forzaran á ello, le metió dentro. Los Señores, asustados y deshonrados, fuéronse á sus casas, y las gentes del Duque saquearon el Palacio, desgarraron la bandera del pueblo, y pusieron en lo alto del edificio la del Duque; cosas hechas con gran dolor y pesar de los buenos, y con grandísimo contento de aquellos que, por ignorancia ó malicia, las consentían.

XXXVI. Adquirida de este modo la Señoría, el Duque de Atenas, para privar de autoridad á los que solían ser defensores de la libertad, prohibió á los Señores reunirse en el Palacio, señalándoles para ello una casa particular; quitó las banderas á los confalonieros de las compañías del pueblo; anuló los reglamentos de justicia hechos contra los grandes; puso en libertad á los que estaban presos en la cárcel; hizo volver del destierro á los Bardi y á los Frescobaldi; prohibió á todos el uso de armas y, á fin de defenderse mejor de los de dentro, hizose amigo de los forasteros. Para esto benefició á los de Arezzo y á todos los demás súbditos de los florentinos; ajustó la paz con los pisanos, aunque había sido proclamado príncipe para hacerles la guerra; suprimió el pago de los créditos á los comerciantes que, para la guerra de Luca, habían prestado dinero á la República;

aumentó los antiguos impuestos, creó otros nuevos y privó á los Señores de toda autoridad. Sus consejeros eran Baglione de Perusa, Guillermo Bini, Ascensi, y Cerezzieri Bisdomini.

Los tributos que estableció eran muy pesados, sus sentencias injustas, y la severidad y humanidad que había fingido se convirtió en crueldad y soberbia. Muchos nobles y ciudadanos notables eran multados ó muertos, ó sujetos á tormentos de nueva invención. Para no gobernar mejor fuera que dentro de la ciudad, nombró seis Rectores destinados á los campos, que apaleaban y robaban á los campesinos. Sospechaba de los nobles, á pesar de los servicios que le habían prestado y de haber devuelto muchos á su patria, porque no podía creer que los sentimientos elevados que suelen encontrarse en la nobleza estuvieran satisfechos con sólo obedecerle. Por esto se dedicó á favorecer á la plebe, creyendo que con la amistad de ésta y las armas extranjeras podría conservar la tiranía.

Llegado el mes de Mayo, que es cuando acostumbra el pueblo á celebrar sus fiestas, organizó con la plebe y el populacho muchas compañías, á las cuales honró con títulos espléndidos, dándoles banderas y dinero. De esta suerte, unos andaban festejando por las calles, y otros recibían á aquéllos con grandísima pompa.

Cuando corrió la noticia de la proclamación del Duque como Señor, vinieron á buscarle muchos franceses, y á todos ellos, como mercedores de su confianza, les daba cargos; de modo que Florencia llegó á estar al poco tiempo, no sólo sometida á los franceses, sino también á sus hábitos y costumbres; porque hombres y mujeres, sin vergüenza ni miramiento á los usos de la patria, les imi-

taban. Pero lo que sobre todo causó mayor enojo, eran los atentados del Duque y de los suyos al honor de las mujeres.

Estaban, pues, los ciudadanos indignadísimos viendo la majestad de su patria arruinada, desdeñadas las instituciones públicas, anuladas las leyes, corrompidas las costumbres, despreciada la decencia. Los ciudadanos no acostumbrados á presenciar pompas reales, veían con dolor á su nuevo Señor escoltado por satélites armados á pié y á caballo; y advirtiendo más de cerca su propia ignominia, tenían por necesidad que honrar á quien más odiaban, añadiéndose á esta vergüenza el temor, por las muchas muertes y continuos impuestos con que agotaba y empobrecía la ciudad.

Conocía el Duque esta indignación y este miedo, y tenía las consecuencias, aunque fingía creer que todos le amaban. De aquí que, habiéndole denunciado Mateo de Morozzo, ó por ganar su gratitud, ó por librarse de peligro, que la familia Médicis con algunos otros conspiraban contra él, no sólo no procuró averiguar la verdad sino que hizo morir miserablemente al delator, con lo cual desanimó á los que quisieran advertirle lo que convenía á su salvación, y alentó á los que procuraban su ruina.

A Bettone Cini, por haber censurado los impuestos con que gravaba á los ciudadanos, le hizo cortar la lengua tan cruelmente, que murió (1343). Esto aumentó la indignación y el odio al Duque porque, acostumbrada aquella ciudad á hacerlo todo y á hablar de todo con completa libertad, no podía sufrir que le ataran las manos y tapanan la boca.

Tanto creció la indignación y el odio, que no ya á

los florentinos, igualmente incapaces de conservar la libertad y sufrir la esclavitud, sino al pueblo más servil, hubiesen excitado á recobrar su libertad; y por ello muchos ciudadanos de todas condiciones determinaron reconquistarla aunque fuera á costa de su vida. Formáronse tres conjuraciones de florentinos de tres clases sociales, nobles, clase media y artesanos, impulsados, además de la causa general, los primeros por creer que no habían recobrado su poderío, los segundos por haberlo perdido y los artesanos por carecer de medios de subsistencia.

Era arzobispo de Florencia Agnolo Acciajuoli, que en sus sermones había ensalzado antes la conducta del Duque, atrayéndole el favor del pueblo; pero cuando le vio Señor y conoció sus actos de tiranía, parecióle que había engañado á su patria y, para enmendar la falta cometida, juzgó no haber otro recurso sino el de que la misma mano que había causado la herida, la curase. Hízose, pues, jefe de la primera y más fuerte conjuración, en la cual entraron los Bardi, Rossi, Frescobaldi, Scali, Altoviti, Magalotti, Strozzi y Mancini. Una de las otras dos la dirigían Manno y Corso Donati, y con éstos los Pazzi, Caviccioli, Cerchi y Albizzi. De la tercera el principal era Antonio Adimari, y con él los Médicis, Bordoni, Rucellai y Aldobrandini.

Proyectaron matarle en casa de los Albizzi, donde creían fuese el día de San Juan para ver unas corridas de caballos; pero no fué, y el proyecto fracasó. Intentaron acometerle cuando paseaba por la ciudad; pero esto era difícil, porque iba siempre acompañado y armado y variaba de continuo sus paseos, de modo que no se le podía esperar en sitio determinado. Pensaron asesinarle en

el Consejo, pero temían quedar á discreción de sus tropas, aun después de acabar con él.

Mientras los conjurados deliberaban sobre el modo de realizar su deseo, Antonio Adimari descubrió el intento á algunos de sus amigos sieneses, para obtener de ellos socorro, diciéndoles los nombres de varios conjurados y asegurando que toda la ciudad estaba resuelta á librarse del Duque. Uno de los sieneses habló del asunto á Francisco Brunelleschi, no por descubrir la conjuración, sino por creer que era de los conspiradores. Maese Francisco, ó por miedo ó por odio á los conjurados, lo reveló todo al Duque, siendo presos Pagolo de Mazzeca y Simón de Monterappoli quienes, al declarar la calidad y número de éstos, asustaron al Duque. Diéronle algunos el consejo de que prefriese ordenar á los conspiradores presentarse ante él á mandar prenderles, porque, si se escapaban, con su voluntario destierro lograría la seguridad sin escándalo.

Siguiendo esta opinión, hizo llamar el Duque á Antonio Adimari, que se presentó inmediatamente confiando en sus cómplices que, en efecto, le auxiliaron. Francisco Brunelleschi y Uguccione Buondelmonte aconsejaron al Duque que recorriera armado las calles y ordenara matar á los que cogiera; pero no juzgó acertada esta idea, por creer escasas sus fuerzas contra tantos enemigos; tomó, pues, otra determinación que, de tener buen éxito, le aseguraba de sus enemigos, procurándole nuevas fuerzas.

Acostumbraba el Duque, en casos especiales, á llamar á los ciudadanos para que le aconsejaran. En el actual, después de enviar fuera de la ciudad á pedir refuerzos, formó una lista de trescientos nombres de ciudadanos y,

so color de querer oír su consejo, les convocó por medio de sus dependientes, intentando librarse de ellos cuando estuvieran reunidos, ó con la muerte ó con la prisión.

Pero la captura de Antonio Adimari y el enviar por refuerzos, cosas ambas que no podían hacerse en secreto, alarmó á los ciudadanos, sobre todo á los comprometidos, negándose los más audaces á obedecer al Duque. Como cada conjurado tenía la lista de todos, al encontrarse unos á otros se animaban mutuamente á empuñar las armas, prefiriendo morir como hombres con las armas en la mano, á dejarse llevar como tímidos animales al matadero. De esta suerte, á las pocas horas se habían descubierto unos á otros los complicados en las tres conjuraciones, y determinaron que al día siguiente, que era el 25 de Julio de 1443, estallara un tumulto en el Mercado Viejo, y después armarse, llamando á todo el pueblo para recuperar la libertad.

XXXVII. Al siguiente día á la hora nona, conforme á lo acordado, tomaron las armas, y todo el pueblo, al grito de libertad, se armó, haciéndose cada cual fuerte en su barrio, bajo las banderas con las divisas del pueblo, que secretamente habían hecho los conjurados. Los jefes de las familias, tanto de las nobles como de las del pueblo, se reunieron y juraron defenderse y matar al Duque. Sólo faltaron á esta reunión algunos de los Buondelmonti y de los Cavalcanti, y las cuatro familias del pueblo que concurrieron á dar al Duque la Señoría, los cuales, unidos á los carniceros y al populacho, se reunieron en la plaza para defender al Duque.

Al saber éste el alboroto, hizo armarse á los que estaban en el Palacio y á los suyos, alojados en distintos

puntos, quienes salieron á caballo para ir á la plaza, pero en las calles fueron en varios sitios atacados y muertos; sin embargo, llegaron á unirse al Duque unos trescientos caballos. Dudaba éste si salir del Palacio para atacar á los enemigos, ó defenderse dentro de él. En el campo contrario los Medicis, Cavicciuli, Rucellai y otras familias de las más ofendidas temían que, si se presentaba, muchos de los que habían tomado las armas contra él se pusieran á su lado. Para impedirle salir y aumentar sus fuerzas, atacaron resueltamente á los de la plaza. Al ver la acometida, las familias del pueblo que se habían armado en favor del Duque de Atenas mudaron de opinión, puesto que la fortuna de éste cambiaba, y se pasaron á los sublevados, salvo Uguecione Buondelmonte, que entró en el Palacio, y Giannozzo Cavalcanti que, retirándose con algunos de sus amigos al Mercado Nuevo, se subió á un banco y arengó á los que estaban armados en la plaza para que acudieran á la defensa del Duque, exagerando, para asustarles, las fuerzas con que éste contaba, y amenazándoles con que todos serían muertos si se obstinaban en continuar la empresa contra su Señor; pero no encontrando quien le siguiera, ni quien castigara su atrevimiento y viendo que se fatigaba en vano, para no poner más á prueba la fortuna, se encerró en su casa.

Mientras tanto, era grande la lucha en la plaza entre el pueblo y los partidarios del Duque, y aunque ayudaban á éstos los que estaban en el Palacio, fueron vencidos, entregándose parte de ellos á sus enemigos y refugiándose los demás en el Palacio, después de abandonar sus caballos.

Mientras se peleaba en la plaza, Corso y Américo

Donati, con parte del pueblo, abrieron la cárcel pública, quemaron los papeles del Podestá y de la Cancillería, saquearon las casas de los Rectores y mataron á cuantos funcionarios del Duque pudieron encontrar.

Por su parte, el Duque, viendo perdida la plaza, á toda la ciudad hostil y sin esperanza de auxilio, intentó ganarse al pueblo con algún rasgo de generosidad, é hizo que trajeran á su presencia á los prisioneros, á quienes con afectuosas frases puso en libertad. A Antonio Adimari, á pesar de su resistencia, le dió el título de caballero, mandó quitar su bandera de lo alto del Palacio y poner la del pueblo, cosas todas que, hechas tarde é inoportunamente, porque las hacía forzado y no de buena voluntad, de nada le sirvieron. Estaba, pues, sitiado en el Palacio, considerando tristemente que por haber querido demasiado lo perdía todo, y temiendo morir dentro de pocos días, ó por hambre, ó por hierro.

Los ciudadanos se reunieron en Santa Reparata para organizar un gobierno, y eligieron catorce de ellos, por mitad nobles y plebeyos, los cuales, con el Obispo, recibieron la autoridad necesaria para reorganizar la gobernación. Además, eligieron otros seis para desempeñar las funciones del Podestá, hasta que éste fuera nombrado.

Habían llegado á Florencia, en auxilio del pueblo, muchos forasteros, y entre éstos algunos sieneses con seis embajadores, hombres muy considerados en su patria, quienes empezaron á gestionar entre el pueblo y el Duque; pero el pueblo se negó á todo convenio si primero no ponían en sus manos á Guillermo de Ascesi, al hijo de éste, y á Cerretieri Bisdomini. Negábase el Duque á entregarles; pero, amenazado por los que estaban ence-

rrados con él, dejó que les dieran. Sin duda algunos los odios son mayores y las heridas más graves cuando se reconquista la libertad que cuando se defiende. Guillermo y su hijo fueron expuestos á las iras de millares de sus enemigos. Su hijo apenas contaba diez y ocho años, y ni su edad, ni su belleza, ni su inocencia le salvaron de la furia de la multitud. Los que no pudieron herirles vivos les hirieron muertos, y no satisfechos con hundir en sus cuerpos los aceros, con las manos y los dientes los desgarraban. Para que todos los sentidos participaran de la venganza, habiendo oído primero sus lamentos, visto sus heridas, tocado su lacerada carne, querían todavía gustarla para que, satisfecho lo exterior de sus cuerpos, lo estuviera también lo interno. Este rabioso furor contra los Asceti fué útil á Cerretieri, porque, ocupada la multitud en las crueldades que cometía contra éstos, no se acordó de aquél y, no insistiendo en pedirle, permaneció en Palacio, de donde algunos parientes y amigos le sacaron á la noche siguiente, poniéndole en salvo.

Cuando apagó la multitud la sed de venganza con la sangre de los Asceti, se hizo el convenio, cuyas condiciones eran que el Duque se fuera con los suyos y sus bienes, renunciando á toda pretensión sobre Florencia, y que, cuando estuviera en Casentino, fuera de los dominios florentinos, ratificara la renuncia.

Conforme á este convenio, partió de Florencia el 6 de Agosto, acompañándole muchos ciudadanos, y al llegar á Casentino, aunque mal de su grado, ratificó la renuncia. Seguramente no hubiera cumplido esta promesa de no amenazarle para ello el conde Simón con llevarle de nuevo á Florencia.

Fué el Duque, como lo demostró su gobierno, avaro y cruel, difícil en dar audiencia y altanero en las respuestas; quería la servidumbre, no la benevolencia de los hombres, y deseaba ser más bien temido que amado. No era su persona mejor que sus costumbres: pequeño y negro, con barba larga y rala, inspiraba por todos conceptos repugnancia. Sus detestables costumbres le privaron á los diez meses de aquella Señoría que los pérfidos consejos de algunos le habían hecho obtener.

XXXVIII. Los sucesos ocurridos en la ciudad alentaron á todas las poblaciones sujetas á los florentinos á recobrar su libertad, y se rebelaron Arezzo, Castiglione, Pistoia, Volterra, Colle y San Gimignano; quedando así, de un golpe, privada Florencia del tirano y de sus dominios porque, al recobrar su libertad, enseñó á sus súbditos la manera de reconquistarla también ellos.

Después de la expulsión del Duque y de la pérdida de la dominación, los Catorce ciudadanos y el Obispo creyeron que sería más eficaz atraerse á los súbditos con tratos amistosos, que convertirlos, por la guerra, en enemigos, y mostrarse tan satisfechos de la libertad de ellos como de la suya propia. Enviaron, por tanto, embajadores á Arezzo para renunciar á la soberanía que sobre aquella ciudad ejercían y á tratar con sus habitantes á fin de obtener, como amigos, las ventajas que les reportaban antes como súbditos.

Con las demás ciudades también trataron de la mejor manera que pudieron para tenerlas aliadas y obtener de esta suerte los medios de asegurar recíprocamente su libertad.

Esta prudentísima determinación tuvo el mejor éxito, porque Arezzo, á los pocos años, volvió al poder de los

florentinos, y á los pocos meses las demás ciudades se sometieron igualmente á su obediencia. Así se obtiene muchas veces lo que se desea, más pronto y con menos peligro y gasto, pareciendo renunciar á ello, que empleando la fuerza y la obstinación para adquirirlo.

XXXIX. Arreglados los asuntos exteriores, se dedicaron á los de dentro de la ciudad y, después de algunas disputas entre los nobles y el pueblo, convinieron en que aquellos tuvieran en la Señoría la tercera parte, y de los demás cargos públicos, la mitad. Estaba la ciudad, como antes hemos dicho, dividida en seis barrios ó distritos, siendo elegidos seis Señores, uno por cada barrio.

Algunas veces, por sucesos extraordinarios, eran elegidos doce ó trece, pero, pasados aquéllos, volvían á ser seis. Pareció conveniente reformar este punto, ya por estar mal distribuidos los seis barrios, ya porque, teniendo que dar participación á los nobles, conviniera aumentar el número de los Señores. Redujeron, pues, los distritos ó barrios á cuatro, y por cada uno eligieron tres Señores. No se trató del Confaloniero de la justicia, ni de las compañías del pueblo, y en vez de los doce Hombres buenos, crearon ocho Consejeros, cuatro de la nobleza y cuatro del pueblo.

Organizado de este modo el gobierno, hubiera gozado de tranquilidad Florencia, si los nobles se contentaran con vivir dentro de los límites de la modestia que el orden civil exige; pero hicieron lo contrario, porque como particulares no querían que les igualasen, y como magistrados pretendían la supremacía, dando diariamente ejemplos de su insolencia y soberbia, cosa que desagradaba al pueblo, y le hacía dolerse de que, por la desaparición de un tirano, nacieran mil.

Tanto crecieron, de una parte la insolencia y de otra la indignación, que los principales del pueblo mostraron al Obispo la conducta desleal de los nobles y su malquerencia á los demás ciudadanos, persuadiéndole de que debía procurar se contentaran los grandes con su participación en los demás cargos, dejando los de la Señoría exclusivamente al pueblo.

Era el Obispo naturalmente bueno, pero susceptible de dejarse llevar á uno ú otro partido; y de aquí que, á instancia de sus parientes, hubiera favorecido primero al duque de Atenas, y después, por consejo de otros ciudadanos, entrara en la conjuración contra él. En la reforma del Gobierno había auxiliado á los nobles y, por lo mismo, parecíale ahora justo, convencido por las razones que los ciudadanos le daban, favorecer al pueblo. Creyendo encontrar en los demás la escasa estabilidad de opiniones que él tenía, juzgaba poder arreglar las cosas amistosamente, y convocó á los Catorce, quienes aun no habían perdido la autoridad. Con las mejores frases que encontró les aconsejó ceder de buen grado la Señoría al pueblo, prometiendo en cambio la tranquilidad de la ciudad, y sospechando que, de no hacerlo, sobreviniera la ruina de los nobles.

Tales palabras irritaron mucho el ánimo de éstos, y Rodolfo de Bardi le reprendió con ásperas frases, llamándole hombre de escasa fe; calificó de ligereza el afecto que tuvo al Duque, y de traición su intervención en la conjura para echarle, y aseguró, por último, que los honores que á todo riesgo habían conquistado, á todo riesgo también querían defenderlos. Partió de allí con sus compañeros, muy descontentos del Arzobispo, y á sus parientes y á todas las familias nobles dieron cuenta de lo ocurrido.

Los del pueblo hicieron lo mismo con los suyos y, mientras los nobles preparaban los socorros para defender á los Señores elegidos de su clase, no esperó el pueblo á que los tuvieran reunidos, y corrió armado á la plaza, gritando que quería renunciaran los grandes á la Señoría. El tumulto y el escándalo eran grandes, y los Señores estaban aislados, porque los nobles, viendo á todo el pueblo armado, no se atrevieron á tomar las armas y cada cual estuvo encerrado en su casa. Los Señores de elección popular se esforzaban por tranquilizar al pueblo, asegurando que sus compañeros de la nobleza eran hombres modestos y buenos, pero nada consiguieron, apelando al único recurso de enviar á los Señores de la nobleza á sus casas, á donde, no sin trabajo ni peligro, fueron conducidos.

Al partir los nobles del Palacio, fueron privados también de sus cargos los cuatro consejeros de esta clase, y eligieron doce del pueblo. Añadieron á los ocho Señores que quedaban un Confaloniero de la justicia y diez y seis confalonieros de las compañías del pueblo, reformando el Consejo de suerte que todo el gobierno quedara al arbitrio del pueblo.

XL. Cuando ocurrieron estos sucesos era grande la carestía en la ciudad, de modo que los nobles y la plebe estaban descontentos, ésta por el hambre y aquéllos por haber perdido su intervención en el gobierno. Quiso aprovechar tal estado de cosas Andres Strozzi para quitar á su patria la libertad. Vendía éste el trigo á menor precio que los otros, y por ello acudía mucha gente á su casa. Atrevióse una mañana á montar á caballo, y seguido de algunos ciudadanos, llamó al pueblo á las armas, reuniendo en breves horas más de cuatro mil hom-

bres, con quienes fué á la plaza de la Señoría y pidió que le abrieran el Palacio; pero los Señores, con amenazas y con las armas, les alejaron de la plaza, y después, de tal modo les asustaron con los bandos, que poco á poco cada cual volvió á su casa, quedando sólo Andres que con gran trabajo pudo librarse de las manos de la justicia.

Esta empresa, aunque temeraria y teniendo el fin que las de su índole suelen tener, dió esperanza á los nobles de poder dominar al pueblo, viendo que la plebe le era contraria; y para no perder la ocasión, determinaron procurarse todos los socorros que podían ayudarles á reconquistar á viva fuerza, pero con justicia, lo que á viva fuerza é injustamente les habían arrebatado. Tanta llegó á ser su confianza en la victoria que públicamente se proveían de armas, fortificaban sus casas y enviaban á pedir socorros á sus amigos hasta en Lombardia.

El pueblo, por su parte, de acuerdo con los Señores, también se preparaba, armándose y pidiendo auxilio á los de Siena y Perugia. Ya habían recibido los socorros ambas partes; toda la ciudad estaba armada; los nobles que vivían del lado de acá del Arno se habían fortificado en tres puntos, en la casa de los Cavicciuli, inmediata á San Juan, en las de los Pazzi y los Donati, en San Pedro Mayor y en la de los Cavalcanti en el Mercado Nuevo. En el lado de allá del Arno se habían hecho fuertes en los puentes y en las calles donde tenían sus casas. Los Nerli defendían el puente de la Carroja; los Frescobaldi y los Mannelli, Santa Trinidad, y los Rossi y los Bardi, el Puente Viejo y el de Rubaconte.

El pueblo se reunió bajo el confalón de la justicia y las banderas de las compañías de las artes y oficios.

XLI. Así distribuidas las fuerzas, pareció al pueblo

que no debía diferir la lucha, y fueron los primeros en empezarla los Médicis y los Rondinelli, que atacaron á los Caviccini por la parte que dan sus casas á la plaza de San Juan. Fué allí grande la pelea, porque desde las torres arrojaban piedras á los asaltantes, y en la calle les herían con las ballestas. Duró esta batalla tres horas. Los del pueblo seguían recibiendo refuerzos, tanto, que los Caviccini, viéndose agobiados por la multitud de enemigos y faltos de socorro, se asustaron y rindieron. Los vencedores respetaron sus casas y bienes, quitándoles sólo las armas y ordenándoles en seguida que, con sus parientes y amigos, se distribuyeran desarmados en las casas de los del pueblo.

Vencidos estos nobles en el primer ataque, lo fueron después más fácilmente los Pazzi y los Donati, por ser menos poderosos. Del lado de acá de Arno sólo quedaban los Cavalcanti, fuertes por el número de sus hombres y la posición que ocupaban; sin embargo, cuando vieron que les atacaban todas las compañías y que sólo tres de ellas habían vencido á los otros, sin hacer gran defensa, también se rindieron.

Estaban ya tres cuartas partes de la ciudad en manos del pueblo, y sólo quedaba una en poder de los nobles; pero era la más difícil de tomar, por el poder de los que la defendían y por su situación, resguardándola el río Arno de tal modo, que era preciso tomar los puentes, los cuales, según antes dijimos, estaban guardados. El primer ataque fué contra el Puente Viejo, donde se hizo gallarda defensa, porque las torres estaban bien armadas, las calles con barricadas y en éstas combatían hombres muy valerosos, tanto, que el pueblo fué rechazado con grandes pérdidas. Conociendo que en este sitio se esfor-

zaban inútilmente, intentaron pasar por el puente Rubaconte y, encontrando la misma dificultad, dejaron cuatro compañías frente á estos dos puentes y con las demás atacaron el de la Carraja. Aunque los Nerli lo defendieron valerosamente, no pudieron resistir el ímpetu del pueblo, ó por ser el puente, que carecía de torres para su defensa, más débil que los otros, ó porque fueron atacados al mismo tiempo por los Capponi y otras familias del pueblo vecinas á dicho puente. Acometidos por todos lados, abandonaron las barricadas, dejando franca la vía al pueblo, que, después de los Nerli, venció á los Rossi y Frescobaldi, con lo cual todos los del pueblo del lado de allá del Arno se unieron á los vencedores.

Quedaban sólo los Bardi, á quienes ni el vencimiento de los otros, ni la unión del pueblo contra ellos, ni la escasa esperanza de auxilio atemorizaban, prefiriendo morir peleando ó ver incendiadas y saqueadas sus casas á someterse voluntariamente al arbitrio de sus enemigos. Defendíanse, pues, con tanta tenacidad, que en vano intentó varias veces el pueblo vencerles, atacando por el puente Viejo ó por el de Rubaconte, pues siempre era rechazado con muchos muertos y heridos.

Habiase hecho tiempo atrás una calle por la cual se llegaba á la Vía Romana y, por dentro de las casas de los Pitti, á la muralla edificada sobre la colina de San Jorge. Por este camino envió el pueblo seis compañías con orden de atacar por la espalda la casa de los Bardi. Este asalto hizo á los Bardi perder ánimo, y al pueblo vencer en la empresa, porque al saber los que guardaban las barricadas que sus casas eran atacadas, abandonaron la lucha, acudiendo á la defensa de aquéllas.

Entonces se tomó la barricada del Puente Viejo, y

fueron puestos en fuga por todos lados los Bardi, á quienes recibieron los Quaratesi, Panzanesi y Mozzi. Entretanto el pueblo, y sobre todo el populacho, sediento de botín, saqueaba y robaba todas sus casas, y derribaba sus palacios y torres con tanta rabia, que el más cruel enemigo del nombre florentino se avergonzara de cometer tales destrozos.

XLII. Vencidos los nobles, reorganizó el gobierno el pueblo y, por estar éste dividido en tres clases, potente media y baja, se determinó que la primera tuviese dos Señores, tres la segunda y tres la tercera, siendo elegido el Confaloniero de todas sucesivamente. Se restablecieron además todos los reglamentos de justicia contra los nobles y, para debilitar su influencia, mezclaron á muchos de ellos con la multitud del pueblo.

Tan grande fué este desastre de los nobles y tanto les humilló, que en adelante jamás se atrevieron á empuñar las armas contra el pueblo y quedaron para siempre sometidos; lo cual fué causa de que Florencia perdiese, no sólo su crédito militar, sino todo sentimiento de grandeza y generosidad en sus empresas.

Desde estos desastres hubo tranquilidad en Florencia hasta 1353, en cuya época sufrió la memorable peste que con tanta elocuencia describe Juan Boccaccio y que hizo perder á Florencia más de 96.000 almas. Entonces también mantuvieron los florentinos la primera guerra con los Visconti, causada por la ambición del Arzobispo, que era príncipe de Milán.

Terminada esta guerra, comenzaron de nuevo las facciones en el interior y, á pesar de la destrucción de la nobleza, no faltaron á la mala fortuna medios para que renacieran con nuevas divisiones, nuevos trabajos.

LIBRO TERCERO.

SUMARIO.

- I. Reflexiones sobre las discordias intestinas en las repúblicas. Paralelo entre las discordias en Roma y en Florencia.—
- II. Enemistad entre las dos familias Albizzi y Ricci.—
- III. Origen de las amonestaciones y escándalos que produjeron (1357).—
- IV. Limitaciones que se fijan á los Capitanes del partido güelfo.—
- V. Muchos ciudadanos, disgustados por los desórdenes en la ciudad, se reúnen en San Pedro Scheraggio, y desde allí se dirigen en busca de los Señores para inducirles á que procuren la paz en Florencia.—
- VI. Los Señores encargan el restablecimiento de la tranquilidad á cincuenta ciudadanos, que, favoreciendo más al partido güelfo que al contrario, dan ocasión á que la semilla de las discordias fructifique con mayor fuerza.—
- VII. Guerra de los florentinos contra el Legado del papa Gregorio XI, que les atacó en tiempo de carestía, creyendo someterles (1375). Liga de los florentinos con Bernabé Visconti y con todas las ciudades enemigas de la Iglesia, contra el Papa.—
- VIII. Divídese Florencia en dos bandos, el de los capitanes del partido güelfo y el de los Ocho encargados de la guerra (1378).—
- IX. Silvestre de Médicis elegido confaloniero. Su ley contra los capitanes del partido güelfo y en favor de los amonestados (1378). Los Colegios la desaprueban.—
- X. Obligados por la actitud del pueblo, la aprueban después. Sublevación en Florencia.—
- XI. Procuran en vano dominarla los magistrados y el confaloniero Guicciardini, haciendo muchas concesiones á los amonestados.—
- XII. Origen de las corporaciones ó gremios de las artes.—
- XIII. El

fueron puestos en fuga por todos lados los Bardi, á quienes recibieron los Quaratesi, Panzanesi y Mozzi. Entretanto el pueblo, y sobre todo el populacho, sediento de botín, saqueaba y robaba todas sus casas, y derribaba sus palacios y torres con tanta rabia, que el más cruel enemigo del nombre florentino se avergonzara de cometer tales destrozos.

XLII. Vencidos los nobles, reorganizó el gobierno el pueblo y, por estar éste dividido en tres clases, potente media y baja, se determinó que la primera tuviese dos Señores, tres la segunda y tres la tercera, siendo elegido el Confaloniero de todas sucesivamente. Se restablecieron además todos los reglamentos de justicia contra los nobles y, para debilitar su influencia, mezclaron á muchos de ellos con la multitud del pueblo.

Tan grande fué este desastre de los nobles y tanto les humilló, que en adelante jamás se atrevieron á empuñar las armas contra el pueblo y quedaron para siempre sometidos; lo cual fué causa de que Florencia perdiese, no sólo su crédito militar, sino todo sentimiento de grandeza y generosidad en sus empresas.

Desde estos desastres hubo tranquilidad en Florencia hasta 1353, en cuya época sufrió la memorable peste que con tanta elocuencia describe Juan Boccaccio y que hizo perder á Florencia más de 96.000 almas. Entonces también mantuvieron los florentinos la primera guerra con los Visconti, causada por la ambición del Arzobispo, que era príncipe de Milán.

Terminada esta guerra, comenzaron de nuevo las facciones en el interior y, á pesar de la destrucción de la nobleza, no faltaron á la mala fortuna medios para que renacieran con nuevas divisiones, nuevos trabajos.

LIBRO TERCERO.

SUMARIO.

- I. Reflexiones sobre las discordias intestinas en las repúblicas. Paralelo entre las discordias en Roma y en Florencia.—
- II. Enemistad entre las dos familias Albizzi y Ricci.—
- III. Origen de las amonestaciones y escándalos que produjeron (1357).—
- IV. Limitaciones que se fijan á los Capitanes del partido güelfo.—
- V. Muchos ciudadanos, disgustados por los desórdenes en la ciudad, se reúnen en San Pedro Scheraggio, y desde allí se dirigen en busca de los Señores para inducirles á que procuren la paz en Florencia.—
- VI. Los Señores encargan el restablecimiento de la tranquilidad á cincuenta ciudadanos, que, favoreciendo más al partido güelfo que al contrario, dan ocasión á que la semilla de las discordias fructifique con mayor fuerza.—
- VII. Guerra de los florentinos contra el Legado del papa Gregorio XI, que les atacó en tiempo de carestía, creyendo someterles (1375). Liga de los florentinos con Bernabé Visconti y con todas las ciudades enemigas de la Iglesia, contra el Papa.—
- VIII. Divídese Florencia en dos bandos, el de los capitanes del partido güelfo y el de los Ocho encargados de la guerra (1378).—
- IX. Silvestre de Médicis elegido confaloniero. Su ley contra los capitanes del partido güelfo y en favor de los amonestados (1378). Los Colegios la desaprueban.—
- X. Obligados por la actitud del pueblo, la aprueban después. Sublevación en Florencia.—
- XI. Procuran en vano dominarla los magistrados y el confaloniero Guicciardini, haciendo muchas concesiones á los amonestados.—
- XII. Origen de las corporaciones ó gremios de las artes.—
- XIII. El

arte de la lana, más poderoso que los otros oficios, provoca á la plebe á nuevos desórdenes. Nuevos desastres, nuevos saqueos y nuevos incendios.—XIV. La plebe quiere que la Señoría deje el Palacio.—XV. La obliga por fuerza á abandonarlo.—XVI. Miguel de Lando, cardador de lana, es elegido Confaloniero por aclamación del pueblo. Destituye á los síndicos de las artes, á los Señores, á los Colegios y á los Ocho de la guerra.—XVII. Pareciendo á la plebe que Miguel es demasiado favorable á los principales del pueblo, se subleva contra él, pero Miguel va contra ella y la obliga á obedecerle. Carácter de Miguel de Lando.—XVIII. Nuevos reglamentos para la elección de Señores, por los cuales se priva á la ínfima plebe de representación en la Señoría; pero quedan los de las artes y oficios menores más poderosos que los ricos del pueblo. A causa de ello, después de breve pausa, renacen los tumultos en la ciudad.—XIX. Pedro de Albizzi y otros ciudadanos, por sospechas de que negociaban con Carlos de Durazzo, pretendiente á la Corona de Nápoles, y con los desterrados florentinos, son presos y condenados á muerte (1379).—XX. Insolencia de Jorge Scali y de Tomás Strozzi contra la autoridad de los magistrados, por lo cual Scali es decapitado y Strozzi obligado á huir (1381).—XXI. Reforma de la magistratura en favor de la plebe (1382).—XXII. Miguel de Lando y otros jefes plebeyos son desterrados. Los florentinos compran Arezzo (1384).—XXIII. Benedicto Alberti se hace sospechoso á la Señoría por su magnificencia y popularidad, siendo desterrado y amonestado su familia (1387).—XXIV. Después de Alberti muchos otros ciudadanos son proscritos y amonestados.—XXV. Guerra de los florentinos contra Juan Galeazzo Visconti, duque de Milán, llamado conde de Virtú (1390).—Indignado el pueblo por las violencias de Maso de Albizzi, se une á Vieri de Médicis, quien se niega á ser príncipe de la ciudad y aquieta al pueblo (1393).—XXVI. La Señoría quiere combatir la sublevación por medios violentos y, oponiéndose á ello Donato Acciaiuoli, es desterrado.—XXVII.—Los desterrados intentan volver á Florencia. Entran algunos secretamente y promueven un tumulto, pero son presos y muertos en Santa Reparata (1397).—XXVIII. Alentados por el Duque de Milán, traman otra conjuración, que fracasa (1400).—XXIX. Toman los florenti-

nos á Pisa (1406).—Hacen la guerra á Ladislao, rey de Nápoles, le vencen y se apoderan de Cortona (1414). Estado de Florencia en esta época.

I. Las graves y naturales enemistades que existen entre plebeyos y nobles, por querer éstos mandar y aquéllos no obedecer, fueron causa de todos los males de la ciudad; porque de esta diversidad de inclinaciones toman aliento todas las demás cosas que perturban las repúblicas. Esto mantuvo la desunión en Roma; esto, si es lícito comparar las cosas pequeñas con las grandes, ha mantenido la división en Florencia. En ambas ciudades; sin embargo, produjeron distintos efectos, porque las enemistades que al principio hubo en Roma entre la nobleza y el pueblo terminaban en disputas y en Florencia en combates; las de Roma con una ley; las de Florencia con el destierro ó la muerte de muchos ciudadanos; las de Roma siempre aumentaron la virtud militar; las de Florencia la extinguieron completamente; las de Roma, de la igualdad entre los ciudadanos, condujeron á una desigualdad grandísima; las de Florencia, de la desigualdad á la completa igualdad.

Esta diversidad de resultados procede de los distintos fines que se propusieron ambos pueblos; porque el de Roma deseaba obtener y desempeñar, como los nobles, las primeras dignidades, y el de Florencia combatía para ejercer sólo y sin participación de los nobles la gobernación del Estado.

Como la aspiración del pueblo romano era más razonable, sus ofensas á los nobles fueron más soportables, y éstos cedían fácilmente, sin llegar á las armas; de suerte que, después de algunas discusiones, convenían en hacer una ley que satisficiera al pueblo, dejando á los nobles en

el goce de sus dignidades. Pero, siendo el deseo del pueblo florentino injurioso é injusto, la nobleza se preparaba á la defensa con todas sus fuerzas hasta llegar al derramamiento de sangre y al destierro de los ciudadanos; y las leyes que después se establecían no eran para el bien común, sino para favorecer al vencedor.

De aquí procedía que las victorias del pueblo hacían la ciudad de Roma más virtuosa porque, entrando los plebeyos á participar con los nobles en los cargos civiles, militares y judiciales, se contagiaban á su lado de las brillantes cualidades de aquéllos y, al crecer la ciudad en virtud, crecía en poder. Pero en Florencia, cuando venecía el pueblo, los nobles eran privados de los cargos públicos y, para reconquistarlos, necesitaban asimilarse, no sólo en la apariencia, sino en la realidad, á las opiniones, costumbres y modo de vivir del pueblo.

De aquí nacían los cambios de escudos de armas y de títulos familiares que hacían los nobles para aparecer plebeyos; de suerte que el valor militar y la generosidad de sentimientos se extinguía en la nobleza, y no podían acrecer en el pueblo porque no los tenía, siendo cada vez Florencia más humilde y más abyecta.

Convertida la virtud de la nobleza romana en orgullo, llegó á términos que, sin un príncipe, no se podía conservar el Estado. En Florencia han llegado las cosas á tal punto, que un sabio legislador puede fácilmente reorganizar el gobierno á su voluntad. Claramente se comprende por lo dicho en el libro anterior.

Explicado el nacimiento de Florencia, el principio de su libertad, las causas de las discordias que en ella hubo, y la extinción de los partidos de nobles y plebeyos por la tiranía del Duque de Atenas y por la ruina de la no-

bleza, resta ahora narrar la enemistad del pueblo y la plebe y los varios sucesos que produjo.

II. Dornado el poder de los nobles y acabada la guerra con el Arzobispo de Milán (1353), no parecía quedar en Florencia niugún motivo de discordia. Pero la mala fortuna de nuestra ciudad y su no buen gobierno, hicieron nacer enemistad entre las familias Albizzi y Ricci, por lo cual se dividió Florencia, como antes por la de los Buondelmontí y Uberti, y enseguida por la de los Donati y Cerchi.

Los Pontífices, que residían entonces en Francia, y los Emperadores de Alemania habían enviado en diversas épocas, para mantener su influencia en Italia, multitud de soldados de varias naciones; de suerte que se encontraban allí ingleses, tudescos y bretones. Por haber terminado la guerra, estaban éstos sin sueldo, y como aventureros, se acogían á la bandera de cualquier príncipe.

En 1353 vino á Toscana una de estas compañías, mandada por monseñor Reale (1), provenzal, alarmando con su llegada á todas las ciudades de aquella provincia, y los florentinos, no sólo se proveyeron públicamente de soldados, sino que muchos ciudadanos, entre ellos los Albizzi y los Ricci, por su propia seguridad, se armaron. Estas dos familias se odiaban, imaginando cada una cómo oprimir á la otra para dominar en la República; pero no habían llegado aún á las armas, luchando sólo en el ejercicio de la magistratura y en el seno de los Consejos.

Estando armada toda la ciudad, promoviése por acaso una cuestión en el Mercado Viejo, donde, como sucede

(1) Su verdadero nombre era Fra Moriale ó Monreal.

en tales casos, acudió mucha gente; y corriendo la noticia, dijeron á los Ricci que los Albizzi les atacaban, y á éstos que los Ricci venían en su busca, por lo cual toda la ciudad se sublevó, pudiendo con gran trabajo los magistrados contener á una y á otra familia, para que no estallara realmente la lucha que ya se suponía empezada por acaso y sin culpa de ninguna de ellas. Este suceso, aunque de escasa importancia, aumentó su enemistad y la diligencia con que cada cual buscaba partidarios. La ruina de la influencia de los nobles había creado la igualdad de todos los ciudadanos, y los magistrados, mucho más respetados que en los tiempos anteriores, creyeron que por la vía ordinaria y sin recursos extraordinarios mantendrían su autoridad.

III. Hemos dicho que, después de la victoria de Carlos I, fueron elegidos magistrados del partido güelfo. dándoles grande autoridad sobre los gibelinos, cosa que, con el trascurso del tiempo, la variedad de los sucesos y las nuevas divisiones, de tal modo se había olvidado, que muchos descendientes de gibelinos desempeñaban los primeros cargos. Uguccione de Ricci, jefe de esta familia, hizo que se renovara la ley contra los gibelinos (1354), porque, en opinión de muchos, los Albizzi, originarios de Arezzo, de donde muchos años antes habían venido á habitar en Florencia, pertenecían á dicho bando. El propósito de Uguccione, al renovar dicha ley, era privar á los Albizzi de los cargos públicos, porque la ley condenaba á cualquier descendiente de gibelino que se atreviera á ejercer alguno.

Desenbrió este proyecto de Uguccione, Pedro, hijo de Felipe de Albizzi, y determinó apoyarlo, porque el oponerse á él equivalía á declararse gibelino. Renovada la

ley por la ambición de los Ricci, en vez de disminuir, aumentó la influencia de Pedro de Albizzi, siendo origen de muchos males, porque no se pueden dictar leyes más perniciosas para una república que las que tienen efecto retroactivo.

Favoreció Pedro el restablecimiento de la ley y lo que sus enemigos habían imaginado para dañarle contribuyó á su grandeza porque, convertido en jefe del nuevo partido, aumentó diariamente su autoridad, teniendo más influencia que ningún otro en el nuevo bando de los güelfos (1357).

No habiendo autoridad alguna encargada de averiguar quiénes eran gibelinos, quedaba inaplicable la ley restablecida, por lo cual determinó Pedro que se encargaran los Capitanes de hacer esta investigación y, una vez hecha, amonestaran á los gibelinos para que no desempeñaran cargo alguno, siendo condenados si no obedecían. Desde entonces todos los que en Florencia se ven privados de desempeñar cargos se llaman *Amonestados*.

Creció con el tiempo la audacia de los Capitanes y, sin reparo alguno, lo mismo amonestaban á los que lo merecían que á quienes bien les parecía por motivos de ambición ó de avaricia, y desde 1357, en que empezó este régimen, á 1366, fueron amonestados más de doscientos ciudadanos. Los Capitanes y el partido güelfo llegaron á ser poderosísimos, porque, por miedo á ser amonestados, todos adulaban, especialmente á los jefes de dicho bando, que eran Pedro de Albizzi, Lapo de Castiglionchio y Carlos Strozzi.

Estos procedimientos tiránicos desagradaron á muchos, y sobre todo á los Ricci, que eran los más descontentos, por lo mismo que habían sido autores de

una reforma encaminada, según veían, á la ruina de la República y, contra todos sus deseos, á aumentar considerablemente el poder de sus enemigos los Albizzi.

IV. Por todo ello, siendo Ugucione de Ricci uno de los Señores (1366), quiso poner remedio á aquel mal que él y los suyos habían originado, y se determinó por una nueva ley que á los seis Capitanes de barrio que ya existían se añadieran otros tres, de los cuales dos fueran de los artes ú oficios menores, y que la declaración de gibelino debiera ser confirmada por veinticuatro ciudadanos güelfos, nombrados para ello.

Esta determinación limitó bastante por entonces la autoridad de los Capitanes, de suerte que casi dejaron de amonestar; y si lo hacían alguna vez, los amonestados eran muy pocos. Pero los bandos de los Albizzi y de los Ricci seguían vigilándose y, por recíproco odio, procuraban entorpecerse mutuamente sus ligas, empresas y determinaciones. Con tales trabajos vivieron los florentinos desde 1366 á 1371, en cuya época estuvo dominando el bando güelfo.

Había en la familia de los Buondelmonti un caballero llamado Benghi, que ganó popularidad por sus servicios en una guerra contra los pisanos: fué admitido en la clase del pueblo, y con ello adquirió derecho á figurar en la Señoría; pero cuando esperaba ser elegido Señor, hicieron una ley para que ningún noble, admitido en la clase popular, pudiera ejercer este cargo.

Indignó mucho á Benghi este hecho y, aliándose con Pedro de Albizzi, determinaron privar de influencia á la parte del pueblo menos rica por medio de las amonestaciones, haciéndose ellos dueños del gobierno. Con las relaciones que Benghi tenía entre la antigua nobleza y con

las de Pedro en la clase popular rica, aumentaron las fuerzas del bando güelfo, y con nuevas reformas hechas en la distribución de los barrios, arreglaron las cosas de modo que podían disponer como quisieran de los Capitanes y de los Veinticuatro ciudadanos.

Empezóse de nuevo entonces á amonestar con más audacia que antes, y los Albizzi, como jefes de este bando, continuaban ensanchando su poder. Por su parte, los Ricci y sus amigos no dejaban de oponerse cuanto podían á los proyectos de los Albizzi; tanto que se vivía en continua alarma, temiendo cada cual para sí toda clase de calamidades.

V. Esta situación penosa impulsó á muchos ciudadanos amantes de la patria á reunirse en San Pedro Scheraggio (1372), y después de discutir extensamente la causa de tales desórdenes, se presentaron á los Señores, á quienes, uno de los que tenían más autoridad entre ellos, habló de esta manera:

«Dudaban muchos de nosotros, magníficos Señores, reunirse para tratar del bien público por iniciativa privada, temiendo que se les tachase de presunción ó se les condenara como ambiciosos; pero en vista de que todos los días, y sin miramiento alguno, muchos ciudadanos se reúnen en las casas y otros sitios, no por motivos de utilidad pública, sino por lo que á su interés personal conviene, creemos que, haciéndolo sin temor los que procuran la ruina de la República, menos debemos temer reunirnos los que atendemos al bien común, no cuidándonos del juicio que merezca esta determinación nuestra á los que tan poco se cuidan del juicio que sus actos nos merecen.

»El amor que tenemos, magníficos Señores, á nuestra

patria, nos ha hecho reunirnos y venir á vosotros para tratar del mal que ya se ve grande y aun crece en esta nuestra República, y ofreceros nuestra ayuda para extinguirlo; cosa que podréis conseguir, aunque parezca difícil la empresa, dejando á un lado las consideraciones privadas, y apoyando en las fuerzas públicas vuestra autoridad.

»La común corrupción de todas las ciudades de Italia, magníficos Señores, ha corrompido y corrompe aún la nuestra, porque desde que esta provincia se emancipó del Imperio, sus ciudades, no teniendo freno que las contuviera, se han gobernado, no conforme á los principios de libertad, sino á los intereses de los bandos que las dividen. De éste han nacido los demás males, los demás desórdenes suscitados. No existe unión ni amistad entre los ciudadanos, sino entre los que traman alguna maldad contra la patria ó contra los particulares. Extinguidos en todos el sentimiento religioso y el temor á Dios, el juramento y la palabra dada sólo se cumplen cuando conviene. De ellos se valen los hombres, no para observarlos, sino como recurso para enganar más cómodamente, y cuanto más fácil y seguro es el engaño, tanto más se alaba y glorifica. De aquí que al perverso se le califique de ingenioso, y al bueno se le moteje de estúpido.

»En las ciudades de Italia se reúne, en verdad, todo lo que puede ser corrompido y lo que puede corromper. La juventud ociosa, la vejez lasciva, todo sexo y edad vive entregado á las más viciosas costumbres, cosa que no remedian las buenas leyes, porque los malos usos las hacen ineficaces. De aquí nace la avaricia que en los ciudadanos se nota, y la sed, no de verdadera gloria, sino

de vituperable fama; de aquí los odios, las enemistades, los disgustos, los bandos; de aquí los homicidios, los destierros, la afición de los buenos, el engrandecimiento de los perversos. Porque confiando aquéllos en su inocencia, no buscan, como éstos, quienes les defiendan y alabe, y sin alabanza y defensa perecen. Esto origina la afición á los bandos y el poder que ejercen, porque á ellos se acogen por avaricia ó ambición los malos, y por necesidad los hombres honrados. Y lo más pernicioso es ver cómo los promovedores y jefes de estos partidos disfrazan sus intenciones y propósitos con nombres dignos de respeto, pues siendo todos enemigos de la libertad, la oprimen, suponiendo defenderla, ó con el gobierno de los nobles ó con el de los plebeyos. El premio que ambicionan de la victoria no es la gloria de devolver á la ciudad la libertad, sino la satisfacción de vencer al adversario y de usurpar el poder. Si lo consiguen, no hay acto injusto ó cruel ni prueba de avaricia que no se atrevan á cometer.

»Las leyes y los reglamentos no se hacen por utilidad pública, sino por interés privado; las guerras y las paces y amistades, no para gloria de todos, sino para satisfacción de pocos. Si tales desórdenes existen en las otras ciudades, más que á todas ellas, manchan á la nuestra, porque las leyes, los estatutos, la organización civil se han formado y se forman, no con arreglo á los principios de libertad, sino conforme á la ambición del bando triunfante. Por ello, desterrado un partido y suprimida una división, surge siempre otra; que las disensiones son inevitables en el seno de la facción vencedora, cuando la ciudad se rige más por los bandos que por las leyes, no bastando entonces para su defensa las

que en tiempos normales se hacen para su conservación.

»Nuestras divisiones antiguas y modernas demuestran la verdad de lo que decimos. Todos creían que, expulsados los gibelinos, vivirían los güelfos después largo tiempo felices y respetados; pero no tardó la división de Blancos y Negros. Vencidos los Blancos no desaparecieron por ello las facciones de la ciudad; ora por favorecer á los emigrados, ora por la enemistad entre el pueblo y la nobleza, siempre estuvimos combatiendo y, para dar á otros lo que, por falta de acuerdo, no queríamos ó no podíamos poseer, al rey Roberto, á su hermano, á su hijo, y por último, al Duque de Atenas sometimos nuestra libertad.

»Sin embargo, ningún régimen es duradero entre nosotros, porque ni nos ponemos de acuerdo para vivir libres, ni nos conformamos con ser siervos. Y tan dispuestos estamos siempre á los desórdenes que, viviendo obedientes á un rey, no titubeamos en posponerle á un villísimo hombre nacido en Agobbio.

»Por honor de esta ciudad no se debe recordar al Duque de Atenas, cuya crueldad y tiranía debió hacernos avisados y enseñarnos á vivir: no obstante, apenas fué expulsado, empuñamos las armas, y con más odio y más ira que en ninguna otra ocasión, combatimos unos contra otros, quedando vencida y al arbitrio del pueblo nuestra antigua nobleza.

»Creyeron entonces muchos que no habría ya motivo de escándalos ni de partidos en Florencia, por haber enfrenado á aquellos que por su soberbia é intolerable ambición eran, al parecer, motivo de ellos; pero la experiencia demuestra hoy cuán falaz es la previsión humana y falsos sus juicios; porque la soberbia y ambición de

los nobles no desaparecieron, sino pasaron á nuestros conciudadanos, quienes, como todos los ambiciosos, procuran tener los primeros puestos en la República, y siendo las discordias el único modo de conseguirlo, han dividido nuevamente la ciudad, resucitando los nombres de güelfo y gibelino, que se habían olvidado, y que ojalá no hubieran existido nunca en esta República.

»Para que ninguna cosa humana sea fija y perpetua, permite el cielo que en todas las repúblicas haya familias fatales que nacen para la ruina de su patria, y en la nuestra las ha habido más que en ninguna otra, pues no una, sino varias, la han perturbado y afligido. Esto hicieron primero los Buondelmonti y Uberti; después los Donati y Cerchi, y ahora ¡oh cosa vergonzosa y ridícula! los Ricci y Albizzi la agitan y dividen.

»No os hemos recordado la corrupción de las costumbres y nuestras antiguas y continuas divisiones para asustaros, sino para que tengáis presente sus causas, demostraros que, como vosotros, no las hemos olvidado, y deciros que el ejemplo de las anteriores no debe desalentaros para refrenar las actuales.

»El poder de las antiguas familias era tan grande y tanto el crédito que gozaban con los príncipes, que las leyes y reglamentos civiles no bastaban para contener su ambición; pero ahora que el Imperio carece de fuerza, que no se teme al Papa y que todos los Estados de Italia, y en particular nuestra República, son tan independientes que pueden gobernarse por sí mismos, no ofrece esta empresa gran dificultad.

»Nuestra ciudad especialmente, no obstante los ejemplos del pasado que en contrario se aleguen, no sólo puede mantener la unidad en su seno, sino también mejo-

rar las costumbres y las instituciones, si Vuestras Señorías deciden hacerlo. Por amor á la patria y no por interés particular nuestro, á ello os excitamos. Aunque la corrupción sea grande, apresuraos á cauterizar esta llaga que la corroe, esta rabia que la aniquila; este veneno que la mata, é imputad las antiguas turbulencias no á la naturaleza de los hombres, sino á los tiempos. Estos han cambiado, y podéis esperar, mediante mejor gobierno, mejor fortuna. La malignidad de ésta con la prudencia se vence poniendo freno á la ambición, anulando las instituciones que favorecen los bandos y sustituyéndolas con las que convienen á las costumbres y modo de vivir de un pueblo libre. Preferid hacerlo ahora por medio de la benignidad de las leyes, á diferirlo hasta que los hombres se vean obligados á realizarlo con la violencia de las armas.»

VI. Porque ya conocían los Señores el estado de las cosas, cuya descripción acababan de oír, y por la autoridad y las instancias de estos ciudadanos dieron poder á cincuenta y seis personas para que proveyesen á la salud de la república. Tantos comisionados son ciertamente más á propósito para conservar un buen gobierno que para crearlo, y los nombrados pensaron más en extinguir las facciones presentes que en quitar ocasión á que en lo futuro nacieran otras; y ni lo uno ni lo otro consiguieron, porque, sin destruir las causas de nuevos bandos, limitáronse á hacer de los presentes uno más poderoso que el otro, con grave peligro de la ciudad.

Excluyeron por tres años de todos los cargos, excepto de los que habían sido creados por el partido güelfo, á tres miembros de la familia Albizzi y á otros tres de la de los Ricci, entre ellos á Pedro de Albizzi y Ugucione

de Ricci; prohibieron á todos los ciudadanos entrar en el Palacio, excepto durante las sesiones de los magistrados; establecieron que todo ciudadano maltratado en su persona ó en la propiedad de sus bienes, pudiera presentar acusación á los Consejos, apoyarla con declaraciones de los nobles y, convicto el acusado, que fuese juzgado. Estas determinaciones disminuyeron la influencia de los Ricci y aumentaron la de los Albizzi. La medida era igual para unos y otros; pero resultó más perjudicial á los primeros, porque si el palacio de la Señoría estaba cerrado para Pedro de Albizzi, tenía en cambio abierto el de los güelfos, con quienes gozaba de grande influencia, y si antes él y sus partidarios abusaban de las amonestaciones, mucho más abusaron al sufrir esta injuria. Nuevos motivos excitaron después su mala voluntad.

VII. Ocupaba la Santa Sede Gregorio XI (1375), que, residiendo en Avignon, gobernaba la Italia, como sus antecesores, por medio de Legados quienes con su orgullo y avaricia desolaban muchas ciudades. Uno de éstos, residente entonces en Bolonia, aprovechando la carestía que aquel año se sentía en Florencia, proyectó apoderarse de Toscana, y no sólo no proveyó de víveres á los florentinos, sino que, para quitarles la esperanza de recolecciones futuras, al empezar la primavera atacóles con grande ejército, creyendo encontrarles desarmados y hambrientos, y por tanto, vencerles fácilmente. Acaso lo hubiera conseguido, de no ser, como lo fué, infiel y venal el ejército con que atacó; porque los florentinos, no teniendo otro recurso, dieron á las tropas del Legado ciento treinta mil florines y, con ello, les hicieron abandonar la empresa.

Pueden comenzar las guerras cuando otros quieren,

pero no acaban lo mismo. Empezada ésta por la ambición del Legado, indignó á los florentinos hasta el punto de coligarse con Bernabé Visconti y con todas las ciudades enemigas de la Iglesia, nombrando ocho ciudadanos que administraran el ejército, con poder para obrar á su discreción y para gastar sin rendir cuentas.

Esta guerra contra el Pontífice reanimó el bando de los Ricci, aunque Ugucione ya no vivía, porque á diferencia de los Albizzi, habían sido partidarios de Bernabé Visconti y enemigos de la Iglesia, y les alentaba más el ser los Ocho administradores adversarios de los güelfos, lo cual indujo á Pedro de Albizzi, Lapo de Castiglionchio, Carlos Strozzi y otros á estrechar su unión para ofender á sus enemigos, y mientras los Ocho hacían la guerra, ellos amonestaban.

Duró la guerra tres años, hasta que la muerte del Pontífice le puso término, y fué dirigida con tanto valor y tan á satisfacción de todos administrada, que anualmente era prorrogada la autoridad de los Ocho. Llamábanles santos, á pesar del poco caso que hicieron de las censuras de la Iglesia, de haber despojado á ésta de sus bienes y de obligar al clero á celebrar los oficios. ¡Tanto preferían aquellos ciudadanos la salvación de su patria á la de su alma! Demostraron, pues, á la Iglesia que si como amigos la habían defendido, como enemigos podían ofenderla gravemente, porque hicieron que se rebelaran toda la Romaña, la Marca y Perusa.

VIII. Sin embargo, mientras con tanto empeño sostenían la guerra contra el Papa, no podían defenderse de los Capitanes de barrio y su partido, porque la envidia de los güelfos á los Ocho hizo crecer su audacia, y no sólo insultaban á otros ciudadanos distinguidos, sino hasta á

algunos de los mismos Ocho. Tan arrogantes llegaron á ser estos Capitanes, que se les tenía en más que á los mismos Señores; con menos respeto se llegaba á éstos que á aquéllos, y sus palacios merecían más consideración que el de la Señoría, de tal suerte, que ningún embajador llegaba á Florencia sin orden de presentarse á los Capitanes.

Muerto el papa Gregorio y terminada la guerra exterior, vivíase dentro de la ciudad en la mayor confusión, porque de un lado la audacia de los güelfos era insufrible, y del otro no se veía medio de reprimirla, juzgándose necesario acudir á las armas para saber cuál de las dos autoridades debía prevalecer.

Eran del partido güelfo todos los antiguos nobles, y la mayoría de los más poderosos ciudadanos, siendo, como antes dijimos, los jefes Pedro de Albizzi, Lapo de Castiglionchio y Carlos Strozzi. En el otro bando estaban los ciudadanos de la clase media, capitaneándoles los Ocho de la guerra, Jorge Scali, Tomás Strozzi, y aliados con éstos los Ricci, Alberti y Médicis. El resto de la multitud, como casi siempre sucede, se unía al partido descontento.

A los jefes güelfos parecían formidables las fuerzas de sus adversarios y grande el peligro en que estaban, si alguna vez, por serles enemiga la Señoría, intentaba avasallarles. Para prevenir este peligro se reunieron y examinaron las condiciones en que se encontraba la ciudad y su partido. Juzgaron que los amonestados, por ser ya tan numerosos, constituían un elemento capaz de suscitarles la enemistad de toda Florencia. No veían á este mal otro remedio que, después de privar á los amonestados del derecho á los cargos públicos, desterrarles de la

ciudad, ocupando por fuerza el palacio de los Señores y haciendo á su partido dueño del gobierno, á imitación de los antiguos güelfos, que no vivieron seguros en Florencia hasta después de expulsar á sus adversarios. Todos estaban de acuerdo en la medida, pero no en los medios de ejecutarla.

IX. Corría entonces el año de 1378, se estaba en el mes de Abril, y maese Lapo opinaba no diferir el golpe, asegurando que nada perjudica tanto al tiempo como el tiempo mismo, máxime pudiendo ser fácilmente Confaloniero en la próxima Señoría Silvestre de Médicis, afiliado á sus enemigos. Pedro de Albizzi creía oportuna la dilación, porque necesitaban fuerzas y no las podían reunir en seguida sin ser descubiertos, corriendo en este caso manifiesto peligro. Opinaba, pues, que se debía esperar al próximo San Juan que, por ser el día más solemne de la ciudad, concurre á Florencia gran multitud, y entre ella podrían ocultar la gente que quisieran. Para evitar lo que de Silvestre de Médicis temían, propuso que se le amonestara, y si no convenía hacer esto, que se amonestara á uno del colegio de su barrio, en cuyo caso se sortearía el que había de sustituirle, y estando casi vacías de nombres las bolsas para el sorteo, podía muy bien tocar á él ó á alguno de sus colegas, impidiéndole ser Confaloniero.

Adoptaron esta determinación, consintiendo en ella Lapo, aunque de mala voluntad, porque juzgaba la dilación nociva, teniendo en cuenta que en empresas tales no se debe esperar á que el tiempo ofrezca todas las comodidades apetecibles, y quien lo espera, ó no intenta nada, ó lo que intenta resulta en su perjuicio.

Hicieron la amonestación proyectada, pero sin conse-

guir el objeto que se proponían de inutilizar á Silvestre de Médicis para ser Confaloniero porque, descubriendo el motivo de aquella, los Ocho procuraron que no se hiciera el sorteo.

Fué, pues, nombrado Confaloniero Silvestre, hijo de Alaman de Médicis. Pertenecía éste á muy distinguida familia popular y no podía sufrir que unos cuantos poderosos oprimieran al pueblo. Pensando poner remedio á esta insolencia, para lo cual contaba con el favor del pueblo y de muchos ciudadanos ilustres, comunicó su intento á Benedicto Alberti, Tomás Strozzi y Jorge Scali, quienes le prometieron toda clase de auxilios para realizarlo.

Empezaron por hacer secretamente una ley que innovaba los reglamentos de justicia contra los nobles, disminuyendo la autoridad de los Capitanes de barrio y estableciendo recursos para la derogación de las amonestaciones.

La ley tenía que ser discutida, primero en los Colegios y después en los Consejos, y para que pudiera ser aprobada inmediatamente después de ser propuesta, Silvestre, en su calidad de Confaloniero, cargo que convierte en casi príncipe á quien lo ejerce, convocó en una misma mañana el Colegio y el Consejo. Propuso la citada ley primero al Colegio, separado del Consejo; y, como cosa nueva, fué tan mal acogida por algunos, que se desaprobo. Viendo Silvestre cerrado el primer camino á sus propósitos, fingió que una necesidad le obligaba á ausentarse; y sin que nadie lo advirtiera, fué al Consejo, donde poniéndose en alto para que todos le vieran y oyeran, dijo: que creía haber sido nombrado Confaloniero, no para ser juez de litigios privados, de los cuales entienden los jueces ordinarios, sino para velar por la salud del Estado,

corregir la insolencia de los poderosos y reformar aquellas leyes cuya aplicación pudiera arruinar la República; que en todas estas cosas había pensado diligentemente, proveyendo en cuanto le había sido posible, pero que la maldad de los hombres se oponía á sus justos designios, de tal suerte, que le cerraba el camino para hacer el bien, y á los del Consejo no sólo el poder discutir los medios, sino hasta oírlos; que en vista de no poder hacer nada útil á la República y al bien general, no sabía por qué motivo habría de desempeñar en adelante un cargo, ó no merecido, ó que otros opinaban no merecía, y por ello quería irse á su casa, para que el pueblo pusiera en su lugar otro que tuviese más virtud ó mejor fortuna.

Dichas estas palabras, salió del Consejo para irse á su casa.

X. Los miembros del Consejo que estaban prevenidos y los que deseaban innovaciones, levantaron gran clamor. Al oírlo acudieron los Señores y los del Colegio; y viendo que se iba su Confalouiero, emplearon los ruegos y la autoridad para detenerle, haciéndole volver al Consejo, donde reinaba la mayor confusión, siendo amenazados con palabras muy ofensivas muchos ilustres ciudadanos, entre ellos Carlos Strozzi, á quien un artesano cogió por el pecho y quiso matarle, librándole no sin trabajo los circunstantes.

Pero quien suscitó mayor tumulto y puso en armas la ciudad fué Benedicto de Alberti que, desde las ventanas del Palacio, en alta voz llamaba al pueblo á las armas. Llenóse inmediatamente la plaza de hombres armados y, á causa de ello, lo que primero no habían querido hacer por ruegos los del Colegio, hicieronlo después, amedrentados por las amenazas.

Mientras tanto los Capitanes por su parte habían reunido muchos ciudadanos en su palacio, para convenir el modo de defenderse de la determinación de los Señores; pero al oír la algazara y saber el acuerdo del Consejo, cada cual se fué á su casa.

Nadie debe esperar, al promover sedición en una ciudad, detenerla donde le convenga ó dirigirla á su grado. La intención de Silvestre de Médicis fué dictar aquella ley y restablecer la calma en Florencia, y sucedieron las cosas de muy distinto modo. Excitadas las pasiones, llevaron la inquietud á todos los ánimos; las tiendas estaban cerradas, los ciudadanos se fortificaban en sus casas; muchos escondían sus efectos en los monasterios y en las iglesias, y, al parecer, todos temían alguna inmediata catástrofe.

Reuniéronse las corporaciones de artes y oficios, y cada una nombró un síndico. Los Piores llamaron á sus colegios y á estos síndicos, y estuvieron discutiendo todo un día de qué manera, y para satisfacción de todos, podría tranquilizarse Florencia; pero por la diversidad de opiniones nada determinaron.

Al día siguiente los gremios de artes y oficios sacaron sus banderas. Al saberlo los Señores, y dudosos de lo que ocurriría, convocaron el Consejo para poner remedio. Apenas reunido, oyóse gran ruido, y de pronto aparecieron en la plaza las banderas de los gremios con gran número de hombres armados; por lo cual el Consejo, para dar esperanzas á los gremios y al pueblo de satisfacer sus deseos y quitar todo motivo de perturbación, dió poderes amplísimos, lo que en Florencia se llama *Balla* (1),

(1) *Balla* es el nombre genérico de *facultad ó poder*. Era una especie de dictadura confiada algunas veces á un corto número de

á los Señores, á los Colegios, á los Ocho, á los Capitanes de barrio y á los Síndicos de las artes y oficios para reformar en beneficio común el gobierno de la ciudad.

Mientras esto se hacía, algunas compañías de los artesanos de las últimas clases, impulsadas por los que deseaban vengarse de las ofensas que últimamente habían recibido de los güelfos, se separaron de las otras, y fueron á saquear y quemar la casa de Lapo de Castiglionchio. Al saber éste que la Señoría había tomado determinaciones contra los güelfos, y al ver al pueblo armado, no teniendo más remedio que esconderse ó huir, se refugió primero en Santa Cruz, y, vestido de fraile, huyó después á Casentino, donde repetidas veces se le oyó dolerse de haber seguido los consejos de Pedro de Albizzi, y quejarse de este mismo Pedro, por haber querido esperar al día de San Juan para apoderarse del gobierno.

Al principiar el tumulto, Pedro de Albizzi y Carlos Strozzi se escondieron, creyendo que, restablecida la tranquilidad, por tener muchos parientes y amigos, vivirían seguros en Florencia.

Quemada la casa de Lapo (como estos atropellos empiezan con dificultad, pero con facilidad se extienden), fueron saqueadas y quemadas otras muchas casas, ó por odio general ó por enemistad privada. Los autores de estos crímenes, para tener cómplices más ansiosos aún

hombres, y las más á un Consejo; lo que permite traducir *Balia*, consejo extraordinario, por el poder que se le daba. Este poder era temporal y para cosa determinada. Al principio se confiaba á diez, y acabó siendo un tribunal de policía y justicia criminal. Fue suprimido en 1788 por el gran duque Leopoldo, que lo sustituyó con un *presidente* encargado de estas funciones de policía judicial.

que ellos de apoderarse de lo ajeno, rompieron las puertas de la cárcel pública y saquearon después los monasterios de Agnoli y Santo Spirito, donde habían escondido sus efectos muchos ciudadanos.

No se hubiera librado de estos ladrones la Cámara del Tesoro público, de no defenderla el respeto á uno de los Señores que á caballo, y con gente armada, seguía tras ellos y que contrarrestaba como podía la rabia de aquella multitud.

Mitigado en parte este furor popular por la autoridad de los Señores y por haber llegado la noche, la *Balia* perdonó al día siguiente á los amonestados, con tal de que, durante tres años, no ejercieran cargos públicos; anuló las leyes que habían hecho los güelfos en perjuicio de los ciudadanos y declaró rebeldes á Lapo de Castiglionchio, á sus cómplices y á todos los que más odiaba la multitud. Después de estas determinaciones, fueron publicados los nuevos Señores, de quienes era Confaloniero Luis Guicciardini. Su proclamación hizo esperar que cesarian los tumultos, porque se les juzgaba hombres pacíficos y amantes de la tranquilidad pública.

XI. Á pesar de ello, ni se abrían las tiendas ni los ciudadanos abandonaban las armas, haciendo numerosas guardias en toda la ciudad, por lo cual los Señores no tomaron posesión de sus cargos fuera del Palacio, y con la pompa acostumbrada, sino dentro de él y sin ninguna ceremonia. Creyeron los Señores que lo más útil, al empezar á ejercer su autoridad, era pacificar la población, y para ello obligaron á dejar las armas, abrir las tiendas y á partir de Florencia á muchos de las tierras inmediatas que los ciudadanos habían llamado en su fa-

vor. Establecieron, además, puestos de guardia en muchos puntos de la ciudad; de suerte que, si los amonestados se hubieran conformado con su situación, la ciudad quedara tranquila. Pero no les satisfacía esperar tres años para aspirar al ejercicio de los cargos públicos y, á fin de contentarles, reuniéronse de nuevo las corporaciones de artes y oficios, y pidieron á los Señores que, por interés y bien de la tranquilidad pública, ordenaran que en ningún tiempo pudiera ser amonestado como gibelino ninguno de los Señores ó miembros del Consejo ó Capitanes de barrio ó Cónsules de cualquier arte ú oficio. Además demandaron que se pusieran en las bolsas para las elecciones nuevos nombres del partido güelfo, que mando los que se habían metido.

No sólo los Señores, sino todo el Consejo, aceptaron inmediatamente estas demandas, y así contuvieron los desórdenes que de nuevo empezaban.

Pero como á los hombres no basta recuperar lo suyo, sino que desean también lo ajeno y, además, vengarse, los que de las perturbaciones esperaban ganancia, decían á los artesanos que no estarían seguros hasta que muchos de sus enemigos fueran desterrados ó muertos. Presentiendo los Señores el objeto de estas excitaciones, llamaron á su presencia á los magistrados de las corporaciones de artes y oficios y á los síndicos de las mismas, á quienes habló el confaloniero Luis Guicciardini en los siguientes términos:

«Si estos Señores, y yo con ellos, no supiéramos de ha largo tiempo que por desgracia de nuestra ciudad, cuando termina las guerras exteriores empieza las interiores, tantos desórdenes nos causarían sorpresa y pesadumbre. Como los males consuetudinarios causan menos

impresión, sufrimos con paciencia los pasados trastornos, máxime habiendo empezado sin culpa nuestra y esperando que, como ha ocurrido otras veces, tendrían término, habiéndoos complacido en tantas y tan graves demandas. Pero al ver que en vez de aquietaros pretendéis causar nuevas ofensas á vuestros conciudadanos y pedir nuevas proscripciones, al par que vuestra osadía, crece nuestra indignación.

«Ciertamente si hubiéramos sospechado que al ejercer estos cargos, ó por combatir ó por satisfacer vuestros deseos sería nuestra ciudad destruída, con la fuga ó con el destierro esquiváramos tales honores; pero, creyendo tratar con hombres dotados de sentimientos humanitarios y amantes de su patria, aceptamos de buen grado los cargos, esperando vencer por completo, con nuestra moderación, la ambición vuestra. La experiencia nos demuestra ahora que cuanto más humildemente nos portamos, cuanto más os concedemos, más exageradas y soberbias son vuestras demandas.

«Si hablamos así, no es por ofenderos, sino para haceros reflexionar. Si otros os dicen lo que os agrada, nosotros queremos deciros lo que os es útil.

«Decidnos con franqueza qué es lo que honradamente deseáis de nosotros. Habéis querido que se suprimiera la autoridad de los Capitanes de barrio, y se ha suprimido; que se quemaran sus nombres puestos en las bolsas para las elecciones, y que se hicieran otras reformas, y lo hemos consentido; quisisteis que los amonestados volvieran á poder desempeñar los cargos, y se les ha permitido; á ruegos vuestros hemos perdonado á los que quemaron las casas y saquearon las iglesias y, por satisfaceros, han sido desterrados tantos honrados é ilus.

tres ciudadanos. Por contemplaciones á vosotros se han dictado nuevas leyes para refrenar á los nobles. ¿Hasta dónde llegarán vuestras demandas, ó por cuánto tiempo abusaréis de nuestra liberalidad? ¿No veis que soportamos con más paciencia la condición de vencidos que vosotros la de victoriosos? ¿A qué extremo conducirá á nuestra ciudad vuestra desunión? ¿No recordáis que cuando las divisiones prosperaban en nuestra patria, un vil ciudadano luqués, Castruccio, la venció? ¿Un Duque de Atenas, capitán á nuestro sueldo, la tiranizó? Pero en cambio, cuando estaba unida, no la pudo dominar un Arzobispo de Milán ni un Papa, quienes, después de tantos años de lucha, para vergüenza suya, tuvieron que terminar la guerra. ¿Por qué queréis vosotros que en la paz sea nuestra patria esclava por vuestras discordias, cuando en la guerra, con tantos poderosos enemigos, ha permanecido libre? ¿Acaso conseguiréis con vuestras divisiones otra cosa que la servidumbre, y de los bienes que habéis robado ó robaseis, otra cosa que la pobreza? Porque estos bienes son de los que con su industria alimentan toda Florencia y, si se los roban, no podrán mantenerla, mientras quienes los toman, como cosa mal adquirida, no los sabrán conservar, sobreviniendo, por consecuencia, el hambre y la miseria de la ciudad.

»Estos Señores y yo os ordenamos, y si la dignidad lo consiente, os rogamos que pongáis término á vuestros deseos y os contentéis con vivir tranquilos, aceptando las determinaciones que hemos ordenado; y cuando pretendáis alguna novedad, la demandáis pacífica y legalmente, no en tumulto y con las armas en la mano. Si vuestros deseos son razonables, seréis complacidos y no daréis ocasión á los malvados para que, con responsabi-

lidad y daño vuestro, y tomando vuestro nombre, arruinen la patria.»

Estas palabras, por ser verdaderas, conmovieron mucho los ánimos de aquellos ciudadanos, y con humildad agradecieron al Confaloniero haberse portado con ellos como buen Señor y con la ciudad como buen ciudadano, ofreciendo estar siempre dispuestos á obedecer cuanto les mandaran. Los Señores, á fin de darles ocasión de cumplir esta promesa, nombraron para cada uno de los primeros magistrados dos ciudadanos que, unidos á ellos y de acuerdo con los síndicos de las artes y oficios, investigaran las reformas que exigiera la tranquilidad pública y las propusieran á la Señoría.

XII. Mientras sucedían tales cosas, ocurrió otro desorden que, más que el anterior, perjudicó á la República. La mayoría de los robos é incendios ejecutados eran obra de la infame plebe de la ciudad. Los que en ella se habían mostrado más audaces temían que, restablecida la tranquilidad, fuesen castigados por sus delitos y, como sucede siempre, verse abandonados de quienes les instigaron á cometer el daño. Añadíase á esto el odio que el pueblo infimo tenía á los ciudadanos ricos y á los principales de las artes y oficios, por no recibir el salario que creían merecer su trabajo.

Quando en tiempo de Carlos I se dividió la ciudad en artes y oficios, dióse jefe y gobierno á cada una de ellas, y se determinó que los de cada una fuesen juzgados en los asuntos civiles por sus jefes respectivos.

Estas agrupaciones por artes y oficios fueron al principio, según dijimos, doce; aumentaron en número con el tiempo hasta veintiuna, y llegaron á ser tan poderosas que, á los pocos años, eran dueñas del gobierno de la

tres ciudadanos. Por contemplaciones á vosotros se han dictado nuevas leyes para refrenar á los nobles. ¿Hasta dónde llegarán vuestras demandas, ó por cuánto tiempo abusaréis de nuestra liberalidad? ¿No veis que soportamos con más paciencia la condición de vencidos que vosotros la de victoriosos? ¿A qué extremo conducirá á nuestra ciudad vuestra desunión? ¿No recordáis que cuando las divisiones prosperaban en nuestra patria, un vil ciudadano luqués, Castruccio, la venció? ¿Un Duque de Atenas, capitán á nuestro sueldo, la tiranizó? Pero en cambio, cuando estaba unida, no la pudo dominar un Arzobispo de Milán ni un Papa, quienes, después de tantos años de lucha, para vergüenza suya, tuvieron que terminar la guerra. ¿Por qué queréis vosotros que en la paz sea nuestra patria esclava por vuestras discordias, cuando en la guerra, con tantos poderosos enemigos, ha permanecido libre? ¿Acaso conseguiréis con vuestras divisiones otra cosa que la servidumbre, y de los bienes que habéis robado ó robaseis, otra cosa que la pobreza? Porque estos bienes son de los que con su industria alimentan toda Florencia y, si se los roban, no podrán mantenerla, mientras quienes los toman, como cosa mal adquirida, no los sabrán conservar, sobreviniendo, por consecuencia, el hambre y la miseria de la ciudad.

»Estos Señores y yo os ordenamos, y si la dignidad lo consiente, os rogamos que pongáis término á vuestros deseos y os contentéis con vivir tranquilos, aceptando las determinaciones que hemos ordenado; y cuando pretendáis alguna novedad, la demandáis pacífica y legalmente, no en tumulto y con las armas en la mano. Si vuestros deseos son razonables, seréis complacidos y no daréis ocasión á los malvados para que, con responsabi-

lidad y daño vuestro, y tomando vuestro nombre, arruinen la patria.»

Estas palabras, por ser verdaderas, conmovieron mucho los ánimos de aquellos ciudadanos, y con humildad agradecieron al Confaloniero haberse portado con ellos como buen Señor y con la ciudad como buen ciudadano, ofreciendo estar siempre dispuestos á obedecer cuanto les mandaran. Los Señores, á fin de darles ocasión de cumplir esta promesa, nombraron para cada uno de los primeros magistrados dos ciudadanos que, unidos á ellos y de acuerdo con los síndicos de las artes y oficios, investigaran las reformas que exigiera la tranquilidad pública y las propusieran á la Señoría.

XII. Mientras sucedían tales cosas, ocurrió otro desorden que, más que el anterior, perjudicó á la República. La mayoría de los robos é incendios ejecutados eran obra de la infame plebe de la ciudad. Los que en ella se habían mostrado más audaces temían que, restablecida la tranquilidad, fuesen castigados por sus delitos y, como sucede siempre, verse abandonados de quienes les instigaron á cometer el daño. Añadíase á esto el odio que el pueblo infimo tenía á los ciudadanos ricos y á los principales de las artes y oficios, por no recibir el salario que creían merecer su trabajo.

Quando en tiempo de Carlos I se dividió la ciudad en artes y oficios, dióse jefe y gobierno á cada una de ellas, y se determinó que los de cada una fuesen juzgados en los asuntos civiles por sus jefes respectivos.

Estas agrupaciones por artes y oficios fueron al principio, según dijimos, doce; aumentaron en número con el tiempo hasta veintiuna, y llegaron á ser tan poderosas que, á los pocos años, eran dueñas del gobierno de la

ciudad. Como entre las artes y oficios las había más y menos estimadas, dividiéronse en mayores y menores.

De esta división, y de las demás razones expuestas, nació la arrogancia de los Capitanes de barrio; porque á los ciudadanos que antiguamente eran güelfos, bajo cuyo mando se distribuían entre ellos el citado cargo, favorecían los de las artes mayores, persiguiendo á los de las menores y á sus defensores, y ocasionando los tumultos y desórdenes que hemos referido.

Al clasificar las artes, no formaron corporación algunos oficios á que se dedican el pueblo bajo y la plebe más pobre, siendo incorporados á las artes y oficios con quienes tenían más relación. De aquí nació que, cuando no les pagaban lo que querían, ó de algún modo eran maltratados por los maestros, veíanse obligados á acudir á los magistrados del oficio á que estaban incorporados y no les parecían las decisiones de éstos arregladas á justicia. De todas las artes, la que tenía y tiene mayor número de estos incorporados era, y es, la de la lana, que, por ser poderosísima, y la primera de todas en autoridad, con su industria alimentaba, y alimenta, la mayor parte de la plebe y del bajo pueblo.

XIII. Por los referidos motivos reinaba grande indignación entre los plebeyos, tanto entre los incorporados al arte de la lana, como á las demás artes. Añádase á esta indignación el miedo al castigo por los robos é incendios que habían cometido, y celebraban muchas reuniones de noche, discurriendo en ellas sobre los sucesos pasados y mostrando unos á otros los peligros que les amenazaban.

Uno de los más atrevidos y de mayor experiencia, para enardecer á los demás, les habló de esta manera:

«Si tuviéramos que deliberar ahora sobre la conveniencia de empuñar las armas, robar y quemar las casas de los ciudadanos y saquear las iglesias, sería uno de los que creyeran que el asunto merecía pensarse, y acaso juzgara preferible una pobreza en paz á una ganancia peligrosa; pero teniendo las armas en las manos y realizados muchos daños, párceme que conviene tratar de lo necesario para no dejar aquéllas y para ponernos en seguridad contra toda persecución por los males cometidos. Creo ciertamente que aun cuando esto no lo digan otros, lo dice la necesidad. Veis toda la ciudad llena de quejas y odios contra nosotros; los ciudadanos se organizan; la Señoría está siempre de acuerdo con los magistrados: creed que traman algo contra nosotros, y que amenazan nuestras cabezas nuevos peligros.

»Debemos, por tanto, procurar dos cosas, y que nuestras deliberaciones tengan dos fines: uno, el de no ser castigados por lo que en los últimos días hemos hecho; otro, el vivir en adelante con más libertad y más á satisfacción nuestra que en lo pasado. Conviene, por tanto, en mi opinión, para que nos perdonen los antiguos errores, cometer otros nuevos, redoblando los males, multiplicando los robos é incendios y procurando tener muchos cómplices, porque cuando el error es de muchos, ninguno es castigado. Los delitos pequeños se penan, los grandes y graves se premian, y cuando son muchos los agraviados, pocos buscan la venganza, porque las ofensas generales con más paciencia las sufren los particulares.

»Prodigando, pues, los daños, será más fácil que nos los perdonen, abriendo camino á fin de obtener algo de lo que para nuestra libertad deseamos. Vamos á obtener

conquista segura, porque los que pudieran impedirnosla son ricos y están divididos; su desunión nos dará la victoria, y sus riquezas, cuando sean nuestras, la consolidarán.

»No os asuste la antigüedad de origen de que hacen alarde, porque todos los hombres, teniendo el mismo principio, son igualmente antiguos, y de igual modo los hizo á todos la Naturaleza. Desnudadles, y veréis que todos somos semejantes; vistámonos con sus trajes, y poned á ellos los nuestros, y pareceremos nosotros nobles y ellos plebeyos; porque sólo la pobreza y la riqueza nos diferencian.

»Duéleme observar que á muchos de vosotros la conciencia les hace arrepentirse de lo pasado y les impide acometer nuevas empresas; y si esto es verdad, no sois los hombres con quienes yo contaba, porque ni la conciencia ni la infamia os debe arredrar, con tal de vencer de cualquier modo que sea; que á los vencedores nada avergüenza. De la conciencia no debemos hacer caso, porque cuando amenaza, como á nosotros, el temor del hambre y de la cárcel, nada importa el del infierno.

»Si observáis el modo de proceder de los hombres, veréis que cuantos llegaron á tener grandes riquezas ó gran poder, valiéronse para ello del fraude ó de la violencia, y lo que por la fuerza ó el engaño usurparon, para disfrazar la brutalidad de la conquista, con falsos títulos lo conservan. Los que por falta de prudencia ó sobra de necedad no emplean estos medios, se hunden para siempre en la servidumbre y la pobreza, porque los siervos fieles siempre son siervos, y los hombres buenos siempre son pobres. Sólo se sacude el yugo de la servidumbre con la perfidia y la audacia, y el de la pobreza

con la rapiña y el fraude. Dios y la Naturaleza han puesto todas las fortunas de los hombres junto á ellos, pero expuestas más bien á la rapiña que á la recompensa del trabajo, á las malas que á las buenas artes; de aquí que los hombres se devoren unos á otros, y saque siempre la peor parte quien menos puede.

»Se debe, pues, emplear la fuerza cuando la ocasión es propicia, y la fortuna no puede ofrecérsela mejor, estando aún desunidos los ciudadanos, incierta la Señoría, miedosos los magistrados; de suerte que, antes de que se unan y cobren ánimo, podemos fácilmente oprimirles, haciéndonos completamente dueños de la ciudad, ó teniendo en ella tanto poder, que no sólo nos sean perdonados los pasados errores, sino que podamos amenazarles con nuevas ofensas.

»Declaro que esta determinación es audaz y peligrosa; pero cuando la necesidad aprieta, la audacia se llama prudencia. En las grandes empresas los hombres valerosos no toman en cuenta los peligros, porque siempre sucede que lo que con peligro se comienza, acaba con premio, y jamás se sale de un peligro sino arrojando otro. Páreceme que cuando se ve preparar las cárceles, los tormentos y los cadalsos, más peligroso es esperarlos quietamente, que procurar librarse de ellos; porque en el primer caso los males son seguros, y en el segundo, dudosos.

»¡Cuántas veces os he oído quejar de la avaricia de vuestros superiores y de la injusticia de vuestros magistrados! Ocasión es ahora, no sólo de librarse de su yugo, sino de dominarles hasta el extremo de que sean ellos quienes tengan motivo para dolerse y temerosos, y no vosotros á ellos. La ocasión que ahora se nos ofrece es pa-

sajera, y si huye, en vano procuraremos que vuelva á presentarse. Estáis viendo los preparativos de vuestros adversarios. Prevengamos sus designios. Del primero que empuñe las armas será, sin duda, la victoria, con ruina del enemigo y exaltación propia. Para muchos de nosotros será la gloria, y para todos la seguridad.»

Estas persuasiones excitaron tanto la propensión al mal que ya existía en los plebeyos, que determinaron acudir á las armas cuando hubieran reunido mayor número de cómplices, jurando socorrerse mutuamente si alguno de ellos caía en poder de los magistrados.

XIV. Mientras se disponían á hacerse dueños de la República, llegó la conspiración á noticia de los Señores, que mandaron prender á un tal Simón de la Piazza, por el cual supieron toda la conjura, y que al día siguiente iban á promover el tumulto.

En atención á lo inminente del peligro, reunieron los Colegios y á los ciudadanos, que juntos con los sindicos de las artes y oficios, trataban de los medios de restablecer la unión en Florencia. Era ya de noche antes de que empezara la asamblea. Ésta aconsejó á los Señores que llamara á los Cónsules de las artes y oficios, quienes unánimemente opinaron que fuesen llamadas á la ciudad todas las tropas florentinas, y á la mañana siguiente el Confaloniero del pueblo estuviera con su compañía armada en la plaza.

Mientras se daba tormento á Simón y se reunían los ciudadanos, un tal Nicolás de San Friano, que estaba trabajando en el reloj del Palacio, advirtió lo que ocurría, volvió á su casa, y promovió la alarma entre sus vecinos, de modo que rápidamente se reunieron en la plaza del Espíritu Santo más de mil hombres armados. Llegó la

noticia á los otros conjurados, y San Pedro el Mayor y San Lorenzo, sitios de antemano designados para reunirse, llenáronse de hombres armados.

Á la mañana siguiente, que era el día 21 de Julio, no estaban en la plaza de la Señoría más de ochenta hombres de armas en favor de los Señores, sin que acudiera ninguno de los del Confaloniero porque, viendo á toda la ciudad armada, temían salir de sus casas.

Los primeros de la plebe que llegaron á la plaza fueron los reunidos en San Pedro el Mayor, y al presentarse en ella no se movieron los hombres de armas. Uniéronse pronto á aquéllos la otra multitud, y no encontrando resistencia, pedían con espantosa gritaría los prisioneros á la Señoría. No siendo eficaces las amenazas, acudieron á la fuerza, y quemaron la casa de Luis Guicciardini. Los Señores, por temor de mayores excesos, se los entregaron. Cuando los recuperaron, quitaron el estandarte de la justicia al Ejecutor, y marchando tras de esta bandera, incendiaron las casas de muchos ciudadanos, persiguiendo á los que por motivos públicos ó privados eran odiados. Muchos ciudadanos, por satisfacer venganzas privadas, los llevaron á las casas de sus enemigos, porque bastaba que una voz gritara en medio de la multitud *á casa de tal ó cual*, para que el que llevaba la bandera se dirigiese á ella. Todos los registros del arte de la lana fueron quemados.

Después de hacer grandes daños, por acompañarlos con alguna obra laudable, dieron títulos de caballero á Silvestre de Médicis y á otros muchos ciudadanos, hasta el número de sesenta y cuatro, entre ellos Benedicto y Antonio de Alberti, Tomás Strozzi y otros de los suyos, aunque á muchos los nombraron por fuerza.

Lo más notable en estos sucesos fué que algunos á quienes acababan de quemar la casa, fueron en el mismo día y por las mismas personas (tan inmediato estaba el beneficio á la ofensa) hechos caballeros. Así sucedió al Confaloniero de justicia, Luis Guicciardini.

Viéndose los Señores, en medio de tantos desórdenes, abandonados por la gente de armas y por los jefes de las artes y oficios y sus confaloneros, estaban asustados, porque ninguno había cumplido las órdenes de socorrerles, y de diez y seis confalones solamente acudieron las banderas del *León de Oro* y de la *Comadreja*, al mando de Giovenco de la Stufa y de Juan de Cambi, estando poco tiempo en la plaza porque, al observar que nadie les seguía, se marcharon.

Los ciudadanos, por su parte, ante el furor de aquella ciega multitud y el abandono del Palacio, estaban encerrados unos en sus casas y seguían otros á las turbas armadas, mezclándose con ellas para poder defender mejor sus bienes y los de sus amigos. Así crecía el poder de los amotinados y disminuía el de los Señores.

Duró el desorden todo el día y, al llegar la noche, se reunieron en el palacio de maese Stefano, detrás de la iglesia de San Bernabé. Pasaba su número de seis mil, y antes de amanecer pidieron con amenazas á las corporaciones de artes y oficios que les enviaran sus banderas. Á la mañana siguiente, con el estandarte de la Justicia y las banderas de las artes y oficios, fueron al palacio del Podestá; negóse éste á entregarlo y lo atacaron y tomaron á viva fuerza.

XV. Queriendo los Señores intentar convenio con aquellos que por fuerza no podían sujetar, llamaron cuatro miembros de sus colegios y los enviaron al palacio

del Podestá para saber lo que deseaban los amotinados. Allí encontraron que los jefes de la plebe, con los síndicos de las artes y oficios y algunos ciudadanos, habían determinado ya lo que querían pedir á la Señoría. Volvieron, pues, al Palacio de ésta acompañados de cuatro comisarios de la plebe y con la siguiente petición: Que el arte de la lana no pudiera tener juez extraño á ella; que se hicieran tres nuevas corporaciones de artes y oficios; una de cardadores y tintoreros; otra de barberos, los que hacían jubones, los sastres y otros oficios mecánicos semejantes; la tercera para el pueblo bajo; que de estas tres artes nuevas siempre hubiera dos Señores, y de las catorce artes menores, tres; que la Señoría diera casa donde pudieran reunirse estas tres artes; que ninguno de los pertenecientes á dichas tres corporaciones pudiera ser obligado hasta dentro de dos años á pagar deudas inferiores á cincuenta ducados; que el Monte de Piedad no exigiera intereses, sino los capitales; que los desterrados y condenados fueran absueltos, y que se restituyera á todos los amonestados el derecho á desempeñar cargos públicos.

Muchas otras cosas demandaron en beneficio de los autores del motín, y además quisieron que no pocos de sus enemigos fueran desterrados y amonestados. Tales demandas, aunque graves y deshonorosas para la República, fueron aceptadas inmediatamente por los Señores, los Colegios y el Consejo del pueblo, temerosos de mayores males. Era necesario, para que estas concesiones fueran efectivas, que las aprobara el Consejo de la comunidad, cuya reunión hubo que diferir hasta el día siguiente, porque no podían reunirse dos consejos en un mismo día. Los artesanos y el pueblo bajo parecieron,

sin embargo, satisfechos por lo pronto, y prometieron que cesarían los alborotos, una vez cumplidos todos los requisitos para hacer dicha ley.

A la mañana siguiente, mientras deliberaba el Consejo de la comunidad, llegó á la plaza con las banderas de costumbre la multitud impaciente y versátil, con tan espantosa gritería, que todo el Consejo y los Señores se asustaron. Uno de éstos, Guerriante Marignolli, impulsado por el miedo y no por otro motivo, bajó con pretexto de guardar la puerta de abajo y se fué á su casa. No pudo, al salir, ocultarse de tal modo que dejaran de reconocerle las turbas, pero éstas no le hicieron ofensa alguna, aunque, al verle, empezaron á gritar, pidiendo que todos los Señores abandonaran el Palacio, ó de lo contrario matarían á sus hijos y quemarían sus casas.

Entretanto, la ley había sido aceptada, retirándose los Señores á sus despachos. Los miembros del Consejo bajaron y, sin salir á la plaza, permanecían en el patio y las galerías, desesperados de la salud de Florencia, ante tanta procacidad en la multitud y tanta perversidad ó tanto miedo en quienes hubieran podido contenerla ó reprimirla. Los Señores estaban llenos de confusión y dudosos de la salvación de la patria al verse abandonados de uno de ellos y sin recibir de ningún ciudadano ni ayuda ni consejo. Mientras no sabían qué resolver, Tomás Strozzi y Benedieto Alberti, ó por ambición de ser dueños del Palacio ó por creer que era la mejor determinación, les aconsejaron ceder á aquel impetu popular y retirarse á sus casas como particulares. Este consejo, dado por los jefes de la sedición, pareció bien á los Señores, menos á Alamanno Acciaiuoli y á Nicolás del Bene, á quienes la indignación hizo recobrar vigor, y dijeron

que si los demás querían partir, no podrían impedirlo, pero que, mientras las circunstancias lo permitieran, estaban resueltos á no perder su autoridad sino con la vida.

Esta diferencia de opiniones redobló el temor en los Señores y la indignación en el pueblo, tanto que el Confaloniero, prefiriendo la vergüenza al peligro, al dar por terminada su magistratura, se puso bajo el amparo de Tomás Strozzi, quien le sacó del Palacio y le condujo á su casa. De igual suerte, unos después de otros, se fueron los demás Señores, y Alamanno y Nicolás, que quedaron solos, porque no se les tachara más de temerarios que de prudentes, también se fueron, quedando el Palacio á disposición de la plebe y de los Ocho de la guerra, cuyos poderes aun estaban en vigor.

XVI. Al entrar la plebe en el Palacio, llevaba el estandarte de la justicia un tal Miguel de Lando, cardador de lana. Descalzo y mal vestido, subió con la turba detrás hasta la sala de audiencia de los Señores, donde se detuvo, y volviéndose hacia la multitud, le dijo: «Ya lo veis; este Palacio es nuestro, y esta ciudad está en nuestro poder. ¿Qué queréis hacer ahora?»

Todos respondieron que querían que fuese Confaloniero y Señor, y que gobernase á ellos y la ciudad como le pareciera conveniente.

Aceptó Miguel la Señoría y, como era hombre sagaz y prudente, más obligado á la naturaleza que á la fortuna, determinó tranquilizar la ciudad, poniendo término á los desórdenes. Para dar ocupación al pueblo y ganar tiempo á fin de tomar las medidas necesarias, ordenó que buscaran á un tal Nuto, que Lapo de Castiglionchio había designado para preboste. La mayoría de los que le rodeaban fué en seguida á cumplir la orden.

Comenzó con un acto de justicia el ejercicio de la autoridad que debía al favor, prohibiendo públicamente los robos y los incendios y, para espantar á los delincuentes, hizo elevar una horca en la plaza.

Empezó la reforma del gobierno destituyendo á los síndicos de las artes y oficios y nombrando otros. Privó de su autoridad á los Señores y al Colegio, y quemó las bolsas donde estaban los nombres de los elegibles para los cargos públicos.

Entretanto, las turbas trajeron á Nuto á la plaza y lo colgaron por un pie en la horca. Los que estaban cerca arrancaron cada cual un pedazo de carne al colgado, y al poco tiempo sólo quedaba el pie.

Los Ocho de la guerra por su parte, creyeron que, por la ausencia de los Señores, tocaba á ellos ejercer la autoridad suprema y habían designado ya los nuevos Señores; pero presintiéndolo Miguel, mandó decirles que inmediatamente salieran del Palacio, porque quería demostrar á todo el mundo que, sin su consejo, sabía gobernar á Florencia. Reunió después á los síndicos de las artes y oficios y organizó la Señoría, eligiendo cuatro Señores para representar al pueblo bajo, dos de las artes mayores y otros dos de las menores. Además hizo nuevo escrutinio, y dividió el Estado en tres partes, poniendo en una las nuevas corporaciones de oficios, en otra las artes menores, y en la tercera las mayores. Dió á Silvestre de Médicis la renta de las tiendas del Puente Viejo, reservó para sí el podestato de Émpoli y distribuyó beneficios á muchos otros ciudadanos amigos de la plebe, no tanto por recompensar sus servicios, como porque en todo tiempo le defendieran contra los ataques de la envidia.

XVII. Creía la plebe que, al reformar Miguel el go-

bierno, había favorecido demasiado á los ciudadanos influyentes, y que no tenía ella la participación necesaria en el gobierno para mantener su autoridad y defenderse de sus adversarios. Por ello, con la acostumbrada audacia, tomó las armas, siguió tumultuosamente sus banderas, invadió la plaza de la Señoría y pidió que se reunieran los Señores para acordar nuevas medidas tocantes á su seguridad y provecho. En vista de la arrogancia de la plebe, Miguel, que no quería aumentar el enojo de los amotinados, sin escuchar sus peticiones, censuraba la forma en que eran presentadas, aconsejando que dejaran las armas y se les concedería lo que, por su propia dignidad, no podía conceder la Señoría cediendo á la fuerza.

Irritados los sediciosos por este consejo contra los que estaban en Palacio, dirigióse á Santa María Nueva y allí eligieron entre ellos ocho jefes y nombraron otros funcionarios de orden inferior para aumentar la consideración y respeto de aquéllos; de suerte que había en Florencia entonces dos autoridades supremas y dos gobiernos distintos. Decidieron estos ocho jefes que en el Palacio y con los Señores habitarían ocho elegidos en la corporación de sus oficios, sometiendo á su aprobación cuanto decidieran los Señores. Quitaron á Silvestre de Médicis y á Miguel de Lando la autoridad y facultades que anteriormente les habían concedido y dieron á muchos de los suyos cargos y sueldos para mantener dignamente su nueva posición social.

Para dar fuerza y validez á estos acuerdos, enviaron dos de ellos á la Señoría, con la misión de que los confirmara el Consejo, y dispuestos estaban á obtenerlo por fuerza si de buena voluntad no lo conseguían. Dieron éstos

cuenta á los Señores de su encargo con grande audacia y mayor presunción, echando en cara al Confaloniero la ingratitud y falta de consideración que había tenido con aquellos á quienes debía el cargo y los honores. Terminaron las censuras con amenazas; y no pudiendo sufrir Miguel tanta arrogancia, recordando, más que lo infimo de su condición, el cargo que desempeñaba, juzgó oportuno castigar por modo extraordinario tan extraordinaria insolencia, y poniendo mano en el arma que llevaba, les hirió gravemente primero, y después les hizo atar y encerrar.

Sabido este suceso, creció la ira de los sublevados, y creyendo que, armados, conseguirían lo que desarmados no habían logrado, furiosa y desordenadamente tomaron las armas y se dirigieron contra los Señores. Por su parte Miguel, sospechando lo que harían, determinó impedirlo, persuadido de que era más glorioso para él atacar á los sediciosos que esperar al enemigo encerrado en el Palacio y verse obligado, como sus antecesores, á huir vergonzosamente. Reunió, pues, gran número de ciudadanos, que empezaban ya á comprender su error, montó á caballo y, seguido de mucha gente armada, fué á Santa María la Nueva para batir á los sediciosos.

La plebe que, según antes decimos, tomó igual determinación, casi al mismo tiempo que emprendía la marcha Miguel, partió con dirección á la plaza; pero yendo unos y otros por distinto camino, no se hallaron. Retrocedió Miguel, y encontró á los sediciosos ocupando la plaza y atacando el Palacio. Acometióles y les venció, obligando á unos á salir de la ciudad y á los otros á arrojar las armas y esconderse. Quedó, pues, restablecida la tranquilidad sólo por el valor del Confaloniero, que en el arrojó,

la prudencia y la bondad superó en aquel tiempo á todos los ciudadanos, mereciendo que se le cite entre los pocos que han hecho bien á su patria, porque de abrigar miras perversas ó ambiciosas, la República hubiera perdido por completo su libertad, sufriendo mayor tiranía que la del Duque de Atenas. Pero su bondad alejó de él todo propósito contrario al bien público, y su prudencia le hizo conducir las cosas de suerte que adquirió la confianza de los suyos y pudo domar con las armas á los contrarios. Todo esto asustó á la plebe ó hizo pensar á los buenos artesanos cuán ignominioso era para los que habían domado la soberbia de los nobles, sufrir la hediondez del populacho.

XVIII. Cuando Miguel obtuvo la victoria contra la plebe, estaba ya organizada la nueva Señoría, formando parte de ella dos de tan vil é infame condición, que todos desearon librarse de ellos. Llena de gente armada estaba la plaza el 1.º de Septiembre, día en que tomaban posesión de sus cargos los nuevos Señores y magistrados, y cuando salieron del Palacio los Señores que cesaban, empezó á gritar la multitud que no quería hubiese Señor alguno salido de la plebe. La Señoría, para satisfacer esta pretensión, privó del cargo á los dos antes citados, uno llamado Tira y el otro Baroccio, eligiendo en sustitución de ellos á Jorge Scali y Francisco de Miguel.

Anularon igualmente las corporaciones de artes y oficios del pueblo bajo, y privaron de sus cargos á los que dependían de ellas, excepto á Miguel de Lando, Lorenzo de Puccio y algunos otros de honrada condición. Dividieron por igual los cargos entre las artes y oficios mayores y menores, menos los de Señores, que deberían ser cinco elegidos por las menores y cuatro por las mayores,

correspondiendo alternativamente el cargo de Confaloniero á unas y otras.

Este ordenamiento restableció por entonces la tranquilidad, y aunque la República había sido arrancada de manos de la plebe, quedaron más poderosos los artesanos y obreros que los ciudadanos de la burguesía, quienes tuvieron que ceder á aquellos y contentarles para evitar que apoyaran á la plebe. Favorecían también el arreglo hecho cuantos deseaban que continuasen sometidos los que con el nombre de partido güelfo habían ofendido con violencia á tantos ciudadanos.

Entre otros partidarios de este arreglo de las cosas públicas estaban Jorge Scali, Benedicto Alberti, Silvestre de Médicis y Tomás Strozzi, que llegaron á ser los dueños de la ciudad; pero la nueva forma de gobierno aumentó la rivalidad entre las artes mayores y menores, que había empezado por la división de los Ricci y Albizzi, rivalidad que más adelante produjo gravísimos sucesos, y de la cual haremos mención muchas veces, llamando á uno de los partidos popular, y al otro plebeyo.

Duró este estado de cosas tres años, siendo numerosas las muertes y expatriaciones, porque los que gobernaban, por ser muchos los descontentos dentro y fuera de la ciudad, vivían en continua alarma, creyendo que los disgustados de dentro ó intentaban ó estaban resueltos á intentar toda clase de novedades, y los de fuera, sin temor á ser refrenados, ora valiéndose de un príncipe, ora de una república, por uno ú otro sitio promovían perturbaciones.

XIX. Encontrábase entonces en Bolonia Giannozzo de Salerno, capitán de Carlos de Durazzo, descendiente

de los reyes de Nápoles, quien, proyectando invadir el reino y realizar la empresa contra la reina Juana, tenía á dicho capitán en aquella ciudad, por los favores que el papa Urbano, enemigo de la Reina, le había hecho (1279). También estaban en Bolonia muchos desterrados florentinos que, con Gianozzo y Carlos, tramaban continuas intrigas; todo lo cual producía grandísima inquietud á los gobernadores de Florencia, quienes daban fácilmente crédito á las calumnias contra los ciudadanos sospechosos. En este estado de los ánimos denunciaron al magistrado que Gianozzo debía presentarse con los expatriados delante de Florencia y muchos de dentro tomar las armas para entregarle la ciudad. No pocos fueron los acusados en esta delación, principalmente Pedro de Albizzi y Carlos Strozzi, y después de ellos Cipriano Mangioni, Jacobo Sacchetti, Donato Barbadori, Felipe Strozzi y Juan Anselmi, todos los cuales, á excepción de Carlos Strozzi, que huyó, fueron presos. Para que nadie se atreviera á tomar las armas en favor de éstos, los Señores encargaron á Tomás Strozzi y á Benedicto Alberti, con bastante gente armada, la guarda de la ciudad.

Los ciudadanos presos fueron interrogados; pero ni por las acusaciones ni por los careos resultaban culpados.

No quería el Capitán condenarles sin motivo, pero sus enemigos sublevaron al pueblo con tanto furor contra ellos, que hubo necesidad de sentenciarles á muerte.

No valió á Pedro de Albizzi la grandeza de su casa, ni su antigua fama, por haber sido más tiempo que ningún otro ciudadano respetado y temido. Cierta día que daba un convite á muchos ciudadanos, alguno ó para

aconsejarle, como amigo, la modestia en medio de su grandeza, ó para amenazarle, como enemigo, con la inconstancia de la fortuna, le envió una fuente de plata llena de confites, y oculto bajo éstos, un clavo que, descubierto y visto por todos los convidados, interpretaron la cosa como advertencia para que fijara la rueda de la fortuna porque, habiéndole puesto en la mayor altura, necesariamente si seguía rodando, le conduciría al abismo. Justificaron esta interpretación primero su ruina, y después su muerte (1380).

Después de esta ejecución quedó la ciudad perturbadísima, porque vencedores y vencidos estaban temerosos. Este miedo, sobre todo en los gobernantes, producía los más desastrosos resultados, pues por el más pequeño accidente condenaban á muerte, ó amonestaban ó desterraban á sus adversarios; á lo cual se añadian nuevas leyes y ordenanzas para la seguridad del Estado, hechas casi siempre en daño de los sospechosos al partido dominante. Por una de estas disposiciones nombraron cuarenta y seis ciudadanos que, en unión con los Señores, purgaran la republica de sospechosos. Amonestaron éstos á treinta y nueve florentinos, é hicieron á muchos del pueblo nobles, y á muchos nobles plebeyos.

Para contrarrestar las fuerzas exteriores, tomaron á sueldo al inglés Juan de Agut, reputadísimo capitán, que, al servicio del Papa ó de otros soberanos, militaba hacia tiempo en Italia.

Los temores de peligros exteriores los originaba el saberse que se organizaban varias compañías de gentes de armas de Carlos de Durazzo para la empresa contra el reino de Nápoles, siendo fama que se alistaban en ellas muchos desterrados florentinos. Contra este peligro

se proveyó, no sólo con la fuerza armada, sino con bastante dinero, porque al llegar Carlos de Durazzo dieronle los florentinos 40.000 ducados á condición de que no les molestase, y éste realizó felizmente su empresa, ocupando el reino de Nápoles y enviando presa á Hungría á la reina Juana.

Esta victoria produjo nuevos recelos en los que á Florencia gobernaban, porque no podían creer que en el ánimo del Rey influyera más el dinero dado que su antigua amistad con los güelfos, á quienes oprimían por modo tan ultrajante.

XX. A medida que crecían los temores multiplicábase las ofensas que, lejos de apagar los recelos, les daban mayor fuerza, siendo general el descontento. Lo aumentaba la insolencia de Jorge Scali y de Tomás Strozzi, cuya autoridad era superior á la de los magistrados, pues cada cual temía ser atropellado por ellos, contando, como contaban, con el apoyo de la plebe; de modo que, no sólo á los buenos ciudadanos, sino también á los sediciosos parecía aquel gobierno tiránico y violento.

Como la insolencia de maese Jorge había de acabar alguna vez, ocurrió que uno de sus domésticos acusó á Juan de Cambio de conspiración contra el Estado; el Capitán le encontró inocente (1381) hasta el punto de que el juez quería castigar al acusador con la misma pena que hubiera impuesto al reo si fuera culpado, y no pudiendo maese Jorge salvarle ni con súplicas ni con su influencia, fueron él y Tomás Strozzi con multitud de gente armada, y á la fuerza le pusieron en libertad, saquearon el palacio del Capitán y obligaron á éste á esconderse para salvar la vida.

aconsejarle, como amigo, la modestia en medio de su grandeza, ó para amenazarle, como enemigo, con la inconstancia de la fortuna, le envió una fuente de plata llena de confites, y oculto bajo éstos, un clavo que, descubierto y visto por todos los convidados, interpretaron la cosa como advertencia para que fijara la rueda de la fortuna porque, habiéndole puesto en la mayor altura, necesariamente si seguía rodando, le conduciría al abismo. Justificaron esta interpretación primero su ruina, y después su muerte (1380).

Después de esta ejecución quedó la ciudad perturbadísima, porque vencedores y vencidos estaban temerosos. Este miedo, sobre todo en los gobernantes, producía los más desastrosos resultados, pues por el más pequeño accidente condenaban á muerte, ó amonestaban ó desterraban á sus adversarios; á lo cual se añadian nuevas leyes y ordenanzas para la seguridad del Estado, hechas casi siempre en daño de los sospechosos al partido dominante. Por una de estas disposiciones nombraron cuarenta y seis ciudadanos que, en unión con los Señores, purgaran la republica de sospechosos. Amonestaron éstos á treinta y nueve florentinos, é hicieron á muchos del pueblo nobles, y á muchos nobles plebeyos.

Para contrarrestar las fuerzas exteriores, tomaron á sueldo al inglés Juan de Agut, reputadísimo capitán, que, al servicio del Papa ó de otros soberanos, militaba hacia tiempo en Italia.

Los temores de peligros exteriores los originaba el saberse que se organizaban varias compañías de gentes de armas de Carlos de Durazzo para la empresa contra el reino de Nápoles, siendo fama que se alistaban en ellas muchos desterrados florentinos. Contra este peligro

se proveyó, no sólo con la fuerza armada, sino con bastante dinero, porque al llegar Carlos de Durazzo dieronle los florentinos 40.000 ducados á condición de que no les molestase, y éste realizó felizmente su empresa, ocupando el reino de Nápoles y enviando presa á Hungría á la reina Juana.

Esta victoria produjo nuevos recelos en los que á Florencia gobernaban, porque no podían creer que en el ánimo del Rey influyera más el dinero dado que su antigua amistad con los güelfos, á quienes oprimían por modo tan ultrajante.

XX. A medida que crecían los temores multiplicábase las ofensas que, lejos de apagar los recelos, les daban mayor fuerza, siendo general el descontento. Lo aumentaba la insolencia de Jorge Scali y de Tomás Strozzi, cuya autoridad era superior á la de los magistrados, pues cada cual temía ser atropellado por ellos, contando, como contaban, con el apoyo de la plebe; de modo que, no sólo á los buenos ciudadanos, sino también á los sediciosos parecía aquel gobierno tiránico y violento.

Como la insolencia de maese Jorge había de acabar alguna vez, ocurrió que uno de sus domésticos acusó á Juan de Cambio de conspiración contra el Estado; el Capitán le encontró inocente (1381) hasta el punto de que el juez quería castigar al acusador con la misma pena que hubiera impuesto al reo si fuera culpado, y no pudiendo maese Jorge salvarle ni con súplicas ni con su influencia, fueron él y Tomás Strozzi con multitud de gente armada, y á la fuerza le pusieron en libertad, saquearon el palacio del Capitán y obligaron á éste á esconderse para salvar la vida.

El atropello produjo tanta indignación en la ciudad contra Scali, que sus enemigos creyeron el momento oportuno para acabar con él y librar á Florencia, no sólo de sus manos, sino también de las de la plebe que, desde hacía tres años, por su osadía, tenía la ciudad sojuzgada. Contribuyó al buen éxito de este proyecto la determinación del Capitán que, acabado el tumulto, presentóse á los Señores y les dijo que aceptó de buen grado el cargo para el cual la Señoría le había elegido, porque creía servir á hombres justos, capaces de tomar las armas para favorecer, no para impedir la justicia; pero después de ver y probar el gobierno de la ciudad y su modo de vivir, aquella dignidad que con satisfacción tomó por conquistar honra y provecho, con igual satisfacción la devolvía por evitar daños y peligros.

Los Señores reanimaron al Capitán prometiéndole indemnización de los perjuicios y seguridad para lo porvenir. Varios de ellos conferenciaron con algunos ciudadanos de los que juzgaban más amantes del bien público y menos sospechosos al gobierno, conviniendo en que la ocasión era oportuna para librar á la ciudad del poder de maese Jorge y de la plebe, puesto que el último atropello les había enajenado la opinión pública, y determinaron aprovecharla inmediatamente, antes de que la indignación se calmara, porque sabían que por cualquier accidente, por pequeño que sea, se pierde ó se gana el favor popular. Creyeron que para realizar el proyecto necesitaban atraer á su causa á Benedicto Alberti, porque, sin su ayuda, estimaban la empresa peligrosa.

Era maese Benedicto hombre riquísimo, humano, severo, amante de la libertad de su patria y á quien desagradaban mucho los procedimientos tiránicos, por lo

cual fué fácil conseguir que permaneciera tranquilo y consintiese la pérdida de Jorge. Por la insolencia y altanería de los güelfos y de la burguesía rica, fué enemigo de ellos y afecto á la plebe; pero en vista de que los jefes de ésta imitaban la conducta de aquéllos, se había separado de ellos há tiempo, no teniendo parte en las ofensas que, sin su consentimiento, hacían á muchos ciudadanos. Los mismos motivos, pues, que le hicieron partidario de la plebe, le alejaron de este partido.

Contando los Señores con maese Benedicto y con los jefes de las corporaciones de artes y oficios, y provistos de armas, fué preso Jorge Scali. Tomás huyó. Al día siguiente decapitaron á Jorge, con tanto terror de sus partidarios, que nadie se movió; al contrario, todos ayudaron á su ruina.

Por ello viéndose Scali llevar al cadalso ante aquel pueblo que poco tiempo atrás le adoraba, dolióse de su desdichada suerte y de la perversidad de los ciudadanos que le habían obligado á maltratar injustamente á algunos para favorecer y halagar á una muchedumbre sin fe ni gratitud; y al reconocer entre los hombres armados á Benedicto Alberti, le dijo: «¿Y tú, maese Benedicto, consientes que se me trate de modo que, de estar yo en tu caso, jamás permitiría te trataran? Pues te anuncio que este día es el último de mis males y principio de los tuyos.» Quejóse después de sí mismo por confiar demasiado en un pueblo que por cualquier acto, discurso ó sospecha se deja llevar y seducir y condoliéndose de esta suerte murió en medio de sus enemigos armados y satisfechos por su muerte. Fueron después muertos algunos de sus íntimos amigos, cuyos cadáveres arrastró el populacho.

XXI. La muerte de Scali conmovió toda la ciudad, porque para realizarla fueron muchos los ciudadanos que se armaron en apoyo de la Señoría y del Capitán del pueblo, y no pocos tomaron las armas por ambición ó por miedo. La diversidad de intereses y pasiones inspiraba á cada partido propósitos diferentes y, antes de dejar las armas, todos deseaban conseguirlos. Los antiguos nobles, llamados grandes, no podían sufrir verse privados de los cargos públicos, y procuraban por todos los medios recuperar este honor, deseando para ello que se devolviera la autoridad á los capitanes de barrio. Desagradaba á la burguesía rica y á las artes y oficios mayores que concurrieran á gobernar con ellos las artes y oficios menores y el pueblo bajo. Por su parte, las artes menores más querían aumentar que disminuir su influencia, y la plebe temía perder la independéncia de sus corporaciones de artes y oficios.

Esta disparidad de intereses produjo en Florencia durante un año muchos tumultos. Unas veces tomaban las armas los grandes, otras la clase media, otras los de las artes menores y el pueblo bajo con ellos, y en muchas ocasiones en diversos barrios de la ciudad todos á la vez estaban armados, manteniendo lucha entre sí y con los defensores del Palacio, porque la Señoría, ora cediendo, ora combatiendo, ponía como mejor le era posible remedio á tantos desórdenes. Por fin, después de dos parlamentos y más *Balias* ó Consejos extraordinarios, nombrados para reformar el gobierno; después de muchos daños, trabajos y peligros gravísimos, se organizó un gobierno que abrió las puertas de la patria á todos los desterrados desde que Silvestre de Médicis había sido Confalonero. Quitáronse las dignidades y sueldos á

cuantos los habían obtenido de la *Balia* de 1378, y fueron devueltos los honores al partido güelfo. Las dos corporaciones nuevas de artes y oficios quedaron disueltas y privadas de sus jefes, y los que las formaban incorporados á las antiguas. Fueron también privadas las artes menores del derecho de turnar en el nombramiento del Confalonero de justicia, siendo, además, reducido de la mitad á la tercera parte el número de cargos públicos que proveían, sin comprender en éstos ninguno de los de mayor importancia. De esta suerte el partido de la alta burguesía y de los güelfos recuperó la gobernación del Estado, perdiéndola la plebe, que la había ejercido desde 1378 hasta 1381 en que ocurrió esta novedad.

XXII. No fué este nuevo gobierno menos injusto con los ciudadanos ni menos opresor en sus comienzos que si lo hubiera ejercido la plebe, porque muchos de la alta burguesía, tachados de defensores de aquélla, juntos con gran número de jefes de la plebe, fueron proscritos, y entre ellos Miguel de Lando, á quien no salvó del furor del espíritu de partido tantos beneficios como se debieron á su autoridad, cuando las turbas licenciosas y desenfrenadas arruinaban la ciudad. A sus buenos servicios fué, por tanto, la patria desagradecida; falta que con frecuencia cometen los príncipes y las repúblicas, ocasionando que los hombres, precavidos por tales ejemplos, empiecen á atacarles antes de ser víctimas de su ingratitud.

Estas muertes y destierros desagradaron, como siempre que tal cosa sucedía, á Benedicto Alberti, y pública y privadamente las censuraba. Por ello empezaron á temerle los jefes del gobierno, considerándole uno de los principales amigos de la plebe y creyendo que, si consin-

tió en la muerte de Jorge Scali, no fué porque su conducta le desagradara, sino por quedar único dueño del gobierno. Sus palabras y su conducta aumentaban estas sospechas, por lo cual el partido dominante acechaba la ocasión de oprimirle.

Mientras en Florencia se vivía en estas condiciones, los sucesos exteriores no fueron muy graves, causando más miedo que daño. Por entonces vino á Italia Luis de Anjou, para devolver el reino de Nápoles á la reina Juana y echar de él á Carlos de Durazzo. La venida de Anjou asustó grandemente á los florentinos, porque Carlos, según costumbre de antiguos aliados, les pidió auxilio, y Luis, como quien busca nuevas amistades, les pedía que permanecieran neutrales. Los florentinos, para satisfacer á Luis de Anjou en la apariencia y ayudar á Carlos, apartaron de su servicio á Juan de Agut, haciendo que se pusiera al del papa Urbano, amigo de Carlos. Conoció Luis fácilmente el engaño, y lo tomó por grave ofensa de los florentinos.

Mientras Luis y Carlos peleaban en la Pulla, vinieron de Francia nuevas tropas en favor de Luis y, reunidas en Toscana, los proscritos aretinos las condujeron á Arezzo, expulsando de allí al partido que en nombre de Carlos gobernaba.

Intentaban hacer en Florencia el mismo cambio que habían hecho en Arezzo, cuando ocurrió la muerte de Luis, cambiando por este suceso el aspecto de las cosas en la Pulla y en Toscana, porque Carlos de Durazzo afirmó su poder en el reino que tenía ya casi perdido, y los florentinos, que dudaban poder defender á Florencia, adquirieron Arezzo, comprándolo á los que lo tenían á nombre de Luis de Anjou (1384).

Asegurado de la Pulla, dejó allí á su mujer con sus hijos Ladislao y Juana, ambos de corta edad, según oportunamente dijimos, y fué á Hungría, cuyo reino acababa de heredar, y del cual tomó posesión, muriendo al poco tiempo.

XXIII. Por el advenimiento de Carlos al trono de Hungría, celebráronse en Florencia fiestas más grandes y solemnes que las habidas en cualquier otra ciudad para celebrar victorias propias. Brilló la magnificencia pública y particular, porque muchas familias rivalizaron en los festejos con el Estado. Pero la que á todas superó en pompa y lujo fué la familia Alberti, porque las fiestas, justas y torneos hechos á su costa fueron más dignas de un príncipe que de un particular. Por ello aumentó la envidia contra los Alberti, la cual, unida á las sospechas que á los gobernantes inspiraba maese Benedicto, ocasionó su ruina. Los que estaban al frente de los negocios públicos le veían con recelo, por creer que en cualquier momento podía, con auxilio de la plebe, recobrar su autoridad y expulsarles de la ciudad.

Estos temores agitaban su espíritu, cuando ocurrió que, siendo maese Benedicto confaloniero de las compañías (1387), fué nombrado Confaloniero de justicia Felipe Magalotti, su yerno, aumentando con ello los recelos de los gobernantes, en cuya opinión maese Benedicto acumulaba demasiada fuerza con no poco peligro del Estado. Para evitar sin ruido este inconveniente, alentaron á Bese Magalotti, su colega y enemigo, para que manifestara á los Señores que Felipe, por no tener la edad exigida para desempeñar aquel cargo, ni podía ni debía obtenerlo.

Examinaron los Señores la reclamación, y, unos por

resentimiento y otros por evitar el escándalo, juzgaron á Felipe inhábil para ejercer el cargo, nombrando en su lugar á Bardo Mancini, completamente contrario á la facción plebeya y tan enemigo de maese Benedicto que, al tomar posesión, creó una *Balia*, la cual, al apoderarse y reformar la gobernación, desterró á Benedicto Alberti y amonestó á los demás miembros de su familia, excepto á maese Antonio.

Antes de partir reunió maese Benedicto á cuantos participaban de su infortunio y, viéndoles llorosos y entristecidos les dijo:

«Ya veis, parientes y deudos míos, cómo la fortuna me pierde y os amenaza; ni vosotros ni yo debemos maravillarnos, porque así sucede siempre á cuantos, viviendo entre muchos malos, quieren ser buenos y desean conservar lo que los más procuran destruir. El amor á mi patria me hizo amigo de Silvestre de Médicis y enemigo de Jorge Scali, y el mismo amor me obligaba á odiar la conducta de los que ahora la gobiernan. No hay quien castigue sus excesos ni tampoco quieren que haya quien los censure. Me satisface librarles con mi destierro de este temor que no sólo yo les inspiro, sino todos á los hombres honrados conocedores de sus malvados y tiránicos procedimientos, pues, al perseguirme, amenazan los demás. Poco me importa la pena impuesta, porque los honores que mi patria libre me ha concedido no me los puede quitar mi patria sierva, y siempre me consolará más la memoria de mi vida pasada, que me disgustarán las aflicciones del destierro. Dueleme dejar mi patria presa de unos cuantos, y sujeta á su soberbia y avaricia; dueleme por vosotros, porque estos males que hoy para mí acaban, y para vosotros comienzan, os cau-

saran mayores daños que los que yo sufro. Os aliento á recibir con ánimo tranquilo todo género de adversidades y á portaros de suerte que, al ser víctimas de algunas persecuciones, y lo seréis de muchas, todos estén convencidos de vuestra inocencia.»

Después de su partida, para dar en tierras extrañas tan buena opinión de su bondad como había dejado en Florencia, fué á visitar el sepulcro de Cristo, y á la vuelta murió en Rodas. Sus restos mortales fueron traídos á Florencia, y los enterraron con grandísimos honores los mismos que, en vida, le persiguieron con todo género de injurias y calumnias.

XXIV. No fué sólo la familia Alberti víctima de estos actos de tiranía, pues otros muchos ciudadanos fueron también amonestados y desterrados, entre éstos Pedro Benini, Mateo Alderotti, Juan y Francisco del Bene, Juan Benci, Andrés Adimari y gran número de artesanos de los oficios menores; y entre los amonestados los Covoni, Benini, Rinucci, Formiconi, Corbizzi, Mannelli y Alderotti.

Era costumbre crear la *Balia* por tiempo fijo; pero cuando los que la formaban cumplían su misión, por mostrar moderación y templanza renunciaban antes de terminado el plazo. Creyendo los miembros de ésta haber satisfecho las necesidades del Estado, querían, según el uso, renunciar; pero muchos, al saberlo, corrieron armados al Palacio, pidiendo que antes de la renuncia amonestaran y desterraran á numerosos ciudadanos. Desagradó esto en gran manera á los Señores, y les entretuvieron con promesas el tiempo necesario para reunir fuerzas, obligando por el miedo á aquellos sediciosos á deponer las armas que el furor les había hecho

empuñar. Sin embargo, para satisfacer en parte sus rabiosos instintos y para disminuir más la influencia de los artesanos plebeyos, determinaron que correspondiera á éstos, en vez de la tercera, la cuarta parte en la provisión de los cargos, y á fin de que entre los miembros de la Señoría hubiera siempre dos afectos al gobierno, autorizaron al Confaloniero de justicia y á otros cuatro ciudadanos para encerrar en una bolsa cierto número de nombres de personas escogidas, de cuya bolsa se sacaran dos para cada Señoría.

XXXV. Organizado de esta manera el gobierno seis años después de la última reforma, que había sido hecha en 1381, vivió tranquila la ciudad hasta 1393. En este tiempo Juan Galeazzo Visconti, titulado Conde de Virtú, prendió á su tío Bernabé, y con ello se apoderó de toda la Lombardia. Creyó el Conde hacerse rey de Italia por medio de la fuerza, como había llegado á ser duque de Milán con la astucia, y empezó en 1390 una guerra muy activa contra los florentinos, siendo el éxito tan vario que muchas veces estuvo el Duque en más peligro que los florentinos.

Sin embargo, la muerte de aquél evitó á éstos perder la partida, aunque su defensa era valerosa y admirable para una república. El término de esta guerra fué menos malo que temerosa había sido mientras duró, porque cuando el Duque había tomado á Bolonia, Pisa, Perugia y Siena y tenía dispuesta la corona para coronarse en Florencia rey de Italia, murió sin coger el fruto de sus pasadas victorias y sin que los florentinos sintieran sus pérdidas presentes.

Durante esta guerra con el Duque de Milán fué nombrado Confaloniero de justicia Maso de Albizzi, que, por

la muerte de Pedro de Albizzi, era enemigo de los Alberti. Vivas aún las pasiones de los partidos, proyectó Maso, aunque Benedicto Alberti había ya muerto en el destierro, vengarse de los supervivientes de esta familia antes de cesar en su cargo. Aprovechó la ocasión que le proporcionaba el acusar á Alberto y Andrés Alberti un hombre á quien se interrogaba sobre inteligencias que había tenido con los rebeldes (1393) y mandó inmediatamente prenderles, por lo cual hubo en toda la ciudad perturbación tan grande, que los Señores, provistos de fuerzas para su defensa, convocaron la asamblea del pueblo y nombraron una *Balia*, la cual desterró á muchos ciudadanos, é hicieron poner nuevos nombres en las bolsas para las elecciones de los que habían de desempeñar los cargos públicos. Entre los desterrados estaban casi todos los Alberti, y además muchos artesanos fueron amonestados ó muertos.

Por tantos ultrajes las corporaciones de artes y oficios y el pueblo bajo se levantaron en armas, juzgando que á todos les quitaban la honra y la vida. Una parte de los amotinados vino á la plaza; la otra corrió á casa de Veri de Médicis, que, desde la muerte de Silvestre, era el jefe de aquella familia.

A los que acudieron á la plaza, los Señores les dieron por jefes, para sosegarles, con las banderas en la mano del partido güelfo y del pueblo, á Rinaldo Gianfigliuzzi y á Donato Acciaiuoli, por ser los burgueses más populares en la plebe. Los que fueron á casa de maese Veri le rogaban que se pusiera al frente del gobierno y les librara de la tiranía de aquellos ciudadanos destructores de los hombres buenos y del bien común.

Cuantos han narrado aquellos sucesos están de acuerdo

en que si Veri de Médicis hubiera sido más ambicioso que bueno, sin impedimento alguno se hiciera príncipe de la ciudad, porque las graves ofensas que, con razón ó sin ella, habían sido hechas á las corporaciones de artes y á sus amigos de tal manera impulsaban los ánimos á la venganza, que no faltaba, para satisfacer su deseo, sino un jefe que los dirigiera. Tampoco faltó quien recordara á Veri lo que podía hacer, porque Antonio de Médicis, que había sido durante algún tiempo su enemigo particular, le aconsejaba que se hiciera dueño de la República, á lo cual contestó Veri: «Ni tus amenazas cuando eras mi enemigo me atemorizaron, ni tus consejos ahora que eres mi amigo me causarán perjuicio»; y dirigiéndose después á la muchedumbre, la exhortó á no desanimarse, porque quería ser su defensor, si aceptaba sus consejos. Fué en medio de la multitud á la plaza; de allí subió al Palacio y dijo en presencia de los Señores que no sentía en manera alguna el amor que el pueblo florentino le profesaba, pero sí que tuviera de él una opinión que su vida pasada no justificaba, pues no habiendo dado jamás ejemplo de turbulento ó ambicioso, ignoraba de dónde nacía que se le creyese capaz de alentar escándalos, como hombre inquieto, ó de apoderarse del gobierno, como avariento de mando. Rogaba, por tanto, á la Señoría que no le imputara en su perjuicio la ignorancia de la multitud, puesto que, por su parte, se había puesto en manos de los Señores tan pronto como le fué posible.

Les recomendó que se limitaran á usar de la fortuna modestamente, prefiriendo una media victoria compatible con la salud del Estado á un triunfo completo á costa de la ruina de Florencia.

Elogiaron los Señores á maese Veri, y le exhortaron á que hiciera deponer las armas al pueblo, prometiéndole que después harían lo que él y los demás ciudadanos les aconsejaran.

Volvió Veri á la plaza; reunió sus compañías con las que mandaban Rinaldo y Donato y dijo á todos que había encontrado á los Señores perfectamente dispuestos en su favor; que habló con ellos de muchas cosas, pero que, por la brevedad del tiempo y la ausencia de los magistrados, nada habían convenido, por lo cual rogaba depusieran las armas y obedeciesen á la Señoría, seguros de que la conmoverían más la mansedumbre que la soberbia, los ruegos que las amenazas; no faltándoles seguridad, ni el goce de sus derechos, si se dejaban guiar por él. Fiando en sus palabras, cada cual volvió á su casa.

XXVI. Depuestas las armas, los Señores empezaron por poner la plaza en estado de defensa.

Alistaron después dos mil ciudadanos adictos al gobierno, ordenándolos en compañías y disponiendo que acudieran en su defensa inmediatamente que se les llamara. A los no alistados se les prohibió tomar las armas (1394). Hechos estos preparativos, condenaron á destierro ó á muerte á muchos artesanos de los que mostraron más audacia en el motin, y á fin de que el Confaloniero de la justicia tuviera más dignidad y consideración, fijaron la edad de cuarenta y cinco años para poder desempeñar dicho cargo.

Para seguridad del gobierno tomaron otras muchas determinaciones insufribles en concepto de aquellos contra quienes se dirigían, y odiosas en el de los hombres buenos del partido gobernante, quienes no juzgaban estable una situación que, para su defensa, necesitaba ape-

lar á tantas violencias. Este rigor no sólo desagradaba á los Alberti que habían quedado en la ciudad, y á los Médicis que creían haber engañado al pueblo, sino también á otros muchos ciudadanos.

El primero que trató de oponerse á tales violencias fué Donato, hijo de Jacobo Acciaiuoli. Ocupaba éste elevado rango en la ciudad, y era, más que colega, superior á Maso de Albizzi que, por las cosas hechas mientras era Confaloniero, casi se le consideró jefe de la República. No vivía satisfecho Donato entre tantos descontentos, ni quería buscar, como hacen muchos, en las desdichas públicas su particular provecho. Intentó, pues abrir las puertas de la patria á los desterrados ó al menos el derecho de desempeñar cargos á los amonestados, y esta opinión suya la decía al oído á los ciudadanos, advirtiéndole que no había otro medio de calmar al pueblo y de contrarrestar el espíritu de partido. Sólo esperaba para ejecutar sus designios llegar á ser miembro de la Señoría. Pero como en nuestros actos el dilatar la realización produce tedio y el apresurarla ocasiona peligro, resolvió, para huir del tedio, lanzarse al peligro.

Entre los Señores figuraban entonces su pariente Miguel Acciaiuoli y su amigo Nicolás Ricoveri. Juzgó Donato oportuno aprovechar esta ocasión y les indujo á proponer una ley al Consejo para llamar á los desterrados y levantar las amonestaciones.

Ambos Señores, persuadidos por Donato, hablaron con sus compañeros, que se mostraron contrarios á intentar novedades cuyo provecho era dudoso y el riesgo seguro.

Después de realizar, sin éxito, todas las tentativas pacíficas, movido por el despecho, hizo saber Donato á

los Señores que, si no querían valerse de los medios que tenían en su mano para restablecer el orden en la ciudad, sería restablecido por el de las armas.

Tanto ofendió esta amenaza que, conocida por los principales gobernantes, citaron á maese Donato; compareció, y convicto por los mismos á quienes había dado el encargo de comunicar á los Señores su propósito, fué desterrado á Barletta (1396). También lo fueron Alamanno y Antonio de Médicis, todos los que en esta familia descendían de Alamanno y muchos artesanos del pueblo que tenían influencia en la plebe. Todo esto ocurrió á los dos años de las reformas que hizo Maso en el gobierno.

XXVII. Así estaban las cosas en la ciudad, con muchos descontentos dentro de ella y muchos desterrados. Encontrábanse entre éstos en Bolonia Picchio Caviccioni, Tomás de Ricci, Antonio de Médicis, Benedicto de Spini, Antonio Girolami, Cristóbal de Carlone y otros dos de baja condición, todos jóvenes audaces y dispuestos á arrostrar peligros por volver á su patria. Pigiello y Baroccio Caviccioni, que vivían amonestados en Florencia, les hicieron saber secretamente que, si querían venir á la ciudad, les ocultarían en su casa, desde donde podrían salir para matar á Maso de Albizzi y llamar al pueblo á las armas porque, estando éste descontento, fácilmente se sublevaría, máxime sabiendo que los Ricci, Adimari, Médicis, Manuelli y muchas otras familias secundarían la empresa. Alentados por esta esperanza, vinieron á Florencia el 4 de Agosto de 1397, se ocultaron donde habían convenido, y enviaron á acechar á Maso, con cuya muerte querían empezar el tumulto. Salíó Maso de su casa y se detuvo en una botica de

San Pedro Mayor. Corrió el espía á decirlo á los conjurados, quienes tomaron las armas, y al llegar á la botica vieron que ya había partido Maso. No les arredró este primer fracaso de su intento, y se dirigieron al Mercado Viejo, donde mataron á uno del partido contrario. Empezado el tumulto, y gritando: *pueblo, á las armas; libertad y mueran los tiranos*, se dirigieron al Mercado Nuevo, y al extremo de Calimala mataron á otro. Continuaron su camino con las mismas excitaciones y no acudiendo nadie á armarse, se refugiaron en la galería de la Nighittosa. Colocados en sitio alto, y teniendo á su alrededor gran multitud que había acudido, más por curiosidad que por favorecerles, excitaban á voces á los hombres para que empuñaran las armas y salieran de aquella servidumbre que tanto odiaban, asegurando que las quejas de los descontentos, más que las propias ofensas, les movían á pedir el restablecimiento de la libertad, y el saber que muchos pedían á Dios ocasión para poder vengarse, lo que harían en teniendo jefes que les dirigiesen; llegada aquélla y presentes los caudillos, mirábase como estúpidos unos á otros, esperando que los iniciadores de su libertad fueran muertos y caer ellos en más dura servidumbre. Maravillábanse de que aquellos que por mínima injuria solían acudir á las armas, por tantas ofensas no se movieran, sufriendo que tantos ciudadanos vivieran en el destierro y tantos amonestados, cuando estaba en su arbitrio abrir las puertas de la patria á aquéllos y restablecer el derecho de éstos al desempeño de los cargos públicos.

Estas excitaciones, aunque fundadas en hechos ciertos, no producían ningún efecto en la multitud, fuera por temor, ó porque los dos homicidios cometidos les

hicieran odiar á los matadores. Viendo, pues, los promovedores del tumulto que ni las palabras ni los hechos tenían eficacia para procurarse prosélito alguno, advirtieron tarde cuán peligroso es intentar la libertad de un pueblo que de todas suertes quiere ser siervo y, desesperando de la empresa, se retiraron al templo de Santa Reparata, encerrándose en él, no por salvar la vida, sino por diferir la muerte.

A la primera señal del alboroto los Señores armaron y cerraron el Palacio; pero conocido el caso, sabedores de quiénes eran los que promovían el escándalo y dónde se habían refugiado, se tranquilizaron, ordenando al Capitán que, con muchos hombres armados, fuera á prenderles. Sin gran trabajo forzaron las puertas de la iglesia, donde algunos de los amotinados murieron defendiéndose, y los demás fueron presos. Sometidos éstos á juicio, sólo resultaron con culpa los que habían venido del destierro, y Baroccio y Piggliolo Caviceulli, quienes sufrieron pena de muerte.

XXVIII (1400). Después de este suceso, ocurrió otro de mayor importancia. Estaba entonces en guerra Florencia, según antes decimos, con el Duque de Milán, quien, comprendiendo que no bastaba la fuerza para vencer á la ciudad, acudió á las intrigas y conspiraciones, y por medio de los desterrados florentinos, que abundaban en Lombardia, urdió un complot de acuerdo con muchos de los que vivían dentro de Florencia. Consistía en que en día determinado, y en sitio inmediato á la ciudad, se reunieran gran número de desterrados aptos para las armas, entraran en Florencia por el río Arno, y unidos á los amigos de dentro, fueran á las casas de los principales magistrados, les mataran y re-

formaran después, como quisieran, el gobierno de la República.

Entre los conjurados de dentro de la ciudad había uno de los Ricci, llamado Samminiato, y como sucede con frecuencia en las conspiraciones, que pocos no bastan y muchos ocasionan que se descubra, cuando Samminiato buscaba cómplices, encontró el delator. Hizo partícipe del secreto á Silvestre Cavicciuli, que por las ofensas causadas á sus parientes y á él mismo, debía-sele suponer propicio á la conjura; pero tuvo más fuerza en su ánimo el temor inmediato que la futura esperanza, y seguidamente hizo la denuncia á los Señores. Éstos mandaron prender á Samminiato y le obligaron á que descubriera todo el plan de la conjuración.

Ninguno de los cómplices fué preso, á excepción de Tomás Davizi, que venía de Bolonia sin saber lo que ocurría en Florencia, y le detuvieron antes de llegar. Los demás, al saber la prisión de Samminiato, se asustaron y huyeron.

Castigados Samminiato y Davizi conforme al delito cometido, se creó una *Balia*, ó consejo extraordinario, para el descubrimiento de los demás culpados y para afianzar las instituciones. Esta *Balia* declaró rebeldes á seis miembros de la familia Ricci, seis de los Alberti, dos Médicis, tres Scali, dos Strozzi, Bindo Altoviti, Bernardo Adimari y á muchos del pueblo. Fueron amonestadas las familias de los Alberti, Ricci y Médicis durante diez años, excepto algunos pocos. Entre los no amonestados de los Alberti, era uno maese Antonio, reputado de hombre pacífico; pero ocurrió que, sin haberse disipado aún los temores de la conjuración, fué preso un fraile á quien habían visto, cuando la conjura se fraguaba,

ir y venir muchas veces de Bolonia á Florencia. Confesó que en varias ocasiones trajo cartas para maese Antonio, por lo cual inmediatamente le prendieron, y aunque al principio negara, el fraile le convenció, siendo multado y desterrado á trescientas millas de Florencia. Y para que los Alberti no pusieran cualquier día en peligro las instituciones, fueron también desterrados todos los varones de esta familia de más de quince años de edad.

XXIX. Ocurrieron estos sucesos en 1400; dos años después murió Juan Galeazzo, duque de Milán, cuya muerte, según antes dijimos, puso fin á la guerra con los florentinos, que había durado doce años. Fortificado el gobierno por falta de enemigos exteriores é interiores, realizó la empresa contra Pisa, que tuvo tan glorioso término. La tranquilidad no se alteró en Florencia desde 1400 á 1433; sólo en 1412, por haber quebrantado los Alberti su destierro, creóse contra ellos nueva *Balia* que, con procedimientos nuevos, afianzó el gobierno y persiguió á los Alberti, poniendo á precio sus cabezas.

En esta época sostuvieron guerra los florentinos con el rey de Nápoles, Ladislao, terminando por la muerte de éste en 1414. En dicha guerra, cuando llevaba el Rey la peor parte, dió á los florentinos la ciudad de Cortona, de la cual era señor. Pero poco después, recobrando fuerzas, renovó con ellas la guerra, que fué entonces mucho más peligrosa que antes y de no terminar por muerte del Rey, como por la del Duque de Milán acabó la que con éste sostenían, Florencia se hubiera encontrado, lo mismo con el Rey que con el Duque, en riesgo de perder su libertad.

Esta guerra con el Rey de Nápoles no terminó con menos ventura que aquella; porque cuando se había apo-

derado de Roma, Siena, la Marca y toda la Romaña, faltándole sólo Florencia, para invadir con su ejército Lombardia, murió. De este modo la muerte fué siempre el mejor amigo de los florentinos, y más poderoso para salvarlos que su valor.

Después de morir el Rey, hubo en Florencia tranquilidad interior y exterior durante ocho años, á cuyo término reaparecieron los partidos, á la vez que emprendía la guerra con Felipe, duque de Milán. Los bandos no cesaron ya hasta acabar con aquel gobierno, que duró desde 1381 hasta 1434, mantuvo con tanta gloria tantas guerras, y ganó para el dominio florentino Arezzo, Pisa, Cortona, Liorna y Monte Pulciano.

Mayores cosas hubiera hecho de seguir unidos los ciudadanos y no renovar éstos las antiguas discordias, como las renovaron, según en el siguiente libro se verá demostrado.

LIBRO IV.

SUMARIO.

- I. Peligros en los gobiernos repúblicanos: la servidumbre y la licencia.—II. Estado de Florencia y reorganización del gobierno de esta ciudad.—III. Juan de Bici de Médicis restablece en Florencia la autoridad de su familia (1420). Felipe Visconti, duque de Milán, procura el acuerdo con los florentinos y pacta con ellos la paz.—IV. Por sospechas que tienen los florentinos de las atrevidas empresas del Duque en Italia, recomienza la guerra (1424).—V. Felipe se apodera de Forli.—VI. Son derrotados los florentinos por el ejército del Duque junto á Forli.—VII. Este revés suscita las murmuraciones del pueblo contra los consejeros de la guerra; pero restablece la calma Rinaldo de Albizzi y se provee á la continuación de la guerra.—VIII. Un nuevo tributo impuesto para mantener la guerra provoca desórdenes.—IX. Rinaldo de Albizzi aconseja devolver la gobernación á los poderosos.—X. Juan de Médicis desaprueba el consejo.—XI. Esta desaprobación aumenta su crédito en el pueblo; pero le produce la aversión de Rinaldo (1426).—XII. Heroísmo de Biagio de Melano en la defensa del castillo de Monte Petroso y cobardía de Zanobi del Pino.—XIII. Los florentinos pactan alianza con el señor de Faenza y con los venecianos.—XIV. Institución del catastro, aconsejada principalmente por Juan de Médicis. Disgusta á los ricos. Partidos que ocasiona (1427).—XV. Paz con el Duque de Milán.—XVI. Muerte de Juan de Médicis (1429).—XVII. Rebelión de los de Volterra, sofocada rápidamente.—

derado de Roma, Siena, la Marca y toda la Romaña, faltándole sólo Florencia, para invadir con su ejército Lombardia, murió. De este modo la muerte fué siempre el mejor amigo de los florentinos, y más poderoso para salvarlos que su valor.

Después de morir el Rey, hubo en Florencia tranquilidad interior y exterior durante ocho años, á cuyo término reaparecieron los partidos, á la vez que emprendía la guerra con Felipe, duque de Milán. Los bandos no cesaron ya hasta acabar con aquel gobierno, que duró desde 1381 hasta 1434, mantuvo con tanta gloria tantas guerras, y ganó para el dominio florentino Arezzo, Pisa, Cortona, Liorna y Monte Pulciano.

Mayores cosas hubiera hecho de seguir unidos los ciudadanos y no renovar éstos las antiguas discordias, como las renovaron, según en el siguiente libro se verá demostrado.

LIBRO IV.

SUMARIO.

- I. Peligros en los gobiernos repúblicanos: la servidumbre y la licencia.—II. Estado de Florencia y reorganización del gobierno de esta ciudad.—III. Juan de Bici de Médicis restablece en Florencia la autoridad de su familia (1420). Felipe Visconti, duque de Milán, procura el acuerdo con los florentinos y pacta con ellos la paz.—IV. Por sospechas que tienen los florentinos de las atrevidas empresas del Duque en Italia, recomienza la guerra (1424).—V. Felipe se apodera de Forli.—VI. Son derrotados los florentinos por el ejército del Duque junto á Forli.—VII. Este revés suscita las murmuraciones del pueblo contra los consejeros de la guerra; pero restablece la calma Rinaldo de Albizzi y se provee á la continuación de la guerra.—VIII. Un nuevo tributo impuesto para mantener la guerra provoca desórdenes.—IX. Rinaldo de Albizzi aconseja devolver la gobernación á los poderosos.—X. Juan de Médicis desaprueba el consejo.—XI. Esta desaprobación aumenta su crédito en el pueblo; pero le produce la aversión de Rinaldo (1426).—XII. Heroísmo de Biagio de Melano en la defensa del castillo de Monte Petroso y cobardía de Zanobi del Pino.—XIII. Los florentinos pactan alianza con el señor de Faenza y con los venecianos.—XIV. Institución del catastro, aconsejada principalmente por Juan de Médicis. Disgusta á los ricos. Partidos que ocasiona (1427).—XV. Paz con el Duque de Milán.—XVI. Muerte de Juan de Médicis (1429).—XVII. Rebelión de los de Volterra, sofocada rápidamente.—

XVIII. Nicolás Fortebraccio, licenciado del servicio de los florentinos, ataca á los de Luca.—XIX. Determinación acerca de la guerra de Luca.—XX. Los florentinos nombran comisarios para la guerra de Luca, y convienen con Fortebraccio que la siga como soldado de la República, cediendo á ésta las poblaciones que había ocupado.—XXI. Atropello de Astorre Gianni contra los de Seravezza.—XXII. Acusación contra Rinaldo de Albizzi.—XXIII. Felipe Brunelleschi propone tomar á Luca variando el curso del río Serchio, y no se logra (1430).—XXIV. Las tropas del Duque, llegadas en auxilio de los luqueses, se apoderan de algunas poblaciones.—XXV. Francisco Sforza hace que los luqueses expulsen á su Señor. Derrota de los florentinos por las tropas del Duque.—XXVI. Cosme de Médicis. Sus condiciones. Sus procedimientos para llegar á ser grande (1433).—XXVII. El crecimiento de su poder infunde sospechas á muchos ciudadanos, y especialmente á Nicolás de Uzano y á sus partidarios.—XXVIII. Rinaldo de Albizzi hace que Bernardo Guadagni sea elegido Confaloniero y que éste prenda á Cosme y lo tenga detenido en el Palacio.—XXIX. Los Albizzi intentan restablecer á los nobles en el gobierno, y toman las armas contra la Señoría.—XXX. Procedimientos de la nueva Señoría favorables á Cosme.—XXXI. El papa Eugenio IV, estando en Florencia, se hace mediador para restablecer la tranquilidad.—XXXII. Llamamiento de Cosme y destierro de Rinaldo y de todos los partidarios de los Albizzi (1434). Vuelta triunfal de Cosme á Florencia.

I. Las ciudades, especialmente las no bien ordenadas, que se gobiernan bajo la forma republicana, varían con frecuencia de gobierno y organización, pasando, no de la libertad á la servidumbre, como muchos creen, sino de la servidumbre á la licencia; porque los ministros de la licencia, que son los demagogos, y los de la servidumbre, que son los nobles, de la libertad sólo emplean el nombre, deseando unos y otros no obedecer ni á las leyes ni á los hombres.

Sólo cuando sucede (y ocurre raras veces) que, por

buena fortuna de la ciudad, aparece en ella un ciudadano sabio, bueno y poderoso, que establece leyes con las cuales apacigua las rivalidades entre los nobles y el pueblo, ó las comprime de suerte que no ocasionen perturbaciones, puede decirse que la República es libre y que goza de un gobierno estable y seguro; porque fundada en buenas leyes y buena organización, no necesita, como las otras repúblicas, de la virtud de un hombre á quien confiar su salud.

Muchas repúblicas antiguas tuvieron constitución y leyes de este género, y con ellas larga vida; y han faltado, y faltan, en las que con frecuencia pasa el gobierno de la condición de tiránico á la de licenciado, y de ésta á aquella; porque en ellas, á causa de los poderosos enemigos que tiene cada uno de estos estados, ni hay ni puede haber estabilidad alguna. Si el uno desagrade á los buenos, el otro á los sabios. Con el uno se puede hacer fácilmente el mal; con el otro difícilmente el bien. En uno tienen sobrada autoridad los insolentes; en el otro los ignorantes. Uno y otro necesitan ser mantenidos por la habilidad y la fortuna de un hombre que puede morir, ó inutilizarse en la lucha.

II. El gobierno establecido en Florencia á la muerte de Jorge Scali, en 1381, lo mantuvo primero la virtud de Maso de Albizzi y después la de Nicolás de Uzano. Reinó tranquilidad en ella desde 1414 á 1422. Había muerto el rey Ladislao y, estando dividido el Estado de Lombardia en muchos partidos, ni dentro ni fuera existía motivo alguno de alarma.

Junto á Nicolás de Uzano, los ciudadanos de más autoridad eran Bartolomé Valori, Nerón de Nigi, maese Rinaldo de Albizzi, Neri de Gino (Capponi) y Lapo Ni-

colini. Los bandos que nacieron por la discordia de los Albizzi y los Ricci, y que tan violentamente reanimó Silvestre de Médicis, no habían desaparecido; y aunque el partido popular sólo había imperado tres años, siendo vencido en 1381, como era el que más crédito tenía en la multitud, no había medio de extinguirlo. Verdad es que las frecuentes asambleas extraordinarias y las continuas persecuciones contra los jefes de este partido, desde 1381 á 1400, lo redujeron casi á la nada.

Las primeras familias perseguidas como cabezas de dicho bando fueron las de Alberti, Ricci y Médicis, que sufrieron graves daños en las personas y en los bienes, y á los que en la ciudad quedaron se les privó del honor de desempeñar cargos públicos. Tantos golpes habían abatido y casi extinguido aquel partido. Quedaba, sin embargo, en muchos hombres memoria de las injurias recibidas y deseo de vengarlas; pero, faltos de medios para conseguirlo, la ocultaban en su pecho.

Los nobles del partido del pueblo que gobernaban pacíficamente la ciudad, cometieron dos errores que ocasionaron su caída del poder: uno, llegar á ser, por la permanencia en el mando, altaneros; otro, no cuidarse, por las envidias que había entre ellos y la larga posesión del gobierno, de si podrían combatirles sus enemigos.

III. Reviviendo, pues, con las iniquidades de su conducta, el odio de la multitud; no vigilando los peligros, porque no los temían, ó fomentándoles con las envidias que había entre ellos, hicieron que la familia Medicis recobrarla la autoridad. El primero de ella que empezó á sobresalir fué Juan de Bicci. Había llegado á ser riquísimo y, teniendo carácter bondadoso y humano, concedieron los gobernantes que fuera elegido para la pri-

mera magistratura (1420), lo cual acogió el pueblo con tanta alegría, á causa de creer la multitud que había adquirido un defensor, que con razón empezaron á temer los más avisados la reproducción de los antiguos motivos de desórdenes.

No dejó de advertir Nicolás de Uzano á los otros ciudadanos cuán peligroso era ensalzar á uno que gozaba en el pueblo tanto prestigio; cuán fácil era remediar los desórdenes al principio, y difícil contrarrestarlos cuando se les había dejado crecer; y que veía en Juan muchos más recursos que tuvo en sus manos Silvestro de Médicis. Los colegas de Nicolás no escucharon estos consejos, porque envidiaban su fama y deseaban compañeros para combatirlo.

Viviase, pues, en Florencia con este espíritu de discordia que ocultamente empezaba á rebullir, cuando Felipe Visconti, segundo hijo de Juan Galeazzo que, por la muerte de su hermano, llegó á Señor de toda la Lombardia, creyendo estar en condiciones para llevar á cabo cualquier empresa, deseó con empeño apoderarse de Génova, que gozaba de libertad bajo el gobierno del dux Tomás de Campo Fregoso; pero desconfiaba poder realizar este ú otro proyecto si antes no ajustaba nuevo tratado con los florentinos, pues creía bastarle la fama de éstos para satisfacer sus deseos. Por tanto, envió embajadores á Florencia para pedir el convenio.

Aconsejaban muchos ciudadanos que no se hiciera, manteniendo, sin hacerlo, la paz en que vivían hacia años con los Visconti; porque conocían cuánto favorecía al Duque el tratado y cuán poco útil era para la ciudad. Otros creían que debía hacerse con determinadas condiciones, de modo que, al faltar á ellas, descubriera todos

sus malos propósitos, en cuyo caso con mayor justicia se le podía declarar la guerra. Discutido de esta suerte, se ajustó el convenio (1421), prometiendo en él Felipe no ocuparse de las cosas que ocurrieran al lado de acá de los ríos Magra y Panaro.

IV. Hecho el tratado, tomó Felipe á Brescia (1422) y poco después á Génova, contra la opinión de aquellos que en Florencia habían defendido hacer el tratado porque creían que á Brescia la defenderían los venecianos y que Génova se defendería por sí misma. Como en la capitulación que con el Dux de Génova había hecho Felipe le dejaba á Serezana y otras plazas situadas al lado de acá del Magra, á condición de que, si quería enajenarlas, sólo pudiera hacerlo á los genoveses, resultaba violado por el duque de Milán el tratado con los florentinos. Además de esto, había hecho un convenio con el Legado de Bolonia, cosas ambas que alteraron los ánimos en Florencia y obligaron á los ciudadanos, temerosos de nuevos males, á pensar en nuevos remedios. Cuando Felipe lo supo, para justificarse, ó para conocer las intenciones de los florentinos, ó para adormecerles, mandó á Florencia embajadores, mostrando maravillarse de las sospechas que allí tenían y ofreciendo renunciar á cualquier cosa hecha que pudiera engendrar recelos.

Lo que consiguieron estos embajadores fué dividir la ciudad, porque unos, y entre ellos los que tenían más crédito en el gobierno, opinaban que convenía armarse y prepararse á contrarrestar los designios del enemigo; y si, hechos los preparativos, Felipe continuaba tranquilo, no se declararía la guerra y la paz sería más segura. Otros muchos, ó envidiosos de los que gobernaban, ó por miedo á la guerra, juzgaban que no se debía sospechar

ligeramente de un amigo; que lo que había hecho no merecía tantos recelos; y que el nombramiento de los Diez para administrar los ejércitos y el tomar gente á sueldo suponía desde luego la guerra; la cual, emprendida contra príncipe tan poderoso, equivalía á la ruina segura de la ciudad, sin esperanza en cambio de nada útil, por no poderse dominar lo que se conquistara, á causa de estar por medio la Romaña, en la que no cabía pensar por la vecindad de la Iglesia.

Prevalció la opinión de los que querían prepararse; la guerra, sobre la de los que deseaban continuarse la organización propia de la paz; nombraron los Diez; asoldaron tropas y establecieron nuevos impuestos. Por gravar éstos más á los ciudadanos de las clases inferiores que á los de las superiores, fueron objeto de numerosas reclamaciones, censurando todos la ambición y avaricia de los potentados y acusándoles de que, para satisfacer sus ambiciones y oprimir al pueblo, provocaban una guerra innecesaria.

V. No se había llegado con el Duque á manifiesta ruptura, pero tampoco ocurría cosa que no aumentara los recelos. A petición del Legado de Bolonia, temeroso de Antonio Bentivogli, que, desterrado, vivía en Castel-Bolognes, envió Felipe tropas á aquella ciudad (1423), y al ocuparla, por estar inmediata á los dominios de Florencia, causaron alarma en esta ciudad. Pero lo que asustó á todos y proporcionó sobrado motivo para declarar la guerra, fué la empresa del Duque contra Forli.

Era señor de Forli Jorge Ordelaffi quien, al morir, dejó á su hijo Teobaldo bajo la tutela de Felipe; y aunque la madre, pareciéndole el tutor sospechoso, envió á Teobaldo con su abuelo Luis Alidosi, señor de Imola, el

pueblo de Forli la obligó á que cumpliera el testamento de su marido, poniendo á Teobaldo en manos del Duque.

Para evitar sospechas y ocultar mejor sus intentos, ordenó Felipe que el Marqués de Ferrara enviara como procurador suyo á Guido Torello con tropas y se apoderase del gobierno de Forli. Así vino aquella ciudad al poder de Felipe Visconti.

Sabido esto en Florencia, al mismo tiempo que la llegada de las tropas á Bolonia, facilitó la determinación de declarar la guerra á pesar de haber gran oposición á ella, oposición que Juan de Médicis sostenía públicamente, diciendo que, aun estando seguros de las intenciones hostiles del Duque, era mejor esperar á que atacase que salir á acometerle, porque en este caso la guerra parecería á los otros príncipes de Italia tan justificada por parte del Duque como por la nuestra, y no se podrían pedir en justicia los auxilios que convendría tener una vez descubierta su ambición, además de que defendería sus posesiones con mucho más valor y tenacidad que atacaría las ajenas. Los otros decían que no era conveniente esperar al enemigo en casa, sino salir á buscarle; que la fortuna es más amiga de quien ataca que de quien se defiende, y que la guerra se hace con menos daño, aunque con mayores gastos, en casa ajena que en la propia. Tanto prevaleció esta opinión, que se acordó hicieran los Diez todo lo necesario para librar la ciudad de Forli de las manos del Duque.

VI. Al ver Felipe que los florentinos querían ocupar plazas que él tenía empeño en defender, quitándose la máscara, envió á Agnolo de la Pérgola con grueso cuerpo de tropas á Imola (1424), para que el Señor de aquella ciudad, preocupado en defenderla, no pensara en la tutela

del nieto. Llegó Agnolo junto á Imola cuando el ejército de los florentinos se encontraba aún en Modigliana, y por haber helado la crudeza del frío el agua de los fosos de la ciudad, la tomó por sorpresa en una noche y envió prisionero á Milán á Luis Alidosi.

Perdida Imola y declarada la guerra, enviaron los florentinos sus tropas á Forli, sitiándola y estrechándola por todos lados; y para que las del Duque no pudieran concentrarse y hacer levantar el cerco, tomaron á sueldo al conde Alberigo que, desde su castillo de Zagonara, hacia diariamente correrías hasta las puertas de Imola.

Viendo Agnolo de la Pérgola que no podía socorrer eficazmente á Forli, por la fuerte posición que ocupaba nuestro ejército, determinó atacar á Zagonara, juzgando que los florentinos no querían dejar perder esta plaza, y que, para defenderla, levantarían el sitio de Forli y acudirían á combatir con desventaja. Pronto obligó el ejército del Duque al conde Alberigo á pedir capitulación, que le fué concedida, prometiendo entregar la plaza á los quince días, si los florentinos no venían en su socorro.

Cuando se supo en el campamento florentino y en Florencia esta capitulación, deseosos todos de que el enemigo no alcanzara aquella victoria, hicieron que lograra otra mayor; porque, al levantar el ejército el sitio de Forli, para socorrer á Zagonara, marchando al encuentro del enemigo, fué derrotado, no tanto por el valor de los adversarios, como por la inclemencia del tiempo; pues habían marchado los nuestros muchas horas sobre profundo lodo, y sufriendo constantemente la lluvia, cuando encontraron al enemigo tan descansado y dispuesto, que fácilmente les pudo vencer. Sin embargo, en esta derrota, celebrada en toda Italia, sólo murió Luis de Obizzi

y dos de los suyos, por caer de los caballos, y ahogarse en el fango.

VII. Este descalabro consternó á toda la ciudad de Florencia, y principalmente á los grandes que habian aconsejado la guerra, porque se veian sin tropas ni aliados ante el enemigo victorioso y el pueblo era contrario á ellos, hablando en todas las plazas con acerbos frases, censurando lo excesivo de los impuestos y la guerra emprendida sin justo motivo.

«¿Acaso, decían, han sido nombrados los Diez para infundir temor al enemigo? ¿Acaso han enviado socorro á Forlì para librarla del poder del Duque? No. Sus secretos designios y el fin que se proponían están descubiertos: no eran defender la libertad, de la cual son enemigos, sino aumentar su poder personal, que Dios, justamente, ha disminuido. Y no sólo han dañado á la República con esta empresa, sino con otras muchas, porque semejante á ésta fué la acometida contra el rey Ladislao. ¿A quién demandarán ahora socorro? ¿Al papa Martín, que han ofendido por satisfacer á Braccio? ¿A la reina Juana que, por abandonarla, la han obligado á arrojarla en brazos del rey de Aragón?»

Además de esto decían todo lo que suele decir un pueblo irritado. La Señoría, en vista de ello, creyó oportuno reunir bastantes ciudadanos para que, con sus discursos, calmaran el rencor de la multitud. Rinaldo de Albizzi, hijo mayor de Maso, que aspiraba por sus méritos y por la memoria de su padre al primer puesto en la República, habló largamente, mostrando que era imprudencia juzgar las cosas por los efectos, porque muchas veces, cosas bien aconsejadas tienen mal fin y las más disparatadas, bueno. Elogiar los propósitos insen-

satos porque tengan buen fin, es lo mismo que animar á los hombres á errar, con gran daño de la república, porque no siempre los malos consejos tienen feliz resultado. De igual suerte se yerria censurando una buena determinación porque tenga mal fin, pues se desanima á los ciudadanos inteligentes para aconsejar á la república diciéndole su opinión.

Demostró después la necesidad que había de comenzar aquella guerra y cómo, de no emprenderla en Romaña, se hubiera hecho en Toscana. Que puesto que Dios había querido que el ejército fuera derrotado, la pérdida sería más grave cuanto más se dejara al enemigo; en cambio, si se hacía rostro á la mala fortuna y se ponían en práctica todos los remedios posibles, ni ellos sentirían la pérdida, ni al Duque aprovecharía la victoria. Que no debían asustarles los gastos y los tributos extraordinarios, porque serían menores que los ya hechos, y por ser menos los preparativos necesarios á los que quieren defenderse que á quienes desean ofender. Excitóles, finalmente, á imitar á sus antecesores que, por no desanimarse en ninguna adversidad, se habían defendido siempre de todos los príncipes.

VIII. Alentados, pues, los ciudadanos por su autoridad, tomaron á sueldo al conde Oddo, hijo de Braccio, dándole por consejero á Nicolás Piccinino, discípulo de Braccio, y el más famoso de los que á las órdenes de éste habían militado. Añadieron á las tropas de Oddo las de otros capitanes asoldados, y dieron caballos á los que los habian perdido en la derrota. Eligieron veinte ciudadanos para que crearan nuevos impuestos, quienes, aprovechando el abatimiento que la derrota había producido á los poderosos, sin consideración alguna los hi-

cieron gravosísimos para éstos (1426). Ofendieron mucho tales impuestos á los ricos, aunque al principio, por echarla de generosos, no se quejaban, pero sí los tachaban de injustos, opinando que se disminuyera su importe; mas los que supieron esta opinión la rechazaron en los Consejos.

Entonces, para que se sintiera lo pesado de los nuevos tributos y para que la mayoría los odiara, procuraron que los recaudadores los exigieran con todo rigor, autorizándoles para matar á los que resistieran á sus agentes cobradores, lo cual ocasionó lamentables accidentes por muertes ó heridas de algunos ciudadanos. Todo el mundo preveía el nuevo ensañamiento de los partidos y los futuros males que ocasionaría á la patria, no aviniéndose los poderosos, acostumbrados á grandes consideraciones, á ser maltratados, y queriendo los otros que cada cual pagase con arreglo á sus haberes.

Reuniéronse muchos de los principales ciudadanos, conviniendo en que era necesario reformar el gobierno, porque su negligencia había dado ocasión al pueblo para censurar los actos públicos y reanimado las esperanzas de los que solían ser jefes de la multitud. Discutido este asunto repetidas veces en particular, determinaron reunirse todos, y así lo hicieron en la iglesia de San Esteban más de setenta ciudadanos, con licencia de maese Lorenzo Ridolfi y de Francisco Gianfigliuzzi, que eran entonces Señores. No estuvo con ellos Juan de Médicis, ó porque, por sospechoso, no le citaran, ó porque no quisiera intervenir en el asunto, á causa de opinar en contra de lo que deseaban los reunidos.

IX. Habló á todos maese Rinaldo de Albizzi. Mostró las condiciones en que se encontraba la ciudad y cómo,

por negligencia de ellos, había caído de nuevo en poder de la plebe, del que la arrancaron sus padres en 1381; recordó la iniquidad de aquel gobierno imperante desde 1378 hasta 1381, al cual debía cada cual de los que le escuchaban, quién la muerte del padre, quién la del abuelo; advirtió que amenazaban iguales peligros y los mismos desórdenes para la ciudad, porque la multitud había establecido ya un impuesto cuantioso por autoridad propia, y después, si con mayor fuerza é instituciones más vigorosas no se la contenía, elegiría los magistrados á su arbitrio, viniendo éstos á ocupar los cargos que ahora desempeñaban los reunidos, y acabaría con la organización del gobierno que durante cuarenta y dos años había mantenido la República con tanta gloria, siendo gobernada Florencia, ó al acaso por el arbitrio de la multitud, que sólo permite vivir licenciosa ó peligrosamente, ó bajo la potestad de uno que se hiciera príncipe de la plebe.

Por tanto, aseguró que los que amasen su honor y la patria tenían que dolerse de aquella situación, y debía recordar la virtud de Bardo Mancini que, con la ruina de los Alberti, libró á la ciudad de los peligros en que se encontraba. Dijo que la causa de la audacia de la multitud nacía de los numerosos escrutinios que por negligencia habían permitido y que habían llevado á los cargos públicos hombres nuevos y sin consideración. En su sentir, el único modo de remediar estos males consistía en devolver la gobernación á los nobles y quitar autoridad á las artes menores, reduciéndolas de catorce á siete, con lo cual la plebe tendría en el Consejo menos influencia, no sólo por disminuir el número de sus representantes y por tener mayor autoridad los nobles, sino

porque éstos, por la antigua enemistad, se opondrían á los plebeyos.

Afirmó que la prudencia aconsejaba valerse de los hombres según los tiempos, porque si sus antecesores se valieron de la plebe para refrenar la insolencia de los poderosos, ahora eran los nobles humildes y los plebeyos insolentes, y convenía reprimir la audacia de éstos con ayuda de aquéllos, lo cual podía conseguirse por astucia ó por fuerza, siendo algunos de ellos del Consejo de los Diez, y pudiendo traer tropas á la ciudad secretamente.

Todos aprobaron el consejo de maese Rinaldo, que fué objeto de grandes elogios, y entre otros, Nicolás de Uzano dijo que cuanto había dicho Rinaldo era atinado y cierto, y los remedios propuestos seguros y buenos, si podían realizarse sin producir una división manifiesta en la ciudad, lo que se conseguiría atrayendo á su causa á Juan de Médicis porque, en tal caso, la multitud, privada de medios y de fuerza, no podría ofender; pero en caso contrario, nada cabría hacer sin apelar á las armas, y con las armas juzgaba peligroso lograr la victoria, ó disfrutar de ella si se conseguía. Recordó en seguida con moderación sus anteriores consejos y cómo, por no haber querido remediar las dificultades en aquel tiempo, cuando era fácil, ahora no se las podría vencer sin riesgo de mayor daño, siendo el único recurso ganar á Médicis en favor de sus propósitos. Encargaron, pues, á maese Rinaldo la misión de ver á Juan de Médicis y de procurar atraerle á su partido.

X. Cumplió el caballero el encargo, y en los términos más persuasivos que imaginó, aconsejóle realizar esta empresa con ellos, y no aumentar, por favorecer á la mul-

titud, la audacia de ésta, destruyendo así la República y la ciudad.

Juan de Médicis respondió que creía ser oficio de sabio y buen ciudadano no alterar el régimen consuetudinario en su patria, porque estas mudanzas son las que más ofenden á los hombres y, realizándose en perjuicio de muchos, su malquerencia hace temer el día menos pensado cualquier grave accidente. Parecíale que aquella determinación produciría dos cosas perniciosísimas: una, dar los cargos públicos á quienes, por no haberlos ejercido nunca, no los echaban de menos, y eran quienes menores motivos tenían para quejarse de no obtenerlos; otra, quitarlos á los que, por la costumbre de tenerlos, no permanecerían tranquilos hasta recuperarlos, resultando mucho mayor la ofensa hecha á una de las partes que el beneficio á la otra, procurándose el autor de esta reforma pocos amigos y muchísimos enemigos y siendo éstos más resueltos á ofenderle que aquéllos á defenderle, pues los hombres están naturalmente más prontos á la venganza de la injuria que al agradecimiento del beneficio, por creer que éste les causa daño, y aquélla utilidad y satisfacción.

«Y vos—añadió, refiriéndose directamente á maese Rinaldo—si recordáis las cosas sucedidas y la doblez con que en esta ciudad se procede, seréis menos entusiasta de esta determinación, pues, quienes la aconsejan, cuando hayan quitado por medio de la fuerza su autoridad al pueblo, os quitarán la vuestra con ayuda de los que, por esta ofensa, se conviertan en vuestros enemigos. Vuestra suerte será la de Benedicto Alberti que, por persuasión de quienes no le amaban, consintió en la ruina de Jorge Scali y Tomás Strozzi, y poco después, los mismos que le persuadieron, le desterraron.»

Le indujo, pues, á pensar con mayor madurez el asunto y á que imitara á su padre que, por atraerse la benevolencia de todos, disminuyó el precio de la sal; mandó que á quien se impusiera menos de medio florín de contribución, la pagara ó no, según su voluntad, y determinó que los días en que se reunieran los Consejos no se pudiese perseguir á ningún ciudadano por deudas. Terminó declarando que por su parte mantendría la Constitución de la República.

XI. Estas negociaciones fueron sabidas y aumentaron el crédito de Juan de Médicis y el odio contra los otros ciudadanos; pero evitaba aquel las demostraciones de afecto para disminuir el ardor de los que, con su apoyo, deseaban cosas nuevas, dando á entender á todos con sus razonamientos que no se proponía suscitar bandos, sino extinguirlos, y que de él sólo debía esperarse la unión de la ciudad. Esto disgustaba á muchos de su partido, quienes querían se mostrara con más energía y menos moderación.

Era uno de ellos Alamán de Médicis que, por ser de carácter impetuoso, no cesaba de excitarle á perseguir á los enemigos y favorecer á los amigos, censurando su frialdad y la lentitud de sus procedimientos, lo cual, según decía, ocasionaba que los enemigos trabajasen contra él sin reparo alguno, trabajos que producirían algún día la ruina de su casa y de sus amigos. Su propio hijo Cosme le excitaba en el mismo sentido; pero ni revelaciones ni pronósticos cambiaban los propósitos de Juan de Médicis. Á pesar de esto, descubiertos los deseos de los partidos, estaba la ciudad en manifiesta división.

Había en Palacio, al servicio de los Señores, dos cancilleres, Martino y Pagolo. Éste favorecía el partido de

Uzano, y aquel el de Médicis. Cuando maese Rinaldo vió que Juan no se unía á ellos, intentó que se privara de su cargo á Martino, juzgando que así tendría después la Señoría más favorable; pero, sabido el intento por sus adversarios, no sólo defendieron á Martino, sino que el privado del cargo fué Pagolo, aumentando con ello el rencor del bando contrario.

Esto hubiera causado lamentables efectos, á no ser la guerra lo que más preocupaba á la ciudad, atemorizada por la derrota de Zagonara; pues mientras tales cosas ocurrían en Florencia, Agnolo de la Pérgola, con el ejército del Duque de Milán, se había apoderado de todas las poblaciones que en la Romaña poseían los florentinos, excepto Castrocaro y Modigliana, unas por falta de medios de defensa, y otras por culpa de los que las guardaban.

En la ocupación de estos pueblos hubo dos sucesos que demuestran cuán preciado es aún para los enemigos el valor, y cuánto repugnan la cobardía y la bajeza.

XII. Biagio del Melano era gobernador del castillo de Monte Petroso, al cual habían puesto fuego los enemigos; y no viendo medio de salvarlo, arrojó paja y paños por la parte que aun no ardía, y sobre ellos á sus dos hijos, que eran de corta edad, diciendo á los enemigos: «Tomad para vosotros los bienes que la fortuna me ha dado y que me podéis quitar; los que tengo en mi corazón, en los cuales consiste mi honor y mi gloria, ni os los doy ni me los quitaréis.»

Acudieron los enemigos á salvar á los niños, poniendo escalas y cuerdas para que también se salvara el padre; pero éste no quiso, prefiriendo morir en las llamas á deber la vida á los enemigos de su patria. ¡Ejemplo ver-

daderamente digno de la antigüedad heroica, y tanto más admirable cuanto es más raro!

El enemigo dió á los hijos cuanto se pudo salvar y, con grandísimo cuidado, los entregó á sus parientes. La República no fué menos cariñosa con ellos, pues les concedió para mientras vivieran los medios de subsistencia.

Lo contrario de esto ocurrió en Galeata, donde era podestá Zanobi del Pino que, sin defensa alguna, entregó al enemigo el castillo, y además aconsejaba á Agnolo de la Pérgola abandonar las montañas de la Romaña y venir á los valles de Toscana, donde podría hacer la guerra con menos peligro y mayor ganancia. No pudo Agnolo sufrir la vileza y perfidia de Zanobi, y lo entregó á sus criados, quienes, después de muchos insultos y afrentas, sólo le dieron de comer papeles con pinturas de serpientes, diciéndole que con esta comida lo querían convertir de güelfo en gibelino. Extenuado por este tratamiento, murió á los pocos días.

XIII. Entretanto el conde Oddo con Nicolás Piccinino había entrado en Val di Lamona para obligar al señor de Faenza á aliarse con los florentinos, ó al menos para impedir á Agnolo de la Pérgola recorrer libremente la Romaña; pero siendo este valle fortísimo y sus habitantes muy belicosos, el conde Oddo fué muerto, y Nicolás Piccinino llevado prisionero á Faenza.

La fortuna quiso, sin embargo, que los florentinos obtuvieran por la derrota lo que no hubieran conseguido por la victoria, porque Nicolás influyó tanto con el señor de Faenza y con su madre, que les hizo aliados de Florencia.

Por este acuerdo quedó en libertad Nicolás Piccinino, quien no siguió el consejo que había dado á los otros, porque, al negociar con el gobierno florentino el ajuste de

sus servicios, ó porque le parecieran las condiciones mezquinas, ó porque las encontrara mejores en otra parte, repentinamente partió de Arezzo, donde estaba de guarnición, fué á Lombardía, y se puso á sueldo del Duque.

Consternó á los florentinos este suceso y, asustados además, por lo cuantioso de los gastos, juzgando que les era imposible mantener por sí solos la guerra, enviaron embajadores á los venecianos, para convencerles de que debían oponerse, cuando aun era fácil, al engrandecimiento de un príncipe que, si le dejaban prosperar, sería tan peligroso para ellos como para Florencia. Impulsaba también á los venecianos para esta empresa Francisco Carmagnola, uno de los capitanes más famosos de aquel tiempo, que primero estuvo al servicio del Duque, y después se rebeló contra él.

Dudaban los venecianos, por no saber si debían fiar en Carmagnola, pues sospechaban que la enemistad entre éste y el Duque fuera fingida; pero estando en estas vacilaciones, ocurrió que el Duque, valiéndose de un criado de Carmagnola, le hizo envenenar; y aunque el veneno no fué eficaz para matarle, le tuvo á las puertas de la muerte.

Descubierta la causa de la enfermedad, los venecianos abandonaron toda sospecha, y como continuaban los florentinos solicitándoles, hicieron liga con ellos, obligándose ambas partes á mantener la guerra á gastos comunes, siendo las conquistas que se hicieran en Lombardía para Venecia, y las de la Romaña y Toscana para Florencia. Carmagnola fué nombrado general en jefe de las tropas aliadas.

Redújose por esto la guerra á Lombardía, donde Carmagnola la dirigió valerosamente, y en pocos meses

quitó muchas poblaciones al Duque, entre ellas la ciudad de Brescia, cuya expugnación en aquel tiempo, y con los medios militares de que se disponía, fué considerada admirable.

XIV. Duraba esta guerra desde 1422 á 1427 y, agobiados los florentinos por los tributos impuestos hasta entonces, decidieron reformarlos (1427). Para que fueran proporcionados á las riquezas de los contribuyentes, se acordó que gravaran sobre los bienes, y que por cada cien florines de capital se pagaría medio florin de contribución. Hecha la repartición de este impuesto por la ley, y no por los hombres, resultó muy onerosa para los ciudadanos ricos, que clamaban contra ella aun antes de que se aprobase. Sólo Juan de Médicis aplaudía públicamente esta ley, que logró fuese votada. Como para su aplicación se acumulaban todos los bienes de cada ciudadano, lo cual llaman los florentinos *accatastare*, denominóse el impuesto, catastro.

Este nuevo modo de repartición puso término á la tiranía de los acaudalados, que no podían ya, como antes, oprimir á los pobres y, con las amenazas en los Consejos, hacerles callar. El impuesto fué bien recibido por la generalidad, y por los ricos con grandísimo desagrado. Pero como los hombres jamás se satisfacen y, conseguida una cosa, no se contentan con ella, sino que desean otra, no contento el pueblo con la igualdad del tributo que nacía de la ley, pedía que á ésta se diera fuerza retroactiva y que se averiguase lo que los ricos, conforme al catastro, habían pagado de menos y se les obligara á abonarlo hasta ponerse al igual de los que, para pagar lo que no debían, tuvieron que vender sus posesiones.

Esta demanda espantó á los ricos mucho más que el

catastro y, para defenderse de ella, no cesaban de combatir el impuesto mismo, asegurando que era injustísimo, por gravar los bienes muebles que hoy se poseen y mañana se pierden, y en cambio se libraban del pago los que tenían dinero oculto, que el catastro no podía descubrir. Añadían que los que por gobernar la República abandonaban sus negocios, debían sufrir menos impuestos que los demás ciudadanos, contribuyendo sólo con su trabajo personal á las necesidades del Estado, y que no era justo que la ciudad disfrutara de sus bienes y de sus esfuerzos personales, mientras los demás sólo contribuían con dinero.

Los partidarios del catastro respondían que, si los bienes muebles cambiaban de manos, también podía cambiar la cuota del impuesto, y, renovándola con frecuencia, se remediaba aquel inconveniente. Que del dinero oculto no se debía tener cuenta, porque si no se disfrutaba, no era justo que pagase contribución, y si se disfrutaba, no estaría escondido. Que á los que no agradase el trabajo de gobernar la República, lo dejaran, sin preocuparse de lo que sucediera, porque de seguro habría ciudadanos amantes de su patria que no tendrían dificultad en servirla con su dinero y sus consejos. Que las comodidades y los honores de la gobernación son tantos, que deben bastar á los gobernantes, sin exigir además librarse de las cargas públicas. Que lo que verdaderamente les perjudicaba no lo decían, y era no poder empeñar una guerra sin daño suyo, por tener que concurrir á los gastos como los demás; de suerte que, de haberse establecido antes esta forma de tributación, no se hubiera hecho la guerra contra el rey Ladislao, ni se haría ahora al duque Felipe; guerras emprendidas, no por

necesidad, sino por enriquecer á algunos ciudadanos.

Juan de Médicis procuraba calmar todos estos debates, demostrando que no había para qué tratar de lo pasado, sino proveer á lo futuro, y si los impuestos no habían sido antes equitativos, dar gracias á Dios por haber hallado el modo de que lo fuesen, procurando que esto sirviera de motivo de unión y no de divisiones en la ciudad, cosa que sucedería al querer igualar los tributos pasados á los presentes; pues satisfacerse con una mediana victoria, es más atinado que procurar completo triunfo con exposición de perderlo todo. Con tales razonamientos apaciguó aquellas discórdias, ó hizo que se desistiera de la igualdad en los tributos pasados.

XV. Continuaba entretanto la guerra con el Duque de Milán y se ajustó al fin la paz en Ferrara por mediación de un legado del Papa; pero, por no observar el Duque las condiciones, los de la liga volvieron á tomar las armas y, viniendo á las manos con el ejército ducal, lo derrotaron en Maclovio (1) (1428). Después de esta derrota, el Duque hizo nuevas gestiones de paz, á las que accedieron los venecianos y los florentinos; éstos por sospechar de los venecianos, pareciéndoles que gastaban demasiado en hacerles poderosos, y aquéllos por ver que Carmagnola, después de la derrota del Duque, procedía con suma lentitud, lo cual les hizo desconfiar de él.

Ajustóse la paz en 1428, por la cual los florentinos recuperaron las ciudades perdidas en Romaña y los venecianos se quedaron con Brescia, cediéndoles el Duque, además, Bérgamo y su condado. Costó esta guerra á los florentinos tres millones y quinientos mil du-

(1) Mejor dicho, Macclodio, impropriamente llamado Macaló,

cados; con ella adquirieron los venecianos poder y grandeza, y ellos pobreza y desunión.

Ajustada la paz exterior, empezó la guerra intestina. No pudiendo los grandes sufrir el catastro, ni viendo la manera de suprimirlo, proyectaron un procedimiento para aumentar el número de adversarios de esta institución y tener más auxiliares contra ella. Demostraron á los recaudadores que la ley les obligaba á investigar los bienes que había en los distritos de la República, para saber cuáles de ellos pertenecían á los florentinos. A causa de esto, se obligó á todos los súbditos á presentar en un plazo determinado una declaración escrita de sus bienes. Los de Volterra se quejaron á la Señoría de esta obligación, y los recaudadores, indignados, prendieron á diez y ocho volterranos. Esta medida les irritó grandemente, pero no se sublevaron, por no perjudicar á sus conciudadanos presos.

XVI. Por entonces enfermó Juan de Médicis y, conociendo que su dolencia era mortal, llamó á sus hijos Cosme y Lorenzo, á quienes dijo: «Creo haber vivido el tiempo que al nacer me fijaron Dios y la naturaleza. Muero contento, pues os dejo ricos, sanos y en elevada posición; de suerte que podréis, siguiendo mi ejemplo, vivir en Florencia honrados y queridos de todos. Nada me satisface tanto al morir como el recuerdo de no haber ofendido á nadie: antes al contrario, he favorecido á todos en cuanto me era posible. Os aconsejo que hagáis lo mismo. Respecto al gobierno, si queréis vivir seguros, aceptad sólo lo que las leyes y los ciudadanos os concedan, con lo cual, ni excitaréis la envidia, ni estaréis en peligro, porque lo que produce el odio no es lo que á los hombres se concede, sino lo que ellos toman;

siendo común y frecuente ver á hombres que pierden lo que poseen por ambicionar lo ajeno y, antes de perderlo, viven en continuos afanes.

»Con esta conducta he logrado entre tantos enemigos y tantas discordias, no sólo mantener, sino aumentar mi fama en Florencia. De igual manera, si seguís mi ejemplo, mantendréis y aumentaréis la vuestra; pero si tomáis distinto rumbo, pensad que vuestro fin no será más feliz que el de los que, en cuanto nuestra memoria alcanza, se arruinaron y arruinaron sus casas.»

Murió poco después (1429), produciendo su pérdida grandísimo sentimiento en el pueblo, que estimaba sus excelentes cualidades. Fué Juan de Médicis misericordioso, y no sólo daba limosna á quien se la pedía, sino muchas veces, sin demanda, socorría las necesidades de los pobres. Amaba á todos; elogiaba á los buenos, y de los malos se compadecía. Jamás solicitó dignidades, y las tuvo todas; jamás fué al Palacio sin que le llamaran. Deseaba la paz y evitaba la guerra. Socorría á los hombres en la adversidad, y en la prosperidad les ayudaba. Enemigo de toda malversación, procuraba acrecer la fortuna del Estado. Bondadoso en el ejercicio de la autoridad; no de grande elocuencia, pero de grandísima prudencia; de aspecto melancólico, era en la conversación muy agradable y afectuoso. Murió colmado de riquezas, pero más aún de buena fama y de público cariño. Su herencia, no sólo de bienes de fortuna, sino de cualidades del alma, la conservó y aun aumentó su hijo Cosme.

XVII. Cansados de estar presos los volterranos, prometieron, á cambio de la libertad, acceder á cuanto se les pedía. Volvieron libres á Volterra en el momento

en que sus nuevos Priors entraban en ejercicio. Entre ellos figuraba un tal Giusto (Landini), plebeyo, pero de fama en la plebe, que era uno de los que habían estado presos en Florencia. Irritado ya contra los florentinos por la injuria pública á su patria y privada á su persona, le excitó más aún Juan de Contugi, de noble estirpe y colega suyo en la Prioría, aconsejándole que se valiera de la autoridad de los Priors y de su propia influencia, sublevara al pueblo y, librando á la patria del poder de Florencia, se proclamara príncipe.

Aceptado el consejo, tomó Giusto las armas, recorrió la ciudad, prendió al gobernador puesto por los florentinos, y se proclamó, con asentimiento del pueblo, Señor de Volterra.

Esta sublevación desagradó mucho á los florentinos; sin embargo, como habían ajustado la paz con el Duque de Milán, cuyas condiciones acababan de estipular, creyeron poder recuperar pronto á Volterra, y para no perder tiempo, enviaron inmediatamente como Comisarios de esta empresa á maese Rinaldo de Albizzi y á maese Palla Strozzi.

Esperando Giusto que los florentinos le atacaran, pidió ayuda á los sieneses y luqueses. Se la negaron los sieneses, alegando que tenían alianza con los florentinos, y Pagolo Guinigi, señor de Luca, por reconquistar el afecto del pueblo florentino, que creía haber perdido durante la guerra con el Duque de Milán, á causa de saberse que era amigo de éste, no sólo negó auxilio á Giusto, sino envió preso á Florencia al que fué á pedirlo.

En tanto, los Comisarios, para coger á los volterranos desprevenidos, concentraron toda su gente de armas y

alistar en Val d'Arno de Abajo y en el condado de Pisa numerosa infantería, dirigiéndose á Volterra.

Ni porque le abandonaron los vecinos, ni por el inmediato asedio de los florentinos se abatía Giusto, que, confiado en la fortaleza de la plaza y en su numerosa población, se preparaba á la defensa.

Estaba en Volterra un tal Arcolano, hermano de aquel Juan que había inducido á Giusto á apoderarse de la Señoría, y hombre de crédito en la nobleza. Reunió éste á algunos amigos íntimos, y les aseguró que Dios, por medio de aquel accidente, remediaba las necesidades de la ciudad, porque si se decidían á tomar las armas y á privar á Giusto de la Señoría, devolviendo la ciudad á los florentinos, quedarían como principales en ella y conservarían sus antiguos privilegios.

Puestos de acuerdo para esta empresa, fueron al palacio donde se encontraba el Señor; quedaron algunos en las salas bajas; maese Arcolano, con tres de sus cómplices, subió á las habitaciones en que estaba Giusto; encontróle acompañado de algunos ciudadanos; le llamó aparte, como si quisiera decirle algo importante y, hablando, le condujo á una habitación próxima, donde él y sus cómplices le atacaron espada en mano. El ataque no fué tan rápido que impidiera á Giusto valerse de sus armas, hiriendo gravemente á dos de los asesinos; pero, no pudiendo resistir á todos, fué muerto y arrojado su cadáver fuera del Palacio.

Tomaron las armas los partidarios de Arcolano y entregaron la ciudad á los Comisarios florentinos, que con su ejército se habían acercado, quienes, sin hacer trato alguno, entraron en ella. Con esto empeoró la condición de Volterra, pues, entre otras cosas, desmembraron

la mayor parte del condado y la redujeron á vicariato.

XVIII. Perdida y reconquistada tan rápidamente Volterra, no había motivo de nuevas guerras, si la ambición de los hombres no las promoviera.

Había servido bastante tiempo en el ejército florentino, durante la guerra con el Duque de Milán, Nicolás Fortebraccio, hijo de una hermana de Braccio de Perusa. Al hacerse la paz le licenciaron los florentinos y, cuando ocurrió lo de Volterra, aun estaba alojado en Fucecchio, por lo cual los Comisarios se valieron de él y de su gente.

Se creyó entonces que maese Rinaldo, durante aquella corta campaña, le persuadió para que, fingiendo cualquier ofensa, atacara á los luqueses, asegurándole que, si lo hacía, pondría á los florentinos en el caso de acometer esta empresa, y sería él quien la dirigiera.

Recuperada Volterra, y vuelto Nicolás á su alojamiento de Fucecchio, ó por las persuasiones de maese Rinaldo, ó por propia voluntad, en Noviembre de 1429, con trescientos infantes y trescientos caballos ocupó á Ruoti y Cómposito, castillos de los luqueses y, bajando después al llano, cogió grandísimo botín.

Sabida en Florencia la noticia de este ataque, formaban corros en las calles los hombres de todas condiciones, y la mayoría opinaba que se hiciera la empresa contra Luca. Entre los ciudadanos poderosos que la favorecían, estaban los del partido de los Médicis, y con ellos se había unido maese Rinaldo, impulsado, ó por el convencimiento de que era empresa útil á la República, ó por ambición, creyendo que sería él quien dirigiera esta guerra. Los contrarios á ella eran Nicolás de Uzano y su partido.

Parece increíble que en la misma ciudad hubiera tan

distintas opiniones para emprender la guerra; porque aquellos ciudadanos y aquel pueblo que, después de diez años de paz, habían censurado la empresa contra el duque Felipe, hecha para defender la libertad de Florencia, ahora, después de tantos gastos y tantos trabajos, pedían con insistencia se declarara la guerra á Luca para privar á otros de su independencia; y en cambio, los partidarios de la guerra contra el Duque de Milán, censuraban ésta. ¡Tanto varían con los tiempos las opiniones! ¡Tanto más pronta se muestra la multitud á ocupar lo ajeno que á defender lo propio! ¡Tanto, en fin, domina más á los hombres la esperanza de adquirir que el temor de perder; porque de éste no hacen caso si no está cerca, y aquélla aun de lejos acaricia!

Las esperanzas del pueblo de Florencia aumentaban á medida de las conquistas de Nicolás Fortebraccio y por las cartas de los Rectores próximos á Luca; porque los vicarios de Poscia y de Vico pedían licencia para ocupar los castillos que ofrecían entregarse, y en vista de que pronto quedaría conquistado todo el condado de Luca.

Añadiase á esto la conducta del embaixador enviado por el Señor de Luca á Florencia para quejarse del ataque de Nicolás Fortebraccio y para rogar á la Señoría que no declarase la guerra á un vecino suyo y á una ciudad que siempre había sido amiga. Llamábase el embajador Jacopo Viviani, y poco tiempo antes le había tenido preso Pagolo Guinigi, señor de Luca, por conspirar contra él. Aunque se le probó la culpa, le perdonó la vida, y por creer que Jacopo, á su vez, le había perdonado la prisión, se fiaba de él. Pero acordándose maese Jacopo más del peligro que del beneficio, llegado á Florencia, impulsaba secretamente á los ciudadanos á la

guerra, cuyo impulso, unido á las otras esperanzas, hizo que la Señoría reuniera el Consejo, acudiendo cuatrocientos noventa y ocho ciudadanos, ante los cuales los principales de la ciudad discutieron el asunto.

XIX. Entre los partidarios más tenaces de la empresa estaba, según antes decimos, maese Rinaldo. Mostraba éste la utilidad de la conquista y cuán propicia era la ocasión, por no oponerse los venecianos ni el Duque de Milán, ni poderla impedir el Papa, preocupado con los asuntos del reino de Nápoles. Añádase á esto la facilidad de conquistar á Luca, sierva de uno de sus ciudadanos, por lo cual había perdido el natural vigor y la antigua costumbre de defender la libertad, de suerte que el pueblo por expulsar al tirano, ó el tirano por miedo al pueblo, la entregarían. Detallaba todas las ofensas que el Señor de Luca había hecho á nuestra República y la malquerencia que le tenía; ponderaba lo peligroso que sería, si el Papa ó el Duque de Milán declaraban de nuevo la guerra, y aseguraba, en fin, que el pueblo florentino no había realizado una empresa, ni más fácil, ni más útil, ni más justa.

Contra esta opinión dijo Nicolás de Uzano que jamás había hecho Florencia empresa más injusta, ni más peligrosa, ni de la cual debieran nacer mayores males. En primer lugar, se iba á combatir una ciudad güelfa, que siempre había sido amiga del pueblo florentino y que muchas veces, con peligro propio, recibió en su seno á los güelfos que no podían permanecer en su patria. Además, en cuanto la memoria alcanzaba, no había recuerdo de que Luca libre ofendiera á Florencia, pues si los florentinos tenían motivos de queja de los tiranos de Luca, como antes de Castruccio y ahora de Guinigi, culpa era

de estos tiranos y no de los luqueses. Esta empresa le desagradaría menos si fuera posible hacer la guerra al tirano sin hacerla á los ciudadanos; pero no siéndolo, no podía consentir que una ciudad, siempre amiga de Florencia, fuera despojada de sus derechos. Y puesto que se vivía en tiempos en que apenas era tenida en cuenta la justicia ó injusticia de las causas, prescindiendo de este aspecto de la cuestión, trataría sólo de la utilidad de la empresa. En su opinión, debía llamarse útil lo que no produjera fácilmente perjuicio; pero no comprendía que alguien considerara útil una empresa en la que los daños eran seguros y las utilidades dudosas. Daños seguros eran los gastos que ocasionara la conquista capaces de atemorizar á una república en larga paz, y que con más motivo debieran amedrentar á Florencia, salida apenas de larga y ruinoso guerra. La utilidad posible era la conquista de Luca, sin duda importante; pero debían tenerse en cuenta las dificultades, tantas y tan grandes en su opinión, que consideraba irrealizable la empresa.

No cabía esperar que á los venecianos y al Duque de Milán satisficiera esta conquista, pues aquellos aparentaban consentir en ella por no mostrarse ingratos, puesto que poco antes, con el dinero de los florentinos, habían adquirido tanto poder, y al Duque agradaría sin duda que los florentinos se empeñaran en nueva guerra y nuevos gastos, porque, fatigados y arruinados por completo, podría atacarles con más ventaja. Además, no había de faltarle medio durante la guerra, cuando mayor fuera la esperanza de victoria, de socorrer á los luqueses ú ocultamente con dinero ó licenciando sus tropas y haciéndolas pasar, como aventureros, al servicio de Luca. Aconsejaba, pues, renunciar á la empresa y procurar al

tirano el mayor número de enemigos entre sus conciudadanos. Mejor que sojuzgar á Luca, era dejarla que, bajo el poder del tirano, se debilitase y, observando una política hábil, se pondría aquella ciudad en el caso de que, ó por no poder sostenerse el tirano, ó por no saber gobernarse los ciudadanos, por necesidad se entregara á los florentinos. Veía, sin embargo, los ánimos dispuestos á la guerra y que sus palabras no eran escuchadas; pero les pronosticaba que la guerra sería costosa y llena de peligros; que en vez de apoderarse de Luca la librarian de su tirano, y que, de una ciudad amiga, sojuzgada y débil, harían una ciudad libre y enemiga de Florencia, la cual sería con el tiempo un obstáculo á la grandeza de esta República.

XX. Después de hablar mucho en pro y en contra de la empresa, se llegó á la votación secreta, según costumbre, y sólo votaron en contra noventa y ocho. Tomada, pues, esta determinacion, y nombrados los Diez para dirigir la guerra, asoldaron tropas de á pie y de á caballo. Astorre Gianni y maese Rinaldo de Albizzi fueron nombrados Comisarios, y estipularon con Nicolás Fortebraccio que les cediera las poblaciones conquistadas y continuara la campaña como soldado de Florencia.

Al llegar los Comisarios al territorio de Luca con el ejército, dividieron éste, bajando Astorre al llano hacia Camajore y Pietrasanta, y dirigiéndose maese Rinaldo hacia los montes. Creían que, quitando á los luqueses su territorio, con facilidad se apoderarían después de Luca.

Ambos fueron desgraciados en estas expediciones, no porque dejaran de ocupar muchas plazas, sino por su conducta en la dirección de la guerra, que fué duramente censurada. En verdad Astorre Gianni dió motivo evidente

para ello por lo que hizo en Seravezza. Es este un valle próximo á Pietrasanta, rico y muy poblado, cuyos habitantes, al saber la venida del Comisario, salieron á su encuentro y le rogaron les aceptara como fieles servidores del pueblo florentino. Píngió Astorre que admitía la oferta, y después hizo ocupar á sus soldados todos los pasos y sitios fuertes del valle, y reunir los hombres en la principal de las iglesias, donde á todos les prendió, ordenando á las tropas saquear y destruir toda la comarca con tal crueldad y avaricia, que ni respetaron lugares sagrados, ni el honor de las mujeres, casadas ó solteras.

Cuando estos atropellos se supieron en Florencia no indignaron sólo á los magistrados, sino á toda la ciudad.

XXI. Algunos seravezzeses que huyeron de manos del Comisario, llegaron á Florencia, y por todas las calles y á todo el mundo contaban su infortunio; por lo cual, animándoles muchos, y deseosos que el Comisario fuera castigado ó como hombre malvado ó como enemigo del partido güelfo, presentáronse á los Diez y pidieron ser oídos. Entrados en el Palacio, uno de ellos se expresó en estos términos:

«Seguros estamos, magníficos Señores, de que nuestras palabras os persuadirán y conmovrán al saber cómo vuestro Comisario ha ocupado nuestra tierra, y cómo después hemos sido tratados. Nuestro valle, según vuestros anales pueden demostrarlo, fué siempre güelfo y en muchas ocasiones seguro refugio para vuestros conciudadanos que, perseguidos por los gibelinos, acudían á él. Nuestros antepasados y nosotros hemos acatado siempre el nombre de esta inclita República, cabeza y sostén de aquel partido.

»Mientras los luqueses fueron güelfos, voluntariamente respetamos su dominación; pero desde que se sujetaron á un tirano que, abandonando á sus antiguos amigos, siguió el bando gibelino, les obedecemos más por fuerza que por voluntad, y Dios sabe cuántas veces le hemos rogado que nos diera ocasión para mostrar nuestras opiniones favorables al antiguo partido. ¡Cuán ciegos son los hombres en sus deseos! Lo que para nuestra salud queríamos ha sido nuestra ruina, porque, al saber que nuestros partidarios se acercaban á nosotros, no como enemigos sino como antiguos Señores nuestros, salimos al encuentro de vuestro Comisario y pusimos el valle, nuestras fortunas y nuestras personas en sus manos, fiando en él y creyendo que tendría alma, si no de florentino, de hombre.

»Perdonen Vuestras Señorías nuestras palabras, que el no poder sufrir más de lo que hemos sufrido nos permite hablar sin temor. Vuestro Comisario sólo tiene de hombre la figura, y de florentino sólo el nombre. Es una peste mortífera, una fiera cruel, un monstruo horrendo, mayor que escritor alguno pudo imaginarlo, porque encerrándonos en nuestra iglesia bajo pretexto de querer hablarnos, nos prendió, y asoló y arruinó todo el valle: las personas y los bienes fueron robados, despojados, saqueados, spaleados y muertos, las mujeres violadas, arrancando nuestras hijas de los brazos de sus madres y entregándolas á la lubricidad de los soldados.

»Si por alguna injuria al pueblo florentino ó al Comisario mereciéramos tantos males, ó si nos cogieran armados y defendiéndonos, nos doleríamos menos, acusándonos de haberlos merecido, ó por vuestras ofensas ó por nuestra arrogancia; pero nos autoriza á quejarnos

con amargura el que, después de entregarnos voluntariamente desarmados se nos haya despojado y robado con tanta infamia é ignominia.

«Hemos podido hacer que resuenen nuestras quejas en Lombardía; hacer que nuestras ofensas, con deshonor de Florencia, se publiquen en toda Italia; pero no queremos, por no deshonar una República tan virtuosa y digna, con la deshonra y crueldad de un malvado hijo suyo. De haber conocido su avaricia antes de nuestra ruina, hubiéramos procurado satisfacerla, aunque no tiene fondo ni medida, y por esta vía, con parte de nuestros bienes, acaso hubiésemos salvado el resto. Pero no siendo ya tiempo de hacerlo, recurrimos á vosotros para rogaros socorráis la desdicha de vuestros súbditos, para que nuestro ejemplo no asuste y retraiga á los demás de someterse á vuestro imperio.

«Aunque no os muevan nuestros infinitos males, os moverá el temor á la ira de Dios, que ha visto sus templos saqueados y quemados, y dentro de ellos á nuestro pueblo víctima de la traición.»

Dicho esto se arrojaron á tierra gritando y rogando que les devolvieran sus bienes y su patria, y restituyesen al menos (puesto que el honor no era posible) las esposas á sus maridos y las hijas á sus padres.

Esta atrocidad, que primero supieron y oyeron después de viva voz á los que la habían sufrido, indignó á los magistrados y, sin pérdida de momento, hicieron volver á Astorre, siendo después condenado y amonestado. Buscáronse luego los bienes de los de Seravezza, y los que se pudieron encontrar los restituyeron á sus dueños; los demás fueron con el tiempo y de varias maneras indemnizados.

XXII. Por otra parte acusaban á maese Rinaldo de Albizzi de que hacía la guerra por conveniencia propia y no por utilidad del pueblo florentino; de que, desde que fué nombrado Comisario, había desaparecido de su ánimo el deseo de apoderarse de Luca, bastándole saquear la comarca, llenar sus posesiones de ganado y sus casas de botín, y de que, no bastándole las presas que por medio de sus satélites hacía para propia utilidad, compraba las de los soldados, de suerte que, de Comisario, se había convertido en mercader. Llegando estas calumnias á sus oídos, conmovieron su enérgico y altivo ánimo más de lo que á un hombre de su carácter convenia, y tanto le perturbaron que, indignado contra los magistrados y los ciudadanos, sin pedir licencia, ni esperar á que se le concediera, volvió á Florencia, presentóse ante los Diez, y dijo que sabia muy bien cuán difícil y peligroso era servir á un pueblo sin freno y á una República dividida en bandos, porque aquél acoge todo género de rumores, y ésta, persiguiendo las malas acciones, no premia las buenas y acusa por sospechas, tanto que al virtuoso nadie le elogia, y al que comete faltas todos le calumnian, persiguiendo á unos y otros, los partidarios suyos por envidia, los adversarios por odio. Sin embargo, jamás había dejado de hacer, por miedo á vanas calumnias, cuanto creia útil á su patria; pero la infamia de las actuales había acabado con su paciencia, haciéndole mudar de propósito. Rogaba, pues, á los magistrados que en lo sucesivo defendieran con más prontitud á sus conciudadanos, á fin de que éstos estuvieran también prontos á servir á la patria, y puesto que en Florencia no era costumbre concederles los honores del triunfo, al menos no se consintiera mancillarles con calumnias. Recordaba,

en fin, á los magistrados que, siendo ciudadanos de Florencia estaban expuestos á igual tratamiento y, si se les calumniaba, comprenderían lo que las calumnias ofenden á las personas dignas.

Los Diez procuraron, según las circunstancias, calmar á Rinaldo, y dieron la dirección de la guerra á Neri de Ginó y á Alamanno Salviati quienes, prescindiendo de correrías por la comarca de Luca, se acercaron con el ejército á la ciudad, y como duraba aún el invierno, se establecieron en Capannole. Pareció á los Comisarios que allí se perdía el tiempo y quisieron estrechar el cerco de la ciudad; pero aunque los Diez ordenaban que sin excusa se organizara el sitio no quisieron obedecer los soldados, á causa del rigor de la estación.

XXIII (1430). Había en aquel tiempo en Florencia un eximio arquitecto, llamado Felipe Brunellesco, de cuyas obras está llena nuestra ciudad, tanto que por ello mereció se le erigiera á su muerte, en la principal iglesia de Florencia, una estatua de mármol con inscripción, que aun da testimonio, á quien la lee, de su genio.

Demostraba éste que, teniendo en cuenta la posición de Luca y la altura del lecho del río Serchio, podía ser inundada dicha ciudad, y tanto insistió en ello que los Diez ordenaron se hiciera la prueba. Esta sólo produjo el desorden en nuestro ejército y la seguridad del enemigo, porque los luqueses levantaron el terreno con un dique hacia la parte por donde hacían venir las aguas del Serchio, y una noche rompieron el canal que los sitiadores habían hecho para llevar el río, de suerte que las aguas contenidas hacia Luca por el dique, salieron por el rompimiento inundando la llanura, y las tropas, en vez de aproximarse á la plaza, viéronse obligadas á levantar el campo.

XXIV. Fracasado este intento, los Diez que de nuevo desempeñaban la magistratura nombraron Comisario á Juan Guicciardini quien, lo más pronto que pudo, acampó junto á Luca. El Señor de esta ciudad, viéndose en peligro, por consejo del sienés Antonio del Rosso, que era embajador de Siena cerca de él, envió á Silvestre Trenta y Leonardo Buonvisi, para pedir socorro al Duque de Milán y, encontrando éstos al Duque poco dispuesto á ello, le rogaron secretamente que les diera gente, porque le prometían, de parte del pueblo, entregarle preso á su Señor, y después la posesión de la ciudad, advirtiéndole que, si no aceptaba pronto este ofrecimiento, el Señor entregaría la ciudad á los florentinos, quienes, con grandes promesas, lo solicitaban.

El miedo que tuvo el Duque á que esto sucediera le hizo dejar á un lado toda consideración, y ordenó que uno de sus capitanes, el conde Francisco Sforza, le pidiera públicamente licencia para ir al reino de Nápoles. Obtenida, vino con sus tropas á Luca, aunque los florentinos, sabedores de estos manejos, y sospechando lo que sucedería, le enviaron, para disuadirle, á su amigo el conde Boccaccino Alamanni.

Llegado Sforza á Luca, retiróse el ejército florentino á Librafatta, y el Conde fué inmediatamente á acampar junto á Pescia, donde estaba de vicario Pagolo de Diaceto quien, tomando consejo del propio miedo, se refugió en Pistoia, y de no defender la ciudad Juan Malavolti, que la guarneecía, se hubiera perdido.

No pudiendo Sforza apoderarse de ella en el primer asalto, fué á Borgo Buggiano y lo tomó, y Stigliano, castillo próximo á aquél, lo quemó.

Al ver los florentinos este desastre, acudieron á los

remedios que muchas veces les habían salvado. Sabían que entre soldados mercenarios, donde no llega la fuerza llega la corrupción, y ofrecieron á Sforza dinero, no sólo para que se alejara, sino para que les entregara á Luca. Juzgando el Conde que no podría sacar mayor cantidad de Luca, fácilmente cambió de conducta y convino con los florentinos, no el entregarles Luca, porque no lo consentía su honor, sino abandonarla cuando le dieran cincuenta mil ducados.

Hecho este convenio, el conde Sforza, á fin de que los luqueses le excusaran con el Duque de Milán, ayudó al pueblo para expulsar á su Señor.

XXV. Estaba en Luca, según antes hemos dicho, maese Antonio del Rosso, embajador de Siena, quien, autorizado por el conde Sforza, convino con los ciudadanos la caída de Pagolo. Jefes de la conjuración fueron Pedro Cennami y Juan de Chivizzano.

Encontrábase el Conde acampado fuera de la ciudad, á orillas del Serchio, y vivía con él Lanzilao, hijo de Guinigi. Los conjurados, en número de cuarenta, armados y de noche fueron al palacio del Señor que, al oír el ruido, se presentó atónito ante ellos preguntándoles el motivo de la visita. Contestóle Pedro Cennami que hacía largo tiempo estaban gobernados por él, y que, rodeados de enemigos, veíanse expuestos á morir de hambre ó por la fuerza de las armas, por lo cual habían determinado gobernarse en adelante por sí mismos y, para ello, le pedían las llaves y el tesoro de la ciudad. Contestó Pagolo que el tesoro estaba agotado y que les entregaba las llaves y su persona, rogándoles se contentaran con ellas, y que su autoridad, empezada y continuada sin derramamiento de sangre, terminara de igual suerte.

Francisco Sforza envió á Pagolo Guinigi y á su hijo al Duque de Milán, y ambos murieron presos en este ducado.

La partida de Sforza libró á Luca del tirano y á los florentinos del temor al ejército de aquél, por lo cual los luqueses se prepararon á la defensa y éstos al ataque, habiendo elegido por capitán al conde Urbino, quien sitió de nuevo la ciudad y obligó á los luqueses á recurrir otra vez al Duque de Milán. Este, con el mismo pretexto que había enviado al conde Sforza, envió en su auxilio á Nicolás Piccinino.

Al venir Piccinino á Luca, salieronle los nuestros al encuentro en las orillas del Serchio y, empeñado el combate en el paso de este rio, fueron derrotados los florentinos, salvándose el Comisario con poca gente en Pisa.

Esta derrota contristó á Florencia, y como la guerra había sido emprendida por voto unánime de los ciudadanos, no sabiendo el pueblo á quién culpar, calumniaba á los que la dirigían, ya que no podía calumniar á quienes la acordaron, renovando las acusaciones que antes hizo contra Rinaldo de Albizzi. Más que ningún otro, era censurado Juan Guicciardini, diciendo que, al partir el conde Francisco Sforza, pudo terminar la guerra; pero que había sido ganado con dinero, enviando gruesa suma á su casa. Hasta decían quién la llevó y quién la recibió. Tanto cundieron estos rumores y estas acusaciones que el Capitán del pueblo, á impulsos de la opinión pública, y sobre todo de los enemigos de Guicciardini, le hizo comparecer ante él. Acudió Guicciardini indignadísimo, y sus parientes trabajaron tanto por su honra y la de su casa, que el Capitán desistió de la acusación.

Después de esta victoria, los luqueses recobraron su

territorio y además ocuparon la comarca del condado de Pisa, excepto Bientina, Calcinaja, Liorna y Librafatta (1433), y, si no se descubre una conjuración, tramada en Pisa, también se pierde esta ciudad.

Reorganizaron los florentinos su ejército, nombrando capitán á Micheletto, discípulo de Sforza.

Por su parte el Duque de Milán continuó la campaña, y, para combatir con mayor fuerza á los florentinos, hizo que los genoveses, sieneses y el Señor de Piombino se coaligaran para la defensa de Luca, y tomaran por capitán á Nicolás Piccinino, cosa que puso de manifiesto sus intenciones.

En vista de ello, los venecianos y florentinos renovaron la alianza y comenzó la guerra en Lombardia y en Toscana, librándose en ambos Estados diversos combates con éxito vario, hasta que, cansados unos y otros, ajustaron la paz en Mayo de 1433. Los florentinos, liguenses y sieneses se devolvieron mutuamente los castillos que habían ocupado, quedando cada cual con las posesiones que tenía antes de la guerra.

XXVI. Durante esta empresa fermentaban los rencores de los bandos dentro de la República, y Cosme de Médicis, después de la muerte de su padre Juan, atendía á los negocios públicos con mayor celo y estudio y más liberalidad con sus amigos de la que había mostrado su padre. Así, pues, los que por la muerte de Juan se alegraron, al ver las cualidades de Cosme se entristecían. Era éste prudentísimo, de grave y grata presencia, muy liberal, muy humano, que jamás intentó cosa alguna contra sus enemigos ni contra la República, que procuraba el beneficio de todos y, con su liberalidad, atraerse las simpatías del mayor número posible de ciudadanos. De esta

suerte su ejemplo era un cargo para los que gobernaban; esperaba con tal conducta vivir en Florencia tan tranquilo y seguro como el que más; y si sus ambiciosos adversarios le combatían apelando á recursos extraordinarios, ser superior á ellos por la fuerza y el número de sus partidarios.

Grandes instrumentos de su poder fueron Averardo de Médicis y Puccio Pucci. El primero con su audacia y el segundo con su prudencia y sagacidad le impulsaron á la grandeza y á las dignidades. Tan estimados eran el consejo y la opinión de Puccio, y tanto lo sabían todos, que no se denominaba al partido de Cosme con el nombre de éste, sino con el de Puccio.

Estaba así dividida Florencia, cuando comenzó la guerra contra Luca, con la cual, en vez de extinguirse, crecieron los rencores entre los bandos, y aunque el partido de Cosme era quien principalmente la había provocado, sin embargo, la dirigían con más frecuencia los del bando opuesto, por ser los hombres de más consideración de la República. No pudiendo impedirlo Averardo de Médicis y sus secuaces, procuraban con astucia é industria calumniar á los gobernantes. Si ocurría algún descalabro, y hubo muchos, no se atribuía á la fortuna ó á la fuerza del enemigo, sino á la poca prudencia del Comisario.

Esto hizo agravar las culpas de Astorre Gianni; esto produjo la indignación de Rinaldo de Albizzi y dejar el cargo sin licencia; esto ocasionó que el Capitán del pueblo llamara á su presencia á Juan Guicciardini; de aquí nacieron todas las censuras contra los magistrados y los Comisarios, porque se exageraban las faltas cometidas y se inventaban otras, y el pueblo, que no amaba á los acusados, creía las verdaderas y las falsas.

XXVII. No ignoraban Nicolás de Uzano y los otros jefes de su partido esta conducta y estos procedimientos de sus adversarios, y muchas veces habían tratado de poner remedio, sin encontrar el modo, por parecerles peligroso dejar crecer el daño y difícil evitarlo. Nicolás de Uzano era el primero en rechazar los recursos violentos; pero, viendo Nicolás Barbadoro la guerra en el exterior y tales discordias dentro de la ciudad, para inclinar el ánimo de Uzano á que consintiera en la pérdida de Cosme, fué á su casa, encontróle pensativo en su gabinete de trabajo y le exhortó, con las razones que creía más eficaces, á convenir con maese Rinaldo de Albizzi en el destierro de Cosme de Médicis. Respondió Uzano á este consejo: «Más valiera á ti, á tu familia y á nuestras República que tú y los que como tú opinan en este asunto tuvieran la barba de plata, y no de oro (1), como dicen que tú la tienes, porque, procediendo los consejos de cabezas canas y llenas de experiencia, serían más sensatos y más útiles para todos. Me parece que los que piensan desterrar á Cosme de Florencia deberían medir antes sus fuerzas y la que éste tiene. Llamáis á nuestro partido el de los nobles y al contrario el de la plebe; y aunque la verdad corresponda al nombre, la victoria en cualquier accidente sería dudosa, debiéndose más bien temer el conflicto que desearlo, y no olvidar que la plebe acabó con la antigua nobleza de esta ciudad.

»Nuestra situación es aún más peligrosa por estar desmembrado nuestro partido, y el contrario entero. En primer lugar, dos de los más principales de nuestros

(1) Juego de palabras por el apellido Barbadoro, Barba de oro.

conciudadanos, Neri de Gino y Nerón de Nigi, ninguna demostración han hecho para que se les pueda considerar más amigos nuestros que de ellos. Muchas familias y hasta muchas casas están divididas, porque no pocas, por envidias entre hermanos ó parientes, son contrarias á nosotros y partidarias de nuestros adversarios. Te recordaré los más notables, y de los otros tú te acordarás. De los hijos de Maso de Albizzi, Lucas, por envidia de Rinaldo, se ha afiliado al partido de los Médicis: en la casa de los Guicciardini, de los hijos de maese Luis, Pedro, enemigo de maese Juan, favorece á nuestros adversarios; Tomás y Nicolás Soderini nos hacen abiertamente la guerra por odio á su tío Francisco; de suerte que, bien considerado los que son ellos y somos nosotros, no sé por qué merezca nuestro partido, mejor que el contrario, llamarse el de los nobles. Si es porque el sigue toda la plebe, estamos por ello en peor condición que nuestros adversarios en el caso de venir á las manos, porque no podríamos resistirles.

»Si conservamos nuestras dignidades, es por la antigua consideración á este gobierno que se ha mantenido durante cincuenta años; pero si se llegara á la prueba y nuestra debilidad fuera descubierta, estaríamos perdidos.

»Si me dices que la justicia de nuestra causa aumentaría nuestro crédito y el miedo de nuestros enemigos, contestaré que esta justicia conviene que la crean y comprendan los demás como nosotros; pero sucede todo lo contrario, porque el motivo que nos impulsa es el temor de que Cosme de Médicis quiera proclamarse príncipe y soberano de la República. Esta sospecha nuestra no la tienen los demás, y, lo que es peor, nos acusan de lo mismo que á Cosme acusamos.

» Los actos que hacen á Cosme sospechoso son: servir á todos con su dinero, no sólo á los particulares, sino también al público; no sólo á los florentinos, sino también á los capitanes que prestan á sueldo sus servicios; favorecer á este ó aquel ciudadano que necesita pedir algo á los magistrados; valerse del crédito que su benevolencia le proporciona para elevar en posición ó dignidad á cualquier amigo suyo. No podríamos, pues, alegar para desterrarle otros cargos que los de ser compasivo, oficioso, liberal y amado de todo el mundo. Y dime, pues: ¿qué ley prohíbe, ó censura y condena en los hombres la piedad, la liberalidad ó el amor?

» Y aunque estos sean los medios ordinarios de cuantos aspiran á la tiranía, ni respecto de Cosme son creídos, ni nosotros tenemos autoridad para hacer que sean sospechados, porque nuestra pasada conducta nos ha hecho perder la confianza del pueblo, y Florencia, naturalmente entregada al espíritu de partido, porque así ha vivido siempre, no dará oídos á tal acusación.

» Pero supongamos que se logra desterrarle, cosa fácil teniendo á la Señoría propicia. ¿Cómo podríais impedir su vuelta, quedando aquí tantos amigos suyos con ardiente deseo de traerle? Siendo muchos sus amigos, y tan general la benevolencia que inspira, jamás estaríais seguros de este peligro. Cuanto mayor fuere el número de sus más conocidos é íntimos amigos que desterraríais, tantos más enemigos os procuraríais; de suerte que al poco tiempo volvería, y lo único conseguido por vosotros sería haberle desterrado siendo bueno y verle volver malo, porque su natural bondad la destruirían los que consiguieran traerle, á quienes, por agradecimiento, no podría oponerse.

» Aunque quisierais matarle, jamás lo conseguiríais legalmente, porque su dinero y vuestra corrupción le salvarán siempre.

» Pero supongamos que muera, ó que, desterrado, no vuelva: no sé que ganancia tendrá con ello nuestra República, porque si se libra de Cosme de Médicis, será sierva de Rinaldo de Albizzi. Yo soy de los que desean que ningún ciudadano, por su poder y autoridad, supere á los otros, y en el caso de que uno de los dos citados tuviera que prevalecer, no sé por qué razón había de preferir maese Rinaldo á Cosme.

» No te digo más, sino que Dios libre á Florencia de que alguno de sus ciudadanos llegue á ser príncipe; pero si, por nuestros pecados, lo mereciera, la guarde de tener que obedecer á maese Rinaldo.

» No insistas en aconsejar una determinación que por todas partes está llena de peligros; no creas poder, acompañado de pocos, oponerte á la voluntad de muchos; porque todos estos ciudadanos, unos por ignorancia, por malicia otros, están dispuestos á vender esta República, y la fortuna la es tan propicia que no han encontrado comprador. Sigue mi consejo; procura vivir modestamente; en cuanto á la libertad, ten las mismas sospechas de nuestro partido que del contrario, y cuando llegue un conflicto, viviendo neutral, por todos serás bien considerado. Así estarás tranquilo y no dañarás á tu patria.»

XXVIII. Estas palabras calmaron algún tanto el ardimiento de Barbadoro, quedando las cosas en tal estado mientras duró la guerra de Luca; pero, ajustada la paz, á la que siguió la muerte de Nicolás de Uzano, quedó la ciudad sin guerra y sin freno. Los odios de los partidos crecieron sin temor ni obstáculo. Rinaldo de Al-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE ALFONSO X EL SABIO
1841, 1825 MUSEO DE LA CIUDAD DE MADRID

bizzi, que se consideraba el único jefe del suyo, no cesaba de rogar y apremiar á todos los ciudadanos que creía podían llegar á ser Confalonieros para que se armasen y librasen á la patria del hombre que, por la malignidad de algunos pocos y la ignorancia de muchos, la llevaba á la servidumbre.

Esta conducta de maese Rinaldo y la de los que favorecían al partido contrario mantenían en la ciudad continua alarma. Cada vez que se nombraba un magistrado, decíase públicamente cuántos había de cada partido, y la excitación era general al elegir la Señoría. Los negocios que se llevaban al tribunal, aunque fueran insignificantes, convertíanse en motivo de disputa; publicábanse los secretos; lo mismo se favorecía ó combatía el bien que el mal, y lo mismo los buenos que los malos eran difamados. Ningún magistrado cumplía sus deberes.

Estaba Florencia en esta confusión, cuando maese Rinaldo, queriendo aminorar el poder de Cosme de Médicis, y sabiendo que Bernardo Guadagni podía ser Confaloniero, pagó lo que éste debía por contribuciones, para que sus deudas al Estado no le impidieran llegar á dicha dignidad. Cuando se procedió al sorteo para nombramiento de Señores, la fortuna, amiga de nuestras discordias, hizo que Bernardo resultara elegido Confaloniero para los meses de Septiembre y Octubre.

Fué maese Rinaldo inmediatamente á verle y le dijo cuánto se alegraba el partido de los nobles y los que deseaban vivir bien de que hubiese obtenido aquella dignidad, correspondiéndole obrar de suerte que esta alegría no resultara vana. Mostróle después los peligros de tan continuadas discordias, y que el único medio de restablecer la unión era acabar con la influencia de Cosme

de Médicis, porque sólo él, con los favores que sus inmoderadas riquezas le permitían dispensar, mantenía el desasosiego, habiendo llegado á tanta altura que, si no se ponía remedio, llegaría á ser príncipe; y como á todo buen ciudadano correspondía impedirlo, convocara él al pueblo en la plaza, reformara el gobierno y devolviera la libertad á la patria. Recordóle que maese Silvestre de Médicis pudo injustamente refrenar la grandeza de los güelfos que, por la sangre que sus antecesores habían derramado, tenían derecho á gobernar. Que lo que contra tantos se había hecho injustamente, bien podría hacerse justamente contra uno solo. Le aseguró que nada temiera, porque los amigos, armados, estarían dispuestos á ayudarle, y de la plebe, que adoraba á Médicis, no hiciera caso, porque no le defendería, como no defendió á Jorge Scali; ni le hicieran titubear sus riquezas, porque, cuando estuviera Cosme en manos de la Señoría, serían de ellos. Terminó declarando que esta empresa, siendo para él gloriosa, daría unidad y seguridad á la República.

Á estas razones respondió Bernardo brevemente, que juzgaba necesario hacer cuanto le decía; que era llegado el tiempo de obrar, y que estuviera dispuesto con sus fuerzas, porque estaba persuadido de que podría contar con sus colegas.

Tan pronto como Guadagni tomó posesión de su cargo, preparados los cómplices y convenido todo con maese Rinaldo, citó á comparecer ante su presencia á Cosme de Médicis, quien, á pesar de la opinión contraria de muchos de sus amigos, compareció, fiando más en su inocencia que en la misericordia de los Señores. Cuando Cosme llegó al Palacio y fué detenido, maese Rinaldo, con muchos hombres armados, salió de casa, y después

todo su partido, acudiendo á la plaza donde los Señores hicieron llamar al pueblo, y nombraron una *Balia* de doscientos hombres para reformar el gobierno de la ciudad. En esta *Balia* se trató, como permitían las circunstancias, de la reforma y de la vida ó muerte de Cosme de Médicis. Muchos querían que fuese desterrado; muchos, matarle, y otros muchos callaban, ó por compadecer á Cosme, ó por temor á los otros. Este desacuerdo no permitía tomar ninguna determinación.

XXIX. Hay en la torre del Palacio una habitación llamada *Alberghettino*, en la que fué encerrado Cosme, y confiada su guarda á Federico Malavolti. Oyendo desde esta estancia el ruido de las armas, las voces y el llamamiento á la *Balia*, empezó á temer por su vida, y sobre todo que sus enemigos personales acudieran á algún medio extraordinario para hacerle morir. Por ello se abstuvo de comer lo que le llevaban, tomando sólo en cuatro días un poco de pan.

Advirtiólo Malavolti y le dijo: «Sospechas, Cosme, ser envenenado, y te dejas morir de hambre. Lo que haces es poco honroso para mí, por suponer que pudiera prestarme á ejecutar tal infamia. No creo que corra peligro tu vida, teniendo tantos amigos dentro y fuera del Palacio; pero aunque fueras condenado á perderla, te aseguro que acudirían á otro medio que el de valerse de mí, como verdugo, para quitártela, porque no quiero mancharme las manos con sangre de nadie, y menos de la tuya, que jamás me ofendiste. Recobra, por tanto, la tranquilidad; toma la comida, y consérvate vivo para tus amigos y para la patria. Para que tu confianza sea completa, comeré contigo.»

Estas palabras animaron á Cosme, y con lágrimas en

los ojos abrazó y besó á Federico, agradeciéndole con fervorosas frases aquel rasgo de compasión y bondad, y prometiéndole grandísima prueba de gratitud, si la fortuna le proporcionaba ocasión de dársela.

Algo reanimado Cosme, y discurriendo los ciudadanos lo que debían hacer, ocurrió que Federico, por agradarle, convidó á cenar con ellos á un familiar del Confaloniero, llamado Farganaccio, persona alegre y bromista. Casi al terminar la cena, Cosme, que pensó aprovechar la venida de Farganaccio, porque le conocía muy bien, hizo señas á Federico para que saliese, y éste, comprendiendo el motivo, fingió ir por algo que faltaba para la cena, y les dejó solos.

Después de algunas frases afectuosas para Farganaccio, le dió Cosme una contraseña, y le dijo que fuera al director del hospital de Santa María la Nueva por mil cien ducados: cien para él, y mil para que los entregara al Confaloniero, y le rogase que, aprovechando una ocasión oportuna, viniera á hablarle. Aceptada la comisión, y hecha la entrega del dinero, Bernardo de Guadagni se humanizó, consiguiendo que Cosme fuera desterrado á Padua, contra el deseo de Rinaldo de Albizzi, que pedía su muerte. Fueron también desterrados Averardo y muchos otros de la casa de Médicis, y con ellos Puccio y Juan Pucci. Además, para asustar á los malcontentos por el destierro de Cosme, se dió el derecho de *Balia* á los Ocho de la guardia y al Capitán del pueblo.

Tomada esta determinación, Cosme de Médicis compareció ante los Señores el 3 de Octubre de 1433, anunciándole éstos el confinamiento, y aconsejándole obedecer, si no quería que contra él y contra sus bienes se procediera con más rigor.

Aceptó Cosme con aspecto de satisfacción la pena impuesta, asegurando que donde la Señoría le enviase iría de buen grado: suplicaba únicamente que, habiéndole perdonado la vida, se la defendieran, porque no dudaba que en la plaza había muchos sedientos de su sangre. Ofreció, por último, que en cualquier sitio donde habitara, su persona y bienes estarían al servicio de la ciudad, del pueblo y de la Señoría.

El Confaloniero le tranquilizó, tóvole en el Palacio hasta la noche y, conduciéndole después á su casa, le hizo cenar con él. En seguida le dió numerosa escolta, que le acompañó hasta la frontera. En todo el camino recibió Médicis pruebas de consideración y afecto. Los venecianos le enviaron una visita á nombre de la República, no como á desterrado, sino como á persona de suprema dignidad.

XXX. Privada Florencia de un ciudadano tan ilustre y tan querido, vencidos y vencedores estaban temerosos.

Previendo Rinaldo de Albizzi su futura desgracia, pero resuelto á no faltar á lo que se debía y debía á su partido, reunió á muchos amigos suyos y les dijo: «que veía inevitable su ruina por haberse dejado vencer de las súplicas, lágrimas y dinero de sus enemigos, sin tener en cuenta que dentro de poco serían ellos los que tuvieran que rogar y llorar; que sus ruegos no serían escuchados, ni encontrarían quien de sus lágrimas tuviera compasión; que del dinero cogido, restituirían el capital y pagarían la usura con tormentos, muertes y destierros; que hubiera sido preferible dejar las cosas como estaban á perdonar la vida á Cosme y permitir á sus amigos estar en Florencia, porque á los hombres poderosos, ó no se

les ataca ó, de atacarles, hay que acabar con ellos; que no veía más recurso sino el de fortificarse en la ciudad, para que, cuando sus enemigos mostraran resentimiento, que pronto lo mostrarían, poder expulsarles por fuerza, puesto que no se les había expulsado por procedimientos legales; que el mejor remedio era el que tiempo atrás les propuso, y consistía en atraerse á los nobles, dándoles todos los cargos de la República, y apoyarse en este partido, como sus adversarios se apoyaban en la plebe. Con esto su partido adquiriría más consistencia, reuniendo mayor número de hombres de talento, valor y crédito.» Terminó declarando que si no se aceptaba este último y verdadero remedio, no veía modo alguno de sostener aquella situación contra tantos enemigos, pareciéndole inmediata la ruina del partido y de la ciudad.

Uno de los presentes, Mariotto Baldovineti, se opuso á esta medida, recordándoles la soberbia de los nobles y su carácter insufrible, y añadiendo que él no se sometería á esta tiranía cierta y positiva por evitar los dudosos peligros de la plebe.

Al ver maese Rinaldo desaprobada su opinión, quejóse de su desventura y de la de su partido, imputando todo lo que sucediera más al cielo, que así lo quería, que á la ignorancia y cegnera de los hombres.

Así las cosas, y sin tomar determinación alguna, fué hallada una carta, escrita por maese Agnolo Acciajuoli á Cosme de Médicis, en la que le refería las disposiciones favorables de la ciudad á su persona y le aconsejaba provocar alguna guerra y hacerse amigo de Neri de Gino, porque creía que, si la ciudad necesitaba dinero, no encontraría quien se lo diera y, acordándose de él los ciudadanos, desearían su regreso. Además, si Neri se

separaba de maese Rinaldo, su partido quedaría tan debilitado, que no tendría fuerzas para defenderse.

Los magistrados, al conocer esta carta, mandaron prender á maese Agnolo, sometieronle á un interrogatorio y le desterraron. Este ejemplo contuvo en parte la opinión favorable á Cosme de Médicis.

Hacia ya cerca de un año del destierro de Cosme, y llegado el fin de Agosto de 1434, fué nombrado Confaloniero por los dos meses siguientes Nicolás de Cocco (Donati), y al mismo tiempo ocho para formar parte de la Señoría, partidarios todos de Cosme, de suerte que la nueva Señoría asustó á Rinaldo de Albizzi y á todo su partido.

Como entre la elección de los nuevos Señores y la toma de posesión de sus cargos mediaban tres días, durante los cuales no ejercían autoridad, Albizzi reunió á los principales de su partido, les advirtió el seguro é inmediato peligro y les dijo que el único remedio era tomar las armas y hacer que Donato Velluti, que era aún Confaloniero, reuniera al pueblo en la plaza; hiciera nueva *Balia*; privara de sus cargos á los Señores recién elegidos; creara otra Señoría á gusto del gobierno; quemara las bolsas donde estaban los nombres de los sorteables, y, con nuevo escrutinio, las llenara con nombres de amigos.

Esta medida parecía á muchos segura y necesaria, á otros demasiado violenta y ocasionada á atraerse el odio de los ciudadanos. Entre aquellos á quienes desagradó, estaba Palla Strozzi, que era hombre pacífico, bondadoso y humano, y más á propósito para el estudio de las letras que para refrenar los impetus de un partido y contener las discordias civiles. Dijo que los medios de la audacia ó de la astucia parecían buenos al principio, pero

al ejecutarlos resultan difíciles, y en sus resultados funestos. Que, en su opinión, el temor de nueva guerra exterior estando el ejército del Duque de Milán en la Romaña, esto es, en los límites de la república florentina, haría que los Señores pensaran más en este peligro que en las discordias intestinas; que si se veía que querían alterar el orden interior de las cosas (lo que no podrían hacer sin que se supiera), siempre se estaría á tiempo de empuñar las armas y hacer cuanto fuera preciso para la común salvación, lo cual, ejecutado por necesidad, admiraría menos al pueblo y sería para ellos de menos responsabilidad.

Convínose, pues, en que se dejara tomar posesión á los nuevos Señores, se vigilaran sus actos, y que, á la primera tentativa contra el partido de Albizzi, cada cual empuñara las armas, reuniéndose en la plaza de San Pulinari, sitio próximo al Palacio, para ir desde allí á donde pareciese necesario.

XXXI. Contraído este compromiso, se separaron. Los nuevos Señores tomaron posesión de sus cargos, y el Confaloniero, para hacerse respetar é infundir miedo á los que intentaran oponérsele, condenó á prisión á Donato Velluti, su predecesor, como culpado de haberse aprovechado de fondos públicos.

Hecho esto, sondeó el ánimo de sus colegas para permitir á Cosme de Médicis volver á Florencia, y encontrándolo favorable, habló de ello con los que creía jefes del partido de los Médicis. Excitado por éstos, citó ante su tribunal á Rinaldo de Albizzi, Ridolfo Peruzzi y Nicolás Barbadoro, que eran los principales del partido opuesto.

Hecha la citación, juzgó maese Rinaldo que no con-

venían más dilaciones, y salió de su casa con gran número de gente armada, uniéndose inmediatamente á él Ridolfo Peruzzi y Nicolás Barbadoro. Seguíanles muchos ciudadanos y bastantes soldados que se encontraban en Florencia sin sueldo, reuniéndose todos, según estaba convenido, en la plaza de San Pulinari. Maese Palla Strozzi, aunque había reunido bastante gente, no salió de su casa, y lo mismo hizo Juan Guicciardini, por lo que Rinaldo envió á algunos para que apresuraran su salida, reprendiéndoles la tardanza. Maese Juan respondió que bastante guerra haría al partido enemigo consiguiendo, con quedarse en casa, que su hermano Pedro no saliera á socorrer el Palacio. Maese Palla, después de muchas embajadas, vino á San Pulinari á caballo, con dos de á pie, y desarmado. Rinaldo de Albizzi le salió al encuentro, censuró enérgicamente su negligencia, y le dijo que el no acudir con los demás de su partido procedía de escasa fe ó de poco valor, y que cualquiera de estos dos cargos debía evitarlos quien quisiera gozar de la consideración que á él se tributaba; que si creía que, faltando á su deber frente á los enemigos, al ser éstos vencedores le perdonarían la vida ó el destierro, se engañaba; que, en cuanto á él, si ocurría alguna desdicha, quedaría tranquilo por no haber faltado antes del peligro con el consejo, y en el peligro con la fuerza; mientras Palla y los otros de su carácter verían redoblar sus penas al comprender que habían hecho traición á su patria tres veces: una cuando salvaron á Cosme, otra cuando no aprobaron sus consejos, y la tercera ahora, por no empuñar las armas.

No respondió Palla nada que oyesen los circunstancias; murmuró algunas palabras, volvió el caballo, y se dirigió á su casa.

Al saber los Señores que Rinaldo de Albizzi y su partido habían tomado las armas, viéndose desamparados, mandaron cerrar el Palacio, privados de todo consejo, y sin saber qué resolver. Pero tardando maese Rinaldo en ir á la plaza, por aguardar las fuerzas que no llegaron, perdió la ocasión de vencer, y dió tiempo á la Señoría para proveer á su seguridad y á muchos ciudadanos para que fuesen á ella, y le aconsejaran los medios de obligar á Albizzi á deponer las armas.

Fueron algunos de los menos sospechosos á maese Rinaldo, de parte de la Señoría, diciéndole que ésta ignoraba el motivo de la sublevación, y que jamás había pensado en ofenderle; que si se había hablado de Cosme, no se pensaba en que volviera á Florencia y, si esta era la causa de sus sospechas, le darían seguridades, rogándole que fuera al Palacio, donde sería bien recibido y complacido en cuanto pidiese.

Estas palabras no hicieron mudar de propósito á maese Rinaldo, respondiendo que quería para su seguridad privar de sus cargos á los Señores y reorganizar después el gobierno en beneficio de todos.

Siempre sucede que, cuando la autoridad la ejercen varios y las opiniones son diversas, por acaso se resuelve bien alguna cosa. Ridolfo Peruzzi, al oír á aquellos ciudadanos, dijo que, por su parte, lo único que deseaba era que Cosme de Médicis no volviera á Florencia y, conseguido esto, parecíale suficiente la victoria; no queriendo, para obtenerla mayor, llenar la ciudad de sangre; por tanto, estaba resuelto á obedecer á la Señoría. Dirigióse en seguida con su gente al Palacio, donde fué recibido con regocijo.

El tiempo perdido por maese Rinaldo en San Pulinari

nari, el poco ánimo de maese Palla, y la partida de Ridolfo, privaron á Albizzi de la victoria en esta empresa, empezando á faltar á los ciudadanos que le seguían el calor con que acudieron. Añadióse para su daño la autoridad del Papa.

XXXII. Expulsado de Roma por el pueblo, encontrábase en Florencia el papa Eugenio, quien, al oír el desorden, y por creer propio de su misión restablecer la paz, envió al patriarca Juan Vitelleschi, muy amigo de maese Rinaldo, para rogar á éste que se presentara al Pontífice, prometiéndole que no había de faltarle influencia con la Señoría á fin de que quedara satisfecho y seguro, sin daño ni sangre de los ciudadanos.

Cedió maese Rinaldo á las persuasiones de su amigo; fué con todos los hombres armados que le seguían á Santa María Novella, donde vivía el Papa, y éste le dijo que la Señoría le autorizaba para terminar aquel conflicto, y que se ordenarían las cosas como él quisiese cuando depusiera las armas.

Rinaldo de Albizzi, vista la frialdad de maese Palla y la ligereza de Ridolfo Peruzzi, á falta de mejor partido, se echó en brazos del Papa, creyendo que su autoridad le preservaría de todo daño. El Papa ordenó á Nicolás Barbadoro, y á los demás que fuera le esperaban, que depusieran las armas, porque maese Rinaldo quedaba con el Pontífice para tratar el acuerdo con los Señores, cuya orden todos obedecieron y se separaron.

XXXIII. Viendo la Señoría desarmados á sus adversarios, dilató las negociaciones para el acuerdo por medio del Papa y, entretanto, envió secretamente á la montaña de Pistoia por infantería, haciéndola venir de noche á Florencia con toda su gente de armas. Tomados

los sitios fuertes de la ciudad, convocó al pueblo en la plaza y fué creada nueva *Balia* que, tan pronto como se reunió, autorizó la vuelta á la patria de Cosme de Médicia y de los demás que, con él, habían sido desterrados. Del partido enemigo desterró á Rinaldo de Albizzi, Ridolfo Peruzzi, Nicolás Barbadoro y Palla Strozzi, y otros muchos ciudadanos, en tan gran número, que pocas ciudades hubo en Italia que no fueran albergue de desterrados, y aun algunas de fuera de Italia se vieron llenas de ellos, quedando privada Florencia, por este suceso, no sólo de muchos hombres de bien, sino también de riqueza y de industria.

Viendo el Papa sufrir tauto desastre á aquellos que, por sus ruegos, habían depuesto las armas, tuvo grandísimo pesar, doliéndose con maese Rinaldo de la injuria que padecía por haber fiado en su palabra, y exhortándole á tener paciencia y esperar en los cambios de la fortuna, á lo cual respondió Rinaldo:

«La poca fe que me prestaron los que debían creerme, y la demasiada que yo os he tenido, han arruinado á mi partido y á mí; pero me quejo más de mí mismo que de ningún otro, por haber creído que vos, expulsado de vuestra patria, podríais mantenerme en la mía. Del juego de la fortuna tengo bastante experiencia; y como he confiado poco en la prosperidad, la adversidad me ofende menos, pues sé que, cuando le plazca, se me mostrará menos adusta. Pero aunque así no fuera, siempre estimaré en poco vivir en una ciudad donde las leyes pueden menos que los hombres; porque se desea la patria donde los bienes y las amistades se pueden gozar tranquilamente, pero no la en que con facilidad pueden quitarse aquéllos, y los amigos, por miedo de perder los suyos,

en la mayor necesidad nos abandonan. Siempre fué menos doloroso á los hombres sensatos y buenos oír los males de su patria que verlos, y es más glorioso ser rebelde digno que ciudadano esclavo.»

Separóse del Papa lleno de indignación y, acordándose repetidas veces de sus consejos y censurando la frialdad de sus amigos, se fué al destierro.

Cosme de Médicis, al saber que habían levantado el suyo, volvió á Florencia, y rara vez ocurre que un ciudadano, entrando triunfante en su patria después de una victoria, sea recibido por tanta muchedumbre de pueblo y con tantas demostraciones de cariño como se tributaron á Médicis al volver del destierro, pues todos voluntariamente le proclamaron bienhechor del pueblo y padre de la patria.

CAPITULO V.

SUMARIO.

I. Vicisitudes que los gobiernos sufren por la continua mutación propia de las cosas humanas.—II. Estado de los negocios en Italia. Ejércitos de Braccio y de Sforza (1434). Únense en daño del Papa, á quien los romanos expulsan de Roma. Francisco Sforza se pone de acuerdo con el Papa.—III. Guerra entre el Duque de Milán y el Papa. Únense á éste los florentinos y los venecianos.—IV. Vuelto Cosme de Médicis del destierro, su partido, creciendo en poder y osadía, tiraniza al bando contrario.—V. Muere Juana II, reina de Nápoles, y dispútause el reino Renato de Anjou y Alfonso de Aragón. Vencen á Alfonso los genoveses y le entregan al Duque de Milán, de quien llega á ser amigo, obteniendo su libertad (1435).—VI. Bandos de los Fregosos y de los Adornos en Génova.—VII. Por intrigas de Francisco Sforza expulsan los genoveses al Gobernador puesto por el Duque de Milán.—VIII. Pactan liga con los florentinos y los venecianos contra el Duque. Binaldo de Albizi y otros desterrados florentinos persuaden al Duque para que declare la guerra á Florencia.—IX. Envía el Duque de Milán á su capitán Nicolás Piccinino contra los florentinos (1436).—X. Sforza, capitán de los florentinos, derrota á Piccinino junto á Barga, después se dirige contra Luca (1437), á donde acude en auxilio el Duque de Milán.—XI. Los florentinos van contra Luca, abandonada por el Duque de Milán.—XII. Vuelve el Duque contra los florentinos.—XIII. Mala fe de los venecianos con los floren-

en la mayor necesidad nos abandonan. Siempre fué menos doloroso á los hombres sensatos y buenos oír los males de su patria que verlos, y es más glorioso ser rebelde digno que ciudadano esclavo.»

Separóse del Papa lleno de indignación y, acordándose repetidas veces de sus consejos y censurando la frialdad de sus amigos, se fué al destierro.

Cosme de Médicis, al saber que habían levantado el suyo, volvió á Florencia, y rara vez ocurre que un ciudadano, entrando triunfante en su patria después de una victoria, sea recibido por tanta muchedumbre de pueblo y con tantas demostraciones de cariño como se tributaron á Médicis al volver del destierro, pues todos voluntariamente le proclamaron bienhechor del pueblo y padre de la patria.

CAPITULO V.

SUMARIO.

I. Vicisitudes que los gobiernos sufren por la continua mutación propia de las cosas humanas.—II. Estado de los negocios en Italia. Ejércitos de Braccio y de Sforza (1434). Únense en daño del Papa, á quien los romanos expulsan de Roma. Francisco Sforza se pone de acuerdo con el Papa.—III. Guerra entre el Duque de Milán y el Papa. Únense á éste los florentinos y los venecianos.—IV. Vuelto Cosme de Médicis del destierro, su partido, creciendo en poder y osadía, tiraniza al bando contrario.—V. Muere Juana II, reina de Nápoles, y dispútause el reino Renato de Anjou y Alfonso de Aragón. Vencen á Alfonso los genoveses y le entregan al Duque de Milán, de quien llega á ser amigo, obteniendo su libertad (1435).—VI. Bandos de los Fregosos y de los Adornos en Génova.—VII. Por intrigas de Francisco Sforza expulsan los genoveses al Gobernador puesto por el Duque de Milán.—VIII. Pactan liga con los florentinos y los venecianos contra el Duque. Binaldo de Albizi y otros desterrados florentinos persuaden al Duque para que declare la guerra á Florencia.—IX. Envía el Duque de Milán á su capitán Nicolás Piccinino contra los florentinos (1436).—X. Sforza, capitán de los florentinos, derrota á Piccinino junto á Barga, después se dirige contra Luca (1437), á donde acude en auxilio el Duque de Milán.—XI. Los florentinos van contra Luca, abandonada por el Duque de Milán.—XII. Vuelve el Duque contra los florentinos.—XIII. Mala fe de los venecianos con los floren-

tinios —XIV. Cosme de Médicis en Venecia. Los florentinos ajustan la paz con los luqueses (1438).—XV. El papa Eugenio IV consagra la metropolitana florentina, edificada conforme á los planos de Arnolfo y de Brunellesco.—XVI. Concilio de Florencia en el que se realiza la unión de la Iglesia griega con la latina (1439).—XVII. Nicolás Piccinino se apodera en nombre del Duque de Milán, de muchas ciudades de la Iglesia.—XVIII. Ataca á los venecianos, acudiendo en auxilio de éstos los florentinos con el ejército de Sforza.—XIX. Guerra mantenida con varia fortuna entre Piccinino y Sforza.—XX. Neri Capponi es enviado á Venecia.—XXI. Discurso de Capponi á los venecianos.—XXII. El conde Sforza viene á Lombardia.—XXIII. Piccinino vence á los venecianos junto al lago de Garda.—XXIV. Toma á Verona.—XXV. La recobra Sforza.—XXVI. El Duque de Milán se dirige contra los florentinos y los venecianos impiden á Sforza pasar á Toscana para socorrerles (1440).—XXVII. Los florentinos se apoderan del patriarca Vitelleschi, quien, abusando del nombre del Papa, les hacía traición.—XXVIII. Nicolás Piccinino pasa el Po. Lentitud del socorro de los venecianos á los florentinos.—XXIX. Piccinino en la Romagna.—XXX. Nicolás Piccinino se apodera del castillo de Marradi y recorre las inmediaciones de Florencia.—XXXI. Toma también, después de mucha resistencia, el castillo de San Nicolás, pero no logra apoderarse de Cortona.—XXXII. Le llaman á Lombardia.—XXXIII. Los florentinos le derrotan junto á Anghiari.—XXXIV. Muerte de Rinaldo de Albizzi.—XXXV. Neri Capponi va á reconquistar el Casentino. Ríndese el conde de Poppi. Su discurso antes de abandonar el Estado.

1. Suelen los pueblos muchas veces, por las variaciones que sufren, pasar del orden al desorden, y después del desorden al orden; porque no siendo natural en las cosas humanas detenerse en punto fijo, cuando llegan á suma perfección, no pudiendo mejorarla, degeneran; y de igual suerte acontece que cuando, por los desórdenes, llegan á suma baja, siendo imposible que desciendan

más, por necesidad mejoran. Así, pues, del bien se desciende al mal y del mal se asciende al bien.

La virtud produce la tranquilidad, ésta el ocio, el ocio el desorden y el desorden la ruina; y de igual manera de la ruina nace el orden, del orden la virtud y de ésta la gloria y la buena fortuna. Por ello los hombres sensatos han observado que las letras llegan después que las armas, y que en las naciones y en las ciudades aparecen primero los capitanes que los filósofos. Cuando los ejércitos valerosos y disciplinados alcanzan la victoria y ésta produce la tranquilidad, el vigor de los espíritus, preocupados antes con las armas, no se calma con otro ocio honesto sino el de las letras, ni con mayor y más peligroso engaño entra el ocio en las ciudades mejor ordenadas.

Así lo comprendió Catón cuando los atenienses enviaron al Senado romano, como embajadores, á los filósofos Diógenes y Carneades. Viendo que la juventud romana empezaba á seguirles con admiración y conociendo el daño que este honesto ocio podía ocasionar á su patria, hizo que se decretara no recibir en adelante á ningún filósofo en Roma.

Por estos medios llegan las naciones á la ruina, y al llegar, los hombres á quienes las desgracias hacen avisados y prudentes, restablecen, como he dicho, el orden, á menos que les comprima y sofoque una fuerza extraordinaria. Por estas alternativas fué Italia feliz ó miserable bajo la dominación de los etruscos y la de los romanos. Y aunque, después de la destrucción de este pueblo, nada se reedificó en ella que pudiera sustituirlo, ni bajo ningún poderoso gobierno pudo reconquistar la antigua gloria, hubo, sin embargo tanta virtud en algunas de

las nuevas Repúblicas y de los nuevos Estados, nacidos de las ruinas del Imperio romano que, sin poder dominarse unos á otros, vivieron bien ordenados y tan de acuerdo, que libraron y defendieron á Italia de los bárbaros.

Entre estos Estados era el de Florencia el más pequeño en extensión, pero no en autoridad y poder. Su situación en el centro de Italia, su riqueza, y el estar siempre dispuesto al ataque, le permitían afrontar con éxito la guerra cuando se la declaraban, ó proporcionar la victoria al partido que determinaba favorecer.

Si la organización de estos nuevos Estados no permitió tranquilidad duradera, tampoco la guerra les produjo grandes peligros, porque la paz no es estable donde, siendo muchos los Estados, unos á otros se acometen con las armas; y no pueden llamarse guerras aquellas en que los hombres no se matan, las ciudades no son saqueadas ni los Estados destruidos. Aquellas luchas eran tan débiles que empezaban sin miedo, continuaban sin peligro y acababan sin daño. El valor nacional, que decae en las otras naciones por consecuencia de larga paz, en Italia se acabó á causa de estas deplorables guerras, y claramente se conocerá por los acontecimientos que narraré, ocurridos desde 1434 á 1494, viéndose cómo, al fin, se abre de nuevo el camino á los bárbaros y cae Italia bajo su dominación.

Si los hechos de nuestros príncipes, tanto dentro como fuera de Italia, no se leen con admiración como los de los antiguos, porque no suponen el mismo valor y grandeza, quizá por otras cualidades merezcan igual elogio, al ver que tantos nobilísimos pueblos fueron detenidos ó estrechados por tan débiles y mal organizados ejércitos.

Al referir los acontecimientos de este siglo corrompido, no se hablará del esfuerzo de los soldados, ni del valor de los capitanes, ni del amor á la patria de los ciudadanos; pero sí de cuáles engaños, de cuáles astucias y artes los príncipes, los soldados y los jefes de las Repúblicas se valían para mantener una reputación que no habían merecido; cosas no menos útiles de saber que las proezas antiguas, porque si éstas impulsan á los ánimos generosos para imitarlas, aquéllas les advierten lo que debe despreciarse y evitarse.

II. Estaba Italia de tal suerte gobernada (1434) que cuando, por acuerdo de los príncipes, se ajustaba una paz, al poco tiempo acababan con ella los que tenían las armas en la mano, y ni la guerra producía gloria, ni la paz quietud.

Firmada la paz entre el Duque de Milán y la Liga en 1433, los soldados, deseando seguir haciendo guerra, se dirigieron contra los Estados de la Iglesia. Los ejércitos de Italia se dividían entonces en dos bandos: el de Braccio y el de Sforza. Era el jefe de éste Francisco, hijo de Sforza, y de aquél lo eran Nicolás Piccinino y Nicolás Fortebraccio. Las demás tropas de Italia se afiliaban á uno de estos dos bandos. El de Sforza era el más estimado, por el valor del Conde y por la promesa que le había hecho el Duque de Milán de la mano de Blanca, su hija natural, siendo para Sforza de grandísima reputación la esperanza de este parentesco.

Después de la paz de Lombardia, acometieron los dos bandos al papa Eugenio. A Nicolás Fortebraccio le movía la antigua enemistad de los Braccio con la Santa Sede, y al conde Sforza la ambición. Fortebraccio atacó á Roma, y el Conde se apoderó de la Marca.

Los romanos, que no querían la guerra, expulsaron al Papa de Roma, el cual huyó, y no sin dificultades ni peligros, llegó á Florencia, donde, considerando el peligro en que estaba y viéndose abandonado de los príncipes, que no querían empuñar de nuevo las armas con tanta satisfacción dejadas, para defender los intereses del Pontífice, se puso de acuerdo con el Conde y le concedió la señoría de la Marca; aunque Sforza había añadido, á la injuria de apoderarse de ella, el desprecio; porque al poner el nombre de donde escribía las cartas á sus agentes, con palabras latinas, según la costumbre italiana, decía: *Ex Girifalco nostro Firmiano, invito Petro et Paulo* (1). No contento con la concesión de la Marca, quiso ser nombrado Confalániero de la Iglesia, y todo le fué concedido, prefiriendo el papa Eugenio á una guerra peligrosa, una paz vituperable.

Convertido Sforza en amigo del Papa, acometió á Nicolás Fortebraccio, y entre ambos hubo, durante muchos meses, en los Estados de la Iglesia varios encuentros, con más daño del Pontífice y de sus súbditos, que de los que guerreaban.

Por mediación del Duque de Milán, ajustaron, al fin, un convenio, mediante el cual, uno y otro quedaron dueños de lo que respectivamente habían conquistado en los Estados Pontificios.

III. Apagada la guerra en Roma, la encendió en la Romaña Bautista de Canneto. Mató éste en Bolonia á algunos de la familia Grifoni, expulsó de la ciudad al Gobernador pontificio y á otros enemigos suyos y, para

(1) De nuestro territorio de Fermo, á pesar de Pedro y de Pablo.

dominar por fuerza en aquel Estado, pidió auxilio al Duque de Milán.

El Papa, á fin de vengarse de la injuria, lo pidió á los venecianos y á los florentinos; unos y otros acudieron y, al poco tiempo, habla en la Romaña dos gruesos ejércitos. El del Duque de Milán lo capitaneaba Nicolás Piccinino, y á los venecianos y florentinos Gattamelata y Nicolás de Tolentino. Dióse la batalla cerca de Imola, siendo derrotados los venecianos y florentinos; y enviado prisionero al Duque de Milán Nicolás de Tolentino, quien murió á los pocos días, ó por crimen del Duque ó por el pesar de la derrota.

Después de esta victoria, el Duque de Milán, fuera por falta de recursos, á causa de la pasada guerra, ó por creer que la Liga derrotada no continuaría, desaprovechó el triunfo, y dió tiempo al Papa y á los aliados para unirse de nuevo. Eligieron capitán de sus fuerzas al duque Francisco Sforza, y acometieron la empresa de echar á Nicolás Fortebraccio de los Estados de la Iglesia, para ver si podían llevar á término aquella guerra que en favor del Pontífice habian comenzado; y como el Papa reunía numerosas fuerzas, los romanos procuraron acuerdo con él, y lo realizaron, recibiendo en Roma un comisario del Pontífice.

Poseía Nicolás Fortebraccio, entre otras poblaciones, Tívoli, Montefiasconi, Citta di Castello y Ascesi. No pudiendo estar en campaña, se retiró á esta última ciudad, donde le sitió el Conde. Duraba mucho el asedio, porque Nicolás se defendía valientemente y pareció al Duque de Milán necesario impedir aquella victoria á la Liga, ó disponerse á defender sus intereses.

Quiso, por tanto, distraer á Sforza del asedio y orde-

no á Nicolás Piccinino pasar á Toscana por el camino de Romaña. La Liga, juzgó más necesario defender la Toscana que ocupar Ascesi y dispuso que el Conde Sforza impidiera el paso á Piccinino, que había llegado ya á Forli. Pusóse el Conde en camino con el ejército, y llegó á Cesena, dejando á cargo de su hermano León la guerra de la Marca y el cuidado de sus Estados.

Mientras Piccinino procuraba pasar y el Conde impedirlo, Nicolás Fortebraccio atacó á León y, con gran gloria suya, le hizo prisionero y destruyó su ejército. Prosiguiendo la victoria, ocupó con igual ímpetu muchas poblaciones de la Marca.

Este suceso contristó mucho al Conde Sforza, que creía haber perdido todos sus Estados; y, dejando parte del ejército frente á Piccinino, con lo restante se dirigió contra Fortebraccio, le atacó y venció, quedando éste prisionero y herido, de cuya herida murió.

Esta victoria restituyó al Pontífice todas las poblaciones que le había quitado Nicolás Fortebraccio, y obligó al Duque de Milán á pedir la paz, que se ajustó por mediación de Nicolás de Este, marqués de Ferrara. Conforme á lo estipulado en ella, el Duque restituyó al Papa todas las ciudades que había ocupado en la Romaña, volviendo su ejército á Lombardia.

Bautista de Canneto, como sucede á cuantos por fuerza y valor de otro se mantienen en un Estado, cuando partió de la Romaña el Duque de Milán, careciendo de medios y valimiento propio para sostenerse en Boloña, huyó. Volvió á dicha ciudad maese Antonio Bentivogli, jefe del partido contrario.

IV. Todos estos sucesos ocurrieron durante el destierro de Cosme de Médicis. Á su vuelta, los que le habían lla-

mado y todos los ofendidos por el bando opuesto procuraron, sin miramiento alguno, apoderarse del gobierno. La Señoría que entraba en funciones para Noviembre y Diciembre, no contenta con lo que sus antecesores habían hecho en favor del partido, prolongó y cambió el destierro á muchos, y desterró á muchos más, no dañando tanto á los ciudadanos sus opiniones, como su riqueza, sus parentescos y las enemistades privadas. Si á esta proscripción se hubieran añadido las muertes, mucho se asemejara á las de Octavio y Sila, aunque de algún modo también se manchó de sangre; porque Antonio de Bernardo Guadagni fué decapitado; y otros cuatro ciudadanos, entre ellos Zanobi de Belfratelli y Cosme Barbadori, por haber salido de los puntos donde estaban desterrados para ir á Venecia, los venecianos, estimando más la amistad de Cosme que su propio honor, se los enviaron presos, siendo en Florencia indignamente muertos.

Este suceso aumentó grandemente el respeto al partido de los Médicis y el terror de sus contrarios, por ver que tan poderosa república como la de Venecia vendía su independencia á los florentinos, y porque se creía que lo hizo, no tanto en beneficio de Cosme de Médicis, como para enconar los partidos en Florencia, haciendo más peligrosas las divisiones, por la sangre derramada, supuesto que solo la unión de los florentinos podía ser obstáculo al engrandecimiento de Venecia.

Libre la ciudad de enemigos sospechosos al Gobierno, dedicáronse los vencedores á aumentar, por medio de beneficios, el número de sus partidarios, para hacer más firme su autoridad. Permitieron volver á la patria á la familia de los Alberti y á cuantos, como rebeldes, habían sido condenados. A todos los nobles, excepto poquísimos,

los redujeron á la condición de simples ciudadanos, y distribuyeron entre sí, adquiriéndolas á vil precio, las posesiones de los desterrados. Al mismo tiempo aseguraron su dominación con nuevas leyes y reglamentos, é hicieron nuevos escrutinios, sacando de las bolsas electorales los nombres de los enemigos y llenándolas con los de los amigos. Aleccionados por la ruina de sus adversarios, y juzgando insuficientes los escrutinios amañados para mantener la gobernación en sus manos, determinaron que estuvieran siempre en poder de los jefes de su partido los cargos con autoridad de vida ó muerte para los ciudadanos, y que de los encargados de rehacer los escrutinios, unidos á la precedente Señoría, dependiera la creación de la nueva.

Dióse poder de vida ó muerte á los Ocho de la guardia. Determinaron que los desterrados por tiempo fijo no pudieran volver á Florencia, transcurrido el plazo, si no lo acordaban previamente treinta y cuatro de los treinta y siete que formaban la Señoría y los Colegios. Prohibieron escribir á los desterrados y recibir cartas de ellos; y las palabras, los gestos y los signos que de algún modo desagradaban á los gobernantes eran severamente castigados. Si quedaba en Florencia algún sospechoso á quien no hubieran alcanzado estos castigos, le agobiaron con la enormidad de los nuevos tributos que le imponían; de suerte que al poco tiempo, por la expulsión ó por llegar á la miseria el partido enemigo, quedaron completamente dueños del gobierno.

Para que no les faltara auxilio extranjero y quitarlo á quienes deseaban ofenderles, se aliaron con el Papa, con los venecianos y con el Duque de Milán para la defensa de sus respectivos Estados.

V. Esta era la situación de las cosas en Florencia cuando murió Juana, reina de Nápoles, nombrando en su testamento heredero de la corona á Renato de Anjou.

Hallábase entonces en Sicilia Alfonso, rey de Aragón quien, por la amistad que tenía con muchos barones de aquel reino, se disponía á ocuparlo. Los napolitanos y otros muchos barones favorecían á Renato, y el Papa por su parte no quería que se apoderaran de aquel trono ni Renato ni Alfonso, sino que administrara el reino un gobernador por él nombrado.

Entró Alfonso en el reino (1435), recibiendo el duque de Sesá. Tomó á su sueldo algunos príncipes con propósito (teniendo ya á Capua, que el duque de Tarento poseía en su nombre) de someter á los napolitanos á su voluntad. Mandó que su escuadra atacara á Gaeta, que estaba por los napolitanos, y pidieron éstos auxilio al Duque de Milán. Persuadió el Duque á los genoveses para que tomaran parte en la empresa, y éstos, no sólo por servir al Duque, su soberano, sino también por salvar las mercancías que tenían en Nápoles y Gaeta, armaron poderosa escuadra.

Al saberlo Alfonso aumentó la suya y, con ella, fué en persona al encuentro de los genoveses. Dióse la batalla junto á la isla de Ponzio, y los aragoneses fueron derrotados, quedando prisioneros Alfonso y muchos magnates, que los genoveses entregaron al Duque de Milán.

Esta victoria asustó á todos los príncipes que tenían en Italia el poder del Duque de Milán, porque juzgaban que la ocasión le era propicia para apoderarse de todo; pero él (tan diversas son las opiniones de los hombres) tomó la determinación contraria á aquel temor.

Era Alfonso hombre hábil y, tan pronto como pudo

hablar con Felipe Visconti le demostró que se engañaba al proteger á Renato de Anjou y no á él; pues ocupado el trono de Nápoles por Renato, dirigiría todos sus esfuerzos á que Milán fuera del Rey de Francia, para tener el apoyo cerca y no necesitar, en caso apremiante, que facilitaran el paso á sus auxiliares; siendo el único medio de evitar esta dificultad convertir el ducado de Milán en posesión francesa. Sucedería lo contrario si él llegaba á ser rey de Nápoles porque, no teniendo más enemigos temibles que los franceses, necesitaba halagar y hasta obedecer al único príncipe que podía abrir el camino de su reino á sus enemigos; por lo cual el título de rey de Nápoles sería de Alfonso, pero el poder y la autoridad de Felipe Visconti. Añadió que correspondía más bien á Felipe que á él estimar el peligro de una de ambas determinaciones, y la utilidad de la otra, á menos que prefiriera á la seguridad de su Ducado, la satisfacción de sus pasiones, porque en un caso sería soberano independiente, y en el otro, estando en medio de dos príncipes poderosísimos, ó perdería sus Estados, ó viviría en continua alarma, sirviendo á aquéllos como siervo.

Tanto influyeron estas razones en el ánimo del Duque que, mudado el propósito, dió libertad á Alfonso y, con grandes honras, le envió á Génova y desde allí al reino de Nápoles, desembarcando en Gaeta, que algunos señores partidarios suyos, al saber su libertad, habían ocupado.

VI. Al ver los genoveses que el Duque, sin consideración á sus intereses, había libertado al Rey, aprovechando en honra suya los peligros y gastos de aquéllos, y que para Felipe era el mérito de libertar á Alfonso, y para ellos la ofensa de la derrota y prisión del Rey, indignáronse todos contra el Duque.

Quando la ciudad de Génova tiene gobierno independiente, eligen por sufragio los ciudadanos un jefe que llaman Dux, no para que ejerza autoridad absoluta, ni para que él sólo gobierne, sino para que, como jefe, proponga lo que los magistrados y consejos deban discutir.

Hay en esta ciudad muchas familias nobles, tan poderosas, que difícilmente obedecen la autoridad de los magistrados. Las de los Fregosos y los Adornos son poderosísimas y sus rivalidades causa de que se arruine la organización civil del gobierno porque, disputándose el mando, no por medios legales, sino las más veces con las armas, siempre hay un partido vencedor y otro vencido.

También ocurre alguna vez que los privados de mando acuden á las armas extranjeras, y la patria que no pueden gobernar la someten á la dominación de un extranjero. De aquí nacia y nace que los que reinan en Lombardia casi siempre mandan en Génova, como sucedía cuando fué preso Alfonso de Aragón.

Era Francisco Spínola uno de los principales genoveses que habían sometido su patria á Felipe Visconti, y, como sucede siempre en tales casos, al poco tiempo fué sospechoso al Duque. Indignado por esta ingratitude, se desterró voluntariamente á Gaeta, donde estaba cuando la batalla naval contra Alfonso; y por haberse portado en aquel hecho de armas valerosamente, pareció haber contraído tantos méritos nuevos á la confianza del Duque, que al menos pudiera, en premio de sus servicios, vivir tranquilamente en Génova. Pero al ver que continuaba el Duque desconfiando de él, porque no podía creer que quien no había amado la libertad de su patria, le amase, determinó tentar de nuevo for-

tuna y, de un golpe, devolver la libertad á su patria y á sí la seguridad y la fama. Juzgó que, para ganarse la confianza de los genoveses, necesitaba curar la herida que él mismo les había causado; observó la general indignación contra el Duque por haber dado libertad al Rey; calculó que la ocasión era propicia para realizar sus designios, y los manifestó á algunos que sabía eran de la misma opinión, exhortándoles á secundar sus esfuerzos.

VII. Celebrábase el día de San Juan Bautista, en el cual debía entrar en Génova Arismino, nuevo gobernador enviado por el Duque de Milán; y cuando ya estaba dentro, acompañado de Opicino, su predecesor, y de muchos genoveses, pareció á Francisco Spínola el momento oportuno y salió de su casa armado y seguido de sus cómplices, gritando *libertad* en la plaza que hay delante de su palacio.

Fué cosa admirable ver con qué presteza, al oír este nombre, acudieron el pueblo y los ciudadanos, de tal suerte, que ninguno de los que por interés ú otro motivo amaba al Duque, tuvo tiempo para coger las armas, y apenas para apelar á la fuga.

Arismino, con algunos genoveses que le acompañaban, se refugió en el castillo, guardado por gente del Duque. Opicino, creyendo que si se refugiaba en el Palacio, donde tenía en su obediencia dos mil hombres armados, podría salvarse ó animar á sus amigos para defenderse, dirigióse á aquel punto; pero antes de llegar á la plaza fué muerto y su cadáver, hecho pedazos, arrastrado por toda Génova. Restablecido por los genoveses el gobierno libre, á las pocas días ocuparon el castillo y los demás sitios fuertes que poseía el Duque, librándose por completo del yugo de Felipe Visconti.

VIII. Sucedidas estas cosas, que al principio asustaron á los príncipes de Italia, por temor de que el Duque llegara á ser demasiado poderoso, al ver su resultado, les infundieron esperanza de tenerle á raya, y á pesar de la liga nuevamente formalizada, los florentinos y venecianos se aliaron con los genoveses (1436). De aquí que Rinaldo de Albizzi y los demás jefes de los emigrados florentinos, viendo las cosas tan perturbadas y lo que habían cambiado de aspecto, alimentaron la esperanza de inducir al Duque de Milán á manifiesta guerra contra Florencia. Fué Albizzi á Milán y habló al Duque en estos términos:

«Que nosotros, que hemos sido tus enemigos, vengamos ahora confiados á pedir tu auxilio para volver á nuestra patria, no debe maravillar á ti ni á ningún otro que observe el curso de las cosas humanas y cuánto varía la fortuna. Manifiesto y claro motivo tienen, sin embargo, nuestros actos pasados y presentes para justificarnos contigo, por lo que hicimos y con nuestra patria, por lo que hacemos.

»Ningún hombre de honor censurará á quien procure defender su patria, de cualquier manera que la defienda. Jamás fué nuestro propósito ofenderte, sino preservar nuestra patria de las ofensas; y te lo probaré que, en el curso de las mayores victorias de nuestra Liga, cuando te vimos inclinado á verdadera paz, nos mostramos más deseosos de ajustarla que tú mismo. Estamos, pues, seguros de no haber hecho cosa que nos obligue á dudar de la posibilidad de obtener de ti algún favor.

»Ni tampoco nuestra patria puede dolerse de que aconsejemos tomar las armas contra ella al mismo contra el cual con tanta obstinación la defendimos; porque

la patria merece ser amada de todos los ciudadanos cuando ella los ama á todos, no cuando, posponiendo á los más, adora sólo á unos pocos privilegiados.

»No debe entenderse que son siempre dañosas las armas que contra la patria se emplean, porque aunque las ciudades son cuerpos complejos, tienen semejanza con el humano, y de igual suerte que en éste hay á veces enfermedades que, sin el hierro y el fuego, no pueden curarse, nacen en aquéllas muchas veces tantos inconvenientes, que un pío y buen ciudadano pecaría dejándolos sin remedio, aunque, para remediarlos, tenga que emplear el hierro. ¿Qué enfermedad puede haber más cruel para una república que la servidumbre? ¿Qué medicina hay más indispensable que la destructora de este mal? Sólo son justas las guerras necesarias, y sólo cabe apelar á las armas cuando no hay otro remedio. No sé que haya mayor necesidad que la nuestra, ni servicio que pueda superar al de librar á la patria de esclavitud. No cabe, pues, duda de que nuestra causa es justa y humanitaria, y esto es lo que debemos considerar tú y nosotros.

»La guerra por tu parte es justa, porque los florentinos no se han avergonzado, después de una paz con tanta solemnidad ajustada, de coligarse con tus rebeldes genoveses; de suerte que, si nuestra causa no te excita á declararla, te excitará la propia ofensa, tanto más siendo guerra sin peligro; porque no deben asustarte los pasados ejemplos del poder del pueblo florentino y de su obstinación en la defensa; cualidades que, con razón, debieran temerse, si el pueblo estuviera en las mismas condiciones; pero encontrarás todo lo contrario, porque ¿qué poder quieres que haya en un pueblo que ha arrojado de sí nuevamente la mayor parte de su riqueza y de su in-

dustria? ¿Qué obstinación has de encontrar en un pueblo desunido por tan varias y recientes enemistades? Los odios le impiden emplear ahora, como otras veces, las pocas riquezas que ha reunido; porque los hombres gastan voluntariamente su patrimonio á cambio de la gloria, el honor ó la salud de la patria, esperando reconquistar con la paz lo que la guerra les quita, pero no cuando, oprimidos lo mismo en guerra que en paz, sufren durante aquélla las ofensas de los enemigos y en ésta la insolencia de los gobernantes. Además, daño mayor es para el pueblo la avaricia de sus conciudadanos que la rapacidad de los enemigos; porque si de ésta hay esperanza de ver el fin, jamás de la otra.

»Enviaste en la pasada guerra el ejército contra una República, y ahora lo enviarás contra mínima parte de ella; quisiste privar del gobierno á muchos y buenos ciudadanos, y ahora lo quitarás á pocos y malvados; fuiste á dejar sin libertad á una ciudad, y ahora irás á devolvérsela. No es razonable que, siendo tan distintas las causas, dejen de serlo los efectos y debe esperarse segura victoria, cuyas ventajas comprenderás fácilmente. Teniendo la Toscana por amiga y á tan gran servicio obligada, contribuirá al éxito de tus empresas más que Milán mismo; y si esta conquista hubiera sido juzgada en otro momento ambiciosa y violenta, ahora se la estimará justa y humanitaria. No pierdas, pues, la ocasión, y piensa que si tus otras guerras contra Florencia te produjeron dificultades, gastos y desdichas, ésta te dará con facilidad grandes provechos y honrosísima fama.»

IX. No eran necesarias muchas palabras para persuadir al Duque á que declarara la guerra á los florentinos, porque á ello le impulsaban odio hereditario y

ciega ambición, y sobre todo la nueva ofensa que le habían hecho, al aliarse con los rebeldes genoveses; pero los gastos y peligros de la guerra anterior, el recuerdo de pérdidas recientes y lo vanas que son las esperanzas de los desterrados le atemorizaban.

Tan pronto como supo la rebelión de los genoveses, envió el Duque á Nicolás Piccinino con todo su ejército y los infantes que en el país pudiera reclutar á que tomara por fuerza á Génova antes que los ciudadanos se organizaran para defender su independencia y nombraran gobierno, confiando en el castillo que, dentro de Génova, ocupaban aún sus tropas.

Piccinino arrojó á los genoveses de las alturas de los montes y les tomó el valle de Pozeveri, donde se habían atrincherado, encerrando al enemigo dentro de los muros de Génova; pero tropezó con tales dificultades para pasar más adelante, por la obstinación de los ciudadanos en defenderse, que tuvo que levantar el sitio.

Entonces el Duque, persuadido por los desterrados florentinos, le ordenó que acometiera por la costa de Levante hasta los confines de Pisa, haciendo la mayor guerra posible en las tierras de los genoveses, pues juzgaba que esta empresa le demostraría, por los resultados, el partido que le convenía seguir.

Atacó Piccinino á Serezana y la tomó, y después de causar grandes daños, para alarmar á los florentinos, fué á Luca, haciendo correr la voz de que iba á pasar al reino de Nápoles en socorro del Rey de Aragón.

En vista de estos sucesos, el papa Eugenio salió de Florencia y fué á Bolonia, donde trataba de nuevo acuerdo entre el Duque de Milán y los de la Liga, mostrando al Duque que, si lo rechazaba, tendría él

que ceder á los coligados el conde Francisco Sforza, aliado suyo y que militaba á su sueldo. Aunque el Pontífice trabajó mucho con este propósito, sus esfuerzos fueron ineficaces, porque el Duque no quería tratado sin que Génova volviera á su poder, y la Liga deseaba que Génova quedase libre. Por esto, desconfiando todos de que continuara la paz, se preparaban á la guerra.

X. Llegado Piccinino á Luca, los florentinos, temerosos de este movimiento de sus tropas, enviaron, con su gente, al territorio de Pisa á Neri de Gino, é impetraron del Pontífice que se uniera á ellos el conde Francisco Sforza, quien se situó con su ejército en Santa Gonda. Piccinino desde Luca pedía paso para ir al reino de Nápoles y, como se lo negaran, amenazó tomarlo por fuerza.

Eran ambos ejércitos de fuerza y capitanes iguales y, por no querer ninguno tentar fortuna y por estar en la estación fría, pues era el mes de Diciembre, permanecieron muchos días sin ofenderse.

El primero que se movió fué Nicolás Piccinino, á quien dijeron que, si atacaba de noche á Vico Pisano, lo tomaría fácilmente. Así lo hizo; pero, no teniendo buen éxito la empresa, saqueó la comarca que lo rodeaba, y robó y quemó el burgo de San Juan alla Vena.

Aunque esta empresa fracasó en gran parte, animó á Piccinino para seguir adelante; sobre todo al ver que el conde Sforza y Neri no se movían, y atacó y tomó Santa María in Castello y á Filetto. Tampoco por esto hizo movimiento alguno el ejército florentino, no porque el conde Sforza temiera, sino porque el gobierno de Florencia aun no había declarado la guerra, á causa del respeto que tenía al Papa, que seguía negociando la paz.

Lo que los florentinos hacían por prudencia, creyeron los enemigos que era por temor, y les animaba á nuevas empresas. Determinaron, pues, atacar á Barga y presentáronse junto á dicha población con todas sus fuerzas. Esta acometida hizo que los florentinos, dejando aparte toda consideración, decidieran, no sólo socorrer á Barga, sino invadir la comarca de Luca. Fué, pues, el conde Sforza al encuentro de Piccinino, presentó la batalla junto á Barga, y le venció, haciéndole levantar el sitio casi derrotado.

Por su parte los venecianos, entendiendo que el Duque de Milán había quebrantado la paz, enviaron á la Ghiaradadda á su capitán Juan Francisco de Gonzaga, quien causó grandes daños en las comarcas del Duque y le obligó á llamar de Toscana á Nicolás Piccinino. Este llamamiento, y la victoria alcanzada por Sforza, animó á los florentinos para atacar á Luca, con esperanza de apoderarse de ella y sin miedo ni respeto alguno, al ver que el Duque, á quien únicamente temían, era combatido por los venecianos, y que los luqueses, por haber recibido á los enemigos de Florencia y permitido que atacaran esta República, no tenían razón para quejarse.

XI. Á causa de esta determinación, en Abril de 1437 movió Sforza su ejército y, queriendo los florentinos recuperar antes lo suyo que atacar lo ajeno, recobraron Santa María in Castello y otros lugares ocupados por Piccinino. Después se dirigieron contra el país de Luca y atacaron á Casamajore, en cuyos habitantes, aunque fieles á sus Señores, pudo más el miedo al enemigo inmediato que la fidelidad al amigo lejano y se rindieron. Lo mismo hicieron Massa y Serezana. Hecho esto, y á fin de Mayo, se dirigió el ejército hacia Luca, arrasando

las cosechas, quemando las aldeas, cortando las vides y los árboles, robando los ganados y no dejando de practicar cuanto contra los enemigos se suele ó puede hacer.

Por su parte, los luqueses, no auxiliados por el Duque de Milán, y desesperando poder defender su territorio, lo habían abandonado, limitándose á mejorar las defensas de Luca con nuevas fortificaciones. Creían estar en situación de poderla defender durante algún tiempo por haberla llenado de soldados y, entre tanto, que ocurriera algún suceso favorable para ellos, como había sucedido en las anteriores invasiones de los florentinos. Sólo temían la volubilidad de la plebe que, fatigada por el asedio, estimara en más el peligro propio que la libertad de los ciudadanos, y que esto les forzara á hacer algún trato vergonzoso y funesto. Para induciría á la defensa la reunieron en la plaza, y uno de los más ancianos y más sensatos habló en estos términos:

«Siempre habréis oído decir que las cosas hechas por necesidad no reportan alabanza ni vituperio á quien las realiza; por tanto, si nos acusáis de haber provocado la guerra que los florentinos nos hacen por haber recibido en nuestra ciudad el ejército del Duque de Milán y permitido que atacara á la república de Florencia, incurriéis en grande error.

»Conocida os es la antigua enemistad que los florentinos os profesan, no causada por ofensas vuestras ni por miedo que de vosotros tengan, sino por vuestra debilidad y su ambición, porque aquella les da esperanza de avasallaros, y ésta les induce á realizarla. Y no creáis que les aparte de este deseo mérito alguno vuestro, ni que por ninguna ofensa que les hagáis se han de enardecer más contra nuestra patria. Su objeto es

privaros de la libertad, y el vuestro debe ser defenderla, y de lo que ellos y nosotros hagamos con estos fines, todos podrán dolerse, ninguno admirarse.

«Dolámonos, pues, de que invadan nuestro territorio, quemén las casas y arrásen los campos; pero ¿quién será tan necio que se maraville de ello? Porque, si pudiéramos, haríamos lo mismo ó peor. Si porque vino Nicolás Piccinino han promovido esta guerra, de no venir él, la movieran por otra causa y, de diferir esta calamidad, mayor hubiera sido.

»No echemos, pues, la culpa á la venida de Piccinino, sino á nuestra mala suerte y á la ambición florentina. No podíamos negarnos á recibir el ejército del Duque ni, cuando vino, pudimos impedir que guerreara. Sabéis que sin la ayuda de un poderoso no nos podemos salvar, y que el poderoso que con mejor voluntad y mayor fuerza puede defendernos es el Duque de Milán. Él nos ha devuelto la libertad, y razonable es que la mantenga; él es enemigo constante de nuestros perpetuos enemigos.

»Sí, por no ofender á los florentinos, hubiéramos indignado al Duque contra nosotros, al perder la amistad de éste, proporcionaríamos al enemigo mayor fuerza y más facilidad para atacarnos. Es preferible, pues, la guerra, contando con el afecto del Duque, que la paz con su odio, y debemos esperar que nos libre de los peligros en que nos há puesto, si no nos dejamos dominar por el desaliento.

»Bien sabéis con cuánta rabia los florentinos nos han atacado muchas veces, y con cuánta gloria nos hemos defendido de ellos, y que en varias ocasiones, no esperando más que en Dios y en el tiempo, ambos nos han salvado. Si entonces nos defendimos, ¿por qué no nos

emos de defender ahora? Entonces toda la Italia permitía á nuestros enemigos que fuéramos su presa; ahora tenemos á nuestro lado al Duque de Milán, y debemos creer que los venecianos procederán con lentitud en ofendernos, por desagradarles que aumente el poder de los florentinos. Cuando éstos nos atacaron la última vez, estaban más libres de dificultades, tenían mayor esperanza de auxilio, eran por sí mismos más poderosos, y nosotros más débiles, porque defendíamos un tirano, mientras en la actualidad defendemos á nosotros mismos. Entonces la gloria de la defensa era de otro; ahora es nuestra. Entonces nos acometían unidos; ahora estando en discordia y llena Italia de desterrados de Florencia.

»Pero aun sin estas esperanzas de buen éxito, la necesidad debe obstinarnos en la defensa. No hay enemigo á quien razonablemente no debáis temer, porque todos querrán su gloria y vuestra ruina; pero de todos, los que deben producirnos mayor espanto son los florentinos, porque no les bastará nuestra obediencia y nuestros tributos, con la dominación de esta nuestra ciudad, sino querrán nuestras personas y nuestras propiedades; querrán saciar con nuestra sangre su crueldad, con nuestros bienes su codicia, de suerte que en todos nosotros hay motivo para temerles.

»No os espante ver arrasados nuestros campos, quemadas nuestras poblaciones, ocupado nuestro territorio; porque, si salvamos esta ciudad, necesariamente ha de salvarse todo lo perdido, y si la perdemos, se salvarán aquéllos sin provecho nuestro; porque permaneciendo libres, con dificultad dominará el enemigo nuestras tierras y, perdiendo nuestra libertad, en vano las poseeremos.

»Tomad, pues, las armas y, cuando combatáis, pensad que el premio de vuestra victoria será la salvación, no sólo de la patria, sino de vuestros bienes y de vuestros hijos.»

Grandísimo entusiasmo produjeron en el pueblo estas últimas palabras, y todos prometieron unánimamente morir antes que entregarse ó pensar en tratos que disminuyeran en lo más mínimo su libertad. Ordenaron en seguida todo cuanto es preciso para defender una ciudad.

XII. Entretanto el ejército florentino no perdía el tiempo y, después de los grandes estragos causados en el país, tomó por convenio Monte Carlo. Realizada esta conquista, fué á acampar junto á Uzano, para que los de Luca, estrechados por todas partes, no pudieran esperar auxilio y, obligados por el hambre, se rindieran.

Era Uzano plaza fuerte y bien guarnecida, de modo que su expugnación no fué tan fácil como la de las otras.

Los luqueses, como era natural, al verse estrechados acudieron al Duque de Milán, recomendándole su causa en términos persuasivos y enérgicos; recordándole los servicios que le habían prestado, las ofensas de los florentinos, lo que animaría á sus otros amigos defendiendo á Luca, y lo que les atemorizaría que abandonara á los luqueses; que si ellos perdían con la libertad la vida, él perdería con los aliados el honor y la confianza de cuantos, por afecto á él, estuvieran dispuestos á afrontar cualquier peligro. Á estas palabras mezclaron las lágrimas para que, si el deber no le impulsaba en favor de los luqueses, le moviera la compasión.

Unido al odio antiguo que el Duque de Milán profesaba á los florentinos, sus recientes deberes con Luca,

y deseoso sobre todo de que no creciera el poder de Florencia con tanta conquista, determinó enviar grueso ejército á Toscana, ó acometer con tanto ímpetu á los venecianos, que los florentinos se vieran obligados á dejar la presa para auxiliar á aquéllos.

XIII. Tomada esta determinación, súpose inmediatamente en Florencia que el Duque ordenaba el envío de tropas á Toscana, lo cual ocasionó que los florentinos empezaran á perder la esperanza de apoderarse de Luca; y para que el Duque tuviera ocupación en Lombardia, pedían á los venecianos que le atacaran con todas sus fuerzas. Pero temerosos éstos por haberles abandonado el duque de Mantua, poniéndose á sueldo del de Milán y deíéndoles casi sin tropas, contestaban que, lejos de redoblar sus esfuerzos, ni siquiera podrían continuar la guerra si no les enviaban los florentinos al conde Sforza para mandar el ejército, con condición de que se comprometiera á pasar el Po en persona. No querían atenerse al antiguo convenio, según el cual no estaba obligado el Conde á pasar dicho río, porque, sin general, renunciaban á hacer la guerra; sólo tenían confianza en Sforza, y de éste no podían valerse, si no se obligaba á guerrear en todas partes.

Juzgaban necesario los florentinos que se hiciera guerra vigorosa en Lombardia, y por otra parte, quedando sin Sforza, la empresa contra Luca estaba perdida. Además comprendían que la petición de los venecianos no se fundaba tanto en la necesidad que del Conde tuvieran, como en el deseo de impedir la conquista de Luca.

En cuanto á Sforza, consentía en ir á Lombardia si lo deseaba la Liga, pero sin alterar el convenio de no pasar el Po, porque no deseaba perder la esperanza de

casarse con la hija del Duque de Milán, según promesa de éste.

Combatían, pues, en el ánimo de los florentinos dos encontradas pasiones; el deseo de apoderarse de Luca, y el temor de la guerra con el Duque de Milán. Venció, como siempre sucede, el temor, y se contentaron con que, tomado Uzano, fuera el Conde á Lombardia.

Quedaba aún otra dificultad que, por no estar en manos de los florentinos resolverla, les produjo mayor embarazo y les hizo dudar más que la primera; porque el conde Sforza no quería pasar el Po, y los venecianos no le aceptaban sin la obligación de pasarlo. No encontrando medio de que francamente cedieran en esta pretensión ó los venecianos ó el Conde, persuadieron á éste para que escribiera una carta á la Señoría de Florencia obligándose á pasar el Po, demostrándole que esta promesa privada no rompía el pacto público, y que encontraría después medio para no atravesar el río. Juzgaban que, empeñada la guerra, los venecianos se verían en la precisión de continuarla y que esta diversión les libraría del peligro que les amenazaba.

Á los venecianos les demostraron que la carta privada bastaba para obligar á Sforza, y, por tanto, debían contentarse con ella, siendo conveniente facilitar al Conde el mantenimiento de las consideraciones que debía á su futuro suegro, é inútil para todos publicar este compromiso, sino en caso de extrema necesidad.

Así quedó convenido el paso á Lombardia del conde Sforza, quien, tomado Uzano, hechos algunos atrincheramientos alrededor de Luca para tener sitiados á los luqueses, y encargada la continuación del asedio á los Comisarios, pasó los Alpes y fué á Regio, donde

los venecianos, sospechosos de sus gestiones, y queriendo, ante todo, asegurarse de sus propósitos, le pidieron que pasara el Po y se uniese á su ejército. Negóse terminantemente el Conde, mediando entre él y Andres Mauroceno, enviado por los venecianos, frases injuriosas, pues se acusaron respectivamente de falta de fidelidad y protestaron terminantemente, el Conde de no estar obligado al servicio, y Mauroceno al pago, volviendo aquél á Toscana y éste á Venecia.

Alojaron los florentinos al Conde en el territorio de Pisa, esperando inducirle á renovar la guerra contra los luqueses; pero no le encontraron dispuesto, porque el Duque de Milán, al saber que por consideraciones á él no había querido pasar el Po, pensó salvar por su mediación á los luqueses, y le rogó que hiciera un convenio entre éstos y los florentinos, incluyendo también á él, si era posible, en el tratado, y dándole esperanza de casarle con su hija en la época que Sforza determinara.

Este casamiento seducía mucho al Conde, porque esperaba, mediante de él, y por no tener el Duque hijos varones, enseñorearse de Milán; por ello estorbaba de continuo á los florentinos la continuación de la guerra, y aseguraba que no se movería, si los venecianos no le cumplían antes los compromisos contraídos y le pagaban el sueldo debido, no bastándole este pago, porque queriendo estar seguro de sus Estados, conveniale tener otro apoyo además del de los florentinos. Por tanto, si los venecianos le abandonaban, necesitaría pensar en sus intereses, amenazando así diestramente tratar con el Duque de Milán.

XIV. Estos altercados y estas intrigas desagradaban profundamente á los florentinos, porque veían perdida

casarse con la hija del Duque de Milán, según promesa de éste.

Combatían, pues, en el ánimo de los florentinos dos encontradas pasiones; el deseo de apoderarse de Luca, y el temor de la guerra con el Duque de Milán. Venció, como siempre sucede, el temor, y se contentaron con que, tomado Uzano, fuera el Conde á Lombardia.

Quedaba aún otra dificultad que, por no estar en manos de los florentinos resolverla, les produjo mayor embarazo y les hizo dudar más que la primera; porque el conde Sforza no quería pasar el Po, y los venecianos no le aceptaban sin la obligación de pasarlo. No encontrando medio de que francamente cedieran en esta pretensión ó los venecianos ó el Conde, persuadieron á éste para que escribiera una carta á la Señoría de Florencia obligándose á pasar el Po, demostrándole que esta promesa privada no rompía el pacto público, y que encontraría después medio para no atravesar el río. Juzgaban que, empeñada la guerra, los venecianos se verían en la precisión de continuarla y que esta diversión les libraría del peligro que les amenazaba.

Á los venecianos les demostraron que la carta privada bastaba para obligar á Sforza, y, por tanto, debían contentarse con ella, siendo conveniente facilitar al Conde el mantenimiento de las consideraciones que debía á su futuro suegro, é inútil para todos publicar este compromiso, sino en caso de extrema necesidad.

Así quedó convenido el paso á Lombardia del conde Sforza, quien, tomado Uzano, hechos algunos atrincheramientos alrededor de Luca para tener sitiados á los luqueses, y encargada la continuación del asedio á los Comisarios, pasó los Alpes y fué á Regio, donde

los venecianos, sospechosos de sus gestiones, y queriendo, ante todo, asegurarse de sus propósitos, le pidieron que pasara el Po y se uniese á su ejército. Negóse terminantemente el Conde, mediando entre él y Andres Mauroceno, enviado por los venecianos, frases injuriosas, pues se acusaron respectivamente de falta de fidelidad y protestaron terminantemente, el Conde de no estar obligado al servicio, y Mauroceno al pago, volviendo aquél á Toscana y éste á Venecia.

Alojaron los florentinos al Conde en el territorio de Pisa, esperando inducirle á renovar la guerra contra los luqueses; pero no le encontraron dispuesto, porque el Duque de Milán, al saber que por consideraciones á él no había querido pasar el Po, pensó salvar por su mediación á los luqueses, y le rogó que hiciera un convenio entre éstos y los florentinos, incluyendo también á él, si era posible, en el tratado, y dándole esperanza de casarle con su hija en la época que Sforza determinara.

Este casamiento seducía mucho al Conde, porque esperaba, mediante de él, y por no tener el Duque hijos varones, enseñorearse de Milán; por ello estorbaba de continuo á los florentinos la continuación de la guerra, y aseguraba que no se movería, si los venecianos no le cumplían antes los compromisos contraídos y le pagaban el sueldo debido, no bastándole este pago, porque queriendo estar seguro de sus Estados, conveniale tener otro apoyo además del de los florentinos. Por tanto, si los venecianos le abandonaban, necesitaría pensar en sus intereses, amenazando así diestramente tratar con el Duque de Milán.

XIV. Estos altercados y estas intrigas desagradaban profundamente á los florentinos, porque veían perdida

la empresa de Luca y dudaban de su seguridad si alguna vez se unían el Duque de Milán y Sforza.

Para inducir á los venecianos á que tuvieran á sueldo al Conde, fué Cosme de Médicis á Venecia (1438), esperando conseguirlo con su influencia. Discutió este asunto extensamente en el Senado, mostró la situación en que Italia se encontraba, las fuerzas de que disponía el Duque de Milán y la reputación é importancia de sus tropas y dedujo que, si el Duque se unía al conde Sforza, quedaría reducida Venecia á la posesión de las lagunas, y los florentinos tendrían que combatir por su libertad.

Respondiéronle los venecianos que conocían sus fuerzas y las de los italianos, y creían poderse defender en todo caso, asegurando que no era costumbre pagar soldados que servían á otros; por tanto, que Florencia pagara á Sforza, puesto que á Florencia servía; que á ellos les era más necesario, para disponer con seguridad de sus Estados, rebajar la soberbia del Conde y no pagarle; porque los hombres no ponen límites á su ambición y, si ahora le pagaran, sin servirles, pediría poco después cosa más indigna y peligrosa. Por tanto, juzgaban necesario poner alguna vez freno á su insolencia y no dejarla crecer tanto que llegase á ser incorregible; que si por temor ú otras razones querían los florentinos tenerle por amigo, le pagaran ellos.

Volvió Cosme de Médicis á Florencia sin conseguir lo que deseaba.

Los florentinos, sin embargo, hacían esfuerzos para que el Conde continuara en la Liga, de la cual sentía apartarse Sforza; pero el deseo de emparentar con el Duque de Milán le tenía dudoso, dependiendo su re-

solución de cualquier pequeño accidente, y así sucedió.

Había dejado el Conde la guarda de sus posesiones de la Marca á Furlano, uno de sus mejores capitanes, quien, cediendo á reiteradas instigaciones del Duque de Milán, renunció el sueldo de Sforza y se unió á aquél. Esto fué causa de que el Conde, prescuidiera de toda consideración y, por seguridad propia, se pudiese de acuerdo con el Duque, conviniendo, entre otras condiciones, que no se mezclara para nada en los asuntos de la Romagna y de Toscana.

Hecho este tratado, persuadía Sforza con insistencia á los florentinos para que se entendieran con los luqueses, y de tal suerte les indujo á ello que, por no tener otro remedio, hicieron la paz en Abril de 1438, quedando los luqueses en libertad y en poder de aquéllos Monte Carlo y algunas otras pequeñas plazas. Después llenaron Italia con cartas llenas de amargas declaraciones, diciendo que puesto que Dios y los hombres no habían querido que los luqueses cayeran bajo su dominio, hacían la paz con ellos. Rara vez ocurre que aflija á alguno la pérdida de cosas propias tanto como afligió á los florentinos no apoderarse de las ajenas.

XV. Aunque por entonces estaban los florentinos ocupados en tantas empresas, no dejaron de pensar en los intereses de sus vecinos y en el embellecimiento de su propia ciudad. Había muerto, según hemos dicho, Nicolás Fortebraccio, casado con una hija del conde Poppi. Poseía éste, á la muerte de Nicolás, el Borgo San Sepolcro y las fortalezas de aquella comarca, que gobernaba en vida de Fortebraccio, á nombre de su yerno. Al morir éste, sostenía el Conde su derecho á poseer aquella comarca por la dote de su hija, no querién-

dola ceder al Papa, que la pedía por haber sido usurpada á la Iglesia y que mandó al patriarca Vitelleschi con tropas para ocuparla. Al ver el Conde que no podía resistir la ocupación, ofreció la comarca á los florentinos, y éstos no la quisieron; pero al volver el Papa á Florencia, intervinieron para poner de acuerdo con él al Conde y, por dificultades para el convenio, el Patriarca atacó á Casentino y tomó á Prato Vecchio y á Romena, ofreciéndolas también á los florentinos, que tampoco entonces las aceptaron si el Papa no convenía previamente en que se las devolvieran al Conde, lo cual, después de muchas negociaciones, consintió el Pontífice, pero á condición de que los florentinos negociaran con el conde Poppi la restitución del Borgo de San Sepolero.

Satisfecho el Papa por el resultado de esta negociación, pareció á los florentinos ocasión propicia para que consagrara personalmente la catedral de Florencia, llamada de Santa Reparata, cuya edificación se había empezado mucho tiempo antes, y que, terminada ya, estaba en disposición para celebrar los oficios divinos. El Papa consintió de buen grado, y para mayor magnificencia de la ciudad y del templo y mayor honor del Pontífice se construyó desde Santa María Novella, donde habitaba el Papa, hasta el templo que iba á consagrar un tablado de cuatro brazas de ancho (1) y de dos de altura (2), cubierto por encima y los costados de riquísimos paños, sobre los cuales pasaron sólo el Papa y su corte, con aquellos magistrados de la ciudad ó ciudadanos designados para acompañarle. Los demás ciudadanos y el pueblo acudie-

(1) Dos metros 376 milímetros.

(2) Un metro 183 milímetros.

ron á las calles, las casas y al templo para contemplar tan brillante espectáculo.

Hechas todas las ceremonias que en tales consagraciones se practican, el Papa, como prueba de su afecto á Florencia, hizo caballero á Julián Davanzati, que era entonces Confaloniero de justicia, y en todo tiempo ciudadano de la mejor reputación, y al cual la Señoría, por no parecer menos que el Papa en su estimación á Davanzati, le concedió el gobierno de Pisa por un año.

XVI. Existían en aquel tiempo (1439) entre la Iglesia latina y la griega varias discordias, no conviniendo en algunos ritos del divino culto; y habiendo hablado bastante de este asunto los prelados de la Iglesia occidental en el último Concilio celebrado en Basilea, se acordó emplear la mayor diligencia para que el Emperador y los prelados griegos acudieran al citado Concilio á fin de procurar su reconciliación con la Iglesia romana.

Aunque esta determinación ofendía la majestad del Imperio griego, y desagradaba á la soberbia de los prelados de Oriente obedecer al Romano Pontífice, sin embargo, oprimidos por los turcos y juzgándose sin fuerzas para resistirles por sí solos, resolvieron ceder, para poder más seguramente demandar auxilio; y el Emperador, con el Patriarca y los prelados y barones griegos, llegaron á Venecia para ir á Basilea; pero, asustados por la peste, determinaron arreglar las dificultades en Florencia. Reunidos, pues, durante muchos días en la iglesia catedral los prelados griegos y romanos, después de larga discusión, cedieron los griegos, poniéndose de acuerdo con la Iglesia y el Pontífice romano.

XVII. Hecha la paz entre luqueses y florentinos, y entre el Duque de Milán y el conde Sforza, creían todos

terminadas las guerras en Italia, principalmente las que devastaban la Lombardia y Toscana; porque la que en el reino de Nápoles mantenían Renato de Anjou y Alfonso de Aragón, era común opinión que sólo había de acabar con la ruina de uno de ellos. Y aunque el Papa estaba descontento por haber perdido muchas de sus posesiones y aunque fuera conocida la ambición del Duque de Milán y de los venecianos, creíase, sin embargo, que el Pontífice por necesidad y los otros por falta de recursos permanecerían tranquilos.

No sucedieron así las cosas, porque ni el Duque de Milán ni los venecianos estuvieron quietos y, por tanto, empuñadas de nuevo las armas, estalló otra vez la guerra en Lombardia y Toscana.

No podía sufrir la altivez del Duque que los venecianos poseyeran Bérnago y Brescia, sobre todo viéndoles mantener sus fuerzas en pie de guerra y diariamente invadir y recorrer con partidas su territorio. Proyectaba, no sólo tenerles á raya, sino reconquistar lo perdido, si les abandonaban alguna vez el Papa, los florentinos y Sforza. Resolvió, pues, quitar al Pontífice la Romaña, creyendo que, cuando la poseyera, no podría el Papa ofenderle, y los florentinos, viendo cerca el fuego, ó por miedo no se moverían, ó, de moverse, no podrían fácilmente atacarle.

Conocía también el Duque la indignación de los florentinos contra los venecianos por el negocio de Luca, juzgando que no estarían muy dispuestos á tomar las armas en su favor. En cuanto al conde Sforza, creía que su reciente amistad con él y la esperanza de darle la mano de su hija, bastaban para tenerle quieto.

A fin de librarse de censuras y quitar á los demás pre-

textos de acudir á las armas, sobre todo no pudiendo, por el convenio hecho con Sforza, atacar la Romaña, ordenó que Nicolás Piccinino, como si lo hiciera por ambición propia, invadiera esta comarca.

Cuando el convenio entre el duque Visconti y Sforza, encontrábase Nicolás en la Romaña y, de acuerdo con el Duque, fingió estar indignado por lo convenido con Sforza, su perpetuo enemigo, situándose con sus tropas en Camurata, lugar entre Forli y Ravena, donde se atrincheró, como si por largo tiempo y hasta que aceptara proposiciones de otro príncipe ó gobierno, quisiera permanecer allí.

Extendida por todas partes la noticia, Nicolás Piccinino hizo saber al Pontífice los servicios que al Duque había prestado y la ingratitud de éste, que procuraba tener á sus órdenes los dos mejores generales y casi todo el ejército de Italia para dominarla, pero que, si Su Santidad quería, de los dos generales que el Duque creía tener, sería el uno enemigo suyo y el otro inútil, porque proveyéndole de dinero y manteniéndole al frente del ejército, invadiría los Estados que Sforza había usurpado á la Iglesia. Necesitado el Conde de ocuparse en defenderlos, no podría atender á lo que le exigiera la ambición de Felipe Visconti.

Creyó el Papa estos ofrecimientos por parecerle razonables, y envió cinco mil ducados á Piccinino, haciéndole muchas promesas y ofreciendo Estados á él y á sus hijos; y aunque muchos advirtieron al Papa del engaño, ni lo creía, ni quería oír á ninguno que dijera tal cosa.

Gobernaba la ciudad de Ravena, á nombre de la Iglesia, Ostasio de Polenta y, pareciendo á Nicolás Piccinino que no debía diferir más su empresa, porque su hijo

Francisco, con ofensa al Papa, había saqueado á Spoleto, determinó atacar á Ravena, ó por juzgar la empresa fácil, ó por estar secretamente de acuerdo con Ostasio. A los pocos días de sitiada la tomó por capitulación. Después de esta conquista ocupó á Bolonia, Imola y Forli, y fué lo más maravilloso que las veinte fortalezas que guarnecían las tropas del Pontífice en estos Estados cayeron en poder de Piccinino.

No bastó á Nicolás ofender al Papa con esta conquista, después de engañarle, porque le injurió además por escrito, diciéndole que merecía la ocupación hecha de su territorio, por no haberse avergonzado de querer destruir la antigua amistad que con el Duque tenía y por llenar Italia de cartas en que se decía que había abandonado al Duque, tomando el partido de los venecianos.

XVIII. Ocupada la Romaña, dejó Piccinino en su guarda á su hijo Francisco, y con la mayor parte del ejército fué á Lombardia. Unido allí á las demás tropas del Duque, invadió el condado de Brescia, ocupándole en poco tiempo. Después sitió esta ciudad.

El Duque, que deseaba le dejasen guerrear sólo con los venecianos, excusábase con el Papa, con los florentinos y con el conde Sforza, asegurando que lo hecho por Piccinino en Romaña, lo había realizado contra los convenios y contra su voluntad y, por medio de emisarios secretos añadía que, cuando la ocasión fuera propicia, castigaria esta desobediencia. Ni los florentinos ni Sforza creían tal cosa, sino, al contrario, que el objeto de las operaciones del ejército consistía, como era verdad, en tenerles á raya hasta que dominara á los venecianos, quienes, llenos de soberbia y creyendo poder por sí solos resistir el ejército del Duque, no se dignaban pedir au-

xilio á nadie, confiando la guerra á su general Gattamelata.

Deseaba el conde Sforza ir, con auxilio de los florentinos, en favor de Renato de Anjou á Nápoles; pero los sucesos de Lombardia y Romaña le detuvieron. De buen grado los florentinos le hubieran ayudado, por la antigua y constante amistad de Florencia con la casa de Francia, y también el Duque de Milán favorecía á Alfonso de Aragón, por la amistad que con él contraía cuando fué su prisionero; pero aquéllos y éste, ocupados con la guerra inmediata, renunciaron á empresa más lejana.

Al ver los florentinos dominada la Romaña por las tropas del Duque de Milán y á su ejército batir á los venecianos, como quien de la ruina ajena teme la propia, rogaron al conde Sforza que viniera á Toscana, donde se determinaría lo que debía hacerse para contrarrestar las tropas del Duque, que eran en mayor número de lo que lo habían sido nunca, asegurando que, si de cualquier modo no se refrenaba su osadía, tendrían que sentirlo en breve tiempo cuantos poseyeran Estados en Italia.

Comprendía el Conde que el temor de los florentinos era fundado; pero detentale el deseado casamiento con la hija del Duque. Éste, que lo sabía, dábale grandísimas esperanzas con tal de que no tomara las armas contra él y, estando ya su hija en edad de casarse, varias veces llevó la cosa á términos de hacerse los preparativos para la boda, provocando en seguida alguna dificultad para suspenderla. Por último, á fin de mantener la credulidad del Conde, unió á las promesas las obras, y le mandó 30.000 florines que, según las capitulaciones matrimoniales, debía entregarle.

XIX. La guerra aumentaba en Lombardia, y los venecianos perdían diariamente nuevas poblaciones, vendiendo el ejército ducal los que habían puesto en campaña sus contrarios. Las comarcas de Verona y Brescia estaban invadidas y tan estrechamente asediadas estas dos plazas, que, según opinión general, resistirían ya poco tiempo.

El marqués de Mantua, que durante muchos años había sido general á sueldo de la República veneciana, contra la general creencia, la había abandonado, para entrar á sueldo de Felipe Visconti.

Tantos desastres obligaron á los venecianos á hacer, por temor, lo que al principio de la guerra no habían querido intentar por orgullo, y conociendo que el único remedio era la alianza con los florentinos y Sforza, empezaron á pedirla, bien que con vergüenza y sin confianza en adquirirla, porque temían que los florentinos les dieran contestación igual á la que ellos les habían dado cuando la empresa contra Luca y los asuntos del conde Sforza. Pero encontráronles más propicios de lo que esperaban y de lo que, por su anterior conducta, merecían. ¡Tanto más podía en los florentinos el odio al antiguo enemigo que el resentimiento por haber faltado á la vieja y constante amistad!

Conociendo desde hacía tiempo la necesidad que tendrían los venecianos del auxilio, habían demostrado á Sforza que la ruina de aquéllos sería su propia ruina, y que se engañaba al creer que el duque Felipe lo estimase igualmente en la fortuna que en la desgracia, pues si le había prometido la mano de su hija, era por el miedo que le inspiraba. Y como lo que por necesidad se promete sólo por necesidad se cumple, era preciso que man-

tuviera al Duque en aquella precisión, lo cual, sin el engrandecimiento de los venecianos, era imposible. Por tanto, debía pensar que, si éstos se veían obligados á abandonar sus posesiones de tierra firme, le faltarían, no sólo las ventajas que de ellos podía obtener, sino también las que esperase de los otros Estados, temerosos por las desdichas de Venecia. Añadían que, si examinaba bien los Estados de Italia, vería ser pobres unos, y otros enemigos suyos, y que los florentinos solos no eran, según él mismo había dicho repetidas veces, suficientes para defenderle, por cuyas consideraciones precisaba ayudar á los venecianos en la defensa de sus Estados de tierra firme.

Estas razones, unidas al odio que inspiraba ya el Duque á Sforza, por creer que se burlaba de él en lo del casamiento, le hicieron aceptar el convenio; pero no quiso obligarse á pasar el río Po. Este convenio se firmó en Febrero de 1438, comprometiéndose los venecianos á pagar las dos terceras partes de los gastos, y la otra tercera los florentinos, y unos y otros obligados á defender á su costa los Estados que el Conde poseía en la Marca.

No satisfecha la liga con esta adquisición, tomó también á sueldo al señor de Faenza, á los hijos de Pandolfo Malatesta, de Rímíni y á Pedro Juan Pablo Orsino; y aunque procuraron atraerse con grandes promesas al marqués de Mantua, no pudieron apartarle de la amistad y el sueldo del Duque. El señor de Faenza, después de comprometido con la Liga, se fué con el Duque, que le ofrecía mejores condiciones, lo cual quitó á aquella la esperanza de terminar pronto los negocios de la Romaña.

XX. La situación de las cosas en Lombardia era por

entonces muy crítica. El ejército del Duque de Milán sitiaba á Brescia de tal modo, que se temía la rendición de la plaza por hambre, y lo mismo sucedía y se esperaba de Verona. Si esto ocurría con alguna de las dos ciudades, juzgábanse inútiles los demás aprestos de guerra y perdidos todos los gastos hechos. No veíase, pues, otro remedio sino el de que pasara Sforza con su ejército á Lombardia.

Para esto había tres dificultades; una, la de decidir á Sforza á pasar el Po y hacer la guerra donde fuera preciso; otra, que á los florentinos parecía quedar á merced del Duque de Milán si les faltaba el conde Sforza, porque fácilmente podían retirarse las tropas del Duque á puntos fortificados, destinando parte de ellas á tener á raya á Sforza, y otra parte enviarla á Toscana con los desterrados florentinos, lo cual inspiraba gran terror al actual gobierno de Florencia. La tercera era la elección de camino que debiera elegir el Conde para llegar con seguridad al territorio de Padua, donde estaba el ejército veneciano.

De estos tres inconvenientes, el segundo, que correspondía exclusivamente á los florentinos, era el más difícil de vencer; sin embargo, conociendo éstos la necesidad de la partida del conde Sforza y el apuro de los venecianos, que con gran instancia pedían al Conde, amenazando con rendirse si no iba, prefirieron á sus propios temores auxiliar á sus aliados en aquella angustiosa situación. Quedaba la dificultad del camino, y se convino que los venecianos aseguraran el paso.

Encargado Neri Capponi de tratar con el conde Sforza este convenio y de inducirle á pasar á Lombardia, pareció á la Señoría conveniente que fuera á Venecia,

á fin de hacer más agradable á los venecianos este servicio y determinar los medios para el paso seguro del ejército de Sforza.

XXI. Partió Neri Capponi de Cesena y, en una barca, llegó á Venecia, recibíendole el gobierno veneciano con más honras de las que había tributado á príncipe alguno; porque de su llegada y de lo que, por su medio, se había de decidir y ordenar hacían depender su salvación.

Introducido Neri ante el Senado, habló en estos términos:

«Mis señores, Serenísimo Príncipe, opinaron siempre que el engrandecimiento del Duque de Milán sería la ruina de Venecia y de Florencia, y que la seguridad de ambas Repúblicas dependería de su mutua grandeza. Si vuestro gobierno hubiese creído lo mismo, estaríamos en mejores condiciones, y Venecia libre de los peligros que la amenazan. Pero en la época en que era deber vuestro prestarnos auxilio y confianza, no lo cumplisteis; tampoco nosotros hemos acudido presurosos al remedio de vuestro daño, ni vosotros á pedirlo, desconociendo, lo mismo en la prosperidad que en la adversidad, nuestras cualidades, y sin saber que lo que una vez amamos ú odiamos, lo amamos ú odiamos siempre.

»El afecto que teníamos á vuestra Serenísima Señoría, bien lo sabéis, pues repetidas veces habéis visto llena Lombardia de nuestras tropas y nuestro dinero por socorros. El odio que tenemos á Felipe Visconti y que tendremos siempre á su casa, lo sabe todo el mundo. No es posible que un afecto y un odio tan antiguos, por nuevos méritos ó nuevas ofensas cambie fácilmente.

»Seguros estábamos y estamos de que nuestra neutralidad en esta guerra nos libraba de todo temor y sería

agradabilísima al Duque, pues aunque llegara á ser, por vuestra ruina, señor de toda la Lombardía, nos quedan en Italia recursos bastantes para no desesperar de nuestra salvación. Aumentando su poder y sus Estados, hubieran crecido también la enemistad y envidia que le tienen, ocasionándole guerras y ruinas. Sabíamos los gastos que nos ahorrábamos evitando esta guerra que ahora se hace en Lombardía, y que, al intervenir nosotros en ella, puede extenderse á Toscana; pero todas estas consideraciones han cedido ante el antiguo afecto que tenemos á Venecia, determinando acudir en vuestro auxilio con la misma presteza que acudiríamos á nuestra defensa, si fuéramos atacados.

»Por esto mis Señores, creyendo que lo más apremiante es socorrer á Verona y Brescia, y juzgando que, sin el conde Sforza, no se puede hacer esto, me enviaron primero á persuadirle para que pasara á Lombardía, haciendo la guerra donde fuera necesario (sabéis que no estaba obligado á pasar el Po), y le convencí con las mismas razones que á nosotros nos convencieron. El Conde, que parece ser invencible en la guerra, no quiere ser vencido en cortesía, y desea superar la liberalidad que con vosotros empleamos, porque sabe el peligro en que queda Toscana al salir de ella; de suerte que al ver que posponemos nuestra seguridad á vuestros peligros, él prescinde en vuestro provecho de sus propios intereses.

»Vengo, pues, á ofrecer al Conde con 7.000 caballos y 2.000 infantes, dispuesto á buscar al enemigo donde se encuentre. Os ruego, y también os ruegan mis Señores que, siendo el número de sus soldados mayor del que está obligado á presentar, le recompenséis liberal-

mente, para que ni él se arrepienta de haber entrado á vuestro servicio, ni nosotros de determinarle á hacerlo.»

El Senado oyó á Neri como se oye á un oráculo, y sus palabras entusiasmaron tanto al auditorio, que, sin esperar, según costumbre, la contestación del Dux, pusieronse todos en pie, y alzando los brazos y llorando muchos de ellos, daban gracias á los florentinos por aquella prueba de afecto, y á Neri por su celo y actividad; prometiendo que en ningún tiempo, ni ellos ni sus descendientes, olvidarían tan gran beneficio y considerando á los florentinos compatriotas suyos.

XXII. Cuando se calmaron los ánimos, discutióse acerca del camino que debería seguir Sforza, á fin de proveerle de puentes, de zapadores y de lo que además pudiera necesitar. Había cuatro caminos para escoger: uno desde Ravena á lo largo de la costa, que, pasando largo trecho entre el mar y los pantanos, fué desechado; otro era la vía recta, dominada por un castillo, llamado Ucellino, que guarnecían las tropas del Duque, y que era preciso tomar previamente, cosa difícil de conseguir en tiempo tan breve, que no impidiera la rapidez necesaria para el socorro de las plazas sitiadas. El tercero iba por la selva del Lago; pero el Po había desbordado, y el pasarle por allí no era difícil, sino imposible. Quedaba el cuarto camino, por territorio de Bolonia, pasando por el puente Puledrano, Cento y la Pieve, para llegar por entre el Finale y el Bondeno á Ferrara, desde donde, por tierra ó por agua, podría llegar el ejército al territorio de Padua, uniéndose allí con las tropas venecianas. Este camino, en el cual no faltaban dificultades, y que en algunas partes podía estorbar el enemigo, fué elegido como el menos peligroso. Tan pronto como se notificó

á Sforza la elección, partió con grandísima rapidez, llegando al Paduano el 30 de Junio.

La llegada del Conde á Lombardía hizo concebir en Venecia y en todos los Estados de esta República las esperanzas más lisonjeras, y los venecianos, que poco antes desesperaban de su salvación, empezaron á soñar nuevas conquistas.

Lo primero que hizo el conde Sforza fué ir en socorro de Verona y, para impedirlo, acampó Piccinino con su ejército en Soave, castillo situado entre el Vicentino y el Veronés, rodeado de un foso que desde Soave se extiende hasta los pantanos del Adige.

Viendo el Conde que tenía cortado el camino de la llanura, proyectó tomar el de los montes para llegar á á Verona, pensando que Piccinino ó no creería que tomaba aquel camino por lo áspero y difícil, ó que, si lo creía, no tuviera tiempo para cortárselo. Dispuestos viveres para ocho días, pasó el ejército la montaña y llegó á la llanura por bajo de Soave. Aunque Piccinino había hecho algunos atrincheramientos para cortar aquel camino, el Conde los asaltó fácilmente.

Al saber Piccinino que el enemigo había pasado, contra lo que él esperaba, por no combatirle con desventaja retiróse al otro lado del Adige, y el Conde entró sin dificultad en Verona.

XXIII. Conseguido el primer propósito de la campaña, que era librar á Verona del asedio, restaba socorrer á Brescia. Está Brescia tan próxima al lago de Garda que, aun sitiada por tierra, siempre se la podía abastecer por el lago. El Duque, para impedirlo, había ocupado con sus tropas la comarca que rodea el lago y, desde el principio de sus victorias, tomado las plazas que, me-

dante el lago, podían socorrer á Brescia. Los venecianos tenían en él algunas galeras, pero no bastaban para combatir al ejército del Duque. Determinó, por tanto, Sforza apoyar con sus tropas la flotilla, creyendo que sería fácil apoderarse de aquellos puntos que impedían abastecer á Brescia. Acampó, pues, en Bardolino, castillo situado á orillas del lago y esperaba que, tomado éste, se rendirían los demás; pero la fortuna fué enemiga del Conde en esta empresa, porque muchos de sus soldados enfermaron y tuvo que retirarse á Zevio, plaza del Veronés, situada en punto sano y bien provista.

Cuando Piccinino supo que el Conde se había retirado, para aprovechar la ocasión que se le presentaba de dominar el lago de Garda atacó al ejército veneciano con grande ímpetu y furia, cogiéndolo casi todo prisionero. Consecuencia de esta victoria fué que se le rindiera la mayoría de los castillos de la orilla del lago.

Asustados los venecianos por esta pérdida y temiendo que Brescia se entregase, excitaban á Sforza con mensajeros y con cartas para que la socorriera. Perdida la esperanza de auxiliarla por el lago, y siendo esto imposible por la llanura, por los fosos, trincheras y obstáculos que Piccinino había mandado hacer, y que, defendidos por su ejército, no se podía ir contra ellos sin exponerse á pérdida segura, determinó que el camino de los montes, empleado para salvar á Verona, le sirviera también para socorrer á Brescia.

Tomada esta resolución, partió el Conde de Zevio, y por Val d'Acri fué al lago de San Andrés, y de allí á Torboli y Peneda, junto al lago de Garda. De estos puntos se dirigió á Terma, donde acampó, porque, para llegar á Brescia, era preciso tomar este castillo.

Al saber Piccinino la determinación del Conde, condujo su ejército á Pesquiera, y después, con el marqués de Mantua y tropas escogidas, fué al encuentro del Conde y libraron batalla. Derrotado Piccinino y dispersadas sus tropas, reuniéronse unos con el ejército que estaba en Pesquiera, y se acogieron otros á la flotilla.

Piccinino se refugió en Terma y, al llegar la noche, comprendió que, si esperaba el día en aquel sitio, caería en manos del enemigo. Para librarse de este peligro eguro corrió otro dudoso. De cuantos le acompañaban en aquella expedición sólo quedó á su lado un servidor tudesco, de cuerpo fortísimo y probada fidelidad. Persuadió Nicolás á éste para que, metiéndole en un saco, lo llevara á cuestras hasta sitio seguro, como si fuera cargado con el equipaje de su amo. El campamento alrededor de Terma, por efecto de la victoria alcanzada aquel día, ni estaba ordenado ni tenía guardia, y fué fácil al tudesco salvar á su señor, pues, llevándole á cuestras y vestido como criado del ejército, cruzó el campo enemigo sin tropiezo alguno, llegando á donde estaban las tropas de Piccinino.

XXIV. Si se hubiera sacado de esta victoria tanto provecho como suerte hubo en alcanzarla, proporcionara á Brescia mayor socorro y á los venecianos mayor utilidad; pero, mal aprovechada, pronto desapareció la alegría, continuando Brescia en igual peligro.

Al volver Piccinino á su ejército, juzgó conveniente borrar con alguna nueva victoria el mal efecto de aquel descalabro, y quitar á los venecianos la posibilidad de socorrer á Brescia. Conocía bien la posición de la ciudadela de Verona, y por los prisioneros en esta guerra que habían estado en ella, supo el descuido con que se guar-

daba y la facilidad y el modo de tomarla. Juzgó, pues, que la fortuna le ofrecía el medio de restablecer su crédito, y convertir la alegría del enemigo, por la última victoria, en dolor por pérdida más reciente.

Situada Verona en Lombardia, al pie de los montes que separan Italia de Alemania, parte de la población está en el llano y parte en los cerros. Sale el río Adige del valle de Trento, y al entrar en Italia no corre inmediatamente por el llano sino, volviendo á la izquierda á lo largo de las montañas, entra en Verona dividiéndola, no por mitad, porque mayor parte queda en el llano que en los montes, en los cuales hay dos fortalezas llamadas de San Pedro y de San Félix, más fuertes por su situación que por sus muros, y que, por la altura en que están, dominan la población.

En la llanura, á este lado del Adige, junto á las murallas de la ciudad, hay otros dos fuertes que distan entre sí mil pasos, llamados las ciudadelas nueva y vieja. De la parte interior de una de ellas sale un muro que va á parar á la otra, siendo como cuerda del arco que forma la muralla de la población entre ambas fortificaciones. El espacio encerrado entre ambos muros está lleno de casas, y se llama burgo ó barrio de San Zenón.

Proyectó Piccinino apoderarse de estas ciudadelas y de este barrio, creyendo conseguirlo fácilmente, tanto por el descuido con que se guardaban, como por juzgar que la reciente victoria haría mayor este abandono, y por saber que, en la guerra, las empresas de mejor éxito son las que el enemigo estima imposibles.

Con el marqués de Mantua y soldados escogidos fué de noche á Verona y, sin que advirtiesen su llegada, escaló y tomó la ciudadela nueva, desde la cual entraron

sus tropas en la ciudad, rompieron la puerta de San Antonio y por ella penetró toda la caballería.

La guarnición de la ciudadela vieja, al oír el ruido cuando los que guardaban la nueva fueron muertos y después cuando rompieron la puerta, conociendo que eran los enemigos, empezó á gritar y á tocar alarma al pueblo, oído lo cual por los ciudadanos, en medio de la mayor confusión, los más valientes tomaron las armas y acudieron á la plaza de los Rectores.

Mientras tanto las tropas de Piccinino saqueaban el barrio de San Zenón y seguían avanzando. Los ciudadanos, conociendo que era el ejército del Duque de Milán, y no viendo manera de defenderse, aconsejaron á los Rectores venecianos que se refugiaron en la fortaleza para salvar sus personas y la ciudad, demostrándoles que era mejor conservaran ellos la vida, y la ciudad rica para mejor fortuna que, por evitar la presente catástrofe, perder ellos la vida y la ciudad sus riquezas. Los Rectores y todos los venecianos se refugiaron, pues, en el castillo de San Félix, después de lo cual algunos de los principales ciudadanos salieron al encuentro de Piccinino y del marqués de Mantua, rogándoles que prefirieran poseer, con honor suyo, una ciudad opulenta á una ciudad devastada, que sería para ellos padrón de deshonra, teniendo en cuenta que, no habiéndose defendido, ni contralaban méritos con sus anteriores Señores por la defensa, ni daban motivo á los excesos de los vencedores.

Nicolás y el Marqués les tranquilizaron, y cuanto pudieron, dada la licencia militar, evitaron el saqueo.

Estando seguros de que Sforza acudiría á recobrar Verona, emplearon todos los medios que les sugirió su

ingenio para apoderarse de los fuertes y, los que no pudieron tomar los rodearon con fosos y trincheras, aislándolos de la plaza, para que el enemigo no pudiera entrar en ella.

XXV. El conde Sforza estaba con su ejército en Terma y, al oír lo ocurrido en Verona, primero no dió crédito á la noticia, pero cuando la supo de cierto, quiso remediar, con la rapidez en el socorro, su anterior negligencia. Aunque todos los jefes de su ejército le aconsejaban que, dejando la empresa de Verona y Brescia, fuera á Vicenza, para no exponerse, en la situación en que se encontraba, á ser cercado por el enemigo, rechazó el consejo y prefirió probar fortuna, intentando reconquistar á Verona; y dirigiéndose, en medio de aquellas dudas, á los proveedores venecianos y á Bernardeto de Médicis, comisario de los florentinos cerca de su persona, les prometió la reconquista con sólo que resistiera, hasta su llegada, uno de los castillos.

Dispuesto el ejército, marchó rápidamente á Verona. Al verle Piccinino creyó que, como le habían aconsejado, se dirigía á Vicenza; mas advirtiendo que las tropas volvían hacia la plaza y marchaban en dirección al castillo de San Félix, se preparó á la defensa. No era ya tiempo, porque los atrincheramientos junto al castillo no estaban hechos, y los soldados, por la avaricia de robos y rescates, se habían desorganizado, sin que fuera posible reunirlos é impedir al ejército de Sforza aproximarse á la fortaleza y por ella bajar á la ciudad, fácilmente recuperada, para vergüenza de Piccinino y daño de su gente. Piccinino y el marqués de Mantua se refugiaron primero en la ciudadela, y después fueron á Mantua. Allí reunieron los restos que se habían salvado

de su ejército, yendo á unirse con los que estaban en el asedio de Brescia.

Fué, pues, Verona en cuatro días conquistada y perdida por el ejército del Duque de Milán.

Lograda esta victoria, comenzado el invierno y siendo grande el frío, el Conde, después de proveer, con grandes dificultades, de vituallas á Brescia, estableció su cuartel en Verona é hizo construir algunas galeras en Torboli, á fin de tener dispuestas por tierra y agua, al llegar la primavera, fuerzas bastantes para librar completamente á Brescia.

XXVI (1440). Viendo el Duque de Milán detenida la guerra por la estación, y destruída su esperanza de ocupar á Verona y Brescia, siendo causa de todo el dinero y los consejos de los florentinos que, ni por injurias recibidas de los venecianos se habían enajenado de su amistad, ni por promesas que él les había hecho había podido atraerles á su causa, determinó invadir la Toscana para que probaran de cerca el fruto de la semilla que habían sembrado, induciéndole á ello Piccinino y los desterrados florentinos; Piccinino, por el deseo que tenía de apoderarse de los Estados de Braccio y de los que Sforza tenía en la Marca, y los desterrados, por volver á su patria, procurando todos, con las razones más apropiadas, excitar la ambición del Duque.

Piccinino le mostraba que podía ordenarle ir á Toscana y continuar el asedio de Brescia, puesto que dominaba el lago, y las posiciones de los sitiadores eran fuertes y estaban bien provistas; que además quedaban en Lombardia capitanes y tropas en número suficiente para oponerse á Sforza, si éste intentaba alguna otra empresa, lo que no era probable sin procurar antes salvar á

Brescia, y esto le era imposible, de suerte que podía emprenderse la guerra en Toscana, sin dejar de hacerla en Lombardia. Añadía que los florentinos, tan pronto como le vieran en Toscana, quedarían en la alternativa de pedir la vuelta de Sforza ó perderse, y de cualquiera de ambas cosas resultaba la victoria para el Duque.

Los desterrados sostenían que, si Piccinino se aproximaba á Florencia, positivamente el pueblo, agobiado por los tributos y por la insolencia de los poderosos, se sublevaría contra éstos. Mostrábanle que el acercarse á Florencia era cosa fácil, porque estaba expedito el camino del Casentino, á causa de la amistad que Rinaldo de Albizzi tenía con el Señor de este condado. Tales excitaciones confirmaron al Duque de Milán en el propósito que, sin ellas, ya tenía de realizar esta empresa.

Por su parte, los venecianos, aunque el invierno era rudo, no cesaban de excitar á Sforza para que con todo el ejército socorriera á Brescia, cosa que, según éste, no podía hacerse entonces, debiéndose esperar la primavera, y entretanto reorganizar el ejército, para socorrerla entonces por tierra y agua. Esto disgustaba á los venecianos, que, faltos ya de buena voluntad, hacían con lentitud las provisiones, tanto que de su ejército había desertado ya mucha gente.

XXVII. Todas estas cosas asustaron mucho á los florentinos, viendo que la guerra se les venía encima y que en Lombardia apenas se había conseguido nada de provecho. Contribuían á este temor las sospechas que tenían del ejército pontificio, no porque el Papa fuera adversario de los florentinos, sino por saber que estas tropas obedecían más al patriarca Vitelleschi, encarnizado enemigo de Florencia, que al Papa.

Juan Vitelleschi, natural de Corneto, fué primero Notario Apostólico, después Obispo de Ricanati, y posteriormente Patriarca de Alejandria; pero nombrado Cardenal, se le llamaba el Cardenal de Florencia. Era animoso y astuto, y se gobernó de suerte que el Papa le quería mucho, y le puso al frente del ejército de la Iglesia, dirigiendo todas las campañas que éste hizo en Toscana, en la Romaña y en el reino de Nápoles. Esto le hizo adquirir tanta autoridad con las tropas que, con temor del Pontífice, sólo á él obedecían.

Encontrábase dicho Cardenal con el ejército en Roma, cuando llegó la noticia de que Piccinino quería pasar á Toscana. Esta circunstancia redobló el miedo de los florentinos, pues desde el destierro de Rinaldo de Albizzi, el cardenal Vitelleschi era mortal enemigo del gobierno de Florencia, porque el convenio celebrado por mediación suya entre los bandos de Florencia no fué cumplido, y su intervención resultó en daño de maese Rinaldo, quien, á causa de ella, había depuesto las armas, facilitando así que sus enemigos le desterraran. Los jefes del gobierno temían no poder impedir la vuelta de Albizzi si Vitelleschi unía sus fuerzas á las de Piccinino. Parecía, además, que la inoportuna partida de Piccinino de Lombardia, abandonando una empresa casi terminada, para acometer otra de dudoso éxito, debía causar alguna nueva alianza ó secreta perfidia.

De estos recelos habían advertido al Papa, quien conocía ya el error de haber dado á otro sobrada autoridad.

Pero mientras los florentinos estaban en esta incertidumbre, la fortuna les mostró la vía para librarse de la malquerencia del Patriarca. Tenía el gobierno de Flo-

rencia agentes diligentísimos en todas partes, encargados de vigilar á los portadores de cartas, enterándose de éstas, por si se tramaba alguna conspiración contra la República. Ocurrió que en Montepulciano cogieron cartas escritas por el Patriarca, sin consentimiento del Papa, á Nicolás Piccinino, y el magistrado que tenía á su cargo la dirección de la guerra las envió inmediatamente al Pontífice. Aunque la letra estaba desfigurada y la redacción fuera tan vaga que no se conocía fácilmente el verdadero sentido, sin embargo, esta misma obscuridad y el ir dirigidas á un enemigo declarado, infundieron tales sospechas al Papa, que determinó asegurarse de la persona del Patriarca, dando el encargo de hacerlo á Antonio Rido de Padua, gobernador entonces del castillo de Sant' Angelo, en Roma, y preparóse éste para cumplir la orden inmediatamente que la ocasión se presentara.

Determinó el Patriarca pasar á Toscana y, queriendo salir al día siguiente de Roma, avisó al Gobernador del castillo que, á la mañana siguiente, estuviera en el puente del mismo, porque, al pasar, le quería decir algo. Juzgó Rido la ocasión propicia, y ordenó lo que debía hacerse. Esperó al Patriarca en el puente que, inmediato al castillo, para seguridad de éste, se levanta ó baja á voluntad, y cuando el Patriarca estuvo sobre él, entreteniendo Rido con la conversación, hizo señal de que levantarán el puente, y al momento Vitelleschi quedó convertido, de general del ejército, en prisionero del gobernador de Sant' Angelo.

Las tropas que iban con él se inquietaron al principio; pero, sabida la voluntad del Papa, apaciguáronse. Rido animaba con tranquilizadoras frases al Patriarca,

infundiéndole esperanza de mejor suerte; pero éste le contestó que no eran los hombres de su importancia presos para soltarles en seguida, y que los que no merecen ser presos, no merecen tampoco ser puestos en libertad. En efecto, al poco tiempo murió en la prisión.

El Papa nombró general de su ejército á Luis, patriarca de Aquilea; y aunque hasta entonces no había querido intervenir en las guerras de la Liga con el Duque de Milán, mostró deseo de hacerlo ahora, prometiendo para la defensa de Toscana 4.000 caballos y 2.000 infantes.

XXVIII. Libres los florentinos de este temor, les quedó el que les inspiraba Piccinino, y la confusión de los asuntos de Lombardia, á causa del desacuerdo entre los venecianos y Sforza. Para juzgar las causas de esta desavenencia enviaron á Neri de Gino Capponi y á Julián Davanzati á Venecia, comisionándoles también para organizar la campaña del año siguiente, y á Neri para que, después de oír la opinión de los venecianos, viera al conde Sforza á fin de saber la suya, persuadiéndole á hacer lo que fuese necesario á la Liga.

Aun no habían llegado estos embajadores á Ferrara, cuando oyeron decir que Piccinino, con 6.000 caballos, había pasado el Po. Esto les obligó á apresurar el viaje y, al llegar á Venecia, encontraron al Senado deseoso más que nunca de que, sin esperar á la primavera, fuese socorrida Brescia, porque esta ciudad no podía defenderse hasta entonces, ni era empresa fácil la construcción de una flota, y no acudiendo en su auxilio, se rendiría al enemigo, lo cual daría la victoria completa al Duque de Milán, perdiendo Venecia todos sus Estados de tierra firme.

Neri fué de allí á Verona para escuchar lo que Sforza

alegaba en contra, y éste le demostró con fundadas razones que ir por entonces á Brescia era inútil y perjudicial para la empresa futura, porque, atendiendo al tiempo y al sitio, no se haría en Brescia nada de provecho, y en cambio, se desordenaría y fatigaría el ejército, de suerte que, al llegar el tiempo bueno y á propósito para la guerra, tendría que volver con las tropas á Verona para reparar las pérdidas del invierno y proveerse de todo lo necesario á la nueva campaña, consumiendo así en ir y volver todo el tiempo necesario para guerrear.

Habían ido á Verona para tratar este asunto con el Conde, maese Orsatto Justiniiani y maese Juan Pisani y, después de largos debates, quedó acordado que, para el año siguiente, dieran los venecianos á Sforza 80.000 ducados y á sus otras tropas 40 ducados por lanza, y que se apresuraria á salir á campaña, atacando al Duque de Milán, á fin de que, por atender á la seguridad de sus Estados, llamara éste á Piccinino á Lombardia. Hecho el convenio, volvieron los comisionados á Venecia, y como á los venecianos pareció la cantidad exorbitante, cumplían con negligencia el compromiso.

XXIX. Entretanto Nicolás Piccinino continuaba avanzando, estando ya junto á la Romaña, y tanto gestionó con los hijos de Pandolfo Malatesta, que abandonaron á los venecianos, entrando al servicio del Duque de Milán. Esto desagradó en Venecia, pero mucho más en Florencia, donde se esperaba resistir á Piccinino en aquella parte, y al ver rebelados á los Malatesti, se asustaron grandemente, por temer que su general Pedro Juan Pablo Orsino, que estaba acuartelado en las posesiones de éstos, tuviera que rendirse, quedando Florencia sin defensa.

infundiéndole esperanza de mejor suerte; pero éste le contestó que no eran los hombres de su importancia presos para soltarles en seguida, y que los que no merecen ser presos, no merecen tampoco ser puestos en libertad. En efecto, al poco tiempo murió en la prisión.

El Papa nombró general de su ejército á Luis, patriarca de Aquilea; y aunque hasta entonces no había querido intervenir en las guerras de la Liga con el Duque de Milán, mostró deseo de hacerlo ahora, prometiendo para la defensa de Toscana 4.000 caballos y 2.000 infantes.

XXVIII. Libres los florentinos de este temor, les quedó el que les inspiraba Piccinino, y la confusión de los asuntos de Lombardia, á causa del desacuerdo entre los venecianos y Sforza. Para juzgar las causas de esta desavenencia enviaron á Neri de Gino Capponi y á Julián Davanzati á Venecia, comisionándoles también para organizar la campaña del año siguiente, y á Neri para que, después de oír la opinión de los venecianos, viera al conde Sforza á fin de saber la suya, persuadiéndole á hacer lo que fuese necesario á la Liga.

Aun no habían llegado estos embajadores á Ferrara, cuando oyeron decir que Piccinino, con 6.000 caballos, había pasado el Po. Esto les obligó á apresurar el viaje y, al llegar á Venecia, encontraron al Senado deseoso más que nunca de que, sin esperar á la primavera, fuese socorrida Brescia, porque esta ciudad no podía defenderse hasta entonces, ni era empresa fácil la construcción de una flota, y no acudiendo en su auxilio, se rendiría al enemigo, lo cual daría la victoria completa al Duque de Milán, perdiendo Venecia todos sus Estados de tierra firme.

Neri fué de allí á Verona para escuchar lo que Sforza

alegaba en contra, y éste le demostró con fundadas razones que ir por entonces á Brescia era inútil y perjudicial para la empresa futura, porque, atendiendo al tiempo y al sitio, no se haría en Brescia nada de provecho, y en cambio, se desordenaría y fatigaría el ejército, de suerte que, al llegar el tiempo bueno y á propósito para la guerra, tendría que volver con las tropas á Verona para reparar las pérdidas del invierno y proveerse de todo lo necesario á la nueva campaña, consumiendo así en ir y volver todo el tiempo necesario para guerrear.

Habían ido á Verona para tratar este asunto con el Conde, maese Orsatto Justiniiani y maese Juan Pisani y, después de largos debates, quedó acordado que, para el año siguiente, dieran los venecianos á Sforza 80.000 ducados y á sus otras tropas 40 ducados por lanza, y que se apresurara á salir á campaña, atacando al Duque de Milán, á fin de que, por atender á la seguridad de sus Estados, llamara éste á Piccinino á Lombardia. Hecho el convenio, volvieron los comisionados á Venecia, y como á los venecianos pareció la cantidad exorbitante, cumplían con negligencia el compromiso.

XXIX. Entretanto Nicolás Piccinino continuaba avanzando, estando ya junto á la Romaña, y tanto gestionó con los hijos de Pandolfo Malatesta, que abandonaron á los venecianos, entrando al servicio del Duque de Milán. Esto desagradó en Venecia, pero mucho más en Florencia, donde se esperaba resistir á Piccinino en aquella parte, y al ver rebelados á los Malatesti, se asustaron grandemente, por temer que su general Pedro Juan Pablo Orsino, que estaba acuartelado en las posesiones de éstos, tuviera que rendirse, quedando Florencia sin defensa.

Esta noticia también alarmó á Sforza, porque temía perder la Marca si pasaba Piccinino á Toscana. Dispuesto á socorrer sus Estados, fué á Venecia y, presentándose al Dux, dijo ser útil á la Liga que fuese con su ejército á Toscana, porque la guerra se debía hacer donde estuviera el ejército y el general enemigo, no donde están las plazas y las guarniciones, pues vencido el ejército, terminaba la guerra; y tomadas las plazas, pero quedando intacto el ejército, la guerra se reproduce más viva y empeñada: aseguraba que Toscana y la Marca se perderían si no se combatía á Piccinino, y una vez perdidas, en Lombardia nada podría hacerse; pero, aunque se pudiera, no quería abandonar á sus súbditos y amigos: que había entrado en Lombardia siendo Señor, y no quería salir de ella como simple capitán á sueldo extranjero.

Contestóle el Dux que era segura la pérdida de los Estados de tierra firme de Venecia, no sólo si salía de Lombardia, sino si, con el ejército, repasaba el Po; que ellos no gastarían nada por defenderlos, porque es insensato intentar la defensa de lo que seguramente se sabe que se va á perder, y es menor la vergüenza y el daño cuando solamente se pierden los Estados que cuando se pierden los Estados y el dinero; que, cuando esta pérdida ocurriera, se vería lo que importaba el poderío de Toscana y la Romaña; que, por tanto, tenían opinión contraria á la de Sforza, creyendo que, si éste triunfaba en Lombardia, la victoria se extendería á todas partes; y que el vencer era cosa fácil, porque la marcha de Piccinino había dejado sin defensa los Estados del Duque de Milán, de suerte que podía perderlos antes de tener tiempo para llamar á Piccinino ó proveerse de

otros medios de defensa. Que si examinaba lo ocurrido atentamente, vería que el objeto del Duque, al enviar á Piccinino á Toscana, era apartar á Sforza de Lombardia, y la guerra que tenía en su propia casa trasladarla á la ajena. Si Sforza se alejaba, no habiendo para ello extrema necesidad, realizaría los deseos de sus enemigos, aplaudiendo éstos sus designios; pero si continuaba con el ejército en Lombardia, mientras en Toscana se defendían como pudieran, el enemigo se convencería tarde de su error y cuando ya hubiera perdido la Lombardia, sin vencer en Toscana.

Debatidas ambas opiniones, se acordó esperar algunos días para ver el resultado que daba el acuerdo entre Piccinino y los Malatesti; si los florentinos podían valerse de Orsino, y si el Papa entraba de buena fe en la coalición, como lo había prometido.

A los pocos días de este acuerdo supieron de positivo que los Malatesti se habían convenido con Piccinino más bien por temor que por malevolencia; que Orsino con sus tropas había ido á Toscana, y que el Papa estaba más dispuesto que antes á favorecer la coalición. Estas noticias tranquilizaron á Sforza, consintiendo en permanecer en Lombardia, y Neri Capponi volvió á Florencia con mil caballos de los suyos y quinientos sacados de las demás tropas de su ejército, acordando que, si los sucesos exigían la presencia del Conde en Toscana, le escribiesen y, sin consideración alguna, partiría. En Abril llegó Capponi con estas fuerzas á Florencia, y el mismo día de su llegada se unió con las de Orsino.

XXX. Entretanto Piccinino, después de ordenar los asuntos de la Romaña, se preparaba á entrar en Toscana y, queriendo pasar por los Alpes de San Benedicto y por

el valle de Montone, encontró aquellos sitios tan bien guardados por las disposiciones de Nicolás de Pisa, que comprendió la inutilidad de sus esfuerzos en aquella parte.

Como á los florentinos sorprendió la repentina invasión mal provistos de soldados y capitanes, enviaron á defender los pasos de los Alpes algunos conciudadanos con infantería reclutada á rebato. Uno de estos ciudadanos era el caballero Bartolomé Orlandini, á quien encargaron la guarda del castillo de Marradi y del paso de los Alpes por aquella parte.

Juzgando Piccinino que no podía forzar el paso de San Benedicto, por el valor del que lo guardaba, creyó poder vencer el de Marradi, por la cobardía del defensor.

Marradi es un castillo situado al pie de los Alpes que dividen Toscana de la Romaña; en la parte que mira hacia la Romaña, al principio del valle de Lamona y, aunque sin muros, el río, los montes y los habitantes lo hacen fuerte, porque los hombres son belicosos y fieles y el río ha corroido tanto el terreno y dejado sus márgenes tan escarpadas, que es imposible llegar allí por el valle, á poco que se defienda el puentecillo que hay sobre el agua. Por la parte de los montes son los ribazos tan ásperos, que hacen aquel sitio segurísimo. Pero la cobardía de Orlandini quitó el ánimo á los defensores y la fortaleza á la posición porque, al oír el ruido del ejército enemigo, abandonándolo todo y con todos los suyos huyó, sin parar hasta el Burgo de San Lorenzo.

Entró Piccinino en el abandonado castillo lleno de admiración porque no lo defendieran y de alegría por ocuparlo; bajó á la comarca de Mugello, donde ocupó algunos castillos, y se situó con el ejército en Pulicciano,

desde donde recorría todo el país hasta las montañas de Fiesole, llegando su audacia hasta pasar el Arno y aproximarse á tres millas de Florencia, robando y arrasando cuanto encontraba.

XXXI. Los florentinos no se asustaron, y ante todo atendieron á consolidar su gobierno, de cuya firmeza no podían dudar, por el crédito que Cosme de Médicis tenía en el pueblo, y porque el partido vencedor cuidó de distribuir los principales cargos entre pocos ciudadanos poderosos, cuya severa vigilancia contenía á los malcontentos y á los deseos de novedades.

Sabían las fuerzas con que volvía Capponi por el convenio hecho en Lombardia; esperaban, además, las tropas del Papa, y esta esperanza les animó para aguardar la vuelta de Neri Capponi, que, encontrando la ciudad alarmada y temerosa, determinó salir á campaña á fin de impedir en parte á Piccinino que saqueara libremente el país. Con ciudadanos de Florencia organizó un cuerpo de infantería, lo unió á su caballería, salió al campo y tomó á Remole, ocupada por los enemigos, donde acampó, impidiendo las correrías de Piccinino y prometiendo al gobierno que le ahuyentaría de las inmediaciones de Florencia.

Al ver Piccinino que los florentinos nada habían hecho contra el gobierno cuando éste carecía de tropas que le defendieran, y sabiendo con cuánta seguridad se vivía en Florencia, parecióle ocioso gastar tiempo, y determinó acometer otra empresa, para que los florentinos enviaran tras él su ejército y hubiera ocasión de dar la batalla; porque, lograda la victoria, esperaba que todo lo demás le sucediera prósperamente.

Estaba en el ejército de Piccinino, Francisco, conde de

Poppi que, al llegar los enemigos al Mugello, se rebeló contra los florentinos, de quienes era aliado. Dudando éstos de su fidelidad, quiso el gobierno de Florencia atraérsele con beneficios, aumentándole la pensión y nombrándole Comisario de todas las plazas vecinas á sus Estados. Pero tanto puede en los hombres el espíritu de partido que, ni los beneficios ni el miedo, le hicieron olvidar su afecto á Rinaldo de Albizzi y á los demás miembros del anterior gobierno. Así, pues, cuando supo que Piccinino estaba cerca, se unió á él, y con grande empeño le aconsejaba apartarse de Florencia é ir al Casentino, mostrándole lo fuerte de la comarca y la seguridad con que, desde allí, podía tener en jaque al enemigo.

Tomó Piccinino este consejo, fué al Casentino, ocupó á Romena y Bibiena, y sitió después el castillo de San Nicolás.

Situado este castillo al pie de los Alpes que separan el Casentino del valle del Arno, por estar bastante elevado y tener suficiente guarnición, fué difícil de expugnar, aunque Piccinino lo atacaba con artillería. Duró, pues, este asedio veinte dias, los cuales aprovecharon los florentinos para organizar su ejército, teniendo á las órdenes de varios capitanes tres mil caballos en Fegghine, que mandaba Orsino y siendo Comisarios Neri Capponi y Bernardo de Médicis.

Recibieron éstos á cuatro enviados del castillo de San Nicolás para rogarles fueran en su socorro; pero, examinado el sitio, vieron los Comisarios que no podían socorrerlo sino por los Alpes del valle del Arno, cuyas cumbres podía ocupar antes que ellos el enemigo, para quien era más corto el camino, no pudiéndose ocultar la marcha de los florentinos. Era, pues, la tentativa pe-

ligrosa, y podía causar la ruina del ejército; por lo cual los Comisarios, elogiando la fidelidad de la guarnición del castillo, les encargaron que, cuando ya no pudiera defenderse, se rindiera.

Tomó Piccinino el castillo á los treinta y dos dias de sitiado, y tanto tiempo perdido en esta pequeña conquista no fué la menor causa del fracaso de su empresa; porque, de continuar en las inmediaciones de Florencia, hubiese ocasionado que el gobierno de esta ciudad no pudiera, sino con grandes miramientos, exigir á los ciudadanos dinero para la guerra, tropezando con mayores dificultades para reunir el ejército y acumular otras provisiones; y estando el enemigo próximo, en vez de lejano, hubiera animado á muchos, temerosos de la duración de la guerra, á pedir un convenio con Piccinino para restablecer la paz. Pero el deseo que el conde Poppi tenía de vengarse del gobernador del castillo de San Nicolás, que era, de largo tiempo, enemigo suyo, le hizo dar aquel consejo; y Piccinino, para satisfacerle, lo aceptó, ocasionando, con ello, la pérdida de ambos, porque rara vez dejan de perjudicar á los intereses generales las pasiones privadas.

Continuando sus victorias, tomó Piccinino á Rassina y Chiusi. El conde Poppi le persuadía que acampara en este último punto, diciéndole que podía extender su ejército entre Chiusi, Caprese y la Pieve, siendo dueño de los Alpes, pudiendo bajar según su voluntad al Casentino, al valle del Arno, al del Chiana ó al del Tiber y estar preparado para cualquier movimiento que hiciera el enemigo. Pero viendo Piccinino lo agreste del sitio, le dijo que sus caballos no comían piedras, y fué al Burgo de San Sepolero, donde les recibieron amistosamente. Des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
 BIBLIOTECA DE HISTORIA
 ALFONSO P. YER
 UNIV. 1825 MONTREY, MEXICO

de allí procuró ganarse á los habitantes de Ciudad de Castillo, que, fieles á los florentinos, rechazaron sus insinuaciones y, deseando tener á su devoción á los de Perusa, fué á esta ciudad con cuarenta caballos, donde le acogieron bien, porque era perusino, pero á los pocos días empezaron á tener sospechas de él. Hizo á sus conciudadanos y al Legado diferentes proposiciones, sin que aceptaran ninguna y, después de recibir de ellos ocho mil ducados, volvió al ejército.

Gestionó también con los de Cortona para quitar esta plaza á los florentinos y, por descubrirse la conspiración antes de estallar, fracasó también este proyecto.

Entre los principales ciudadanos de Cortona figuraba Bartolomé de Sensó quien, yendo una noche por orden del gobernador á la guarda de una puerta de la ciudad, uno del condado, amigo suyo, le dió á entender que no fuera si no quería ser muerto. Quiso saber Bartolomé el fundamento de la noticia, y descubrió la conspiración tramada con Piccinino, revelando al gobernador lo que se preparaba. Éste prendió á los jefes de la conjura y, reforzando las guardias de las puertas, esperó que Piccinino llegara, quien vino aquella noche á la hora convenida y, al verse descubierto, volvió á su alojamiento.

XXXII. Mientras ocurrían estos sucesos en Toscana con tan poco provecho del ejército del Duque de Milán, se realizaban otros en Lombardia con pérdida y daño suyo. El conde Sforza, cuando la estación lo permitió, salió con su ejército á campaña. Ya habían terminado los venecianos el equipo de su flotilla y quiso el Conde, ante todo, dominar el lago de Garda, echando de allí á las tropas del Duque, porque, hecho esto, lo demás pareciale empresa fácil. Atacó, pues, con la flota de los

venecianos la del Duque, y la derrotó, ocupando con las tropas de tierra los castillos ribereños que obedecían á Visconti. El ejército de éste, que por otros puntos sitiaba á Brescia, sabido aquel desastre, se marchó, y de tal suerte Brescia, sitiada durante tres años, quedó libre del asedio.

Después de esta victoria, fué Sforza en busca del enemigo, que se había retirado á Soncino, fortaleza situada á orillas del río Oglio, y le desatojó de allí, obligándole á refugiarse en Cremona, donde le hizo frente el Duque de Milán, defendiendo desde aquel punto sus Estados; pero estrechándole cada día más Sforza, y temeroso de perder ó todos ó gran parte de sus Estados, reconoció el error que había cometido enviando á Piccinino á Toscana y, para enmendarlo, le escribió diciendo la situación en que se encontraba y el estado de sus empresas, para que lo más pronto que pudiera abandonara á Toscana y volviera á Lombardia.

En tanto los florentinos habían unido su ejército con el del Papa, acampando en Anghiari, castillo situado al pie de las montañas que dividen el valle del Tiber, del valle del Chiana, que dista del Burgo de San Sepolcro cuatro millas; camino llano y campo á propósito para las maniobras de la caballería y las operaciones militares.

El gobierno de Florencia, que tenía noticia de la victoria del conde Sforza y del llamamiento de Piccinino, creyó que, sin desenvainar la espada, ni levantar polvo había terminado aquella guerra, y por ello escribió á los Comisarios que no provocaran batalla, porque Piccinino estaría pocos días en Toscana.

Supo éste la orden del gobierno, y ante la necesidad

de partir, por no dejar de intentar cosa alguna, determinó dar la batalla, creyendo sorprender al enemigo, muy ajeno de la proximidad de la lucha. Inducíanle, además, á ello Rinaldo de Albizzi, el conde Poppi y los demás desterrados florentinos, que comprendían su segura ruina si Piccinino se marchaba, y de una batalla esperaban ó el triunfo de sus designios ó perderlos honrosamente.

Tomada la determinación, movió Piccinino el ejército del sitio en que estaba entre Ciudad del Castillo y el Burgo, y vino al Burgo sin que el enemigo se enterara. Sacó de esta población dos mil hombres, que, confiando en la fama del general y en sus promesas y, deseosos de botín, le siguieron.

XXXIII. Avanzó Piccinino con su ejército hacia Anghiari, y estaba ya á dos millas de distancia cuando Michelotto Attendulo observó gran polvareda y, reconociendo la proximidad del enemigo, gritó: ¡á las armas! Grande fué el tumulto en el campamento florentino, porque, acampando aquel ejército de ordinario sin ninguna disciplina, era aún mayor su negligencia, por creer al enemigo lejano y más dispuesto á la retirada que al ataque. Estaban, pues, cada cual sin armas y lejos de los alojamientos en sitios diversos donde, por huir del calor que era grande, ó por cualquier otro motivo, se habían refugiado. Pero fué tanta la actividad de los Comisarios y del general que, antes de llegar Piccinino, estaban todos á caballo y en orden para resistir el ataque. Michelotto, que fué el primero en descubrir al enemigo, lo fué también en salir á su encuentro, y corrió con sus soldados á ocupar el puente del río que atraviesa el camino á corta distancia de Anghiari.

Orsino, antes de llegar los contrarios, había hecho re-

llenar las cunetas del camino desde el puente hasta Anghiari. Situóse Michelotto á la cabeza del puente, y Simoncino, capitán á sueldo de la Iglesia, con el Legado, se pusieron á la derecha. A la izquierda estaban los Comisarios florentinos con el general Orsino, y la infantería se colocó de modo que defendiera las dos márgenes del río.

No quedó al enemigo otro camino para el ataque que el directo del puente, ni los florentinos necesitaban combatir en otro punto que en éste. Habían ordenado á su infantería que, si la enemiga desbordaba el camino para atacar por el flanco á los hombres de armas, disparara contra ella sus ballestas, para que no pudiera herir los caballos que pasaran el puente.

Michelotto hizo frente con vigor á las primeras tropas que vinieron á atacarle, y las rechazó; pero, llegando después Astorre y Fernando Piccinino con gente escogida, le atacaron con tal impetu, que perdió el puente y fué rechazado hasta el pie de la cuesta que llega al Burgo de Anghiari; más á su vez rechazaron á éstos y les arrojaron más allá del puente los que les atacaron por el flanco. Durante dos horas que duró la lucha, Piccinino y los florentinos fueron sucesivamente dueños del puente, y aunque sobre él era igual el combate, á un lado y á otro del mismo resultaba desventajoso para Piccinino; porque cuando sus tropas pasaban el puente, encontraban numerosos enemigos que, por haber rellenado las cunetas del camino, maniobraban fácilmente, y á los que estaban cansados les socorrían tropas frescas. Pero cuando eran los florentinos quienes pasaban el puente, no podía Piccinino reemplazar las suyas con soldados de refresco, porque lo impedían las cunetas y

trincheras del camino, de suerte que, aunque tomaron muchas veces el puente, siempre las rechazaban los que acudían á reemplazar las tropas fatigadas. Apoderados al fin del puente los florentinos y acometiendo por el camino, no pudo Piccinino, por lo impetuoso del ataque y la desventaja del terreno, reforzar á los suyos, y mezclados los que estaban delante con los que á la espalda venían, los unos desordenaron á los otros, siendo general la derrota y huyendo todos á refugiarse en el Burgo de San Sepolero.

Los florentinos se ocuparon del botín, que de prisioneros, arneses y caballos fué grandísimo, porque con Piccinino sólo se salvaron mil caballos. Los del Burgo, que, por la esperanza del botín, habían seguido á Piccinino, de ladrones se convirtieron en robados, siendo todos presos y sujetos á rescate. Todas las banderas y los bagajes cayeron en poder de los florentinos, siendo esta victoria mucho más útil para Toscana que dañosa para el Duque, porque, de perder la batalla los florentinos, la Toscana quedaba á disposición de Visconti, y perdiéndola sus tropas, sólo perdían las armas y caballos del ejército, que con poco dinero se podían reemplazar. En ningún tiempo fué la guerra hecha en país enemigo menos peligrosa para quien la hacía, y en tan gran derrota y tan empeñada lucha durante cuatro horas, sólo murió un hombre, y no por el hierro del enemigo, sino porque cayó del caballo y le pisotearon los demás. Tal era la seguridad con que se combatía entonces, yendo todos á caballo, cubiertos con las armaduras, y sin correr riesgo la vida en ningún caso, porque en el combate la defendía la armadura y, cuando no podían combatir, se entregaban prisioneros.

XXXIV. Fué además esta batalla ejemplo, por lo que ocurrió en el combate y después de él, de lo detestable que era entonces la organización de los ejércitos; porque vencido Piccinino y refugiado en el Burgo, los Comisarios florentinos querían seguirle, sitiándole en aquel punto para conseguir completa victoria; pero no hubo capitán ni soldado que les obedeciera, alegando que necesitaban poner en seguridad el botín y curar á los heridos. Y lo más notable fué que al día siguiente, á mitad del mismo, sin permiso de ningún capitán ni Comisario, fueron á Arezzo y, dejando allí el botín, volvieron á Anghiari; cosa tan ajena al buen orden y disciplina militar, que los restos de cualquier ejército bien organizado fácil y justamente les hubieran privado del fruto de una victoria inmerecidamente alcanzada.

Además de esto, deseando los Comisarios que retuvieran prisioneros los hombres de armas para impedir al enemigo rehacerse, las tropas, á pesar de las protestas de aquéllos, les dieron libertad. Resultaba, pues, maravilloso que en un ejército así organizado hubiese valor bastante para conseguir la victoria, y que fuera tanta la cobardía del enemigo que se dejara vencer por fuerzas tan desorganizadas.

Mientras los soldados florentinos iban y volvían de Arezzo, tuvo tiempo Piccinino para partir con su ejército del Burgo, y fué hacia la Romaña, huyendo con él los desterrados florentinos, quienes, perdida toda esperanza de volver á Florencia, se establecieron en varios puntos de Italia y fuera de ella, según los recursos de cada uno. Rinaldo de Albizzi fijó su residencia en Ancona y, para ganarse la patria celestial, ya que había perdido la terrena, visitó el sepulcro de Cristo. De vuelta

de Jerusalén, y estando un día celebrando la boda de una de sus hijas, murió de repente durante la comida. Por fortuna para él, falleció el día menos infeliz de su destierro.

Fue Rinaldo de Albizzi, en la próspera y adversa fortuna, persona digna y, de nacer en ciudad no dividida por bandos, hubiera sido más estimado, porque muchas de sus cualidades que le perjudicaban en la lucha de los partidos, no existiendo éstos, le hubieran enaltecido.

Cuando los soldados florentinos volvieron de Arezzo y partió Piccinino, los Comisarios fueron con el ejército al Burgo de San Sepolero. Los habitantes querían entregarse á los florentinos, pero éstos rechazaron el ofrecimiento, lo cual no impidió que el Legado del Papa sospechara que los Comisarios querían quitar aquella ciudad á la Santa Sede, y que mediaran entre aquéllos y éste frases ofensivas que hubieran ocasionado choques entre las tropas pontificias y las de Florencia, de durar más la cuestión; pero terminada como el Legado pretendía, todo quedó en paz.

XXXV. Durante estas cuestiones en el Burgo se dijo que el ejército de Piccinino marchaba hacia Roma, y otros aseguraban que en dirección de la Marca, por lo cual determinó el Legado ir con las tropas de Sforza hacia Perugia para, desde allí, acudir á la Marca ó á Roma, donde Piccinino se dirigiera. Se convino que con el Legado fuera Bernardo de Médicis; y Neri, con las tropas florentinas, marchara á conquistar el Casentino.

Neri se dirigió á Rássina y la tomó, y con igual rapidez se apoderó de Bibiena, Prato Vecchio y Romena, yendo á acampar junto á Poppi, que cercó por dos par-

tes, una por la llanura de Certomondo y otra por las colinas que se extienden hacia Fronsoli.

El Conde, viéndose abandonado de Dios y de los hombres, se encerró en Poppi, no porque esperase auxilio, sino para capitular, si podía, en buenas condiciones. Estrechado por Neri, pidió capitulación, y la obtuvo tal y como podía esperarla en aquel caso, quedando libres él, sus hijos y lo que pudieran llevarse, y cediendo á los florentinos su ciudad y sus Estados.

Hecha la capitulación, salió al puente del Arno, que pasa junto á la ciudad, y afligido y penoso, dijo á Neri:

«Si hubiera apreciado bien mi fortuna y vuestro poder, vendría ahora á regocijarme con vosotros por la victoria, y no como enemigo á suplicaros que aligeréis el peso de mi desdicha. La suerte es para vosotros tan satisfactoria y magnífica como para mí doliente y misera. Tenía caballos, armas, súbditos, Estados y riquezas, ¿es de admirar que los deje mal de mi grado? Pero si queréis y podéis mandar en toda la Toscana, por necesidad tenemos los demás que obedeceros, y de no haber cometido yo este error, ni mi fortuna hubiera sido conocida, ni vuestra liberalidad se podría conocer, porque si me mantenéis en mis Estados, daréis al mundo ejemplo eterno de vuestra clemencia. Sea, pues, superior vuestra piedad á mi falta, y dejad esta única casa al descendiente de los que hicieron innumerables servicios á vuestros padres.»

Neri le contestó que el esperar demasiado de los que podían poco, le había hecho caer en falta con la república de Florencia; que, por virtud de las circunstancias, era necesario cediese á Florencia, como enemigo, sus posesiones y aquel pueblo, puesto que no había querido

conservarlos como amigo; porque había dado de sí un ejemplo que no podía ser tolerado y, en cualquier cambio de fortuna, si no por él, por la situación de sus Estados, podía dañar á la República. Que si en Alemania podía ser príncipe, Florencia lo celebraría, y en agradecimiento á los servicios de sus ascendientes, que alegraba, le favorecería.

El Conde, indignado, replicó que quería verse mucho más distante de los florentinos; y renunciando á las súplicas, puesto que no tenía otro remedio, cedió la ciudad y sus Estados á Florencia, y con sus ropas y alhajas, la mujer y los hijos, partió llorando y dolíéndose de haber perdido un Estado que sus antepasados poseyeron durante cuatrocientos años.

Al saberse en Florencia todas estas victorias, fué inmensa la alegría del gobierno y del pueblo. Convenido Bernardino de Médicis de que Piccinino no marchaba hacia Roma ni hacia la Marca, regresó con sus tropas donde estaba Nerí, y juntos entraron en Florencia, concediéndoseles los mayores honores que la República otorgaba á sus ciudadanos victoriosos, y siendo recibidos como triunfadores por la Señoría, por los capitanes de los barrios y por el pueblo entero.

FIN DEL TÓMO PRIMERO.

ÍNDICE.

Págs.

LIBRO PRIMERO.—SUMARIO: I. Ocupan los Bárbaros el Imperio romano.—II. Los Francos y los Borgoñones dan nombre á Francia y Borgoña; los Hunos á Hungría, los Anglos á Inglaterra.—III. Los Hunos y los Vándalos recorren Italia.—IV. Teodorico y los Ostrogodos.—V. La lengua Moderna. Grandes mudanzas en el mundo.—VI. Muere Teodorico; Belisario combate á los Godos, vencidos después por Narsés.—VII. Justino reorganiza á Italia.—VIII. Reino de los Longobardos.—IX. Cómo llegaron á ser poderosos los Papas.—X. El Papa pide auxilio á Pipino contra los Longobardos.—XI. Carlomagno, y fin de los Longobardos.—XII. Pasa el Imperio á Alemania.—XIII. Orden y división de los Estados italianos.—XIV. Nicolás III establece que la elección de Papa la hagan los Cardenales.—XV. Alejandro II excomulga á Enrique II y libra á sus súbditos del juramento de fidelidad. Guelfos y Gibelinos.—XVI. Los Normandos fundan el reino de Nápoles.—XVII. Urbano II va á Francia y predica la primera cruzada. Ordenes de caballería de Jerusalén y de los Templarios. Fin de la Cruzada.—XVIII. Muere la condesa Matilde, dejando su Estado á la Iglesia. Federico Barbarroja. Sus querellas con Alejandro III. Liga lombarda.—XIX. Muerte de Tomás Becket. Retracción que hace el Rey de Inglaterra. Federico se reconcilia con el Papa. Su muerte. XX. El reino de Nápoles pasa á la casa de Suavia. Ordenes de los Dominicos y de los Franciscanos.—XXI. Principio de la

conservarlos como amigo; porque había dado de sí un ejemplo que no podía ser tolerado y, en cualquier cambio de fortuna, si no por él, por la situación de sus Estados, podía dañar á la República. Que si en Alemania podía ser príncipe, Florencia lo celebraría, y en agradecimiento á los servicios de sus ascendientes, que alegraba, le favorecería.

El Conde, indignado, replicó que quería verse mucho más distante de los florentinos; y renunciando á las súplicas, puesto que no tenía otro remedio, cedió la ciudad y sus Estados á Florencia, y con sus ropas y alhajas, la mujer y los hijos, partió llorando y doléndose de haber perdido un Estado que sus antepasados poseyeron durante cuatrocientos años.

Al saberse en Florencia todas estas victorias, fué inmensa la alegría del gobierno y del pueblo. Convenido Bernardino de Médicis de que Piccinino no marchaba hacia Roma ni hacia la Marca, regresó con sus tropas donde estaba Nerí, y juntos entraron en Florencia, concediéndoseles los mayores honores que la República otorgaba á sus ciudadanos victoriosos, y siendo recibidos como triunfadores por la Señoría, por los capitanes de los barrios y por el pueblo entero.

FIN DEL TÓMO PRIMERO.

ÍNDICE.

Págs.

LIBRO PRIMERO.—SUMARIO: I. Ocupan los Bárbaros el Imperio romano.—II. Los Francos y los Borgoñones dan nombre á Francia y Borgoña; los Hunos á Hungría, los Anglos á Inglaterra.—III. Los Hunos y los Vándalos recorren Italia.—IV. Teodorico y los Ostrogodos.—V. La lengua Moderna. Grandes mudanzas en el mundo.—VI. Muere Teodorico; Belisario combate á los Godos, vencidos después por Narsés.—VII. Justino reorganiza á Italia.—VIII. Reino de los Longobardos.—IX. Cómo llegaron á ser poderosos los Papas.—X. El Papa pide auxilio á Pipino contra los Longobardos.—XI. Carlomagno, y fin de los Longobardos.—XII. Pasa el Imperio á Alemania.—XIII. Orden y división de los Estados italianos.—XIV. Nicolás III establece que la elección de Papa la hagan los Cardenales.—XV. Alejandro II excomulga á Enrique II y libra á sus súbditos del juramento de fidelidad. Guelfos y Gibelinos.—XVI. Los Normandos fundan el reino de Nápoles.—XVII. Urbano II va á Francia y predica la primera cruzada. Ordenes de caballería de Jerusalén y de los Templarios. Fin de la Cruzada.—XVIII. Muere la condesa Matilde, dejando su Estado á la Iglesia. Federico Barbarroja. Sus querellas con Alejandro III. Liga lombarda.—XIX. Muerte de Tomás Becket. Retracción que hace el Rey de Inglaterra. Federico se reconcilia con el Papa. Su muerte. XX. El reino de Nápoles pasa á la casa de Suavia. Ordenes de los Dominicos y de los Franciscanos.—XXI. Principio de la

grandeza de la casa de Este. División de ciudadanos y señores en Güelfos y Gibelinos. Federico II.—XXII. Muerte de Federico II, que deja el reino á su hijo Conrado. Cae el reino bajo la tutela de Manfredo, bastardo de Federico. Enemistad de Manfredo con la Iglesia, por la cual el Papa llama á Italia á Carlos de Anjou, y le da la investidura del reino de Nápoles y de Sicilia. Batallas de Benevento y de Tagliacozzo.—XXIII. Inquieta política de los Papas por ser señores de toda Italia.—XXIV. Vísperas sicilianas.—XXV. Muchas ciudades de Italia compran su independencia al emperador Rodolfo.—XXVI. Institución del Jubileo, que funda Bonifacio VIII. Clemente V traslada la Sede Pontificia á Avignon. Arrigo de Luxemburgo baja á Italia con propósito de unificarla y pacificarla. Sitia en vano á Florencia, y muere en Buonconvento á mitad de su empresa.—XXVII. Los Visconti se hacen señores de Milán y expulsan de allí á los Torriani. Juan Galeazzo, primer duque de Milan.—XXVIII. Luis el Bávaro y Juan, rey de Bohemia, llegan á Italia. Liga de las ciudades italianas contra Juan y el Papa.—XXIX. Origen de Venecia; su engrandecimiento y decadencia.—XXX. Discordia entre Benedicto XII y el emperador Luis.—XXXI. Nicolás de Rienzo, tribuno de Roma, intenta restablecer en ella el antiguo régimen republicano.—XXXII. El Jubileo se reduce á cincuenta años. La reina Juana dona Avignon á la Iglesia. El cardenal D. Gil de Albornoz restaura en Italia el poder de los Papas. Guerra entre Genoveses y Venecianos por la posesión de la isla de Tenedos. Primer uso de la artillería en Italia.—XXXIII. Turbulencias de la Iglesia en Nápoles y en Lombardia.—XXXIV. Compañías de aventureros. Verona se entrega á Venecia.—XXXV. Discordias entre el papa Inocencio VII y el pueblo de Roma por causa de las franquicias. Concilio de Pisa.—XXXVI. Concilio de Constanza y fin del cisma que produjeron los tres antipapas Gregorio XII, Benedicto XIII y Juan XXIII.—XXXVII. Felipe Visconti recupera su Estado.—XXXVIII. Jua-

na II, reina de Nápoles. Sus maldades.—XXXIX. Estado político de Italia á mediados del siglo XV.... 9
LIBRO SEGUNDO.—SUMARIO: I. Costumbre de las antiguas repúblicas de fundar colonias en beneficio propio.—II. Origen de Florencia y de su nombre. La destruye Totila y la reedifica Carlomagno. Los florentinos se apoderan de Fiesole.—III. Primera lucha intestina en Florencia, ocasionada por maese Buondelmonte, quien, habiendo dado promesa de matrimonio á una de la casa de Amidei, faltó á ella y se casó con una Donati (1215). Por este motivo Buondelmonte fué muerto, y por los odios que surgieron entre su familia y la de los Uberti, parientes de los Amidei, sufrió la ciudad grandes desórdenes y estragos.—IV. Federico II de Suavia favorece á los Uberti, y los Buondelmonti se alían á la Santa Sede, tomando ambos partidos en Florencia los nombres de Gibelinos y Güelfos. Familias güelfas. Familias gibelinas. Los Güelfos son expulsados de Florencia, pero, á la muerte de Federico, hacen la paz con los Gibelinos, vuelven á la patria y de común acuerdo reorganizan el gobierno de la ciudad (1250).—V. Florencia dividida en seis barrios con dos Ancianos al frente de cada uno de ellos. El Capitán del pueblo y el Podestá elegidos entre los forasteros. Organización militar por compañías y banderas, veinte para la ciudad y setenta para la comarca.—VI. Grandeza á que llegó Florencia con esta organización. Nuevos desórdenes promovidos por los Gibelinos, á causa de los cuales son expulsados de Florencia. Son derrotados los Güelfos en la batalla del Arbia por el ejército de Manfredo, rey de Nápoles (1260).—VII. Consejo que celebran los Gibelinos en Empoli. Farinata Uberti combate la opinión de atrasar á Florencia.—VIII. El papa Clemente IV favorece á los desterrados güelfos y les da su bandera. Los Güelfos, ayudados por Carlos de Anjou, crecen en poderío, y por ello los Gibelinos de Florencia proyectan nuevas reformas para atraerse la amistad del pueblo. Dividen á los ciudadanos en doce artes: siete mayores y cinco

menores (las menores llegaron después hasta catorce), y á cada arte dan un magistrado y un jefe ó abandonado.—IX. El conde Guido Novello, vicario del rey Manfredó, en Florencia, es expulsado por un tributo que quiso imponer á los florentinos.—X. Vuelven los Guelfos á Florencia y reorganizan el gobierno. Establecen doce jefes, que llaman Hombres buenos, un Consejo de 80 ciudadanos y un Colegio de 180 plebeyos, que, unidos á los 80 ciudadanos, forman el Consejo general. Fundan además un Consejo de 120 nobles y plebeyos para entender de la distribución de los cargos en la República. Gregorio X quiere restablecer á los Gibelinos en Florencia. Nicolás III procura aminorar el poder de Carlos de Anjou.—XI. Maese Latino, legado imperial, restablece á los gibelinos en Florencia dándoles participación en el gobierno (1280). Créanse en las artes primas tres Priores y después seis para el gobierno de la República. Batallas de Campaldino (1289).—XII. Se crea el Confaloniero de justicia con 1.000 hombres, bajo veinte banderas (1293).—XIII. Giano de la Bella reforma el gobierno en favor del pueblo. Su enemistad con Corso Donati. Su voluntario destierro.—XIV. Tumultos entre nobles y plebeyos.—XV. Reorganización del gobierno. Arnolfo de Lapo fabrica el palacio de la Señoría y las prisiones (1298).—XVI. Nuevas discordias entre los Cerchi y los Donati. Origen de las facciones Blanca y Negra en Pistoia. Maese Corso Donati se hace jefe del partido negro en Florencia, y maese Vieri de Cerchi del partido blanco.—XVII. El legado del Papa en Florencia aumenta la confusión excomulgando la ciudad.—XVIII. Los Donati y otros del partido negro son desterrados por consejo de Dante Alighieri.—XIX. Acuden al Papa y éste envía á Florencia á Carlos de Valois, por cuya protección vuelven los Donati y huyen los Cerchi. Mateo de Acqua-Sparta, legado pontificio, intenta aplicar la discordia y, alzado por no lograrlo, parte de Florencia después de excomulgarla de nuevo.—XX. Dante Alighieri es desterrado con los del partido

blanco (1302).—XXI. Gran soberbia de Corso Donati. Nicolás de Prato legado pontificio en Florencia. Tumultos. Incendio desde junto á San Miguel hasta el Mercado Nuevo.—XXII. Nuevas reformas en Florencia. Toma del castillo Stinche. Corso Donati vuelve de Roma.—XXIII. Es acusado y condenado. Resiste la sentencia con las armas en la mano; pero es preso y muerto junto á San Salvi.—XXIV. Enrique de Luxemburgo sitia en vano á Florencia y después muere en Buonconvento (1313).—XXV. Entrégase Florencia á Roberto, rey de Nápoles, por cinco años. Guerra contra los florentinos Uguccione de la Fagginola, que los derrota. Se apartan de la obediencia al Rey de Nápoles. Toman por jefe á Lando de Agobbio, quien, por su tiranía y deshonesta conducta, es expulsado. Nuevas reformas.—XXVI. Guerra de los florentinos contra los luqueses mandados por Castruccio Castracani. Los Hombres buenos.—XXVII. Los nobles de dentro de la ciudad y los desterrados intentan apoderarse nuevamente de ella.—XXVIII. Nueva organización política.—XXIX. Castruccio derrota á los florentinos en Altopascio.—XXX. Gualtiero, duque de Atenas, viene á Florencia como vicario de Carlos, duque de Calabria. Nueva organización del gobierno. Fórmanse dos Consejos, uno de 300 plebeyos, y otro de 250 nobles y plebeyos; el primero se llama Consejo del pueblo, y el segundo, Consejo municipal.—XXXI.—Luis de Baviera. Los tudescos vienen á Luca. Muere Castruccio. Inundación de Florencia.—XXXII. Conjuración de los Bardi y de los Frascobaldi descubierta y evitada.—XXXIII. Los florentinos compran á Luca y la toman los pisanos.—XXXIV. Intrigas del Duque de Atenas para obtener el mando de Florencia.—XXXV. El Duque de Atenas es proclamado por la plebe príncipe vitalicio de Florencia (1342).—XXXVI. Su mal gobierno.—XXXVII. Es expulsado (1343).—XXXVIII. Muchas ciudades y comarcas de los dominios de Florencia se rebelan, pero, obrando prudentemente los florentinos, conservan su dominación.—XXXIX. La

ciudad es dividida en distritos, con tres Señores para cada uno de ellos, y créanse, en lugar de los doce Hombrés buenos, ocho Consejeros, cuatro del pueblo y cuatro de la nobleza. Tumultos entre nobles y plebeyos, por los cuales aquéllos son expulsados del Palacio, quedando el poder en manos de los plebeyos.—XI. Tumulto promovido por Andrés Strozzi en favor de los nobles.—XII. Los nobles, después de muchos desórdenes, se humillan por completo al pueblo.—XIII. Nueva reforma del gobierno. El pueblo es dividido en potente, mediocre y bajo. Son elegidos dos Señores del potente, tres del mediocre, y tres del bajo, y un Confaloniero salido de cualquiera de estas clases. Peste horrible en Florencia descrita por Boccaccio (1348). . . .

LIBRO TERCERO.—SUMARIO: I. Reflexiones sobre las discordias intestinas en las repúblicas. Paralelo entre las discordias en Roma y en Florencia.—II. Enemistad entre las dos familias Albizzi y Ricci.—III. Origen de las amonestaciones y escándalos que produjeron (1357).—IV. Limitaciones que se fijan á los Capitanes del partido Güelfo.—V. Muchos ciudadanos, disgustados por los desórdenes en la ciudad, se reúnen en San Pedro Scheraggio, y desde allí se dirigen en busca de los Señores para inducirles á que procuren la paz en Florencia.—VI. Los Señores encargan el restablecimiento de la tranquilidad á cincuenta ciudadanos, que, favoreciendo más al partido güelfo que al contrario, dan ocasión á que la semilla de las discordias fructifique con mayor fuerza.—VII. Guerra de los florentinos contra el Legado del papa Gregorio XI, que les atacó en tiempo de carestía, creyendo someterles (1375). Liga de los florentinos con Bernabé Visconti y con todas las ciudades enemigas de la Iglesia, contra el Papa.—VIII. Divídese Florencia en dos bandos, el de los Capitanes del partido güelfo y el de los Ocho encargados de la guerra (1378).—IX. Silvestre de Medicis elegido confaloniero. Su ley contra los Capitanes del partido güelfo y en favor de los amonestados (1378). Los Colegios la desapruaban.—X. Obligados por la actitud del

pueblo, la aprueban después. Sublevación en Florencia.—XI. Procuran en vano dominarla los magistrados y el confaloniero Guicciardini, haciendo muchas concesiones á los amonestados.—XII. Origen de las corporaciones ó gremios de las artes.—XIII. El arte de la lana, más poderoso que los otros oficios, provoca á la plebe á nuevos desórdenes. Nuevos desastres, nuevos saqueos y nuevos incendios.—XIV. La plebe quiere que la Señoría deje el Palacio.—XV. La obliga por fuerza á abandonarlo.—XVI. Miguel de Lando, cardador de lana, es elegido Confaloniero por aclamación del pueblo. Destituye á los sindicos de las artes, á los Señores, á los Colegios y á los Ocho de la guerra.—XVII. Pareciendo á la plebe que Miguel es demasiado favorable á los principales del pueblo, se subleva contra él, pero Miguel va contra ella y la obliga á obedecerle. Carácter de Miguel de Lando.—XVIII. Nuevos reglamentos para la elección de Señores, por los cuales se priva á la ínfima plebe de representación en la Señoría; pero quedan los de las artes y oficios menores más poderosos que los ricos del pueblo. A causa de ello, después de breve pausa, renacen los tumultos en la ciudad.—XIX. Pedro de Albizzi y otros ciudadanos, por sospechas de que negociaban con Carlos de Durazzo, pretendiente á la Corona de Nápoles, y con los desterrados florentinos, son presos y condenados á muerte (1379).—XX. Insolencia de Jorge Scali y de Tomás Strozzi contra la autoridad de los magistrados, por lo cual Scali es decapitado y Strozzi obligado á huir (1381).—XXI. Reforma de la magistratura en favor de la plebe (1382).—XXII. Miguel de Lando y otros jefes plebeyos son desterrados. Los florentinos compran Arezzo (1384).—XXIII. Benedicto Alberti se hace sospechoso á la Señoría por su magnificencia y popularidad, siendo desterrado y amonestada su familia (1387).—XXIV. Después de Alberti muchos otros ciudadanos son proscritos y amonestados.—XXV. Guerra de los florentinos contra Juan Galeazzo Visconti, duque de Milán, llamado conde de Virtú (1390). Indignado el pueblo por las

violencias de Maso de Albizzi, se une á Vieri de Médici, quien se niega á ser príncipe de la ciudad y aquietá al pueblo (1393).—XXVI. La Señoría quiere combatir la sublevación por medios violentos, y oponiéndose á ello Donato Acciaiuoli, es desterrado.—XXVII. Los desterrados intentan volver á Florencia. Entran algunos secretamente y promueven un tumulto, pero son presos y muertos en Santa Reparata (1397).—XXVIII. Alentados por el Duque de Milán, traman otra conjuración, que fracasa (1400).—XXIX. Toman los florentinos á Pisa (1406). Hacen la guerra á La Híslao, rey de Nápoles, le vencen y se apoderan de Cortona (1414). Estado de Florencia en esta época...

LIBRO CUARTO.—SUMARIO: I. Peligros en los gobiernos republicanos: la servidumbre y la licencia.—II. Estado de Florencia y reorganización del gobierno de esta ciudad.—III. Juan de Bici de Médici restablece en Florencia la autoridad de su familia (1420). Felipe Visconti, duque de Milán, procura el acuerdo con los florentinos y pacta con ellos la paz.—IV. Por sospechas que tienen los florentinos de las atrevidas empresas del Duque en Italia, recomienza la guerra (1424).—V. Felipe se apodera de Forli.—VI. Son derrotados los florentinos por el ejército del Duque junto á Forli.—VII. Este revés suscita las murmuraciones del pueblo contra los consejeros de la guerra; pero restablece la calma Rinaldo de Albizzi y se provee á la continuación de la guerra.—VIII. Un nuevo tributo impuesto para mantener la guerra provoca desórdenes.—IX. Rinaldo de Albizzi aconseja devolver la gobernación á los poderosos.—X. Juan de Médici desaprueba el consejo.—XI. Esta desaprobación aumenta su crédito en el pueblo, pero le produce la aversión de Rinaldo (1426).—XII. Heroísmo de Biagio de Melano en la defensa del castillo de Monte Petroso y cobardía de Zanobi del Pino.—XIII. Los florentinos pactan alianza con el señor de Faenza y con los venecianos.—XIV. Institución del catastro, aconsejada principalmente por Juan de Médici. Disgusta á los ricos. Partidos que ocasiona

151

(1427).—XV. Paz con el Duque de Milán.—XVI. Muerte de Juan de Médici (1429).—XVII. Rebelión de los Volterra, sofocada rápidamente.—XVIII. Nicolás Fortebraccio, licenciado del servicio de los florentinos, ataca á los de Luca.—XIX. Determinación acerca de la guerra de Luca.—XX. Los florentinos nombran comisarios para la guerra de Luca, y convienen con Fortebraccio que la siga como soldado de la República, cediendo á ésta las poblaciones que había ocupado.—XXI. Atropellos de Astorre Gianni contra los de Seravezza.—XXII. Acusación contra Rinaldo de Albizzi.—XXIII. Felipe Brunelleschi propone tomar á Luca variando el curso del río Serchio, y no se logra (1430).—XXIV. Las tropas del Duque, llegadas en auxilio de los luqueses, se apoderan de algunas poblaciones.—XXV. Francisco Sforza hace que los luqueses expulsen á su Señor. Derrota de los florentinos por las tropas del Duque.—XXVI. Cosme de Médici. Sus condiciones. Sus procedimientos para llegar á ser grande (1433).—XXVII. El crecimiento de su poder infunde sospechas á muchos ciudadanos, y especialmente á Nicolás de Uzano y á sus partidarios.—XXVIII. Rinaldo de Albizzi hace que Bernardo Guadagni sea elegido Confaloniero y que éste prenda á Cosme y lo tenga detenido en Palacio.—XXIX. Los Albizzi intentan restablecer á los nobles en el gobierno, y toman las armas contra la Señoría.—XXX. Procedimientos de la nueva Señoría favorables á Cosme.—XXXI. El papa Eugenio IV, estando en Florencia, se hace mediador para restablecer la tranquilidad.—XXXII. Llamamiento de Cosme y destierro de Rinaldo y de todos los partidarios de los Albizzi (1434). Vuelta triunfal de Cosme á Florencia.

LIBRO QUINTO.—SUMARIO: I. Vicisitudes que los gobiernos sufren por la continua mutación propia de las cosas humanas.—II. Estado de los negocios en Italia. Ejércitos de Braccio y de Sforza (1434). Unense en daño del Papa, á quien los romanos expulsan de Roma. Francisco Sforza se pone de acuerdo con el Papa.—III. Guerra entre el Duque de Milán y el

215

Papa. Unense á éste los florentinos y los venecianos.
 —IV. Vuelto Cosme de Médicis del destierro, su partido, creciendo en poder y osadía, tiraniza al bando contrario.—V. Muere Juana II, reina de Nápoles, y disputanse el reino Renato de Anjou y Alfonso de Aragón, Vencen á Alfonso los genoveses y le entregan al Duque de Milán, de quien llega á ser amigo, obteniendo su libertad (1435).—VI. Bandos de los Fregosos y de los Adornos en Génova.—VII. Por intrigas de Francisco Sforza expulsan los genoveses al Gobernador puesto por el Duque de Milán.—VIII. Pactan liga con los florentinos y los venecianos contra el Duque. Rinaldo de Albizi y otros desterrados florentinos persuaden al Duque para que declare la guerra á Florencia.—IX. Envía el Duque de Milán á su capitán Nicolás Piccinino contra los florentinos (1436).—X. Sforza, capitán de los florentinos, derrota á Piccinino junto á Barga, después se dirige contra Luca (1437), á donde acude en auxilio el Duque de Milán.—XI. Los florentinos van contra Luca, abandonada por el Duque de Milán.—XII. Vuelve el Duque contra los florentinos.—XIII. Mala fe de los venecianos con los florentinos.—XIV. Cosme de Médicis en Venecia. Los florentinos ajustan la paz con los luqueses (1438).—XV. El papa Eugenio IV consagra la metropolitana florentina, edificada conforme á los planos de Arnolfo y de Brunellesco.—XVI. Concilio de Florencia en el que se realiza la unión de la Iglesia griega con la latina (1439).—XVII. Nicolás Piccinino se apodera, en nombre del Duque de Milán, de muchas ciudades de la Iglesia.—XVIII. Ataca á los venecianos, acudiendo en auxilio de éstos los florentinos con el ejército de Sforza.—XIX. Guerra mantenida con varia fortuna entre Piccinino y Sforza.—XX. Neri Capponi es enviado á Venecia.—XXI. Discurso de Capponi á los venecianos.—XXII. El conde Sforza viene á Lombardia.—XXIII. Piccinino vence á los venecianos junto al lago de Garda.—XXIV. Toma á Verona.—XXV. La recobra Sforza.—XXVI. El Duque de Milán

se dirige contra los florentinos, y los venecianos impiden á Sforza pasar á Toscana para socorrerles (1440).—XXVII. Los florentinos se apoderan del patriarca Vitelleschi, quien, abusando del nombre del Papa, les hacía traición.—XXVIII. Nicolás Piccinino pasa el Po. Lentitud del socorro de los venecianos á los florentinos.—XXIX. Piccinino en la Romaña.—XXX. Nicolás Piccinino se apodera del castillo de Marradi y recorre las inmediaciones de Florencia.—XXXI. Toma también, después de mucha resistencia, el castillo de San Nicolás, pero no logra apoderarse de Cortona.—XXXII. Le llaman á Lombardia.—XXXIII. Los florentinos le derrotan junto á Anghiari.—XXXIV. Muerte de Rinaldo de Albizi.—XXXV. Neri Capponi va á reconquistar el Casentino. Ríndese el conde de Poppi. Su discurso antes de abandonar el Estado.....

